Altamirano

Vida ❧ Tiempo ❧ Obra

Textos

Juan Rulfo • Ignacio Manuel Altamirano

Mario Casasús • Víctor Jiménez • Jorge Zepeda •

Alberto Vital • Adrián Rodríguez • Julio Moguel (coordinador)

Centro de Estudios
CESOP
Sociales y de Opinión Pública

JP

Altamirano
Vida-tiempo-obra

Altamirano
Vida-tiempo-obra

Textos

Juan Rulfo • Ignacio Manuel Altamirano

Mario Casasús • Víctor Jiménez • Jorge Zepeda
Alberto Vital • Adrián Rodríguez • Julio Moguel (coordinador)

Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública
Cámara de Diputados / LXII Legislatura
Juan Pablos Editor

México, 2014

Altamirano : vida-tiempo-obra / Julio Moguel, coordinador. -- México : Cámara de Diputados/LXII Legislatura-Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública : Juan Pablos Editor, 2014.

1a edición

267 p. ; 16.5 x 23 cm.

ISBN: 978-607-9423-01-8 CESOP
ISBN: 978-607-711-256-3 Juan Pablos Editor

T. 1. Altamirano, Ignacio Manuel, 1834-1893 – Crítica e interpretación

PQ7297.A6 A48

Altamirano. Vida-tiempo-obra
Textos: Juan Rulfo • Ignacio Manuel Altamirano
Mario Casasús • Víctor Jiménez • Jorge Zepeda
Alberto Vital • Adrián Rodríguez • Julio Moguel (coordinador)

Primera edición: noviembre de 2014

© Mario Casasús, Víctor Jiménez, Jorge Zepeda
Alberto Vital, Adrián Rodríguez, Julio Moguel

D.R. © Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública
Cámara de Diputados / LXII Legislatura
Av. Congreso de la Unión 66, Edificio I, primer piso
Col. El Parque, México, D.F.
Tel. 5036-0000 ext. 55237
<cesop@congreso.gob.mx>, <http://diputados.gob.mx/cesop>

D.R. © Juan Pablos Editor, S.A.
2a. Cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. del Carmen
Del. Coyoacán, México 04100, D.F.
<juanpabloseditor@gmail.com>

© Texto de Juan Rulfo: Clara Aparicio de Rulfo

Imagen de portada: Ignacio Manuel Altamirano, dibujo aparecido en *El Máscara*, 22 de agosto de 1879. Agradecemos a Juan Francisco Rulfo su localización

Diseño de portada: Daniel Domínguez Michael

ISBN: 978-607-9423-01-8 CESOP
ISBN: 978-607-711-256-3 Juan Pablos Editor

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de los editores

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Juan Pablos Editor es miembro de la Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes (AEMI). Distribución: TintaRoja <www.tintaroja.com.mx>

Índice

Presentación
Rafael Aréstegui 9

Tata Nacho
Mario Casasús 11

Primera parte
Juan Rulfo escribe sobre Altamirano

Juan Rulfo escribe sobre literatura mexicana
Víctor Jiménez 17

Nota
Jorge Zepeda 19

Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)
Juan Rulfo 21

Segunda parte
Altamirano y la cultura

¿Nacionalistas *versus* cosmopolitas?
Los términos de un falso debate y el giro
de Ignacio Manuel Altamirano
Víctor Jiménez 25

Tercera parte
Altamirano y la literatura

Componente alegórico, caracterización de personajes y descripción del entorno en *El Zarco*
Jorge Zepeda 81

Hermenéutica analógica y onomástica literaria. Los nombres en la narrativa de Ignacio Manuel Altamirano
Alberto Vital 119

Cuarta parte
Altamirano y la historia

La "imaginación histórica" de Ignacio Manuel Altamirano. La "Revista Histórica y Política (1821-1882)"
Adrián Gerardo Rodríguez 149

Altamirano historiador. Los escritos sobre José María Morelos
Julio Moguel 171

Quinta parte
Altamirano escribe sobre José María Morelos

Morelos en Zacatula 185

Morelos en El Veladero 201

Morelos en Tixtla 235

Presentación

Rafael Aréstegui

Representa un gran orgullo y una significativa distinción para el Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública (CESOP) de la Cámara de Diputados tener la oportunidad de acompañar, junto con el sello de la prestigiada casa editorial Juan Pablos, la publicación de este libro sobre la "vida, tiempo y obra" de Ignacio Manuel Altamirano, guerrerense que, acaso sobre decirlo, es uno de los más insignes hombres del siglo XIX mexicano. Con un particularísimo relieve: indígena de pura cepa, fue héroe militar contra la Intervención francesa en El Cimatario, a la vez fundador de nuestra novelística y de la poética modernas, periodista y editor incansable de y en multiplicados medios de prensa, tribuno y legislador de grandes vuelos e inimitable historiador sobre hechos o acontecimientos diversos de la época, muy especialmente de los tiempos de la Independencia.

La presencia de un texto inédito de Juan Rulfo sobre Ignacio Manuel Altamirano merece aquí un reconocimiento y una mención especial, pues fue generosamente aportado por la señora Clara Aparicio de Rulfo para la presente publicación. Fue un gesto idéntico de generosidad el que distinguió la acción de Mario Casasús (descendiente familiar directo del tixtleco), quien aportó las dos imágenes inéditas que presenta en esta obra con líneas de su puño y letra. Se agrega a estas importantes aportaciones al libro que el lector tiene en sus manos un dibujo a lápiz sobre el rostro de Altamirano que fuera publicado por primera vez en 1879, pieza artística rescatada del archivo por Juan Francisco Rulfo para su publicación actual.

Los rigurosos ensayos de Víctor Jiménez, Jorge Zepeda, Alberto Vital, Adrián Rodríguez y Julio Moguel sobre distintos escenarios o

facetas de la "vida, obra y tiempo" de Ignacio Manuel Altamirano completan este libro. En un nivel o perspectiva que, por fortuna y en beneficio de una mejor comprensión de los hechos y temas implicados, se distancian de los lugares comunes o de las fórmulas trilladas de análisis o de aproximación.

No nos queda en esta breve nota introductoria más que agradecer a todos ellos su participación en esta obra, ampliando nuestros agradecimientos a los colaboradores del CESOP que aportaron su granito de arena para que el presente libro tuviera posibilidades de llegar a prensa. Entre ellos, a Benjamín Herrejón y a Eduardo Chávez Castro, incansables motores de iniciativa y acción en nuestros espacios laborales.

Rafael Aréstegui Ruiz
Director General del Centro de Estudios Sociales
y de Opinión Pública

Tata Nacho

Mario Casasús

La penúltima carta que escribió Ignacio Manuel Altamirano data del 18 de diciembre de 1892 y está dirigida al abogado Joaquín Casasús. Desde Italia le confiesa sus achaques de salud: "Ya podré escribir sin desvanecerme, y mi primera carta, como es natural es para usted y para Cata… me dejé invadir por la enfermedad, con la indiferencia de un *fakir* no consulté a varios médicos, me preocupé sólo de la diabetes cuando era lo más insignificante, y me clavé en mi sillón junto al fuego, taciturno, absorbiendo gas ácido carbónico resignado, desdeñoso o como si estuviera resuelto a suicidarme". A continuación, Altamirano describe el lugar de la nueva misión diplomática: "¡Qué pueblo tan encantador San Remo! No he visto nada más bello como clima. Constante cielo azul y radioso, sol de fuego, nubes con coloraciones de amaranto y rosa, y abajo el Mediterráneo de color índigo, y las colinas revestidas de olivos, y los caseríos y las villas llenas de jardines de naranjos, limoneros, palmeras, magnolias, cactus, ¡el oriente!".[1] Ignacio Manuel Altamirano escribió 76 cartas a Joaquín Casasús, en papel membretado: *I.M.A.*, con la leyenda: "loin des yeux, près du cœur" ("lejos de los ojos, cerca del corazón"). Las epístolas se concentran entre 1890 y 1892. El poeta y novelista falleció al año siguiente en San Remo.

La novela *El Zarco* comienza con la descripción de Yautepec: "Es un pueblo mitad oriental y mitad americano. Oriental, porque los árboles que forman ese bosque de que hemos hablado son naranjos y limoneros, grandes, frondosos, cargados siempre de frutos y de aza-

[1] Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas*, tomo XXII, *Epistolario (1889-1893)*, Secretaría de Educación Pública, Conaculta, México, 1992. El original de la carta membretada de I.M.A. se conserva en el archivo de Mario Casasús.

hares que embalsaman la atmósfera con sus aromas embriagadores. Naranjos y limoneros por donde quiera, con extraordinaria profusión".[2] En el Mediterráneo, Altamirano veía los "jardines de naranjos y limoneros del oriente", que conoció en Yautepec, Morelos. Debido a la edición facsímil conocemos la fecha exacta en que terminó de escribir *El Zarco*: "a las once y veinticinco minutos de la noche del 6 de abril de 1888":[3] por lo tanto, no hubo influencia del paisaje italiano en la novela póstuma. Altamirano tenía una fascinación por los naranjos; en la presentación de *El Zarco* registró: "en 1854 había quinientos mil árboles de naranjos en Yautepec". En aquella época escribió el poema "Los naranjos".

El epistolario Altamirano-Casasús cuenta una historia de familia: las niñas Catalina, Palma y Guadalupe fueron adoptadas por Altamirano, al contraer nupcias con Margarita Pérez Gavilán el 13 de julio de 1859. En un obituario dedicado a Catalina Altamirano, el diplomático Carlos Serrano escribió: "me platicaba de su 'padre' el maestro Altamirano, de su madre doña Lolita, desfilaban sus familiares don Vicente Guerrero y los Riva Palacio… El maestro Altamirano al casarse con doña Margarita, recogió a toda esa familia pobre y desheredada. A las mujeres dio su nombre y justamente una de las virtudes más altas de doña Catalina fue aquella de reconocer enteramente como 'su padre' a aquel hombre que en las Rejas de la Concepción escribía hasta dos artículos para dar de comer a su madre, a sus hijas y a sus hijos".[4] Catalina Altamirano contrajo nupcias con Joaquín Casasús; sus hijos Héctor, Evangelina,

[2] Ignacio Manuel Altamirano, *El Zarco*, versión manuscrita (edición facsímil), UNAM, México, 1995.

[3] *Idem*.

[4] Carlos Serrano, "Doña Catalina Altamirano de Casasús, una gran dama mexicana, muere en París", *Excélsior*, *Suplemento ilustrado*, 12 de enero de 1933, p. 36. Archivo de Mario Casasús. Este obituario dedicado a Catalina Altamirano (fallecida el 3 de enero de 1933) permanecía olvidado. Carlos Tello Díaz no lo citó en su libro sobre las familias de Porfirio Díaz y Joaquín Casasús; sólo nombró a Carlos Serrano como "funcionario de la legación de su país en Francia, que todos conocían por el apodo que le puso Justo Sierra: el *Muégano*" (*El exilio*, 1993).

Horacio, Margarita, Mario, León y Jorge solían escuchar las historias del abuelo, de "Papá Nacho". En la iconografía de Ignacio Manuel Altamirano destaca una foto con la dedicatoria: "A mis queridos hijos Joaquín y Catalina —rúbrica: I.M.A.— París, octubre 24-1889".

Ignacio Manuel Altamirano y Margarita Pérez Gavilán nacieron en el mismo pueblo: Tixtla. La hija del general Vicente Guerrero, Dolores Guerrero, contrajo matrimonio con Mariano Riva Palacio; su primogénito fue Vicente Riva Palacio Guerrero (escritor y militar liberal). Margarita Pérez Gavilán era hija de Agustín Pérez y Dolores Catalán Guerrero, nieta de Vicente Guerrero. Según la investigación de Carlos Tello Díaz, "A pesar de que la familia de Margarita tenía pocos recursos pudo sin embargo asistir a las aulas por descender —era bisnieta— de un mexicano muy ilustre, también de Tixtla: el general Vicente Guerrero. En la capital pasó dos o tres años entre los muros de tezontle de Las Vizcaínas. Quien hubo de ser su marido la vio por primera vez cuando fue designado por sus profesores para recitar una oración ante las alumnas del colegio".[5] El destino llevó a Ignacio y Margarita desde Tixtla hasta la ciudad de México; se conocieron en el edificio barroco de la calle Vizcaínas y una vez casados vivieron en la calle Rejas de la Concepción y en la calle Tacuba esquina con San Juan de Letrán. Debido al trabajo diplomático viajaron por Europa y su matrimonio terminó hasta el día de la muerte de Altamirano, el 13 de febrero de 1893. Su viuda, Margarita Pérez de Altamirano, quedó bajo los cuidados de la familia Casasús en la calle de Héroes esquina con Violeta. Los restos mortales de Altamirano fueron cremados en Italia y al cumplirse el centenario de su natalicio (1834-1934), las cenizas del escritor de Tixtla pasaron a descansar en la Rotonda de los Hombres Ilustres de la ciudad de México.

El árbol genealógico de la familia Casasús indica que Ignacio Manuel Altamirano fue mi tatarabuelo. A pesar de que *Tata Nacho* y Margarita no procrearon descendientes consanguíneos, él adoptó a las hijas

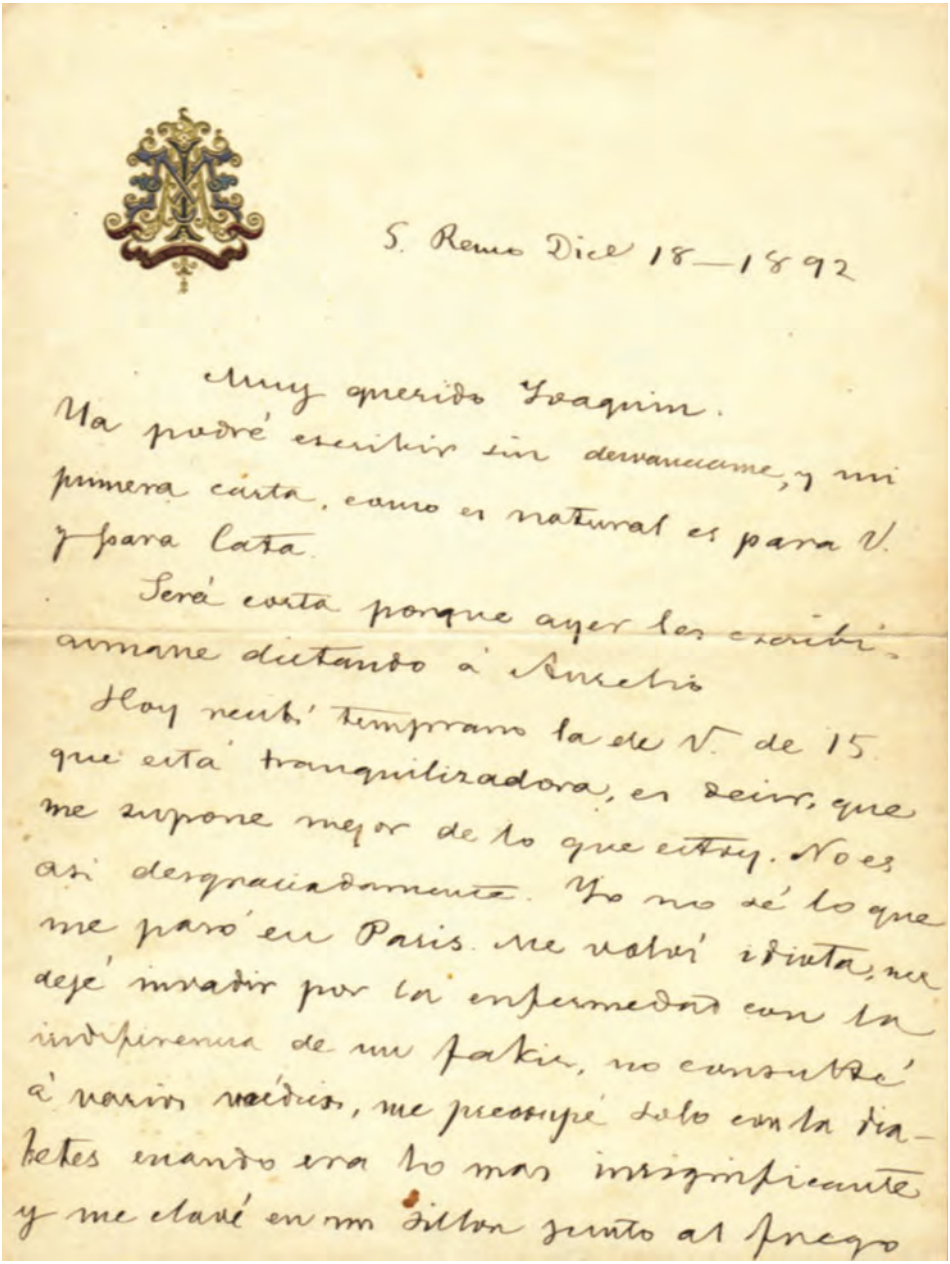
[5] Carlos Tello Díaz, *El exilio. Un relato de familia*, Cal y Arena, México, 1993.

de Margarita Pérez, y la familia Casasús lo adoptó, incluso después de su muerte. El epistolario inédito fue cedido para la publicación de las *Obras completas* de Altamirano coordinadas por la historiadora Nicole Giron (1939-2008). En el Comité editorial participaron José Luis Martínez, Carlos Monsiváis, José Joaquín Blanco y Catalina Sierra Casasús, entre otros intelectuales. El poeta José Emilio Pacheco apuntó en su columna "Inventario": "En los tomos VII, VIII y IX, Carlos Monsiváis ordena las Crónicas de Altamirano, quizá la parte más atractiva para el lector de hoy e indispensable en el estudio del periodismo mexicano".[6] Sin embargo, no sólo las crónicas conservan su valor periodístico; tampoco descartemos el interés histórico del epistolario. La edición, el prólogo y las notas de los dos volúmenes de cartas fueron escritos por el historiador Jesús Sotelo Inclán (1913-1989), a quien conocí el 28 de abril de 1988. Recuerdo la fecha exacta por la dedicatoria que firmó para mi familia en el libro *Raíz y razón de Zapata*.[7] Conocí a la doctora Nicole Giron en la década de 1990 y la escuché hablar durante horas sobre Altamirano en Cuautla y Toluca. Falleció en Tepoztlán, Morelos. *In memoriam*, dedico a ella este breve apunte biográfico.

[6] José Emilio Pacheco, "Inventario", *Proceso*, 29 de marzo de 1993.

[7] Jesús Sotelo Inclán, *Raíz y razón de Zapata*, Comisión Federal de Electricidad, México, 1970.

Ignacio Manuel Altamirano (derecha) en Tepoztlán. En medio, de pie, una persona sin identificar; sentado al otro extremo está Maximino Navarrete (izquierda), quien fue electo alcalde de Tepoztlán en 1905 (Fototeca de Mario Martínez Sánchez. Foto inédita sin fecha, cedida a Mario Casasús). Cortesía de Mario Casasús.



S. Remo Dic 18—1892

Muy querido Joaquin.

Ya podré escribir sin desvanecerme, y mi primera carta, como es natural es para V. y para Cata.

Será corta porque ayer les escribí, anoche dictando á Anetis

Hoy recibí temprano la de V. de 15 que está tranquilizadora, es decir, que me supone mejor de lo que estoy. No es así desgraciadamente. Yo no sé lo que me pasó en Paris. Me volví idiota, me dejé invadir por la enfermedad con la indiferencia de un fakir, no consulté á varios médicos, me preocupé solo con la diabetes cuando era lo mas insignificante y me clavé en un sillon junto al fuego

Penúltima carta que escribió Ignacio Manuel Altamirano. Data del 18 de diciembre de 1892 y está dirigida al abogado Joaquín Casasús. Manuscrito original. Cortesía de Mario Casasús.

Primera parte

Juan Rulfo escribe sobre Altamirano

Juan Rulfo
escribe sobre literatura mexicana

Víctor Jiménez

Juan Rulfo escribió mucho sobre literatura, aunque es poco lo publicado hasta hoy. Algunas conferencias y colaboraciones suyas han llegado al papel, pero aún queda mucho por revisar entre sus manuscritos con este tema. Recientemente tuvimos oportunidad de ver un paquete de hojas sueltas, tamaño esquela, redactadas por Juan Rulfo en la década de 1980, ya cerca del final de su vida. No es fácil saber qué destino tendrían: una charla o conferencia, una publicación… Podemos adelantar que existe la intención de publicar algo de estas notas en un futuro próximo, ya que ofrecen la oportunidad de saber más sobre lo que pensaba Juan Rulfo en materia de literatura.

El paquete mencionado está dedicado en su totalidad a la literatura mexicana. Algunas notas se refieren a textos escritos por ciertos estudiosos de la literatura náhuatl, lo que Rulfo veía más bien como nueva literatura de tema indígena, dejando la autoría de los testimonios valiosos a cronistas como Sahagún. No parece que Rulfo se interesara por la literatura colonial, por lo que sus notas se refieren sólo a autores decimonónicos y del siglo XX. Algunos de estos escritores son muy conocidos, pero los hay que sólo unos cuantos podrían haber leído: entre ellos Rulfo. Las notas por cada autor pueden variar en extensión y carácter. No pocas de ellas, como la dedicada a Ignacio Manuel Altamirano, se inician con la cita de datos biográficos tomados de obras de referencia (como el *Diccionario Porrúa*), pero siempre incluyen, sobre todo al final, una serie de observaciones que evidencian cuál era el interés de Rulfo por el escritor. Siempre hay, en estas líneas, un punto de vista original o curiosamente personal.

Jorge Zepeda se aproxima aquí mismo, desde una perspectiva crítica, al breve texto de Juan Rulfo sobre Altamirano.

Nota

Jorge Zepeda

El texto de Rulfo sobre Ignacio Manuel Altamirano tiene énfasis biográfico y presta atención a sus obras literarias sólo al final. Resalta el aspecto identitario de la expresión literaria mexicana al subrayar que Altamirano se opuso a la influencia de la cultura francesa predominante durante el porfiriato. Destaca la novela *El Zarco*, a la cual señala como primer ejemplo de modernización narrativa. No es extraño que ocurra así, pues el escritor de Jalisco defendió siempre un ideal de brevedad y aprovechamiento máximo de la complicidad del lector en detrimento de la tendencia ensayística de la narrativa típicamente decimonónica. Puede ser, incluso, que Rulfo haya identificado al personaje del bandido como prefiguración remota del protagonista de *Pedro Páramo*, puesto que *el Zarco* aparece ya avanzada la obra, como es el caso con el cacique de la Media Luna. Antes que esto ocurra, sólo se sabe de él por medio del resto de los personajes, para quienes representa una figura nociva y ominosa. Es un marginal que toma venganza de la sociedad y la somete a un estado de inseguridad y zozobra al tiempo que la despoja de los frutos de su trabajo cotidiano.

Al aludir a las obras de Manuel Payno y Luis G. Inclán, Rulfo subsana la omisión del mismo Altamirano en su reseña histórica *Revistas literarias de México (1821-1867)*. Aunque Altamirano podría haber tenido en mente parámetros puramente estéticos para excluir de ella justo a los novelistas que también habían tratado el tema del bandolero, es probable que el silencio con respecto a Payno se haya producido por razones de naturaleza política, dada la postura moderada de éste como liberal. En cuanto a la novela de Inclán, su presentación del personaje del bandido es tan positiva que en realidad tiene poco en común con su

homólogo de *El Zarco*, donde el epónimo capitaliza y casi llega a personificar la inestabilidad de los años previos a la invasión francesa. Altamirano responde a esa circunstancia convirtiendo al ciudadano —en particular al mestizo— en impulsor del cambio social requerido para consolidar el régimen republicano.

Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)

Juan Rulfo

Nacido en Tixtla, del hoy estado de Guerrero, Altamirano, indígena tlapaneco, hizo sus estudios en el antiguo Instituto Literario de Toluca. Pasó después a estudiar leyes en el Colegio de Letrán de la ciudad de México. Fue bibliotecario, tomó parte en la revolución de Ayutla, en la guerra de Reforma y participó en el sitio de Querétaro. Terminadas estas luchas se dedica a la enseñanza de las letras y funda varios periódicos. Publica, con Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto, *El Correo de México* en 1867. Más tarde funda *El Renacimiento*, la revista literaria de mayor trascendencia en su tiempo, donde liberales y conservadores se unifican para realizar una labor de total renovación en las letras. Mientras tanto colabora en otras diez publicaciones diversas.

En fin, fue muchas cosas: magistrado de la Suprema Corte de Justicia, presidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, diputado, profesor, cónsul general de México en España y después en Francia. Actualmente tiene su residencia en el Panteón de los Hombres Ilustres.

Es pues Altamirano la figura literaria de mayor relieve en su época, tanto por su obra personal como por su incansable labor en la ciencia y la cultura, así como por la influencia que ejerció en estimular a los escritores de varias generaciones.

Su intensa lucha por lograr una literatura de valores nacionales auténticos contribuyó a unificar a numerosos escritores con distintas tendencias ideológicas y diferencias políticas, en torno a su revista *El Renacimiento*. Su preocupación estética y su anticolonialismo cultural fueron la base para que México creara una identidad propia.

No le bastó la ardua tarea de combatir el parnasianismo, el simbolismo, el naturalismo, ni a tantos ismos importados de la impositiva cultura francesa, sino que aportó con sus propias obras un ejemplo para enfrentar la historia y el análisis literario.

Sus obras abarcan poesía, novela, periodismo, ensayos y estudios críticos.

Dentro de su producción narrativa lo más valioso está representado por sus novelas *Clemencia*, *El Zarco* y *La Navidad en las montañas*. *El Zarco*, obra póstuma, escrita entre 1886-1888, está emparentada con *Astucia* de Inclán y *Los bandidos de Río Frío*, aunque por su concepción estética y cualidades formales está considerada la primera novela moderna mexicana. Los *Cuentos de invierno* fueron editados por Filomeno Mata entre 1867 y 1871.

Y su famosa *Revista Literarias*, publicada por los años de 1868, reeditada en la Biblioteca de Autores Mexicanos de Porrúa Hermanos. Aún siguen vigentes los artículos allí contenidos, ya que son un verdadero ejemplo de cómo debe emplearse la crítica para impulsar sana y vigorosamente la cultura.

Segunda parte

Altamirano y la cultura

¿Nacionalistas *versus* cosmopolitas? Los términos de un falso debate y el giro de Ignacio Manuel Altamirano

Víctor Jiménez

> *…al abordar esta civilización se siente una especie de desorientación que llena de pánico. […] Su perfección nos demuestra que, incluso en un mundo en que todos los criterios básicos son distintos de los nuestros, las leyes estéticas reinan plenamente y confieren a las creaciones mayas su perturbadora belleza.*
>
> Henri Stierlin

1

La palabra "nacionalismo" alude tanto a una postura política como a una orientación cultural, y generalmente una va en compañía de la otra. En un país que vivió bajo un régimen colonial como México, sin embargo, aparecen tomas de posición curiosas por paradójicas, como la de Federico Mariscal, arquitecto y miembro del Ateneo de México, institución donde dio algunas conferencias en 1913-1914, muy pronto recogidas —en 1915— en el libro *La patria y la arquitectura*.[1] Sostiene ahí Mariscal que una arquitectura propia de México debería ser continuación de la colonial: "¿cuál es el arte arquitectónico nacional?",[2] se preguntaba, y respondía: "el que revele la vida y las costumbres más generalizadas durante la vida de México como nación".[3] Aludía a nuestro quimérico mestizaje en dos líneas y concluía: "Por lo tanto, la arquitectura mexicana tiene que ser la que surgió y se desarrolló durante

[1] Federico Mariscal, *La patria y la arquitectura*, Imprenta Stephan y Torres, México, 1915; en adelante, *La patria*.
[2] *La patria*, p. 10.
[3] *La patria*, p. 10.

los tres siglos virreinales".[4] El calificativo "virreinal" sirve muy bien para no mostrar la contradicción de la búsqueda de un "nacionalismo" que, al evidenciar su raíz colonial, no lo sería realmente.

Lamentaba Mariscal que esa tradición, que considera la única legítima, se hubiese interrumpido por "influencias exóticas":[5] es decir, las promovidas por los liberales positivistas, como Justo Sierra, quien consideraba que la arquitectura y los barrios coloniales daban a la ciudad, "en llegando las penumbras vespertinas, un siniestro aspecto medieval".[6] Mariscal condenaba el cosmopolitismo arquitectónico porfiriano, que favorecía una modernización tecnológica y formal derivada de, por ejemplo, la *Ecóle des Beaux-Arts* de París, pero igualmente descartaba la arquitectura indígena por ser sólo "chozas".

Sin embargo, una década después, en 1926, comisionado en Yucatán y Campeche para hacer los levantamientos de algunas ciudades mayas, y en contacto con el equipo de la Carnegie Institution instalado en Chichén Itzá, dirigido por Sylvanus G. Morley (con quien colaboraba el francés Jean Charlot), declararía que la arquitectura maya se encontraba entre "las más notables de la historia del mundo".[7] Lo curioso es que no llegaba solo a este veredicto, sino bajo otras "influencias exóticas", pero no las que denunciaba en 1913-1914, sino las novedosas, para él, de Morley y Charlot.

La primera postura de Mariscal correspondía a la de José Vasconcelos, para quien México sería siempre parte de España y nuestro nacionalismo sólo podía mirar hacia esa noble raíz, no a los indígenas, gente sin una cultura digna de ese nombre. La hispanofilia que asoma en Mariscal incluye el empleo de nombres que embellecen su idea del nacionalismo "mexicano": no "Colonia", sino "Virreinato" y "Nueva España", con

[4] *La patria*, p. 11.

[5] *La patria*, p. 11.

[6] Justo Sierra, "Evolución política del pueblo mexicano", *Obras completas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1948, tomo XII, p. 224.

[7] Federico Mariscal, *Estudio arquitectónico de las ruinas mayas. Yucatán y Campeche*, Secretaría de Educación Pública, México, 1928, p. 4.

adjetivos como "virreinal" y "novohispano", que evocan un noble mundo de obispos, monjas, marquesas y opulentos mineros piadosos que erigen iglesias (cuya calidad sería proporcional a la cantidad de los ornamentos que las tapizaban), todo dentro de un orden social en que los indios habían aprendido finalmente a ocupar su lugar.

Un nacionalismo extravagante para México, porque era sólo una calca del que en España, durante el franquismo, se llamó "nacional catolicismo". Sin embargo, y estamos hablando ahora de la segunda postura de Mariscal, en la década de 1920 no todos estaban convencidos de que sólo debía verse hacia España, y algunos descubrían un pasado que había sido destruido, ignorado y menospreciado sistemáticamente, incluso después de la Revolución: Vasconcelos no se mostraba en absoluto entusiasmado al inaugurar la réplica del monumento a Cuauhtémoc en Río de Janeiro en 1922[8] (hubiese preferido una estatua de Cortés, como insinuó), y tampoco oculta en *El desastre* el desprecio que le merecía Chichén Itzá ("todo es uniformemente bárbaro, cruel y grotesco; ningún sentido de belleza [...], sólo el asombro de los tanteos y aberraciones del alma humana", afirmaba luego de un viaje a la ciudad maya; aunque en el Caracol, agrega, "surge una sospecha de que hubo allí pensamiento"[9]).

Despeja nuestras dudas al final, si aún las tuviésemos: "el mismo medio físico resulta insuficiente para crear una civilización digna de ese nombre. Una sensación de fracaso domina al visitante y se piensa con alivio y con orgullo en Mérida y Valladolid, las ciudades creadas por los españoles, modestísimas dentro de la gloria que fue la Colonia"[10] (evita lo de "virreinal" quizá porque es un hombre público y debe cuidar las formas). A nadie, así, habrá sorprendido su entusiasmo por la arquitectura neocolonial que no tardó en erigir como funcionario, lo que habría deleitado al primer Mariscal.[11]

[8] José Vasconcelos, *El desastre*, Trillas, México, 2000, pp. 151-153.
[9] *El desastre*, p. 131.
[10] *El desastre*, p. 132.
[11] Carlos Obregón Santacilia ofrece un relato sobre la ocasión en que Vasconcelos le pidió, en Río de Janeiro, el proyecto de la escuela Benito Juárez, de for-

En fin, si leemos sus juicios sobre "la catástrofe étnico-social"[12] de Yucatán a partir de la Revolución, que hizo huir a los criollos y abrió un resquicio a la emancipación de los mayas, no se puede hablar de una radicalización suya cuando asume en 1939 la dirección de la revista *Timón*, órgano de la embajada de la Alemania nazi en México que circuló en 1940, siendo confiscada y prohibida ese mismo año por el gobierno mexicano a causa de su abierta filiación nazi. Existe un excelente estudio[13] de Héctor Orestes Aguilar sobre el papel de Vasconcelos en esta revista, que no deja lugar a dudas sobre la orientación ideológica del oaxaqueño.

Llama la atención, no obstante, que Aguilar concluya su trabajo reduciendo el nazismo de Vasconcelos a desvarío pasajero. Las últimas palabras del artículo invitan a los estudiosos a revisar las páginas de *Timón*:

---

mas neocoloniales. Obregón, con Carlos Tarditi, había ganado el concurso para el Pabellón de México en la Feria de 1922 que conmemoraría, en la capital de Brasil, el Centenario de la Independencia de aquel país. La efímera construcción evocaba formas coloniales, que gustaron a Vasconcelos. Siendo muy importante la citada escuela por sus dimensiones, Obregón casi no escribió sobre ella, ya que era un proyecto opuesto a lo que en esos años se consideraba, de manera creciente, una opción arquitectónica válida. Obregón aceptó el encargo, puede inferirse, por razones políticas y económicas. Puede que, incluso, al ser Obregón un arquitecto bien informado sobre la cultura de vanguardia de esos años y la clase de arte mexicano que podría coexistir con la misma, considerase a Vasconcelos un arribista cultural de gustos conservadores, sin más. Lo que Obregón buscaba puede verse en su proyecto no construido para el Pabellón de México en la Feria de Sevilla, de 1926: un edificio simétrico y monumental de frente, pero de formas abstractas y reproducciones, sobre el acceso principal, del Calendario Azteca, así como columnas en las galerías laterales que imitaban las serpientes-columnas del Templo de los Guerreros de Chichén Itzá. En una fachada lateral, nos deslumbran unos planos abstractos tomados de la estética de *De Stijl*, por completo asimétricos y, no al centro, una réplica de la Coatlicue. Para mayor información, ver: Víctor Jiménez, *Carlos Obregón Santacilia, pionero de la arquitectura mexicana*, Conaculta-Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 2001, pp. 26-29 y 112, 113.

[12] *El desastre*, p. 121.

[13] Héctor Orestes Aguilar, "Ese olvidado nazi mexicano de nombre José Vasconcelos", *Istor (Revista de Historia Internacional)*, México, núm. 30, otoño de 2007, pp. 148-157. Debo el conocimiento de este texto al historiador Adrián Gerardo Rodríguez. El texto puede leerse en línea: <http://www.istor.cide.edu/archivos/num_30/coincidencias.pdf>.

"Hay que regresar a ellas con la convicción de que guardan el secreto de la enigmática conversión transitoria al nacionalsocialismo de ese gran escritor que fue José Vasconcelos". Pero los antecedentes ideológicos de Vasconcelos, que aquí hemos esbozado, no permiten hablar de enigmas ni de enajenaciones súbitas. Y si dejó Vasconcelos de exhibirse como apologista del nazismo fue porque la supresión de la revista le hizo entender que no se trataba de ningún juego y que podría enfrentar acciones más duras. Sin duda se lo advirtieron.

Después de Vasconcelos fue Secretario de Educación Bernardo J. Gastélum, de manera breve, y ya con Calles, José Manuel Puig Casauranc (1924-1928), quien dio a la dependencia una orientación totalmente diferente a la de Vasconcelos. Le correspondió enfrentarse a la educación religiosa que se impartía en los planteles privados durante la revuelta cristera, y fue bajo su gestión cuando Mariscal viajó al sureste y publicó el libro en que resume las experiencias que lo marcaron para siempre: puedo referir que en 1963 conocí a Mariscal, ya muy anciano, en la cima de la pirámide de Cuicuilco.

Henri Stierlin, el historiador suizo de la arquitectura, escribió: "si se consultan los documentos fotográficos publicados por Federico Mariscal en 1928, al principio de los trabajos arqueológicos emprendidos por la Secretaría mexicana de Educación Pública, se comprende que el lugar visitado por Waldeck y Stephens, algo menos de un siglo antes, tuviera un aspecto que bastaba para enardecer los espíritus ante la idea de una posible reconstrucción. Los trabajos de conservación emprendidos valientemente por México al día siguiente de la Revolución permitieron salvar estos tesoros arquitectónicos".[14] No hay que olvidar, sin embargo, que esto sólo sería posible en los años de Puig, no en los de Vasconcelos.

Nombres como el de John Lloyd Stephens, así como el de su compañero de viaje Frederick Catherwood, nos recuerdan que hay otros elementos a considerar: el nuevo nacionalismo mexicano, tal como lo

[14] Henri Stierlin, *Maya, Guatemala, Honduras y Yucatán*, trad. de Fernando Gutiérrez, Garriga, Barcelona, 1964, p. 66.

expresa el segundo Mariscal, se insertaba también en la corriente, que llevaba más de un siglo, de las múltiples miradas extranjeras *no hispánicas* que habían revalorado el arte del México antiguo, como lo evidencian los abundantes testimonios dejados por estos viajeros (muchos de los cuales apenas se han traducido en las últimas tres décadas), si bien —lo demuestra Vasconcelos— no eran insignificantes en nuestro país el desconocimiento y el menosprecio hacia aquellas manifestaciones culturales.

La década de 1920 sería el momento de inflexión para el cambio de dirección en México de que Mariscal es una muestra elocuente, y en ello tuvo mucho que ver el ya mencionado Jean Charlot, a quien pertenece la iniciativa de adoptar la historia de México como tema de una nueva concepción del muralismo, reivindicando, al mismo tiempo, tanto a las culturas originarias de nuestro país como a sus herederos. No era esto en Charlot sólo una ocurrencia personal: su propia familia estuvo parcialmente arraigada en México, lo que explica que su tío Eugéne Goupil fuese propietario, en París, de parte de la colección de antigüedades mexicanas reunida por Lorenzo Boturini, misma que pudo ver en su infancia.

Pero también, y esto es menos conocido, tuvo Charlot un temprano contacto con el fotógrafo, explorador y conocedor de México Désiré Charnay, quien a su vez había seguido los pasos de Stephens y Catherwood. Charlot encontró inspiración en la obra de Charnay, y tenemos así un buen ejemplo de la mezcla de cosmopolitismo "exótico" (como decía el primer Mariscal) y nacionalismo indígena (impulsado por el segundo Mariscal) que se encuentra en la base misma del renacimiento cultural mexicano de la década de 1920.

Marc Bloch se refirió a la diferencia entre los que llamó "testimonios voluntarios", materia prima de la historiografía tradicional, por lo común vocera del poder, y aquellos otros, los "testigos involuntarios",[15]

[15] Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, trad. de María Jiménez y Danielle Zaslavsky, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1995, p. 170.

también llamados así por él, a menudo alejados de la verdad oficial y preferidos por la historiografía moderna. Quienes escriben sobre un país que no es el suyo pueden romper, sin siquiera percatarse de ello, con las convenciones internas que impiden tocar algún tema o que exigen, sobre ciertas cuestiones, posturas "políticamente correctas", para usar la expresión popularizada los últimos años.

En el caso de México hay autores extranjeros que podemos calificar de racistas, pero igualmente están quienes nos enfrentan a ese rancio racismo mexicano que hemos aprendido a ignorar. De aquí se desprenden ramificaciones también en el terreno de la cultura. En México existe toda una escuela de historiografía tradicional en el campo de la cultura que se desplanta sobre la reivindicación de la religión y la cultura coloniales (el primer Mariscal y Vasconcelos no eran originales de manera alguna), recurriendo siempre a los "testimonios voluntarios", que reflejan ante todo la visión de aquel poder: el discurso oficial en todas sus manifestaciones, sin excluir las historiográficas. Se adopta así, sin ningún sentido crítico, un término como "evangelización" para exaltar la arquitectura y las artes asociadas al catolicismo, con énfasis en el amor cristiano que habrían recibido desinteresadamente los pobladores nativos de las colonias españolas.

Un punto de vista menos ingenuo, que recurre a los "testigos involuntarios", por no decir incómodos, nos ha permitido encontrar otra palabra, "Inquisición", para describir mejor el significado de la "evangelización" en la historia de México.[16] Un arquitecto alemán de principios del siglo XIX, Eduard Mühlenpfordt, nos puso en la pista de las causas que dieron origen a la fachada del ex-obispado de Oaxaca, cuya intención era perpetuar la memoria del Auto de fe en que fueron quemados vivos los últimos seis sacerdotes zapotecos de Mitla. Nuestra estrategia de investigación puede describirse mediante lo que decían Manfredo Tafuri y Francesco Dal Co, para quienes no se trata única-

[16] Víctor Jiménez y Rogelio González, *Inquisición y arquitectura. La "evangelización" y el ex-obispado de Oaxaca*, Editorial RM, México, 2009; en adelante, *Inquisición y arquitectura*.

mente de hacer la historia de las formas arquitectónicas, sino de lo que éstas ocultan.[17] Y no estamos hablando sólo de un cambio de terminología cuando en lugar del eufemismo "evangelización" escribimos "Inquisición" para referirnos a lo mismo. Hay dos visiones aquí: la que se identifica con el colonizador y la que lo hace con el que experimentó la colonización desde el otro extremo. Los testigos "exóticos" (para seguir con el primer Mariscal), por cierto, tienen la incómoda tendencia a identificarse con estos últimos.

En un país como México el sentimiento de lo propio debe abrirse paso en un ambiente adverso. Para empezar, no es adecuado, alegan *las buenas conciencias* —acudo al título de la novela de Carlos Fuentes, lo que también me permite recurrir, en lo que sigue, a la *estilización paródica*[18] del discurso conservador de la historiografía mexicana—, calificar como *genocidio* o *etnocidio* la gesta de España en América. Hay que equilibrar, alegan estas voces: poner lo negativo pero también lo positivo en la balanza y no hacer el juego a los propagandistas de la Leyenda Negra, promovida por los rivales históricos de España, no menos culpables (e incluso más) de horrores coloniales.

¿No hubo acaso frailes españoles que protegieron a nuestros indios con un catolicismo impregnado de Humanismo? (Dicho sea de paso: he visto alguna publicación católica decimonónica que condenaba al Humanismo como enemigo de la religión, antes de que este papel se asignase al Comunismo.) ¿No están ahí las Leyes de Indias, esa pieza central del discurso construido con los "testimonios voluntarios"? En fin, agregan las buenas conciencias, se debe evitar ese extremismo con-

[17] Manfredo Tafuri e Francesco Dal Co, *Architettura contemporanea*, Electa Editrice, Venecia, 1976, p. 416.

[18] Mijail Bajtín, "El hablante en la novela", *Las fronteras del discurso*, trad. de Luisa Borovsky, Las Cuarenta, Buenos Aires, 2011, pp. 96, 103-106. Un buen resumen de este procedimiento, útil para lo que aquí me propongo hacer en este punto, aparece en la p. 105: "La parodia debe ser, precisamente, una estilización paródica, es decir, debe recrear el lenguaje parodiado como un todo esencial, con su propia lógica interna y su universo particular, indisolublemente unido al lenguaje parodiado".

taminado de protestantismo y cosmopolitismo que sólo clausura toda posibilidad de examen objetivo y *centrado* de nuestra historia.

Las excelentes conciencias saben también que nadie puede negar que somos mestizos iberoamericanos, pese al radicalismo indigenista, y que ningún anticlericalismo podrá cuestionar que en México el culto guadalupano es un componente fundamental de nuestra nacionalidad, por no decir que de nuestra identidad. Pero, como saben las conciencias de buena cuna, los enemigos de México no descansan en su intento de mutilar la componente hispano-católica de nuestra esencia inmutable.

Así, concluyen las conciencias vigilantes, es necesario rechazar los dos polos del falso debate y situarse en el centro. Pero ¿qué *centro* es el que reclamaría el discurso de la buena conciencia? No tardamos en encontrarlo, cuando revisamos la historiografía, en lo que George Kubler llamó "etnocentricidad hispánica".[19] Kubler se refería así a la abrumadora mayoría de los historiadores de la arquitectura colonial latinoamericana, que sólo ven hacia España como referente en la materia, y ejemplificaba con el caso de Diego Angulo: "Él mira a América a través de España, con su espalda hacia los Pirineos y el Mediterráneo".[20] Es decir, para ese etnocentrismo el tema de estudio para el historiador de la arquitectura colonial no debe ser "Latinoamérica y el mundo", sino "Latinoamérica y España".

En los términos de mi exposición, este "etnocentrismo" de Angulo ha sido la reacción lógica de quienes pretenden eludir el "falso debate" que los disuelve en algo angustiosamente amplio —el mundo—, prefiriendo desaparecer los extremos representados por el cosmopolitismo

[19] George Kubler, "El problema de los aportes europeos no ibéricos en la arquitectura colonial latinoamericana", *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, abril de 1968, no. 9 (Número dedicado al Seminario Internacional sobre la Situación de la Historiografía de la arquitectura latinoamericana, realizado en Caracas desde el 9 al 14 de octubre de 1967), p. 108, en adelante, "El problema".

[20] "El problema", p. 107.

"exótico", por una parte, y el indigenismo "bárbaro", por la otra, inclinándose siempre hacia el inatacable "centro" del mestizaje de raíz hispana. Aquí están Vasconcelos y el primer Mariscal. Por tanto, y alejándome conscientemente de ese "centro", lo que considero indispensable abordar es el peculiar caso de un nacionalismo cultural, el mexicano, que a pesar de serlo tiene raíces fuertemente cosmopolitas: es decir, ancladas en todo aquello que se extiende más allá de los Pirineos y el Mediterráneo.

Visto así, el "falso debate" consiste en concebir como posiciones extremas –el cosmopolitismo y un nacionalismo indigenista históricamente vinculado a éste– dos fenómenos que no son opuestos sino complementarios y desprovistos de cualquier necesidad de un "centro" que los arroje a los extremos. Y aquí podemos adelantar que el debate real está en otra parte y se expresa así: ¿vale la pena seguir encerrados en el "etnocentrismo hispánico" como último horizonte, o pasamos ya a hablar de un verdadero cosmopolitismo? La prueba de que no siempre se quiere hablar de un cosmopolitismo real está en las palabras del primer Mariscal cuando defiende la arquitectura neocolonial oponiéndola, precisamente, a las "influencias exóticas": es decir, el cosmopolitismo de su época, asumiendo como su opuesto "nacional" lo que no es sino otra versión de lo extranjero. La oposición real aparece así, entonces, entre una visión cosmopolita de la cultura y otra de matriz colonial.

Lo que pasó en México, y constituye mi principal tesis aquí, es que la alianza del nacionalismo de raíz indígena y popular con el cosmopolitismo "exótico" resultó sumamente fecunda cuando llegó el momento de ponerla en práctica: Mariscal intentó sumarse a esta corriente cuando, al regresar de Yucatán a principios de los años treinta, llenó de mascarones del dios Chaac (de acero: es decir, "modernos") el interior del Palacio de Bellas Artes. Otros artistas buscarían lo mismo en esos años, como Juan O'Gorman, pero sin incurrir en el historicismo.

He sido profesor de historia de la arquitectura algo más de 30 años en la UNAM, dedicándome primero al período de 1750 a 1965 y después

al que va de 1417 a 1750. Llegué a conocer ambos con solvencia más que aceptable, y a esto podría responder un sospechoso cosmopolitismo "exótico" mío en este territorio, porque mis fuentes y ejemplos arquitectónicos significativos se remiten siempre a Francia, Inglaterra, Alemania, Holanda y los Estados Unidos, en el primer caso, y en el segundo a Italia, Francia e Inglaterra. Y aunque he leído y visto mucho sobre la materia no consideré nunca necesario dedicar un comentario específicamente arquitectónico no sólo a la arquitectura colonial sino a la española misma. Ni la una ni la otra resisten un análisis que no sea el de Diego Angulo, que ignora el resto del mundo –es lo que dice finalmente Kubler– como prerrequisito para proclamar su propia excelencia.

No es extraño, entonces, que la reivindicación de lo que llamo "lo propio" haya sido tomada en México, sobre todo en sus inicios, como un escepticismo inaceptable frente a la cosmovisión colonial, y fomento del peligroso discurso de una independencia política y cultural. Para entrar de lleno en otra forma de entender el "falso debate" de los nacionalistas *versus* los cosmopolitas, el siglo XVIII ofrece en México, en el campo de la historiografía, el caso del italiano Lorenzo Boturini (1698-1755), quizá el primer extranjero en concebir una historia propia de México, lo que ya levantó sospechas en su entorno. Boturini no dejaba de exhibir, por si acaso, su catolicismo, estrategia que adoptará igualmente Servando Teresa de Mier al reinterpretar la colonización religiosa española, materia ajena al asunto que me ocupa (aunque la he estudiado, como ya dije, bajo la forma de la Inquisición).

Boturini, en cambio, es un precedente que se debe destacar por anticiparse a muchos extranjeros que, a partir del siglo XIX, encontrarán más interesante el pasado mexicano previo a la época colonial que esta última. El estudioso italiano, uno de los pioneros de nuestro cosmopolita nacionalismo cultural, se enlaza con Charlot, como vimos, pudiendo afirmarse que tras un no tan conocido periplo de más de un siglo (todo el XIX e inicios del XX), compartido por extranjeros y algunos mexicanos cosmopolitas, como Ignacio Manuel Altamirano –quien

conoció personalmente a Charnay–, el peculiar nacionalismo mexicano se afianzará finalmente en nuestro suelo tras el sacudimiento aportado por la Revolución, que permitió al país (pese a Vasconcelos) reencontrarse con una cultura propia, alejada del etnocentrismo hispánico. Entre las manifestaciones más notorias del mismo están los murales de Diego Rivera, la arquitectura de Juan O'Gorman, la música de Silvestre Revueltas e igualmente la literatura de autores como Ramón López Velarde y Juan Rulfo, para citar sólo unos nombres emblemáticos.

2

Algunas ciudades arqueológicas mexicanas estaban a la vista de quienes pasaran por ahí, como Mitla, y durante la Colonia no pocos burócratas y religiosos españoles se refirieron a la misma mezclando aversión y reconocimiento a la excelencia de su arquitectura. Pero otras más distantes de los centros poblados, como Teutlitepec (conocida hoy como Monte Albán), Teotihuacan, Chichén Itzá y Uxmal fueron desdeñadas en la literatura colonial. Siendo Palenque un sitio oculto bajo la selva despertó la curiosidad de los lugareños a mediados del siglo XVIII. Las vagas noticias intrigaron a los administradores coloniales, como Josef de Estachería, de la Audiencia de Guatemala, quien envió al lugar a los funcionarios José Antonio Calderón y Antonio Bernasconi, arquitecto este último, sin obtener resultados significativos. Su tercer comisionado fue el capitán Antonio del Río, acompañado por el dibujante Ricardo Almendáriz, quienes llegaron al sitio en 1787 en misión militar para cumplir con una operación que hoy calificaríamos de "inteligencia".

Estachería fue provisto de un cuestionario que indagaba sobre la antigüedad del asentamiento y el número de sus pobladores, así como por la presencia de murallas defensivas. Del Río investigó el sitio con la piqueta, rompiendo pisos y muros para informar mejor sobre sus materiales y el posible uso de los edificios como fortificaciones. Al-

gunos dijeron, como cita Robert L. Brunhouse,[21] a quien seguimos aquí, que "había asaltado y devastado el Palacio como a una fortaleza enemiga",[22] aunque, como concluye Brunhouse, "lo único que hacía era cumplir órdenes".[23] El interés militar en Palenque lleva a Brunhouse a decir que del Río "no abrigaba ninguna curiosidad personal al respecto". Pero su informe, al que otros agregaron textos especulativos, sin olvidar los dibujos de Almendáriz, fue traducido y con los años llegó fortuitamente a manos de nuevos estudiosos de la antigüedad mexicana. Será otro militar el encargado de explorar estos vestigios y otros más en las postrimerías del régimen colonial.

El gobierno de Carlos IV encontró a la persona idónea, por su interés previo en la materia, en el capitán de dragones Guilhaume Dupaix, originario de lo que hoy es Bélgica. Según Brunhouse, "todos los indicios sugieren que fue criado como francés y que nunca se apartó de la lengua y las costumbres francesas, que eran parte de su personalidad".[24] Al pasar por Chiapas, agrega Brunhouse, despertó sospechas porque "la gente lo consideraba francés". Dupaix "había viajado por Italia y quizá por Grecia",[25] señala Brunhouse, además de conocer la arquitectura del antiguo Egipto por libros, y Humboldt lo consideraba alguien bien informado. En compañía del dibujante Luciano Castañeda hizo expediciones a diversos sitios arqueológicos, sin escatimar su admiración por las civilizaciones que habían creado aquellas ciudades y los objetos asociados a las mismas.

El trabajo de Dupaix y Castañeda llegó a manos de pioneros de la arqueología mexicana como Lord Kingsborough y del editor artístico Jean-Henri Baradére. Ambos reinterpretaron los dibujos de Castañeda y los divulgaron en Inglaterra y Francia, respectivamente. El

[21] Robert L. Brunhouse, *En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos*, trad. de Jorge Ferreiro, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, en adelante, *En busca*.

[22] *En busca*, p. 15.

[23] *En busca*, p. 15.

[24] *En busca,* p. 23.

[25] *En busca*, p. 22.

interés extranjero en una arquitectura mexicana distinta a lo colonial sólo iba a aumentar con los años, facilitándose de manera radical a partir del período independiente. Son conocidos los nombres del inglés John Galindo, el germano-francés Fréderic von Waldeck y muchos más que pasaron años en nuestro territorio, pero lo es bastante menos el del arquitecto alemán Eduard Mühlenpfordt, quien llega a México en 1827 para regresar a Alemania en 1833.

Durante su estancia Mühlenpfordt realiza, en 1830, los primeros dibujos completos y correctos de una ciudad arqueológica americana: Mitla. Pionero absoluto en esta rama de la historia de la arquitectura, publica en 1844 un notable trabajo en la línea de Humboldt, sólo que el de Mühlenpfordt es superior: el *Ensayo de una fiel descripción de la República de Méjico, con especial referencia a su geografía, etnografía y estadística*, en dos volúmenes. Supe de este autor por Rogelio González, a finales de la década de 1980, y ambos mandamos traducir los dos capítulos que dedica a Oaxaca, donde encontramos una referencia muy valiosa al edificio del ex-obispado de Oaxaca, del siglo XVI, que aún ostenta una mala copia de la fachada de los palacios de Mitla, hecha hacia 1560 por Bernardo Alburquerque, segundo obispo de Oaxaca y activo inquisidor de los nativos de ese estado, quien mandó quemar vivos a los últimos seis sacerdotes de Mitla, a lo que ya hice referencia.

Mühlenpfordt había estudiado en la universidad de Göttingen, especializada en preparar viajeros que recorrerían el mundo en misiones científicas (de ahí egresó Humboldt una generación antes que él), por lo que el arquitecto alemán estaba muy bien entrenado para su trabajo, pero mientras Humboldt permaneció en México sólo once meses, Mühlenpfordt estuvo aquí cinco años. Enterado quien esto escribe de que el Banco de México realizaba una serie de publicaciones con testimonios de viajeros extranjeros que pasaron por México en el siglo XIX, e inéditos en español, pude sugerir dos autores para esta colección: Mühlenpfordt fue el primero y apareció completo en 1993,

traducido por José Enrique Covarrubias;[26] el segundo sería Désiré Charnay (1828-1915), a quien volveré, cuyo trabajo apareció en 1994 en mi propia traducción.

El notable trabajo de Mühlenpfordt, tan largamente ignorado, es la obra de un hombre culto y liberal, que inspecciona bibliotecas y archivos, transcribe manuscritos, describe edificios y conversa con informantes de todo tipo. En Oaxaca revisó la biblioteca del convento de Santo Domingo y sólo encontró de interés ahí el trabajo (que copió) de un cronista colonial, Cristóbal Chávez Castillejos, cuyo tema eran los pueblos nativos de Oaxaca. En la ciudad de México visitó las principales bibliotecas conventuales, que encontró "llenas del fárrago dogmático y escolástico de la Edad Media", pero en las que quizá, dijo, podría hallarse algo de utilidad sobre lo que a él le interesaba: "la historia antigua y las circunstancias de los pueblos mexicanos".[27]

No hace falta que me extienda sobre el trabajo de Stephens y Catherwood, pero sí diré que ellos inspiraron en Désiré Charnay el deseo de emularlos, sólo que valiéndose de una cámara fotográfica para reproducir los antiguos monumentos. Tenía los recursos para financiar su empresa y a partir de 1857 realiza excursiones por Oaxaca, Chiapas y Yucatán con el propósito de fotografiar las ruinas de Mitla, Palenque, Chichén Itzá y Uxmal, que se encargó de divulgar en Europa, aunque tomó fotos de arquitectura colonial que sólo distribuyó aquí (vendidas por Julio Michaud sin identificar a su autor: tres de ellas, por cierto, se reprodujeron en la revista de Ignacio Manuel Altamirano, *El Renacimiento*, en 1869).

Hacer fotografías entonces implicaba ir a lugares remotos en medio de combates, por caminos infestados de asaltantes, cargando en mula (a veces sobre la espalda propia y la de porteadores) un equipo de una tonelada que incluía placas de vidrio que se podían romper o mojar y

[26] Datos de esta edición en la nota siguiente.

[27] Eduard Mühlenpfordt, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México*, trad. y estudio de José E. Covarrubias, Banco de México, México, 1993, segundo tomo, p. 238.

perderse el trabajo de un año, como le ocurrió también a Charnay. Esos cristales debían sensibilizarse con químicos inestables momentos antes de hacer la toma y revelarse minutos después en "laboratorios" improvisados al interior de una ruina. Sin embargo, los resultados fueron espléndidos y Charnay, primer fotógrafo de la arqueología mexicana, no ha sido superado en la calidad de sus imágenes.[28] La traducción de la obra que las contiene –*Cités et ruines americaines*–, impresa en 1863, se publicó en México apenas en 1994. Ya adelanté que fui su traductor y pude localizar un ejemplar de las imágenes que integraban el álbum fotográfico, con lo que se obtuvo la primera edición completa, en nuestro país, de esta obra.[29]

Charnay inició su recorrido por México en unos momentos en que no faltaba mucho para la intervención francesa, alentada en parte como empresa de reconquista por Eugenia de Montijo, mujer española de Napoleón III. Se iniciaría a partir de este episodio un segundo acto del trabajo de Charnay, curioso por los resultados: sin abandonar sus convicciones liberales, que lo llevan a hacer uno de los mayores homenajes a Benito Juárez, consigue que *le petit Napoléon* costee la publicación del texto y –sobre todo– el caro álbum de fotografías que debía acompañarlo.

Su visión intelectualmente inquisitiva permea todo el libro: manifiesta la mayor admiración por las culturas originarias de México y sus expresiones arquitectónicas, así como por los nativos mexicanos, re-

[28] Sobre Charnay existen las investigaciones de Keith Davis (*Désiré Charnay. Expeditionary Photographer*, The University of New Mexico Press, Albuquerque, 1981) y Pascal Mongne (en su edición de Désiré Charnay, *Le Mexique, 1858-1861. Souvenirs et impressions de voyage. Commenté par Pascal Mongne*, Éditions du Griot, La Chapelle Montligeon, 1987), a las que se sumó recientemente el catálogo de la exposición montada en 2007 en el Musée du quai Branly, en París, con textos de François Brunet, Christine Barthe, Pascal Mongne y Sabrina Esmeraldo ("*Le Yucatán est ailleurs, explorations photographiques (1857-1886) de Désiré Charnay,* Musée du quai Branly-Actes Sud, Paris, 2007).

[29] Désiré Charnay, *Ciudades y ruinas americanas. México, 1858-1861. Recuerdos e impresiones de viaje*, trad. y estudio de Víctor Jiménez, 2 vols., Banco de México, México, 1994; en adelante, *Ciudades y ruinas*.

prochando la sumisión de aquellos que no se han emancipado del yugo colonial, pero elogiando sin reservas a los mayas sublevados en Yucatán, ya que su visita coincide con la insurrección conocida como Guerra de Castas. Encomia a los curas educados que encontró en su camino, pero es implacable con aquellos que viven en medio de lujos, despreocupados de la suerte de los nativos sometidos a la explotación.

Menosprecia en general a los españoles, algo común entre los franceses, y es así como se ha producido con Charnay un fenómeno común en estos casos: calificarlo como contrario a "México", cuando es evidente que a quienes no ama son otros. Veamos primero cómo se expresa de Benito Juárez, a quien conoció personalmente:

> El presidente Juárez es uno de los hijos ilustres del estado de Oaxaca: de pura sangre india, es hijo sólo de sus obras y se lo debe todo únicamente a sí mismo. Pasó del ejercicio de la abogacía en una ciudad de provincia a la gubernatura del estado, para llegar a la presidencia de la Suprema Corte e instalarse, como hombre honesto, en la silla presidencial. Su administración como gobernador del estado de Oaxaca ha dejado tras él un hálito de honradez que rara vez se respira en México, y las mejoras que se esforzó por extender en todos los servicios públicos son una buena prueba de su dedicación al bienestar de sus conciudadanos. La organización de los poblados indígenas de la sierra que quedan dentro de esta provincia, y de donde él es originario, le hace el más grande honor: es sorprendente encontrarse con escuelas obligatorias de las que egresan los indios sabiendo leer, escribir y contar; apenas podemos dar crédito a nuestros oídos cuando el sonido del órgano de los templos o las fanfarrias de los instrumentos de metal nos recuerdan los aires de nuestra patria lejana, en medio de la montaña de selvático aspecto.
>
> Yo no sé si México colocará a Juárez entre sus grandes hombres, pero es a todas luces una personalidad sobresaliente. En medio de la penuria de talentos que lo rodean, él contrasta por su probidad, tan meritoria en su país, una constancia gloriosa en no desesperar de su causa; una obstinación suave, pero infatigable, para vencer a la fortuna, una dulzura de carácter que no perciben bien quienes lo han conocido ligeramente. Muchos

> son los que me lo han manifestado enfáticamente: cada vez que lo vi, me hizo un favor.[30]

Éstas son las palabras del Charnay *poco amigo* de México, según algunos: y no tan pocos, ya que no se explica de otra manera que su obra se tradujera, como dije, sólo en 1994, 131 años después de editada en Francia; al aparecer nuestra traducción el año mencionado, algunas notas de prensa rápidamente recordaron que Charnay era hostil a los mexicanos. Mientras exalta a Juárez –comienza por llamarlo "presidente" cuando sus compatriotas instalaban ya un gobierno títere– éste se ocupaba de dirigir las hostilidades contra los invasores, y faltaban aún cuatro años para que la República que él presidía derrotase a las fuerzas de Napoleón. Quizá por ello este elogio, con el retrato psicológico y político que contiene, posee un valor excepcional, de carácter profético…

Y no otro será el papel de Charnay en su empeño por ubicar las grandes creaciones arquitectónicas de los zapotecos, mixtecos y mayas en el lugar eminente que, pensaba con acierto, merecen en la cultura universal. A muchos que lo vieron llegar a las ruinas mayas les sorprendía que hubiese hecho un viaje tan largo para ver algo que para ellos no tenía mérito alguno. Así describe, por ejemplo, su llegada a Chichén Itzá desde la población vecina de Dzitás:

> El cura De la Cruz Monforte también quería venir con nosotros; su avanzada edad hacía de esta excursión, para él, un viaje muy fatigoso; pero su curiosidad en relación con estas ruinas, que nunca había visto, era ya muy intensa como para renunciar a ella. […] Mi llegada lo había intrigado hasta más no poder. Este buen hombre no podía comprender que un mero asunto de arte o de ciencia me hubiera empujado a dejar mi patria, atravesar el Océano, *el mar* (esta idea lo hacía estremecerse), para venir, simplemente, a reproducir unas ruinas que los habitantes del lugar ni siquiera conocían.

[30] *Ciudades y ruinas*, p. 107.

> —Debe haber algo allí, me decía el *padre*; es probable que la nación de usted hubiese vivido antiguamente en estos palacios, y lo envía a visitarlos, a estudiar estos lugares para ver si es posible repararlos, a fin de que algún día puedan venir a ocuparlos nuevamente. El *padre* no podía, en suma, entender nada, y su sistema de probabilidades no recurría evidentemente al sentido común. Los españoles, en la medida que les ha sido posible, han alimentado esta abyecta ignorancia, no llamando la atención de estas pobres colonias sino hacia la metrópoli, y haciéndoles creer que sólo existía España en el mundo.[31]

Las últimas palabras de la cita nos recuerdan, claro, a George Kubler. Chichén Itzá o Uxmal (que también fotografió Charnay) siempre habían estado ahí, pero para que *existieran* de verdad hacía falta la visión de hombres como los que en los siglos XIX y XX "descubrieron" culturalmente estas ciudades, sobre todo para los mexicanos, aunque Vasconcelos no se encontrase entre ellos.

En México conoció Charnay al francés Eugène Goupil; en su vejez, ya en París, el sobrino nieto de este último, Jean Charlot, lo visitó repetidamente, como he adelantado, leyendo su *Ciudades y ruinas americanas*, donde aparece citado el episodio conocido como La Masacre del Templo Mayor. Esta referencia por parte de Charnay tendría consecuencias tan insospechadas como trascendentes. Cuando José Vasconcelos encargó los frescos de la Preparatoria Nacional, ubicada en el ex-Colegio de San Ildefonso, tenía una idea de ese trabajo cercana a la que mostraban algunos edificios de la época de Porfirio Díaz: es decir, alegorías y figuras decorativas de exaltación institucional.

No es otra la concepción que tiene el mismo Diego Rivera cuando inicia, a principios de 1922, la encáustica *La Creación* en el Anfiteatro Simón Bolívar: las imágenes representan virtudes humanas a ser exaltadas, sin mayores referencias concretas. Pero en la parte superior de la escalera de San Ildefonso, Charlot, ayudante de Rivera en aquel mural alegórico, daba comienzo el 2 de octubre de 1922 al primer fresco

[31] *Ciudades y ruinas*, p. 160.

del muralismo mexicano, con el tema, precisamente, de La Masacre del Templo Mayor, que recordaría por la referencia al mismo en el libro de Charnay, aunque en el fresco mismo cita a Durán como fuente. Diego Rivera, aunque no lo reconocería jamás, habría de recorrer el camino abierto por un francés, y no sólo en el muralismo, sino en cierta concepción de la historia de México por entero opuesta a la del "etnocentrismo hispánico" vasconceliano.

Charnay, por supuesto, tuvo oportunidad de encontrarse con estudiosos mexicanos a lo largo de sus estancias en la capital, como el historiador Manuel Orozco y Berra (a quien habría obsequiado un ejemplar de *Ciudades y ruinas americanas*, cuyo volumen de fotografías se ubica actualmente en la Mapoteca que lleva su nombre),[32] conociendo igualmente a Ignacio Manuel Altamirano. El escritor guerrerense dejó un testimonio al respecto que es fundamental conocer, pero antes es necesario ver por qué fue el polifacético autor y hombre de acción guerrerense, precisamente, quien advirtió el valor del trabajo de Charnay.

3

Altamirano es una figura emblemática de la creciente conciencia, en el México independiente, del obligado cruce de caminos entre cosmopolitismo y nacionalismo que podría llevar a la construcción de una identidad nacional propia de los mexicanos. Las nuevas condiciones habían permitido que intelectuales tan representativos del liberalismo

[32] No puedo atribuir otro origen a la presencia de esta obra en ese lugar, ya que es el único ejemplar que pude localizar en México al hacer la investigación que me exigió la traducción de la obra de Charnay, que incluye una reproducción de las fotografías del álbum conservado en la Mapoteca. No hay que olvidar que Orozco y Berra fue colaborador del gobierno de Maximiliano y eso le habría dado más de una oportunidad de recibir, de manos del propio autor, la obra de Charnay, aparecida en 1863 y financiada por Napoleón III. Altamirano pudo conocer al explorador francés antes de la intervención o ya derrotado el Imperio, pero difícilmente durante el mismo, ya que lo combatió.

como Ignacio Ramírez (el gran mentor del guerrerense), Guillermo Prieto y Francisco Zarco avanzaran en la concepción de una historia nacional ajena a la visión colonial, y de ella será heredero Ignacio Manuel Altamirano.[33] Nacido en 1834, su percepción de lo mexicano se inicia como la de un muchacho mestizo de Tixtla, en el actual estado de Guerrero, que crece en una familia que habla español (la idea de que el náhuatl fuese su lengua materna la desmiente él mismo cuando escribe en su *Diario*, en mayo de 1869, "He abandonado el mexicano que tan útil me sería en mis estudios de historia de México y que tenía empeño en enseñarme el profesor Galicia",[34] aunque agrega, en julio, "Di mi lección de náhuatl medio dormido",[35] porque habría retomado sus estudios).

Excepcionalmente dotado en el terreno intelectual, a los 14 años tendrá en Toluca la posibilidad de recibir una educación que, si bien conservaba el peso de la Colonia (sobre todo mediante la religión), ya había asimilado que el idioma francés era esencial en la cultura de la época. Altamirano dominará por completo esta lengua para conseguirlo después con el inglés (del que hizo traducciones, como veremos) y en alguna medida el alemán (en su mismo *Diario*, también en 1869, dice "He abandonado el alemán que iba aprendiendo rápidamente bajo la dirección del profesor Hassey",[36] pero comenta, líneas abajo: "Compro los libros nuevos que llegan de París o de Alemania…"[37]). Conoce bien el latín, accesible en la enseñanza de su tiempo, y al lado del alemán y el náhuatl estudia griego, como especifica en el mismo lugar de su

[33] Lo destaca Jacqueline Covo en la Introducción a los textos de Ignacio Manuel Altamirano reunidos en *Paisajes y leyendas. Tradiciones y costumbres de México*, Editorial Porrúa, México, 1999, pp. X-XII.

[34] "1869", en Ignacio Manuel Altamirano, *Diarios*, *Obras completas*, Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, Dirección de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2011, vol. XX, p. 58. En adelante, "1869", *Obras*, vol. XX.

[35] "1869", *Obras,* vol. XX, p. 62.

[36] "1869", *Obras,* vol. XX, p. 58.

[37] "1869", *Obras,* vol. XX, p. 58.

Diario. La vida de Altamirano fue un largo recorrido contra los obstáculos que su origen podría haberle opuesto de manera insalvable, pero se desempeñó con éxito en todas las actividades que se propuso desempeñar. Su editor más reciente, Édgar Elías Azar, escribe:

> Nunca se sabrá, o nunca nos pondremos de acuerdo, cuándo fue más grande Altamirano, si en su esforzada niñez y adolescencia, en su madura adultez o en sus horas postreras; si como intelectual y maestro, como político y polemista, como soldado defensor de la patria, como servidor público y diplomático, como juez o como jurista reformador. La verdad que resplandece es que fue un mexicano de excepción, que enorgullece a todos pero especialmente a los guerrerenses, pues fue Tixtleco de origen y cultura, y su legado será imperecedero.[38]

"Tixtleco de origen y cultura": es necesario subrayarlo aquí si recordamos que no eran los españoles, sino otros extranjeros, quienes habían desarrollado la fuerte empatía hacia lo mexicano ya mencionada antes. No debe sorprendernos así que los mexicanos con menos razones para identificarse con lo español, como Altamirano, dirigiesen su mirada hacia otras naciones. Durante la vida de Altamirano España había terminado por ocupar en Europa una posición marginal a causa de su atraso, ofreciéndose, a los ojos de franceses, ingleses y alemanes, como un país exótico y pintoresco, no tan diferente de México.

En la escuela primaria de Tixtla se separaba a los niños entre aquellos "de razón" (hijos de españoles y criollos, o de mestizos adinerados) e "indios". Los primeros aprendían a leer y escribir, más algunos rudimentos de gramática y las cuatro operaciones aritméticas básicas; los segundos, sólo rezos. Altamirano debió ser un niño tan brillante que, a instancias de su padre, el maestro lo cambió del segundo al primer grupo. Resulta interesante imaginar cómo debió sorprender a Altamirano, al convertirse en un gran intelectual cosmopolita y entrar en contacto con gente como Charnay, que esa jerarquía se invirtiese, como

[38] "Estudio introductorio", en *Discursos y brindis*, *Obras*, vol. I, p. 24.

hemos visto: lo que había aportado España a sus colonias se ubicaba, para los europeos cultos, en el terreno de lo negativo.

Así lo veía Johann Wilhelm von Müller, quien pasó por México a finales de la década de 1850 y se lamentaba de la postración de los nativos oaxaqueños, incapaces, según él, de toda iniciativa e incluso de actividad intelectual. Puesto que Von Müller conocía la obra de Clavijero, quien había exaltado las virtudes de los oaxaqueños, comenta: "Y cuando el citado dice que, antes de que los dominicos se establecieran, esta gente eran personas civilizadas y trabajadoras, que poseían sus propios estatutos legales, que se ocupaban de las artes y de las ciencias, que calculaban el año y legaban a sus sucesores la memoria de sus hazañas por medio de canciones y representaciones alegóricas, entonces, lo que realmente habría que lamentar es que hubiesen entrado en contacto con los dominicos".[39]

Es necesario enfatizar que Altamirano ha sido uno de los escritores más cosmopolitas nacidos en nuestro suelo, y no sólo en su siglo. Hay elementos sólidos para afirmarlo, como son los idiomas que dominó, su conocimiento de la literatura escrita en los mismos, la forma en que citaba la historia y la cultura europeas de diversas épocas, sin olvidar su familiaridad con los avances pedagógicos y científicos de la época. Adicionalmente, conviene enfatizarlo también, estudió y conocía muy bien la historia nacional, desempeñándose él mismo como historiador. Fue asimismo abogado, militar, político, funcionario, académico, traductor, novelista, editor y diplomático.

Basta ver las páginas de *El Renacimiento*, que apareció a lo largo de 1869 y no dejaba tema sin abordar (incluyendo monografías sobre las lenguas nativas de México, al lado de artículos sobre escritores y mú-

[39] Johann Wilhelm von Müller, *Viajes por los Estados Unidos, Canadá y México. De Puebla a Oaxaca. Oaxaca*, trad. de María del Carmen Salinas, Introducción de Víctor Jiménez y Rogelio González, Codex Editores, México, 1998, pp. 62, 63. Esta obra, a excepción de los dos capítulos mencionados en el subtítulo de la traducción parcial aquí citada, permanece aún inédita en español. La edición alemana es de 1864.

sicos europeos del momento), reconocida como una de las aventuras culturales de mayor ambición realizadas en nuestro país, que pese a su fugaz existencia habría de tener una larga influencia. Esa revista *semanal* no sólo fue creada y dirigida por Altamirano; él mismo elaboraba parte importante de la misma. Con Altamirano estamos, así, ante el interlocutor idóneo para los visitantes extranjeros interesados en la cultura mexicana, o para aquellos que trató en el extranjero.

Efectivamente, en diversas ocasiones demostró Altamirano estar bien informado sobre el trabajo de los exploradores y estudiosos que habían ampliado ya en su época el conocimiento de nuestro pasado, y Altamirano podría ser considerado, desde la perspectiva de la Estética de la recepción, como un *lector privilegiado* de esos autores. Es el suyo, así, un testimonio insustituible sobre la cultura de México, por la combinación que se dio en él de cosmopolitismo y un origen étnico preciso. Pocos podrían leer entonces (y aún ahora) a esos estudiosos en su lengua original.[40] Trató personalmente a Charnay, como he adelantado, y hace sobre la vocación y el trabajo del francés reflexiones que convalidan lo que sostenemos: el nacimiento de un peculiar nacionalismo mexicano fuertemente respaldado, desde sus orígenes, por la mirada extranjera.

El 12 de marzo de 1881 publicaba Altamirano un artículo dedicado a Charnay en *La República*, donde menciona que acaba de verlo personalmente y alude al álbum fotográfico que acompaña a *Ciudades y ruinas americanas* (del que cita la colaboración de Viollet-Le-Duc). Destaca la dificultad que había representado para el explorador francés hacer sus recorridos por el Sureste, y aporta información de carácter financiero importante en relación con Charnay:

[40] "Antigüedades mexicanas", en *Escritos sobre educación,* tomo 2, *Obras*, vol. XVI, p. 89. Altamirano cita en este texto, publicado en 1876, a Augustus Le Plongéon, a "Norman, Stephens, Waldeck, Charnay y Brasseur de Bourbourg", así como a algunos autores coloniales y mexicanos contemporáneos suyos. También menciona, sobre Chichén Itzá, los daguerrotipos de Stephens y las fotografías de Charnay, p. 99.

> El señor Charnay es un benemérito de la arqueología americana, y merece ciertamente la consideración y el agradecimiento de los mexicanos.
>
> Porque la verdad es, por dura que parezca, que si un hombre como éste, subvencionado por ricos entusiastas como M. Lorillard, y por hombres de estado inteligentes como M. Ferry, no se consagran a explorar y a estudiar nuestros monumentos antiguos, aquí en el país ha de ser difícil encontrar aficionados que quieran consagrarse al estudio concienzudo de nuestra arqueología, arriesgando su salud y sin contar con elementos.
>
> Y a fe que esto sería grandemente útil por el honor de las ciencias nacionales. Estando en nuestra tierra, con la protección de los gobiernos locales, encontrando más fácil ayuda en los indígenas por ser nuestros compatriotas, pudiendo disponer de mayor tiempo, evidentemente que nuestras exploraciones habrían de ser más fructuosas y detenidas.
>
> Pero esto no se ha podido, o no se ha querido hasta aquí, y hay que resignarnos a que extranjeros, como Humboldt, como Waldeck, como Stephens o Charnay, lo hagan, viéndonos obligados a estudiar sus obras después y a consultar sus estampas, en vez de examinar con más fruto los monumentos mismos.[41]

Altamirano adelanta en esta cita una reflexión sobre el interés extranjero dirigido al México antiguo, concretado en el financiamiento tanto privado (el magnate estadounidense Pierre Lorillard financió el viaje de Charnay que resultó en el libro *Les Anciennes Villes du Nouveau Monde*, de 1885) como público (Jules Ferry dio los recursos, siendo Primer Ministro francés, para ese libro). Al mismo tiempo lamenta el desinterés local frente a la misma materia. Pero es igualmente notorio que comparte con algunos de los exploradores extranjeros la valoración del pasado mexicano en dos niveles cualitativos: lo nativo en un plano superior al de lo colonial. Aquí podemos ver al Altamirano cabalmente cosmopolita:

> Hay en nuestro país algunos aficionados que estudian las antigüedades sólo dentro de sus gabinetes, y eso dando preferencia en sus tareas a las in-

[41] "Désiré Charnay", en *Escritos sobre educación,* tomo 2, *Obras*, vol. XVI, p. 133.

> dagaciones que se relacionan con la conquista y la vida colonial, es decir, con la historia de ayer, con lo menos importante de nuestra arqueología.
>
> Pero respecto de la vida que podemos llamar prehistórica de las naciones que habitaron nuestro suelo, respecto de las indagaciones de un orden más elevado que se refieren a la existencia hasta hoy misteriosa de aquellos pueblos, sin duda muy civilizados, que construyeron los grandiosos monumentos de Palenque, de Comalcalco, de Uxmal, de Chichén Itzá, de Mitla, no se ha escrito nada, o se ha escrito tan poco que no puede servir todavía para fundar una teoría siquiera conjetural.[42]

Algunos de los estudiosos de "la conquista y la vida colonial" (en sus palabras) eran conocidos suyos, como Manuel Orozco y Berra, quien colaboró en *El Renacimiento* con un largo texto sobre Hernán Cortés, pero ya en esa misma revista (anterior en 12 años a su texto sobre Charnay), en el frontispicio del primer número, además de figuras femeninas que representan virtudes cívicas extraídas de la iconografía europea, Altamirano incluyó un Ave Fénix (de claro significado en el contexto del México de entonces, como el título mismo de la publicación) y un mascarón europeizado de Tláloc, con sus ojos de círculos concéntricos y característica "bigotera".

Igualmente hubo en la revista colaboraciones de Francisco Pimentel (erudito conservador que se había acercado a la lingüística indígena sin simpatía por sus hablantes y del que se distanciará Altamirano) sobre las lenguas nativas mexicanas (mixteco, huasteco, mexicano, mame, otomí, tarasco, zapoteco, tarahumara, ópata, cahita, matlazinca, totonaco). Altamirano habla, en 1876, de "las famosas ruinas de Xochicalco, que yo conozco".[43] Posteriormente me referiré al breve capítulo dedicado a Xochimancas por Altamirano en *El Zarco*, donde hay una resonancia de los textos de los exploradores extranjeros sobre algunos sitios

[42] "Désiré Charnay", en *Escritos sobre educación,* tomo 2, *Obras*, vol. XVI, pp. 133-134.

[43] "Antigüedades mexicanas", en *Escritos sobre educación,* tomo 2, *Obras*, vol. XVI, p. 101. Sobre Le Plongéon cita Altamirano a la mayoría de los estudiosos del México antiguo de su época.

mesoamericanos. Pero aún estamos con su texto dedicado a Charnay. A continuación de la cita anterior prosigue:

> Algunos estudios dedicados en el *Museo Nacional* sobre lingüística, por nuestro ilustrado amigo el señor Mendoza, dignísimo director de aquel establecimiento, son apenas el primer contingente mexicano en esta materia y algunos vislumbres de verdad que se descubren entre los embrollados escritos de los historiadores religiosos del siglo XVI, son lo único que, en punto a nuestra arqueología, podemos citar hasta ahora.
>
> En Europa, los americanistas están consagrados hoy con ardor a las investigaciones respecto de México, y los trabajos del señor Charnay van a serles muy útiles.[44]

Los cronistas religiosos españoles dejaron textos cuya función era, y no de manera marginal, disminuir el valor de las antiguas culturas de México –comenzando por su cosmovisión religiosa– y exaltar los méritos de la metrópoli, a la que correspondía la única religión digna de ese nombre. Por ello alude Altamirano sólo a "algunos vislumbres de verdad" en dichos escritos, sin olvidar que la escritura de aquellos textos era muy deficiente: "embrollada", como también dice. En un artículo de Eduardo Ruiz sobre Ihuatzio publicado en *El Renacimiento* (10 de abril de 1869) aparece un claro deslinde a favor del conocimiento verificable, positivo, que brindarían la arqueología, por una parte, y, por la otra, el más dudoso que provendría de los frailes: "Es muy sensible que estos frailes franciscanos [...] se hayan ocupado más de indagar las relaciones que en su concepto existían entre la religión de los indios y la antigua de los judíos, y en referir apariciones y milagros, que en consignar con sano criterio las tradiciones del pueblo, o en descifrar los jeroglíficos que tanto abundan en el país".

Antes de esto Ruiz ha adelantado de manera más explícita lo que pensaba de la cristianización colonial cuando habla del Lago de Pátzcuaro: "[se levanta] en medio de las aguas una solitaria peña, que por

[44] "Désiré Charnay", en *Escritos sobre educación,* tomo 2, *Obras*, vol. XVI, p. 134.

haber sido objeto de veneración para los indios, fue el primer punto en que el sacerdote cristiano alzó una cruz, signo de redención para la humanidad, pero de servidumbre y de tormentos para los naturales del país": a lo largo de su artículo Ruiz no deja de lamentar que los pobladores del lugar ignorasen todo sobre su pasado, lo que habría contribuido a que el articulista, como revancha quizá, no mencione la pequeña ciudad colonial de Pátzcuaro… pese a que el título de su colaboración es, justamente, "Pátzcuaro". Ruiz se ocupa casi únicamente de Ihuatzio. Hacer esto en 1869 es anticipar, y mucho, lo que se volverá común en momentos posteriores de la historia nacional: por ejemplo, la postura encabezada por Diego Rivera a partir de la década de 1920 (que acusa la influencia, aunque el muralista no lo supiese, de Charnay mismo).

En el artículo de Altamirano sobre Charnay podría haber un eco de las ideas sostenidas por Ruiz. Ya he mencionado las colaboraciones de Francisco Pimentel sobre la lingüística de los antiguos mexicanos, lo que justifica ocuparse con mayor detenimiento de la etapa formativa del peculiar nacionalismo cosmopolita de Ignacio Manuel Altamirano representada por *El Renacimiento*. En 1882, trece años más tarde, en su artículo sobre Charnay, el guerrerense está por completo consciente del auge que experimentan en Europa los estudios sobre la América antigua, particularmente el caso de México, y en ese contexto ubica a Charnay. Éste, por cierto, tiene una presencia indirecta en la revista por las tres fotografías suyas reproducidas ahí sin darle crédito. Ahora es conveniente terminar nuestra cita del texto de Altamirano sobre el fotógrafo y explorador francés:

> Para nosotros, todo lo que contribuye a producir luz en estas densas tinieblas que hasta hoy envuelven los orígenes de las razas autóctonas de México, es en arqueología lo que más nos interesa y lo que positivamente interesa a las ciencias, a la etnología, a la antropología, a la lingüística, a la historia comparada.[45]

[45] "Désiré Charnay", en *Escritos sobre educación,* tomo 2, *Obras*, vol. XVI, p. 134.

Formaba parte de las ideas rectoras de los exploradores decimonónicos (y aun anteriores, como los frailes que recuerda Ruiz) la convicción de que el origen de los pueblos americanos era el problema fundamental a despejar: ¿venían de Asia, África, Oriente Medio? Estas especulaciones conducían a lo que Altamirano designa como "historia comparada": Viollet-Le-Duc (arquitecto de Napoléon III), por ejemplo, en el texto publicado por Charnay –al lado del suyo– en *Ciudades y ruinas americanas*, analiza la antigua arquitectura mexicana a partir de las fotos del álbum y con una sola intención: descubrir cuáles de esos edificios (Mitla, Palenque, Uxmal, Chichén Itzá, puede elegirse cualquiera) tienen una relación con Egipto; cuáles otros, una procedencia mesopotámica, etcétera. Altamirano se refiere probablemente a tal curiosidad.

Sólo de manera paulatina se llegará, en el extranjero y México mismo, a la aceptación de la radical originalidad de nuestras civilizaciones, lo que sólo habría de aumentar la admiración de unos y la confusión de otros ante los logros de este conglomerado de culturas: lo que dice Henri Stierlin en la cita que hemos elegido como epígrafe es una buena muestra del camino recorrido hacia esta comprensión. Concluiré mi cita con la más sorprendente declaración de Altamirano, que demuestra su entendimiento, hasta las últimas consecuencias, de la nueva perspectiva que se abría ante los ojos de propios y extraños en la jerarquización de lo mexicano frente a lo colonial:

> Lo que se refiere a la época colonial no tiene sino una importancia de segundo orden, a veces de mera curiosidad. Por otra parte, todo eso pertenece a un terreno más abordable, al dominio de la historia positiva, y es un trabajo de compilación y no de reconstrucción.
>
> Verdad es que hay en él más certidumbre, menos espacio para las teorías aventuradas, pero en cambio no tiene la importancia de generalización y de análisis que el otro.
>
> Felicitamos al señor Charnay por sus perseverancias y por la fortuna con que han sido recompensados sus afanes.[46]

[46] "Désiré Charnay", en *Escritos sobre educación,* tomo 2, *Obras*, vol. XVI, pp. 134-135.

El contraste de este juicio con el que Vasconcelos escribirá casi medio siglo después no podría ser mayor. Por añadidura, ningún estudioso extranjero del pasado mexicano, hoy mismo, excepción hecha de los vinculados al etnocentrismo hispánico, estaría en desacuerdo con Altamirano. En *El Renacimiento* habían aparecido otros artículos que anticipan la visión de Altamirano frente a Charnay: "Antigüedades de Jonuta" (en dos partes, de Pedro C. Paz), por ejemplo, contiene una descripción del sitio y se ilustra con litografías de figuras de cerámica; por este texto sabemos que en esa época Palenque era igualmente conocido como Culhuacan. También se publicó, semanas después, un poema elegiaco dedicado "A las ruinas de Palenque".

En la portada del segundo volumen de *El Renacimiento* (que reunió los números publicados en el segundo semestre de 1869) reprodujo Altamirano una litografía del Calendario Azteca elaborada a partir, casi seguramente, de la fotografía hecha por Charnay de este monolito. En diversos números de la revista, como ya he adelantado, aparecen litografías realizadas a partir de sendas fotos de Charnay de tres edificios coloniales, comercializadas por su compatriota Julio Michaud. Las imágenes corresponden al patio del convento de La Merced, a la capilla abierta de Tlalmanalco y a la portada lateral de la iglesia de San Francisco.

En 1869 podría esperarse que se dedicase más espacio a la historia y la arquitectura coloniales, por lo que el balance en *El Renacimiento* no es nada desequilibrado para las antiguas culturas mexicanas: a lo previamente mencionado deben sumarse un artículo de Manuel Payno sobre Moctezuma y otro de Riva Palacio dedicado a Xicoténcatl, además del ensayo arqueológico relativo a un "monolito azteca" (la Piedra de Tizoc), de Alfredo Chavero, en el que se establecen comparaciones con el volumen de la obra de Lord Kingsborough dedicado a la antigua iconografía mexicana.

Para concluir, en el último número de la revista aparece un extenso informe (elaborado en junio de 1866) de Edmond Guillemin, arqueólogo francés miembro de la Comisión Científica de México creada por

Napoléon III, sobre el sitio de La Quemada, en San Luis Potosí. Una nota previa advierte: "No estamos conformes con todas las apreciaciones" del texto, quizá por su carácter eminentemente técnico y libre de interpretaciones excesivas (lo que hoy aumenta su mérito), comunes en la época. El artículo abunda en medidas y descripciones puntuales, con la litografía de una vista general y algunos detalles alusivos. Hay una mención de Teotihuacan, dato que no carece de interés ya que esta ciudad arqueológica, como Monte Albán, no recibió muchas alusiones por parte de los exploradores decimonónicos, puesto que sólo las excavaciones y restauraciones realizadas en el siglo XX les confirieron la visibilidad necesaria. Lugares como Mitla o algunas ciudades mayas tenían mejores condiciones de acceso y conservación, pese a todo, y por eso aparecen muy pronto en los itinerarios de los viajeros.

En octubre de 1890 Altamirano asistirá, como representante de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y por extensión de México, al 8º Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en París. Del informe[47] que redactó puede obtenerse información muy valiosa sobre la evolución del guerrerense en el conocimiento del pasado mexicano. Se percibe que es capaz de moverse como un experto entre los europeos, latinoamericanos y estadounidenses que ahí debatían. Anuncia que ha traducido o está traduciendo documentos de investigadores presentes en el Congreso, escritos en alemán, francés e inglés, y entra en contacto con el alemán Eduard Seler, estudioso de las diversas escrituras mexicanas antiguas, y el francés Rémi Siméon, autor de un diccionario náhuatl-español que todavía se edita y utiliza en nuestros días. Presentó la traducción suya de un estudio del suizo-estadounidense Adolph Bandelier: *El arte de la guerra entre los antiguos mexicanos*, donde el autor toma distancia frente a los testimonios de los religiosos españoles del siglo XVI, a los que considera poco confiables.

[47] "Informe del señor licenciado don Ignacio M. Altamirano como representante de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en el Congreso Internacional de Americanistas", en *Escritos sobre educación*, *Obras*, vol. XVI, pp. 216-229.

Quizá el texto que resume –ya en los últimos años de su vida– la nueva concepción de la historia de México que Altamirano terminaba de delinear, a través de su cultura cosmopolita y el conocimiento de las fuentes que documentan una visión de nuestro pasado opuesta a la colonial, sea su ensayo "Cuauhtémoc", publicado el 14 de agosto de 1887,[48] una semana antes del 21 de ese mismo mes, día en que Porfirio Díaz habría de inaugurar el monumento dedicado al joven emperador azteca, cuya construcción se había iniciado en 1878 por iniciativa de Vicente Riva Palacio, entonces Ministro de Fomento de Díaz.

Ya mencioné a Riva Palacio como colaborador de *El Renacimiento* con un artículo sobre Xicoténcatl, y no debemos olvidar que fue autor del primer trabajo hecho en México sobre la Inquisición española en nuestro país. Pero regresando al artículo de Altamirano, cita en el mismo a diversos redactores coloniales de crónicas y testimonios, como Cortés, Bernal, Tapia, Benavente y Sahagún, de los primeros años del régimen español, además de, entre los activos a finales del siglo XVI y principios del XVII, Acosta, Dávila, Mendieta y Torquemada, así como Durán, Tezozómoc e Ixtlixóchitl.

Todos son conocidos, con excepción de Dávila (Agustín Dávila Padilla, no Gil González Dávila: Altamirano no podría referirse al último, historiador eclesiástico muy especializado y posterior al primero, ya que su *Teatro eclesiástico*, publicado en 1649, fue escrito en España al no haber puesto nunca un pie en México, pese a escribir sobre la Iglesia instalada acá), y que hubiese llegado a él no es poco mérito de Altamirano. Es igualmente original que siga a Bandelier, a quien citará, traduciéndolo, sobre la defensa de México-Tenochtitlan.

En cuanto a Agustín Dávila Padilla, las únicas ediciones de este autor existentes en vida de Altamirano eran la primera, aparecida en Madrid en 1596, y la segunda, impresa en Bruselas en 1625. El biógrafo más

[48] Escrito como parte de la introducción del poema homónimo de Eduardo del Valle, *La juventud literaria*, 14 de agosto de 1887, en *Escritos sobre educación*, *Obras*, vol. XVI, pp. 345-360.

reciente de Dávila Padilla, Agustín Millares Carlo, cita unos pocos ejemplares de esta obra existentes en México en 1955, en que se hizo cargo de la edición facsimilar de la segunda,[49] lo que da una buena idea de la acuciosidad de Altamirano para hacerse de publicaciones históricas. Muy pocos, aún hoy, conocen a Dávila Padilla, y es muy posible que lo que dirá Altamirano sobre algunos aventureros y piratas se lo haya sugerido este autor nacido en la ciudad de México en 1562.

Veamos esto con mayor detalle: para describir el espíritu de Cortés, Altamirano lo compara con los filibusteros decimonónicos Raousset de Boulbon (quien incursionó en Sonora) y William Walker (atacante de Nicaragua), a quienes concede mayor mérito que a Cortés, reivindicando frente a éste igualmente al pirata holandés del siglo XVII Lorencillo, quien asoló Tampico, Veracruz, la actual Villahermosa y Campeche. Al final de su texto Altamirano cita a Heinrich Heine sobre el conquistador, de quien hace un retrato muy poco amable. Buscando dar un marco adecuado al heroísmo de Cuauhtémoc recurre a la *Ilíada,* Aristóteles, Voltaire, Ariosto, Milton y Shakespeare. El cosmopolitismo, lo tenía muy claro Altamirano, era el mejor recurso contra el etnocentrismo hispánico y la base indispensable para construir el nacionalismo mexicano.

¿Qué dice Altamirano sobre Cortés? Primero recuerda la talla de héroe que sus panegiristas españoles y criollos le habían concedido, pero encuentra argumentos para disminuir esa "hazaña" a otras proporciones. Terminará ubicándolo como aventurero cruel, ambicioso y asesino por codicia. Remata este retrato con su traducción de los versos de Heine:

> En su cabeza llevaba el laurel, y en sus botas brillaban espuelas de oro.
> Y sin embargo, no era un héroe, ni era tampoco un caballero.

[49] Agustín Millares Carlo, "Biografía de Fr. Agustín Dávila Padilla, O.P.", en Agustín Dávila Padilla, *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores*, Editorial Academia Literaria, México, 1955, pp. XVII-XX; en adelante, *Historia de la fundación.*

> No era más que un capitán de bandoleros, que con su insolente mano inscribió en el libro de la fama su nombre insolente: ¡Cortés![50]

La estrategia argumental de Altamirano en este artículo consiste en contrastar el valor del joven Cuauhtémoc, héroe que rescata la dignidad de su pueblo, contra el mero espíritu devastador de Cortés en la hora decisiva de la defensa y caída de México-Tenochtitlan:

> Ése fue el momento en que surgen los héroes, y Cuauhtémoc se alzó entonces, tan grandioso, tan único, que eclipsó a todos los héroes antiguos, y dominó con su figura aquel cuadro aterrador. *Morir por la patria*: ese fue su lema desde entonces, y sintiéndose fuerte con tal resolución, se decidió a no dar ni pedir cuartel a sus enemigos, como en efecto no lo dio, ni lo pidió, ni en el sitio, ni después, ni prisionero delante de Cortés, ni más tarde en la hoguera, ni al pie del árbol en que fue ahorcado… ¡jamás!
>
> El héroe fue completo. Aquiles el de la *Ilíada*, hijo de la fábula, tenía el talón vulnerable física y moralmente. Cuauhtémoc, más glorioso que el héroe homérico, porque como hijo de la realidad humana tenía el cuerpo todo vulnerable, no presentó sin embargo, en su carácter moral, ni un ápice que pudiese ser herido por la burla o por el desprecio.[51]

El valor supremo de Cuauhtémoc y su pueblo lo ratifica Altamirano con una cita de Bandelier: "*Los mexicanos durante esta memorable defensa* llevaron a cabo lo más que ninguna tribu india pudo hacer hasta la centuria decimasexta. Su resistencia, bajo este respecto, *no tiene igual* (*stands unparalleled*)".[52] Ahora bien, la cobardía de los españoles es mencionada sólo de paso por Altamirano, pero como lector que habría sido del libro de Dávila Padilla tenía suficientes bases para afirmarlo en el texto de este cronista criollo, quien justamente se complace en destacar la deshonrosa cobardía de los españoles.

[50] *Escritos sobre educación*, *Obras*, vol. XVI, p. 357.
[51] *Escritos sobre educación*, *Obras*, vol. XVI, pp. 354-355.
[52] *Escritos sobre educación*, *Obras*, vol. XVI, p. 358. Los énfasis son de Altamirano.

Podemos pasar a Dávila: lo justifica la extrema rareza de su libro, cuyo valor para ubicar la aventura española en un sitio más cercano a su perfil real es inestimable. Es conveniente además citarlo en extenso, como hago en el *Apéndice*, porque no habría hoy sino una posibilidad muy remota de encontrar este testimonio sobre las incursiones de Francis Drake en la isla La Española y la Cartagena de la actual Colombia, ambas de 1581. Sin duda Altamirano vería con satisfacción que su apología de Cuauhtémoc destacase contra el fondo que ofrece el cronista dominico (con excelentes recursos literarios, por lo demás). Podría haber registrado Dávila también la incursión del inglés en Huatulco en 1579, pero debió temer las reacciones que cabía esperar de los españoles asentados en México. Razones políticas de mayor peso lo habrían obligado a callar sobre la incursión de Drake en Cádiz en 1587 y el importante papel que tuvo en el fracaso de la Armada Invencible en 1588, que sepultó para siempre los sueños de grandeza de España. Aplicando las palabras que dedica Altamirano a Lorencillo, podemos decir que Drake "fue un pirata victorioso, y a fe que más arriesgado y valiente que Cortés".

Remito pues al lector al mencionado *Apéndice*, donde se recogen las partes dedicadas por Dávila Padilla a Francis Drake. Se trata de unas páginas leídas por Altamirano y que habrían contribuido a construir la visión de los españoles que aparece en su texto sobre Cuauhtémoc. Y si Altamirano compara a Cortés con aventureros de pequeña monta como los que cita, y no con Drake, es porque este último dio pruebas del mayor valor y la mayor inteligencia al enfrentar y vencer repetidamente a los españoles, tanto en América como en Europa. A su lado, Cortés es militarmente irrelevante.

Hay todavía un poco más de la mirada de Altamirano sobre el pasado mexicano en su novela póstuma, *El Zarco*. Asimismo remite esta novela al cosmopolitismo literario del guerrerense: Gustave Flaubert publicó en 1856 *Madame Bovary*, causando un escándalo que se hizo famoso en la historia de la literatura, y este autor francés fue leído muy atentamente por Altamirano. *El Zarco* desarrolla de hecho un relato

que puede llamarse, sin exceso, "adaptación" de la historia de Emma Bovary al medio mexicano. Yonville se transmuta en Yautepec y Manuela es una Emma Bovary soltera que desprecia a su mejor pretendiente (como Emma a su marido) por parecerle aburrido. Así como Emma atraviesa barrizales para encontrarse con su amante Rodolphe en el castillo de éste, Manuela hace lo mismo para cruzar la huerta de su casa y encontrarse con el bandido que ama, quien finalmente la rapta de acuerdo con ella para trasladarla a su refugio inaccesible: Xochimancas. Pero Altamirano aprovecha la conversión de este antiguo sitio azteca en guarida de bandidos para hacer una historia del mismo. Cito el breve capítulo XIX de la novela, dedicado a este lugar:

> Hemos introducido al lector en una de las madrigueras de los famosos plateados y que por aquella época nefasta que transcurrió de los últimos meses de 1861 a los últimos de 1862, sirvió de cuartel general a los temibles y espantosos bandidos que fueron la calamidad y la deshonra de nuestro país.
>
> Era Xochimancas, y es todavía, una hacienda arruinada, es decir, una finca de campo, con buenos terrenos propios para el cultivo de la caña de azúcar o del maíz, con abundantes aguas, un clima ardoroso, y en suma, con todos los elementos necesarios para una agricultura tropical, productiva y fecunda. El algodón, el café, el índigo, la caña de azúcar pueden propagarse allí lo mismo que en los más fértiles terrenos de la cañada de Cuernavaca o de los distritos de Tetecala, de Yautepec, de Morelos o de Jonacatepec, rindiendo al agricultor el ciento por uno.
>
> ¿Por qué en aquella época no se veían en ese pequeño y ardiente valle las hermosas plantaciones de los ricos ingenios que en las otras comarcas que hemos mencionado?
>
> No lo sabemos a punto fijo. Xochimancas, ya en ese tiempo era una ruina, pero ello revelaba que en épocas pasadas, desde la dominación colonial seguramente, había sido cultivada por los españoles como una buena finca de campo que rendía pingües productos ¿De cuándo databa su decadencia y su ruina? No lo hemos averiguado, aunque hubiera sido fácil, ni importa gran cosa para la narración de estos sucesos.

Pero sí es evidente que el lugar es propio para el cultivo, y que sólo la apatía, la negligencia o circunstancias muy particulares y pasajeras pudieron haberlo convertido en una guarida de malhechores, en vez de haber presentado el aspecto risueño y halagador de un campo de trabajo y de actividad, porque el nombre mismo, de origen náhuatl, indica que desde la época anterior a la conquista española este lugar era fértil y ameno, y tal vez en él tuvo asiento un pueblo de jardineros.

El ilustrado joven ingeniero Vicente Reyes, en su preciosa obra inédita intitulada *Onomatología geográfica de Morelos*, dice, explicando el jeroglífico correspondiente a Xochimancas:

Xochimancas: Hacienda de la Municipalidad de Tlaltizapan, en el distrito de Cuernavaca. Etimología: Xochimanca, lugar de cuidadores y productores de flores; de Xochimanqui, el cuidador y productor de flores, y ca. Formamos el nombre pictórico con el grupo que en la colección Ramírez sirve para descifrar la palabra Xochimancas, Xochimanque. Y luego citando al viejo cronista Sahagún, añade: En la fiesta celebrada el tercer mes, Tozostontli, ofrecían las primicias de las flores que aquel año primero nacían en el llamado Yopico, y antes que las ofrecieran, nadie osaba oler flor alguna.

Los oficiales de las flores que se llamaban Xochimanqui hacían fiesta a su diosa llamada Coatlycue, y por otro nombre Cuatlanton.

Y el laborioso y erudito anticuario Cecilio A. Robelo, en su *Nombres Geográficos Mexicanos del Estado de Morelos*, obra apreciabilísima, dice, citando a otro antiguo cronista, Torquemada: Xochimancas. ¿Xochimán? Lugar en que se cuidaban o producían las flores que se ofrecían a los dioses. Entre las divinidades de los aztecas se hallaba la Cohuatlicue o Cohuatlantona, culebra resplandeciente, diosa de las flores, a la que ofrecían en el mes Tozostontli ramos de flores formados con precioso artificio. Los oficiales encargados del cultivo de esas flores y de formar los ramos se llamaban Xochimanqui. El lugar que en el Estado lleva el nombre de Xochimancas, estaría tal vez destinado para el jardín de la diosa, o para la morada de los Xochimanqui, y de ahí quizás tomó el nombre, cuya terminación, como nombre de lugar, no hemos podido encontrar.

Así, pues, parece que, en la antigüedad azteca este lugar, hoy abandonado y yermo, fue un jardín, seguramente un vasto jardín, tal vez una ciudad llena de huertos y de flores, un lugar ameno y delicioso consagra-

> do al culto de la flora azteca, a cuyo pie los inteligentes y bravos tlahuica, habitantes de esta comarca y celebrados floricultores, ofrecían, como homenaje, ricos en aromas y colores los más bellos productos de su tierra, amada del sol, del aire y de las nubes.
>
> Sólo que, como dice nuestro sabio maestro el historiador Orozco y Berra: Por regla general, no siempre es fácil señalar los pueblos actuales correspondientes a los nombrados en las antiguas crónicas, porque si muchos conservan su nombre primitivo, aunque estropeado, otros cambiaron de apelación, se transformaron en haciendas o ranchos o desaparecieron completamente.
>
> Xochimancas se transformó seguramente después de la conquista de Jardín o ciudad de jardines en hacienda, con encomenderos y esclavos; después en ruinas y guaridas de fieras y de reptiles, y al último en guarida de ladrones, y lo que es peor, y como vamos a verlo, en sitio de torturas y de asesinatos.
>
> ¡Triste suerte la de un lugar consagrado por los inteligentes y dulces indios a la religión de lo bello![53]

En este singular capítulo de *El Zarco* se revela Altamirano como lector de los viajeros y estudiosos extranjeros que he citado y a los que ya no hago más alusión. Mejor es destacar que Ignacio Manuel Altamirano se acercaba en sus últimos textos al nacionalismo cultural que la Revolución mexicana impulsó a partir de la década de 1920. Con una rápida revisión de este nacionalismo mexicano moderno, de raíces igualmente cosmopolitas (al que hice también más de una referencia en las páginas iniciales), termino este escrito.

4

La sociedad porfiriana adoptó el cosmopolitismo como enseña de progreso y modernidad (aunque buscó hibridaciones con el arte prehis-

[53] Ignacio Manuel Altamirano, *El Zarco*, en *Novelas y cuentos,* tomo 2, *Obras*, vol. IV, pp. 203-206.

pánico y el colonial), por lo que a la caída del régimen su admiración por lo extranjero pasaría por un purgatorio cultural. Pero la Primera Guerra también barrería con el historicismo europeo y abriría las puertas en México a una vanguardia que traía consigo otra idea del cosmopolitismo: el arte abstracto, la arquitectura funcional sin ornamentos, la música sincopada, la poesía y la literatura de vanguardia… Carlos Obregón Santacilia (1896-1961), el arquitecto mexicano dominante en la década de 1920, hacía énfasis en el cambio cultural que había llegado a México y que le tocó atestiguar en su juventud:

> Con las canciones que trae la Revolución se estimula la vuelta de lo nuestro que había estado postergado, y la gente que encargaba sus cobertores a París se acuerda de que en México se hacen los sarapes de magnífica lana, se acuerda de la china poblana, las jícaras de Uruapan y los jarros de Tlaquepaque. Se ven en la ciudad chamarras norteñas y objetos de otros rumbos del país que eran totalmente desconocidos en el centro, se ponen en boga los guisos nacionales y en pleno 1920 nos encontramos descubriendo a México.
>
> Surge un poeta, López Velarde, como de otra época lo fue Gutiérrez Nájera, y sus versos magníficos como "La Suave Patria", son un dechado de todo lo mexicano.[54]

No es ajeno a la argumentación que aquí desarrollo recordar que el gran poema patriótico de López Velarde, de 1921, despertó la admiración de Jorge Luis Borges, quien lo sabía de memoria. Igualmente recuerda Obregón Santacilia al Dr. Atl como el impulsor definitivo del arte popular mexicano (que, agrega, se banalizaría después). Podría haber mencionado también a Charlot en este renglón, sin olvidar que el francés fue el descubridor del arte de José Guadalupe Posada.

No menos importante es que la generación de Obregón se mantenía atenta asimismo a las aportaciones de su momento, porque en la Academia de San Carlos circulaban, dice,

[54] Carlos Obregón Santacilia, *Cincuenta años de arquitectura mexicana*, Editorial Patria, México, 1952, pp. 34-35; en adelante, *Cincuenta años*.

> [...] libros y periódicos modernos, y entre ellos el *Bauformen*, revista alemana de arquitectura que nos mostró por primera vez lo que ya se estaba haciendo en Europa [...]. Defendimos las cosas que José Clemente Orozco exponía en los corredores de la Escuela en 1916, el mismo año de nuestra entrada a ella y que nadie comprendía; analizamos a Otto Wagner y a otros arquitectos vieneses y alemanes. [...] Leíamos, viajábamos, buscábamos arte moderno en todo, en exposiciones, en el teatro, como el de la "Chauve Souris" que vimos en Nueva York, no apartándonos ya jamás, desde entonces, de ese ideal: hacer arquitectura, buena arquitectura de nuestro tiempo. Pero a la vez estábamos envueltos en el movimiento nacionalista de la Revolución [...].[55]

Obregón recordaba también que Diego Rivera, en los años veinte, había dado "con la pintura mural un gran impulso a la tendencia nacionalista imperante". Muy cercano a los dos personajes mencionados (trabaja como dibujante para Obregón y siempre estará cerca de Rivera) se encuentra, a fines de la década de 1920, Juan O'Gorman (1905-1982). Hizo su propio acercamiento a la vanguardia leyendo *Vers une architecture*, de Le Corbusier, hacia 1926, mientras aprendía el nuevo nacionalismo en la fuente misma:

> [Diego Rivera] en sus pláticas, discursos, conferencias y conversaciones, en la tribuna pública o en cualquier otro sitio, procuraba enseñar a los mexicanos lo que era México. Es uno de los descubridores de México en el siglo XX.[56]

Con el dinero ganado con Obregón compra O'Gorman dos terrenos y construye una pequeña casa-manifiesto que le servirá para atraer a Rivera y convertirlo en su cliente: un acto propagandístico bien calculado. El primer proyecto data de 1929 (la obra se realizó en 1930 y par-

[55] *Cincuenta años*, pp. 39-40.

[56] Juan O'Gorman, *Autobiografía*, Universidad Nacional Autónoma de México-DGE Equilibrista, México, 2007, p. 93.

te de 1931) y aún existen las acuarelas originales de O'Gorman. Quien esto escribe terminó en marzo de 2013 la restauración de esta casa, y podemos ver ahora qué difícil resulta imaginar una obra más radical para aquel tiempo (y aún el nuestro). Se reconocen ahí, así como en las casas (vecinas de la primera) que construirá en 1931-1932 para Diego y Frida, algunos de los puntos programáticos de Le Corbusier, como la planta baja libre, pero los acristalados de la plantas altas, plegables por completo, apenas tendrían antecedentes. Las escaleras exteriores, aéreas, se resuelven con los mínimos elementos y casi todas las instalaciones son visibles.

A los vecinos de San Ángel Inn aquel conjunto les parecía una fábrica, pero igualmente algo "indio": a diferencia de las vanguardias europeas, más reticentes cromáticamente, aquí dominaba el vivo colorido de la arquitectura popular mexicana y las cercas de cactos a la calle remitían aún más a los pueblos indígenas de la época. Eran opciones estéticas con dedicatoria hacia quienes aspirasen al viejo cosmopolitismo de espíritu porfiriano, trasvasado ahora a la vanguardia, pero también polemizaban con otras interpretaciones del nacionalismo: la reivindicación de la arquitectura popular tenía el mismo poder subversivo, para la sensibilidad conservadora, que la revaloración de las altas civilizaciones antiguas de México, exaltadas sin reservas por Rivera. (O'Gorman, por lo demás, se opuso abierta y polémicamente a la arquitectura neocolonial impulsada por José Vasconcelos como parte de su antiindigenismo, postura que tuvo seguidores en el gobierno de la ciudad de México.[57])

[57] Juan O'Gorman escribió un artículo, "El Departamento Central, inquisidor de la nueva arquitectura" , para oponerse al Regente del Distrito Federal Cosme Hinojosa (1935-1938) quien había dispuesto que sólo se construyeran edificios neocoloniales en el centro. O'Gorman vinculaba esta decisión a la Inquisición y argumentaba que "la vida del México moderno ya no tiene, por fortuna, ninguna de las características de la Colonia española". Texto recogido en Ida Rodríguez Prampolini, *Juan O'Gorman, arquitecto y pintor*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1982, pp. 79-80.

Es notable, en este contexto, que una idea muy semejante sobre los resultados que cabría esperar de la hibridación del arte del México antiguo y el europeo la expresase Paul Valéry en esos mismos años: "No me sorprendería –escribió en 1938– que combinaciones muy felices puedan resultar de la acción de nuestras ideas estéticas insertándose en la poderosa naturaleza del arte autóctono mexicano".[58]

En las décadas de 1930 a 1950 el debate literario en México estaba también dominado por la discusión, que podía llegar a la diatriba, entre cosmopolitismo y nacionalismo. Remito al trabajo de Jorge Zepeda[59] a quien desee profundizar en esta materia en relación con Juan Rulfo. Conocedor consumado de la literatura extranjera, Rulfo es un ejemplo emblemático de lector cosmopolita, y su obra lo evidencia a cada línea si uno sabe identificar las estrategias y recursos narrativos del autor de *Pedro Páramo*. Es lo que han hecho numerosos lectores de todo el mundo, quienes no encuentran contradicción en calificar a Rulfo como el autor más mexicano y universal al mismo tiempo. Es el más leído no sólo dentro sino fuera de nuestro país, ya que es el más traducido.

Pudo Rulfo ocupar este puesto al haber creado obra que Zepeda califica como "síntesis conflictiva", expresión que se puede aplicar asimismo a los casos de Diego Rivera, Juan O'Gorman, José Clemente Orozco, Silvestre Revueltas y otros artistas que participan igualmente de esa capacidad de unir los opuestos mencionados, no sin conflictos. Aquí está el centro del debate verdadero que debería ocuparnos: el nacionalismo real, en México, necesita aproximarse al más cosmopolita de los mundos posibles. No hay contradicción en ello sino, estrictamente hablando, una condición *sine qua non*.

[58] Paul Valéry, "América, proyección del espíritu europeo", en *Miradas al mundo actual*, trad. de José Bianco, Losada, Buenos Aires, 1954, pp. 91-92.

[59] Jorge Zepeda, *La recepción inicial de* Pedro Páramo *(1955-1963)*, Editorial RM-Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.

5

Queda en pie una consideración: recordemos los nombres, ya mencionados aquí, de algunos estudiosos y artistas extranjeros del siglo XVIII que se interesaron por el pasado mexicano desdeñado por la versión colonial de nuestra historia. Son los dieciochescos Lorenzo Boturini y Guillaume Dupaix, los decimonónicos Lord Kingsbourough, Eduard Mühlenpfordt, Fréderic von Waldeck, John Lloyd Stephens, Frederick Catherwood, Désiré Charnay y Johann Wilhelm von Müller, o aquellos del siglo XX como Sylvanus G. Morley, Jean Charlot, Paul Valéry y Henri Stierlin. Si tratásemos de ser exhaustivos la lista se alargaría de manera sorprendente. Pero también podemos recordar los nombres de los liberales mexicanos decimonónicos que Ignacio Manuel Altamirano representa de manera tan vigorosa. O los artistas del siglo XX que aquí hemos citado: el segundo Federico Mariscal, Carlos Obregón Santacilia, Ramón López Velarde, Diego Rivera, Juan O'Gorman, Silvestre Revueltas, Juan Rulfo… La lista podría también crecer tanto que sería impráctico intentarlo.

Con dicha limitación es lícito preguntarse qué tienen todos ellos en común, y a la vez tan improbable. Es sencillo: lo podemos resumir como la capacidad de reunir en sus respectivas concepciones del arte y la cultura dos supuestos "extremos inconciliables", lo universal y lo mexicano. Hay entre ellos exploradores, geógrafos, arqueólogos, dibujantes, fotógrafos, arquitectos, historiadores, pintores, políticos, narradores, poetas, músicos y practicantes de toda disciplina científica o artística, pero identificados, al menos parcialmente, con una forma de ver lo mexicano en un contexto muy amplio, universal sin limitaciones. En ocasiones esta orientación se entreteje con una intención política fácilmente identificable, siempre en construcción y bajo permanente confrontación con otra visión, también política, de lo mexicano, restringida a una matriz cultural de carácter colonial. Y tenemos que ubicar en un lugar destacado, entre los que aportaron su decisión e inteligencia para la apertura del horizonte en el que podemos ubicar hoy lo mexi-

cano, a ese peculiar nacionalista cosmopolita que fue Ignacio Manuel Altamirano.

Para explicarse la coincidencia de componentes tan heterogéneos como los mencionados habría que remontarse a Erwin Panofsky, quien desarrolló, en *Gothic Architecture and Scholasticism*, de 1951, una herramienta conceptual que le permitió identificar lo que tenían en común la arquitectura de las catedrales francesas del siglo XIII –particularmente las que recogieron las ideas del abate Suger– y el pensamiento escolástico de Tomás de Aquino.[60] La propuesta fue reelaborada por Pierre Bourdieu (traductor al francés de esta obra de Panofsky) a partir de la fenomenología de Edmund Husserl, que Robert Klein (a quien también cita Bourdieu[61]) reinterpretó de manera particular en *La forma y lo inteligible*: se trata del *habitus*. En palabras de Klein, el *habitus* es eso "que [me] permite reconocer lo que ya he conocido una vez (incluso si, mejor informado, lo reconozco 'como' otra cosa)".[62] Aunque Klein relaciona este concepto con la experiencia de un solo individuo a lo largo del tiempo, siendo aquello que lo dota de un "horizonte de posibilidades" que le permite mantener la continuidad del propio yo, Bourdieu traslada la definición al conjunto de prácticas de un grupo social amplio en un momento determinado. Y es que para Bourdieu no se trata ya sólo de un *habitus* individual (aunque termine manifestándose en él), sino de uno formado en la historia colectiva, de clase y de carácter *estructurante*.[63]

[60] Erwin Panofsky, *Gothic Architecture and Scholasticism*, Meridian Books, New York, 1957.

[61] Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte*, trad. de Thomas Kauf, Anagrama, Barcelona, 1995, p. 369, nota.

[62] Robert Klein, *La forma y lo inteligible*, trad. de Inés Ortega Klein, Taurus, Madrid, 1980, p. 416.

[63] Pierre Bourdieu, "Economía de los bienes simbólicos", en *Razones prácticas*, trad. de Thomas Kauf, Anagrama, Barcelona, 1997; *La distinción, criterio y bases sociales del gusto*, trad. de María del Carmen Ruiz de Elvira, Taurus, Madrid, 1991, p. 478: "Hablar de *habitus* es incluir en el objeto el conocimiento que los agentes –que forman parte del objeto– tienen del mismo, y la contribución que ese conocimiento aporta a la realidad del objeto. Pero […] los agentes […], lejos de reaccionar

En el caso mexicano podríamos hablar de un horizonte compartido, a lo largo de un arco temporal muy amplio, por comunidades a veces alejadas, a veces contiguas, integradas por observadores, pensadores y creadores tanto extranjeros como nacionales. Todos ellos han contribuido en el pasado, lo hacen ahora mismo y lo harán en el futuro, a veces sin saberlo, al enriquecimiento de una mirada común, original, construida a contracorriente de otra que no deja de combatir el giro que tal mirada representa.

Y termino esta exploración advirtiendo que la figura de Altamirano todavía debe ser estudiada a fondo, yendo más lejos de lo que aquí he esbozado (de manera excesivamente breve, pero creo que en la dirección correcta) para encontrar en un individuo tan improbable como este mestizo de cultura cosmopolita, nacido en un pequeño pueblo del estado de Guerrero, los puntos precisos en que la mirada extranjera se convierte en el entorno necesario (estructurante) que le permite formarse una visión propia –alejada cada vez más, en el curso de su vida, de aquella otra impuesta por el discurso colonial– sobre lo mexicano.

Apéndice[64]

En su *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores*[65] describe Dávila la reacción

mecánicamente a unos estímulos mecánicos, responden a los llamamientos o amenazas de un mundo cuyo sentido ellos mismos han contribuido a producir. Sin embargo, el principio de esta actividad estructurante no es, como lo quiere el idealismo intelectualista y antigenético, un sistema de formas y de categorías universales, sino un sistema de *esquemas incorporados* que, constituidos en el curso de la historia colectiva, son *adquiridos* en el curso de la historia individual, y funcionan *en la práctica y para la práctica* (y no para unos fines de puro conocimiento).

[64] Tomado de *Inquisición y arquitectura*, pp. 110-116 (con excepción de lo que aparece entre corchetes).

[65] Madrid, 1596; Bruselas, 1625. Posteriormente hay sólo una edición (facsimilar de la última): México, 1955.

de los españoles al recibir la noticia de la llegada de Drake a Santo Domingo en 1586, donde el inglés no desembarcó siquiera el día de la toma de la ciudad por estar enfermo; fueron sólo sus fatigados soldados los que causaron todo lo que narra Dávila enfatizando la cobardía de los españoles y la humillación que se les impuso. Pero no es menos sorprendente que considere merecido este castigo, impuesto por Dios por el daño que los españoles habían infligido a los nativos del continente americano:

> Salieron huyendo al monte, y escondiéndose en la espesura de los árboles y quebradas de las cuestas, que comúnmente llaman en aquella tierra arcabuços. Huyó el Presidente y toda la audiencia, y luego el Arçobispo con sus clérigos, y todos tres conventos de frayles: abrieron también los conventos de las monjas, y las que havían professado perpetua clausura, la dexaron en aquel caso forçoso, y se fueron huyendo a los arcabuços. Los enfermos estavan buenos para huyr, los asmáticos a quien antes faltava el resuello para hablar, lo tenían ya para correr: todos eran valientes para huyr: queriendo Dios que se diessen priessa a dexar la ciudad a los enemigos, los Españoles que tantas ciudades habían destruydo de Indios. Terrible cosa es, que con aquella gente a cuyo cargo estava la defensa de la ciudad, no hubiesse podido su obligación, ni las vozes de las mugeres y niños, ni la clausura perdida de las monjas, ni el ruydo de las armas enemigas, para que dexassen de huyr, y tratassen de poner mejor remedio. Eran juyzios de Dios, y castigos de pecados viejos de Indias. Algunos Españoles estavan en arma, vnos de pie y otros de cavallo: pero en descubriendo a los enemigos, les bolvieron las espaldas y huyeron a los arcabuços, cuyo camino dexavan enseñado los que primero avían de aver salido a la defensa. Por el río salieron a tierra ochocientos Ingleses (según dize la relación más verdadera) aunque los de la ciudad escrivieron que avían sido dos mil: y es maravilla que no dixeron diez mil. Traían por Capitán al Maestre de campo porque se havía quedado en la mar Francisco Drac. Venían marchando poco a poco al son de sus atambores y pifaros, y disparando sus escopetas, para que pareciesse más gente de la que venía, y los Españoles desamparassen la ciudad. No tenían para qué intentar estas

traças los enemigos, pues que sin ellas la tenían dada conforme a su desseo los que la avían de dar en destruyrlos. Caminaron los Ingleses toda la mañana con mucho cansancio, hollando arena y sufriendo sol, en tierra de temple muy contrario al de la suya. Yvan tales que pequeñas fuerças bastavan para quitarles la vida: y con todo esso quando los amedrentados Españoles los vieron, juzgaron que venían legiones de gigantes, en cuya compareción ellos eran menores que langostas. Bolviéronles las espaldas a título de conocidissimas ventajas, y que sería loco atrevimiento esperarlos pues para ochenta hombres mal armados venían ochocientos bien prevenidos. Todo aquel medio día avían caminado los Ingleses sin agua, que les hazía más falta que en otras ocasiones el vino. Estavan sin aliento, dexativos, y sin más ánimo del que les dava el poco que los Españoles tenían. A la entrada de la ciudad estavan dos grandes piezas de batir, assentadas en fuertes carretones, que si tuvieran dos hombres que las mandaran, eran bastante defensa contra más enemigos y más alentados que aquellos desventurados venían. En la fortaleza avía también muchos tiros gruessos y menudos, de que pudieran aprovecharsse: y quando quisieran aver salido al camino, tenían las manos llenas para yrles uno a uno quitando la vida en los passos estrechos y arcabuços que avía desde el río hasta la ciudad. [...] Para ninguna cosa destas tuvieron advertencia, ni supieron hacer cosa de importancia, más que dejar libremente la ciudad a los enemigos, para que la robassen y saqueasen. Iuyzios de Dios. No supieron defender la ciudad quando podían y devían, por las muchas que sus mayores saquearon a los Indios, quando ni pudieron ni devieron.[66]

No es extraño que pocos años después de publicado lo anterior, en 1596, cuando por una ironía del destino Dávila Padilla fuese nombrado arzobispo de Santo Domingo en 1599, encontrara al llegar a la isla en 1601 un clima francamente hostil, sobre todo por parte del gobernador. [El biógrafo ya mencionado de Dávila Padilla, Agustín Millares Carlo,[67] atribuye a este funcionario español la muerte del criollo

[66] *Historia de la fundación*, pp. 333-334.

[67] Agustín Millares Carlo, "Biografía de Fr. Agustín Dávila Padilla, O.P.", en *Historia de la fundación*, p. XV.

mexicano, como resultado del continuo enfrentamiento a que lo tenía sometido justamente en relación con las incursiones de los ingleses en la isla.] Dávila había nacido en 1562 en la ciudad de México y murió en Santo Domingo en 1604, apenas a los cuarenta y dos años de edad.

Retomando su relato de la incursión de Drake en Santo Domingo, Dávila se ocupa de la forma en que los ingleses se apropiaron del oro y las piedras preciosas de los españoles, al mismo nulo costo con que éstos los habían obtenido despojando a sus auténticos propietarios, según subraya Dávila Padilla mientras sugiere que en este caso un ladrón sólo robaba a otro ladrón:

> Hallaron también grande cantidad de oro y plata y piedras preciosas de mucho valor y estima, permitiendo Dios que las hallassen con facilidad, y les costase poco el averlas: que era el precio a que las compraron en su venida los Españoles. […] Con el temor de la muerte, quando todos huyeron, no advirtieron en llevar consigo todas sus riquezas: porque algunos temían que la mesma ropa les avía de ser pesada para correr menos de lo que su temor los apresuraba. Dexaron los más todo su tesoro en cofrezitos y caxuelas, que arrojaron en los pozos de sus casas, fiando del agua el secreto que la justicia de Dios avía de descubrir en breve. Luego se les ofreció à los Ingleses la traça, y en sacando tesoros del primer pozo, dieron la voz para que se buscassen todos. En los cofrezitos se hallavan ricas esmeraldas, y en mucha cantidad; porque ha sido aquella tierra la más copiosa destas piedras. Sacavan sartales de perlas, pieças de oro muy bien labradas, y algunas antiguallas del tiempo de los Indios, de que al fin se hazía restitución, si algunas avían sido mal avidas: como se puede presumir, sin juzgar temerariamente.[68]

Es posible advertir en varios pasajes, con el asombro que nos produce al provenir de alguien como Dávila Padilla, la idea de que Francis Drake era un instrumento de Dios ("hazía la justicia de Dios, aunque las manos del ministro eran injustas"[69]) para castigar a los españoles

[68] *Historia de la fundación*, pp. 335-336.
[69] *Historia de la fundación*, p. 341.

por las atrocidades cometidas contra los americanos. Pero hay casos en que la "justicia divina" que Drake y sus hombres ejercían involucraba una interpretación de Dávila Padilla extraordinariamente atrevida por el paralelismo que sugiere: los ingleses humillaban los símbolos de la corona española y destruían las imágenes religiosas de los templos católicos (Dávila nos hace pensar de manera oblicua que para la gente de Drake esas esculturas también eran "ídolos") mientras predicaban la fe protestante en el mismo convento dominico: como si estuviesen "evangelizando".

La comparación se extiende a la suerte de dos frailes que los ingleses sacaron a rastras del convento, humillándolos públicamente para ejecutarlos después en la plaza principal de la ciudad (como si Dávila quisiera recordar a los sacerdotes americanos que recibieron un trato semejante):

> Hallaron en la audiencia un dosel con las armas Regales, y tratáronlo con el desprecio que se puede presumir harían de aquellas insignias del mayor defensor que hoy tiene nuestra Fe, los mortales enemigos de ella. Entravan por las Yglesias, creciendo su atrevimiento sacrílego: y lo que no puede, ni deve decirse sin lágrimas, arrastraban por los suelos la imagen santísima del Redentor de las almas, y de la Virgen puríssima María su madre, y Señora nuestra. Qual quebrava un braço del santo Crucifixo, qual cortava la cabeça de la imagen de la Madre, sirviéndose afrentosamente del resto del cuerpo: porque no querían aquellos demonios en carne admitir otros assientos ni sillas, sino los cuerpos de las imágenes que ignominiosamente tratavan. Las pieças menudas de las imágenes mandaban recoger, para encender el fuego y guisar sus comidas: mandando que ninguno otro género de leña se gastasse en adereçarlas. Entraron en nuestro convento de Predicadores, y en aquel santo templo que es el mejor de aquella tierra [...]. Allí se sentaron de propósito los atrevidos herejes à predicar la maldita secta de Luthero, y de Calvino, y de otros herejes: preciándose de predicadores de su falsa doctrina en el templo de los predicadores del santo Evangelio. [...] y hallaron un religioso muy enfermo, à quien luego sacaron con una soga al cuello para ahorcarlo. Otro religioso

> estava en el coro dando vozes, reprehendiendo aquellos atrevimientos sacrílegos […]. Su tiempo le llegó, y los Ingleses le sacaron arrastrando del coro con una soga al cuello, y le ahorcaron con el otro religioso en una horca pública en medio de la ciudad.[70]

Para cobrar el rescate de la ciudad las españolas debieron entregar sus joyas. Comenta Dávila: "En esto vino à parar aquella ciudad tan famosa. Estas afrentas padecían los que tantas hizieron a los Indios".[71] También hace Dávila el relato de la incursión de Drake en Cartagena, cuya defensa fue igualmente frustrada por la cobardía de los españoles. No falta tampoco aquí la idea del castigo de Dios para escarnecerlos. Hubo resistencia de algunos,

> […] pero avía de entrar el castigo de Dios, y diose ocasión la huyda de un Capitán de a cavallo, cuyo nombre se calla por su honra, aunque no merecía este respecto quien no tuvo el que devía. Estavan por mandado de la Audiencia retiradas a los arcabuços las mugeres y niños, y en medio de la batalla le pareció à este indigno Capitán más seguro puesto el del monte, donde su muger estava; y dando rienda y espuelas al cavallo, bolvió las espaldas al enemigo, acompañándole otro vezino de Cartagena. Verdad es, que estava herido, pero también lo es, que vale más honrosa muerte que vida afrentosa. Quando vieron los peones que huían los de à cavallo, començaron también a huyr, quitándoles el miedo las fuerças que hasta entonces avían tenido. No huyeron todos de golpe, pero fueron dando lugar à que los Ingleses ganassen el baluarte, como le ganaron.

Concluye Dávila su crónica de las andanzas de Drake con una inolvidable escena, en la que vemos al inglés caminando por la casa abandonada del mismo gobernador –quien había huido empavorecido, junto a los demás–, complementada con el momento de la despedida de Drake, que constituye un buen ejemplo de humor británico. Dávila redondea

[70] *Historia de la fundación*, p. 336.
[71] *Historia de la fundación*, p. 337.

finalmente toda la historia con una reflexión filosófica que exalta el espíritu profético de Bartolomé de las Casas, al haber anunciado el castigo divino que sufriría España por sus crímenes contra los americanos. Ese tiempo –el del hundimiento de España–, para Dávila, estaba transcurriendo frente a sus ojos:

> El mismo día que entró el Inglés en Cartagena, avía llegado al puerto Blasgómez Maraña, con aviso del Rey Don Felipe para el Governador de Cartagena, mandándole que se apercibiesse contra vn corsario Inglés, que se llamava Francisco Drac. Esta carta halló el Inglés sobre vna mesa en casa del Governador el día que entró en la ciudad, y la guardó en el seno. Quando estava ya vergas en alto para dexar a Cartagena, sacó la carta del seno, y la leyó en presencia del Obispo y Gobernador, y de otros ciudadanos, y en aviéndola leydo, se mostró muy enfadado de que le llamasen corsario, y dixo atrevidamente: Yo tengo que guardar esta carta, para que la vea la Reyna de Inglaterra; y entienda en algún tiempo el Rey Don Felipe, que yo no soy corsario. Éstas fueron las postreras palabras de aquel desventurado herege: y si los Christianos honrosos quieren ponderarlas, son dignas de mucho sentimiento. Injusticias y crueldades de Españoles acabaron los Indios de la Española, [y esos crímenes son los que] saquearon la ciudad de Santo Domingo, y la de Cartagena, profanaron los templos, y maltrataron las santas Imagines, ultrajaron y blasfemaron la Fe de nuestra Yglesia Católica: y para que quedassen por todas partes provocados los bríos Españoles, vn Inglesillo desventurado se atrevió a dezir palabras preñadas, en forma de amenaza, contra la Magestad estraña del poderosísimo Filipo Rey de todas las Españas. Hasta en esto han hecho guerra a sus Reyes, los que diziendo que le servían, provocaron la yra de Dios con las injusticias que en la Nueva España hizieron. No es el misterio tan grande que no lo entienda qualquiera hombre, si advierte. Pocos años ha que tenía España guerra con el Turco, con Francia, Flandes, y Alemania; y à todo se acudía à un tiempo, y el Turco le temía, y Alemania se humillaba, y Francia dexava preso su Rey, y Flandes pedía paz: y ahora una mugercilla herege, infame y deshonesta trae confusa la Christiandad, y hazen lances sus soldados y navíos, tan a nuestra costa como avemos visto en estos dos casos. No ay aquí que filosofar, mas de que se va llegando el tiempo

> en que Dios castiga à los Españoles, como el santo Obispo de Chiapa lo declaró en su testamento. Pecados de los que no tuvieron obras de Christianos dan armas a los hereges. Injusticias y robos causan estas restituciones de por junto. Culpas nuestras son las que indignan a Dios. La experiencia que el buen Obispo tuvo de estas cosas, le llevó a España: lástima de Indios y Españoles, le detuvo en ella: y el ser hombre de Dios, nos dexó el aviso en su muerte, para que començado ya à sentir por experiencia, haga cuydadosos y advertidos à los que no lo han estado por solas sus palabras. Destos subjetos santos, doctos y Profetas, quiso Dios dar à esta provincia, para que con su exemplo procuremos todos la del cielo.[72]

La sorprendente reflexión de Dávila tiene un pie puesto en Las Casas y otro, con aguda conciencia, en el curso que tomaba la Historia en los años que le tocó vivir. No debe perderse de vista, sin embargo, que Dávila Padilla podía ser muy crítico frente a las crueldades de *los otros* españoles (muchas debió ver), pero no ante las cometidas por la Inquisición bajo cualquiera de sus formas (aunque podría estar viendo su reflejo en la destrucción de las imágenes católicas, la predicación de la doctrina de Lutero y el ahorcamiento de los frailes). Lo que quizá alarmaba más al cronista era comprobar que Dios daba la espalda a España, valiéndose de Drake, a causa del crimen monstruoso que significó la presencia española en América. Porque Dávila iniciaba la redacción de su obra en 1589, un año después de que la Armada de Felipe II se hundiese en el intento de invadir Inglaterra. En aquellos combates tuvo Drake, vicealmirante inglés, una participación destacada. Fue enorme el miedo que produjo a los españoles en esa batalla: capturó sin resistencia un gran galeón, comandado por don Pedro de Valdez (aristócrata muy importante que los ingleses mantuvieron como rehén durante largo tiempo), ya que éste se rindió en el instante en que le fue comunicado el nombre de su adversario. Dávila no se atrevió a mencionar el desastre de la Armada, pero de alguna ma-

[72] *Historia de la fundación*, p. 341.

nera éste se encontraba en su mente al escribir el largo lamento final de su narración, con el que anuncia la irreversible decadencia de España.

La delicadeza de Dávila –o su oficio de censor, ahora aplicado a sí mismo– lo llevó a omitir otras dos incursiones de Drake a las que ya me referí y que él conocía muy bien: una de 1578 en Huatulco, justamente hacia la época en que vivió en Oaxaca, y otra de 1587, en Cádiz, cuando el inglés quemó las naves que se preparaban para integrar la gran Armada, en una audaz operación que Drake llamó *singeing the king of Spain's beard* (chamuscar las barbas del rey de España). La Inquisición fue otra gran perdedora en la guerra contra Elizabeth de Inglaterra, y de ello sobreviviría en México un testimonio conocido por nuestro primer historiador de la hispánica institución, Vicente Riva Palacio, cercano, claro, a Ignacio Manuel Altamirano. Al estudiar la instalación del Santo Oficio en México en 1571, hizo Riva Palacio la siguiente descripción de uno de los papeles de quien creía (erróneamente) había sido el primer inquisidor español en México, Pedro Moya de Contreras:

> Al establecerse la Inquisición en Nueva España se dieron a Moya de Contreras minuciosas instrucciones por el inquisidor general sobre el modo de proceder, y además el modelo de una cusa, para que conforme a él se extendiesen pedimentos, acusaciones, notificaciones y demás trámites; como era natural, en este modelo, todas las diligencias y fórmulas de escritos dicen: Don N... o el fiscal N..., siempre suprimiendo nombres, pues sólo tiene el carácter de formulario; pero la portada es curiosa porque en ella se lee que el rey don Felipe II procede contra la reina Isabel de Inglaterra por hereje, endemoniada y enemiga de la fe católica.[73]

El auto de fe de Felipe II contra Elizabeth I de Inglaterra quedó sólo en la fantasía de un inquisidor español. El testimonio de Agustín Dávila Padilla es un valioso indicio, con los de otros hombres lúcidos de su tiempo (notablemente Las Casas, y afortunadamente no fueron

[73] Vicente Riva Palacio, *La Inquisición*, en "Apéndice" a *Historia del Tribunal*, p. [16].

tan escasos si bien, como ha visto Bitterli, su acción sirvió poco a los americanos), de que había una alternativa al autoengaño. Para Altamirano y muchos de su generación era muy importante seguir avanzando en ese camino, y no es otro nuestro caso, por cierto.

Tercera parte

Altamirano y la literatura

Componente alegórico, caracterización de personajes y descripción del entorno en *El Zarco*

Jorge Zepeda

La tradición crítica se ha referido a la novela *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano por medio de categorías como novela de costumbres, novela histórica, novela realista, novela romántica o novela de tesis. No es casual que haya ocurrido así, puesto que en el texto de la obra pueden encontrarse elementos que permiten argumentar a favor de cada una de esas etiquetas clasificatorias. Sin embargo, la obra favorece una relectura de conjunto más atenta a la manera en que se articulan dichas posibilidades narrativas dentro de ella.

Entre los temas más comentados con respecto a esta novela está la forma en que Altamirano cifra en la conformación de las parejas dentro de la narración las opciones contrapuestas que el México de la segunda mitad del siglo XIX tenía ante sí. Construir una modernidad propia o ceder a los atavismos de la época colonial. Antonio Sánchez Jiménez, por ejemplo, hace notar la forma en que la asociación de ciertas plantas a algunos de los personajes refuerza la caracterización de la pareja Manuela-el Zarco:

> […] la alegoría vegetal se relaciona con la raza en una serie de metáforas que acompañan a las dos parejas opuestas que estructuran la novela: Manuela-el Zarco y Pilar-Nicolás. Para empezar, la pareja de blancos se asocia consistentemente a plantas venenosas, negativas e infructíferas. Así, cuando el narrador introduce a Manuela la joven blanca se halla tejiendo "una guirnalda de rosas blancas y de caléndulas rojas" (15), flores bellas pero efímeras y sin fruto, que contrastan con las flores de azahar que elige Pilar. Además, la cerca que rodea la casa de Manuela y que escala el Zarco para reunirse de noche con su amada se compone de plantas salvajes y punzan-

> tes como los amantes, de "ortigas y de cactos" (34). Por último, la metáfora más obvia es la planta que elige Manuela para esconder los tesoros robados que le entrega el Zarco, una "vieja y frondosa adelfa que, cubierta de flores aromáticas y venenosas, dominaba por su tamaño las pequeñas plantas del soto" (42). Como las flores de la adelfa, Manuela es bella pero peligrosa e infructífera, opuesta como el Zarco a la feracidad de la tierra que habita.[1]

Esta relación, patente en el texto de la novela, es un procedimiento para reforzar la construcción de los personajes y hacer más claro el conflicto detonado cuando Manuela rechaza la posibilidad de casarse con Nicolás y huye de la casa materna con el Zarco, uno de los cabecillas de los bandidos responsables de la paralización de la Tierra Caliente.

Con respecto al núcleo narrativo de la última novela de Altamirano, Doris Sommer propone un vínculo entre la pareja Nicolás-Pilar y la sociedad mexicana de la década de 1860: "[…] those relations are the hope of national regeneration in Mexico's *El Zarco* (Ignacio Altamirano, 1888), where an Indian hero learns to love his mestiza admirer during the same years that Mexicans were learning to admire their Indian president Benito Juárez".[2]

En la cita anterior hay un intento de razonamiento paralelístico que sirva de punto de partida para la interpretación alegórica de Sommer. El problema es que la aparición de Juárez en *El Zarco* no podría considerarse tan positiva, a menos que Altamirano estuviese contemplando los momentos previos a la invasión francesa con nostalgia, lo cual es

[1] "El árbol de la patria: una alegoría botánica en *El Zarco* (1901), de Ignacio Manuel Altamirano", *Hispanófila: Literatura-Ensayos*, LII, II, 155, enero 2009, p. 75.

[2] "[…] esas relaciones son la esperanza de regeneración nacional en el México de *El Zarco* (Ignacio Manuel Altamirano, 1888), donde un héroe indígena aprende a amar a su admiradora mestiza durante los mismos años en que los mexicanos estaban aprendiendo a admirar a su presidente indígena Benito Juárez" (Doris Sommer, *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*, University of California Press, Berkeley, 1991, p. 21; en adelante, *Foundational Fictions*. La traducción de todas las citas en inglés es mía).

difícil de sostener si se atiende, sobre todo, a la lectura del artículo de Alejandro Rivas Velázquez.[3] En el pasaje citado, Sommer anticipa su interpretación de la novela de Altamirano, pero la perspectiva desde la cual formula su propuesta no parece sustentarse en indicios textuales cuyo trasfondo histórico se haya examinado con rigor. Incluso podría estar olvidando sus propias palabras previas sobre el pasado inmediato común a América Latina: "Private initiative had few outlets in the empire's unnatural 'corporatist' state, in which groups rather than individuals were recognized in a rather strict hierarchy of color and caste".[4]

La interpretación de Sommer exigiría que la independencia de España tuviese el efecto inmediato de borrar el corporativismo inherente al régimen colonial. Como queda claro en el artículo de Rivas, si Altamirano está postulando una cierta tesis con *El Zarco* es que la sociedad debe tomar un papel activo en la vida pública del país ante la incompetencia negligente o interesada de las autoridades locales y regionales. Son los individuos los que asumen el protagonismo en *El Zarco*, pero no en la figura de Juárez, que acaso desempeñe más una función narrativa que un papel dentro de la trama, dada su aparición como *deus ex machina* pocas páginas antes de la conclusión de la obra.[5] En pala-

[3] Véase "Altamirano y su nueva visión de la novela en *El Zarco*", en Rafael Olea Franco y James Valender (eds.), *Reflexiones lingüísticas y literarias II. Literatura*, El Colegio de México, México, 1992, pp. 169-185; en adelante, "Altamirano y su nueva visión de la novela".

[4] "La iniciativa privada tenía pocas válvulas de escape en el estado corporativo antinatural del imperio, en el cual se reconocía a los grupos más que a los individuos en una jerarquía bastante estricta de color y casta" (D. Sommer, *Foundational Fictions*, p. 13).

[5] Al describir la novela histórica en la forma que le dio uno de sus primeros exponentes, Georg Lukács afirmaba algo digno de tomar en cuenta con respecto al papel que en ella compete a los personajes tomados de la realidad: "Scott hace que sus grandes personajes nazcan del ser de la época, y nunca explica la época por sus grandes representantes, al modo de los románticos cultores del héroe. Por eso desde el punto de vista de la acción las grandes figuras históricas no pueden ser nunca figuras centrales de la novela. Pues la exposición amplia y rica del ser de la época no se puede producir sino al hilo de la configuración de la vida cotidiana nacional, de

bras de Rivas: "Es interesante destacar que mientras en la parte de la novela leída por Altamirano en el Liceo Hidalgo la impunidad con que actúan los bandidos se explica por la intensa labor del gobierno en contra de los restos de la reacción, hacia el final de la novela completa, se introducen en la explicación la ineptitud y la corrupción de los gobernantes. Así, ya en el capítulo XIII, cuando se presenta al Comandante […]".[6]

El cambio de perspectiva que comenta Rivas sobre los motivos del abandono de las tareas de mantenimiento del orden público por parte del Estado no sería extraño tomando en cuenta el tiempo transcurrido entre la escritura de la primera parte de la novela y su conclusión. Manuel Sol recuerda que el manuscrito respectivo

> Ocasionalmente tiene algunas tachaduras hechas con lápiz azul, mientras que las páginas están numeradas con lápiz rojo. En la primera página, abajo del título, se encuentra la siguiente nota: "Esta novela fue vendida en $200 al Sr. don Santiago Ballescá —en febrero de 1887— aunque no estaba escrita más que la mitad de ella, esto es: trece capítulos que fueron leídos en las sesiones públicas y privadas del Liceo Hidalgo en 1886. El editor se propone publicarla en Barcelona, ilustrada con grabados sobre dibujos hechos por don Ramón Cantó". En la última página se encuentra otra nota, también de puño y letra del autor: "He concluido esta novela a las once y veinte minutos de la noche del 6 de abril de 1888". Firma Ignacio M. Altamirano.[7]

---

las alegrías y los sufrimientos, las crisis y las perplejidades de los hombres medios, único lugar en que aquel ser se asoma claramente a la superficie. En cambio, la destacada figura histórica que recoge y encarna una corriente de la historia lo hace siempre y necesariamente en un determinado terreno de abstracción. Al mostrar previamente la complicada intrincación de la vida nacional misma, Scott ha configurado previamente el ser cuya forma abstracta, cuya generalización mental, cuya concentración en un acto histórico es misión del gran personaje" (*La novela histórica*, trad. Manuel Sacristán, Grijalbo, Barcelona, 1976, p. 38; en adelante, *La novela histórica*).

[6] "Altamirano y su nueva visión de la novela", p. 180.

[7] "Algunas consideraciones sobre una futura edición crítica de *El Zarco*", en Manuel Sol y Alejandro Higashi (eds.), *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano*

Pero además del peso del factor anterior, que se vincula de manera directa con la concepción de la obra, también media una voluntad autoral, como el mismo Rivas hace evidente al establecer elementos en común entre los temas de interés periodístico para Altamirano y su proyecto novelístico:

> Altamirano emplea al bandido para mostrar su inconformidad con los hombres del gobierno, pero no con el sistema político que ellos supuestamente encarnan; es decir, él sigue siendo profundamente constitucional y demócrata. Para esos años, Altamirano ha manifestado en varias ocasiones su fe en la acción del pueblo y en la novela le concede a éste la facultad de ejercer la justicia y restablecer el orden, facultad que niega al gobernante.[8]

Por ello la interpretación de Sommer no parece tener de verdad en cuenta la novela, pues mientras que ésta se pronuncia por la participación de la sociedad por medio de sus miembros más destacados en la construcción de una nueva realidad nacional,[9] Sommer insiste en pro-

---

(1834-1893), Universidad Veracruzana/Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Xalapa, 1997, p. 242; en adelante, me referiré a este artículo como "Algunas consideraciones", y al libro que lo contiene, *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*. Nicole Giron habla de un lapso de hasta cuatro años entre ambas partes de la novela (véase "Liminar", en Ignacio Manuel Altamirano, *El Zarco. Episodios de la vida mexicana 1861-63*, edición facsimilar de la de 1901, Gobierno del Estado de México-Fondo Nacional para Actividades Sociales y Culturales, México, 1980, pp. XI-XII; en adelante, "Liminar").

[8] "Altamirano y su nueva visión de la novela", p. 183.

[9] Nicolás, el indio herrero, ha sabido superar el obstáculo que representaba su origen indígena en una sociedad cuyos numerosos rasgos del pasado colonial generan todo tipo de resistencias a las Leyes de Reforma, entonces recientemente promulgadas. Para José Salvador Ruiz, "Nicolás se distingue de entre los personajes de la novela, no por ser indio sino por ser el mejor ciudadano de Yautepec. Altamirano no hace una exposición específica sobre los artículos de la Constitución. Su objetivo es formar al ciudadano modelo que inspirara al lector o al oyente, a seguir sus pasos. En ese sentido, Nicolás representa dicho modelo ya que conoce sus derechos y cumple con sus obligaciones de buen ciudadano. El indio herrero es el único que parece conocer sus derechos incluso por encima del prefecto de Yaute-

tagonismos que para las fechas en que Altamirano concluye la novela ya han mostrado su fracaso en el intento de construcción nacional. Y para el año de publicación de la obra (1901), la permanencia de Porfirio Díaz en la presidencia de México habría hecho evidente a cualquier lector informado que la posibilidad de ejercicio del poder sin contrapesos no era la que Altamirano habría privilegiado.

Pilar Melgarejo y Joshua Lund señalan otra de las razones por las que la interpretación de Sommer permanece demasiado atenta a sus propias ideas generales sobre el carácter "fundacional" de las primeras novelas latinoamericanas en perjuicio de la concreción de los textos incorporados a su investigación. Con respecto a *El Zarco*, en concreto,

> Sommer herself has described the work as one in a long line of Mexican novels that articulate "romance and nationalism" thus joining "a tradition of marriages between politics and passion" (231). A number of critics, in one way or another, have followed suit (e.g. Cruz 73, Schmidt, Conway 97, Ruiz, Lund 91). While suggestive and certainly not without merit, these interpretations of the novel in terms of national romance and reconciliation, made intelligible through the requisite formula of mestizaje, seem to wither before a particular problem: in order to resolve the crisis of national disarticulation, Altamirano does not, in fact, turn to love. He conjures a vigilante.[10]

---

pec" ("El laberinto de la aculturación: Ciudadanía y nación mestiza en *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXXI, 61, 1er semestre 2005, pp. 31-32; en adelante, "Ciudadanía y nación mestiza").

[10] "La misma Sommer ha descrito la obra como parte de una larga línea de novelas mexicanas que articulan 'historia de amor y nacionalismo', uniéndose así a 'una tradición de matrimonios entre política y pasión' (231). Varios críticos, de una forma u otra, la han imitado (e.g. Cruz 73, Schmidt, Conway 97, Ruiz, Lund 91). Aunque sugerentes y definitivamente no carentes de mérito, estas interpretaciones de la novela en términos de historia de amor nacional y reconciliación, comprensibles por medio de la fórmula requisito del mestizaje, parecen palidecer ante un problema particular: para resolver la crisis de la desarticulación nacional, Altamirano, de hecho, no recurre al amor. Él conjura a un vigilante" ("Altamirano's Demons", *The Colorado Review of Hispanic Studies*, 4, Fall 2006, p. 51).

Si bien el matrimonio de Nicolás y Pilar parece ilustrar la forma en que Altamirano contemplaba la consolidación de la sociedad mexicana por medio del trabajo disciplinado y productivo, el problema real no se limita a este aspecto de la vida nacional —pero sin duda cumple un papel importante dentro de la novela, que trataré de exponer más adelante—, pues ya desde el primer capítulo la presentación del pueblo de Yautepec como un lugar armónico y económicamente activo es muy evidente:

> La población es buena, tranquila, laboriosa, amante de la paz, franca, sencilla y hospitalaria. Rodeada de magníficas haciendas de caña de azúcar, mantiene un activo tráfico con ellas, así como con Cuernavaca y Morelos, es el centro de numerosos pueblecillos de indígenas, situados en la falda meridional de la cordillera que divide la tierra caliente del valle de México, y con la metrópoli de la República a causa de los productos de sus inmensas huertas de que hemos hablado.
>
> En lo político y administrativo, Yautepec, desde que pertenecía al Estado de México, fue elevándose de un rango subalterno y dependiente de Cuernavaca, hasta ser cabecera de distrito, carácter que conserva todavía. No ha tomado parte activa en las guerras civiles y ha sido las más veces víctima de ellas, aunque ha sabido reponerse de sus desastres, merced a sus inagotables recursos y su laboriosidad. El río y los árboles frutales son su tesoro; así es que los facciosos, los partidarios y los bandidos, han podido arrebatarle frecuentemente sus rentas, pero no han logrado mermar ni destruir su capital. (p. 312)

Queda claro, entonces, que la verdadera problemática no reside en el pueblo de Yautepec, sino en la manera en que condiciones y factores ajenos a su control inciden de manera negativa en su productividad. De tal forma, el matrimonio entre el herrero indígena Nicolás y la mestiza Pilar no puede considerarse sino como la consolidación de esas relaciones armónicas del pueblo de Yautepec con su entorno inmediato, cuya preservación merece y reclama el cobijo de las instituciones emanadas del régimen liberal, ya que esa población en concreto

contribuye de manera tan señalada a la prosperidad y progreso de México. Evodio Escalante abunda en este aspecto de caracterización:

> Pincelada tras pincelada, emerge la idea de Yautepec como una población modelo. La naturaleza la ha bendecido con una ubicación y una exuberancia que se antojan paradisíacas. A lo que Natura presta, Altamirano agrega el trabajo, la laboriosidad, la bondad de sus gentes, que son francas, sencillas, hospitalarias y amantes de la paz. ¿Qué más puede pedirse? Su esencia es parte de su presencia, y su presencia de su esencia. La correspondencia es completa. Otro mérito más: han permanecido al margen de las guerras civiles. Aunque, aquí intervienen las contingencias, no han quedado al margen de sus calamidades. La calamidad, la contingencia se llama los *plateados*. Con todo, estos "accidentes" históricos, aunque le han sustraído *sus rentas*, no han podido mermar ni destruir lo que es más importante desde el punto de vista económico: *su capital*.[11]

La comunidad de Yautepec deberá sobreponerse al perjuicio que conlleva la presencia de los plateados, que imposibilita los intercambios económicos y transtorna el ritmo de la existencia cotidiana. Para terminar con ese obstáculo a la articulación de la vida de Yautepec con el resto del país, la única solución es restablecer el equilibrio y la paz social con la participación activa de los ciudadanos en la destrucción de los plateados, pues esa interferencia en la estabilidad necesaria para el trabajo entraña además la apropiación indebida del fruto de éste.

A pesar de que Nicolás toma en un primer momento la iniciativa de recuperar el orden previo a la huida de Manuela con el Zarco, la misma narración demuestra que pese a su facilidad de expresión, buena disposición al servicio y conocimiento de sus derechos, no le corresponde a él dicha tarea. El resultado de enfrentarse al comandante, reacio a perseguir a los bandidos, es su encarcelamiento, que bien habría

[11] "Lectura ideológica de dos novelas de Altamirano", en Manuel Sol y Alejandro Higashi (eds.), *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, p. 196, el énfasis proviene del original; en adelante, "Lectura ideológica de dos novelas de Altamirano".

podido conducirlo a morir fusilado de no mediar la intervención de las autoridades civiles de Yautepec y de los dueños de la hacienda de Yanhuitlán, donde Nicolás se desempeña como maestro herrero. Ryan Long aduce, por tanto, que

> Sparing Nicolás the task of killing el Zarco suggests that Altamirano understood the dangers of state-sanctioned violence, be it lawmaking or law-preserving violence. By casting a minor character, introduced late in the novel, in the role of el Zarco's executioner, Altamirano endorses state-sanctioned violence, but with serious reservations. He will not risk that his model, corrective citizen be contaminated by the violence that, like el Zarco, he would like to expel absolutely, but whose allegedly outside status is necessary for founding the order that, supposedly, once founded, can start by scratching out the violence that grounds it.[12]

El argumento de Long parece contundente. Habría que agregar a lo anterior, además, que Martín Sánchez es uno de los personajes tomados de la realidad contemporánea.[13] Es decir, se trata de uno de los

[12] "Evitarle a Nicolás la tarea de matar al Zarco sugiere que Altamirano comprendió los peligros de la violencia autorizada por el Estado, se tratara de violencia contemplada por la ley o de violencia que preservara la ley. Al seleccionar a un personaje menor, introducido de manera tardía en la novela, para el papel de ejecutor del Zarco, Altamirano suscribe la violencia sancionada por el Estado, pero con serias reservas. Él no se arriesgará a que este ciudadano modelo, correcto, sea contaminado por la violencia que, como al Zarco, querría repeler de manera absoluta, pero cuyo presunto estatuto marginal es necesario para fundar el orden que, supuestamente, una vez fundado, puede comenzar por arrancar de un zarpazo la violencia que lo origina" ("The Cautious Critique of Foundational Violence in Ignacio Manuel Altamirano's *El Zarco*", *Journal of Latin American Cultural Studies: Travesia*, 16, 1, March 2007, pp. 91-92).

[13] El narrador se encarga de enfatizar esta condición y dejarla clara al lector: "Martín Sánchez Chagollán, personaje rigurosamente histórico, lo mismo que Salomé Plasencia, que el Zarco y que los bandidos a quienes hemos presentado en esta narración, era un particular, un campesino, sin antecedentes militares de ninguna especie; lejos de eso, había sido un hombre absolutamente pacífico, que había rehusado siempre mezclarse en las contiendas civiles que agitaban al país hacía muchos años, y así, retraído, casi tímido, vivía entregado exclusivamente a los trabajos rurales

componentes textuales que han llevado a considerar *El Zarco* como una novela histórica. José Luis Martínez recuerda que:

> Como ha mostrado Clementina Díaz y de Ovando, *El Zarco* es una novela histórica ya que, aparte de su intriga sentimental necesaria para sazonarla, dos de sus personajes principales existieron y sus desmanes e incursiones aparecen en los periódicos de la época: el jefe de los *plateados*, el "Zarco", es una mezcla de Salomé Plasencia y de sus seguidores Felipe y Severo: y Martín Sánchez —apodado Chagollan o sea fabricante de "milagros" falsos, pues su oficio era de platero— fue el nombre real del valiente perseguidor de los bandidos.[14]

Al ceder a Martín Sánchez el papel de enemigo frontal de los bandidos y restablecedor del orden, Altamirano se apega, además, al procedimiento de la novela histórica gracias al cual los personajes tomados de la realidad se encargan de trazar las coordenadas de la época que hagan comprensible la acción de los protagonistas.[15] Puesto que en al-

---

en un pequeño rancho que tenía a poca distancia de Ayacapixtla, cerca de Cuautla, Morelos. Y, con todo esto, era un hombre de bien a toda prueba, uno de esos fanáticos de la honradez, que prefieren morir a cometer una acción que pudiera manchar su nombre o hacerlos menos estimables para su familia o para sus amigos" (p. 404).

[14] "Altamirano novelista", en Ignacio Manuel Altamirano, *Novelas y cuentos 1*, selección y notas de José Luis Martínez, Secretaría de Educación Pública/Dirección General de Publicaciones y Medios, 1986, p. 14. Martínez se refiere al artículo "La visión histórica de Ignacio Manuel Altamirano", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, VI, 22, 1954, pp. 33-53.

[15] Con respecto a este rasgo de la novela histórica decimonónica, Lukács afirma que: "[…] la forma novelística no excluye en absoluto la posibilidad de dar forma a hombres importantes en situaciones importantes. Puede realizarse sin recurrir a ello, pero también le es posible su configuración. Lo que importa es inventar una acción en la cual esas situaciones importantes puedan ser partes necesarias, orgánicas, de una acción general mucho más amplia y más rica: lo que importa es conducir de tal modo esa acción que, por su propia lógica interna, empuje hacia dichas situaciones como hacia su realización efectiva. Y también importa disponer la figura del «individuo histórico-universal» de tal modo que, por su propia necesidad interior, aparezca en dichas situaciones y sólo en ellas. Con esto no hacemos más que describir con otras palabras y al hilo de otros pensamientos lo que ya he-

gún momento Nicolás y Martín Sánchez combaten juntos a los plateados, Altamirano bien habría podido convertir al protagonista de esta novela en ejecutor del bandido.[16] Sin embargo, como Long señala, en realidad el papel que Nicolás tiene dentro de la novela es otro. Se trata del modelo de ciudadano futuro que México necesita para consolidar el régimen de libertades que la Guerra de Reforma haría posible,[17] si bien inestable. Con respecto a estos personajes de Altamirano, Friedhelm Schmidt advierte:

> [...] los indígenas y mestizos heroicos de las novelas de Altamirano en realidad sólo lo son en apariencia. Ante todo, son representados como buenos ciudadanos patrióticos [...] que no sólo adaptaron la ideología

---

mos dicho, a saber, que el «individuo histórico-universal» es, en la novela histórica, figura necesariamente secundaria" (*La novela histórica*, p. 139). La verificación de este rasgo puede observarse en *El Zarco* en el hecho de que Martín Sánchez (pero sobre todo Juárez) aparece sólo hacia la parte final de la narración. Sobre la relación entre ficción histórica e historia, Altamirano tenía claro que: "Para Walter Scott, la fábula amorosa es el marco, pero el cuadro es la historia, lo mismo que para Fenimore Cooper y Alejandro Dumas (padre), imitadores del gran escritor escocés" ("'La evangelista'", en su libro *Escritos de literatura y arte 3*, selección y notas de José Luis Martínez, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Dirección General de Publicaciones, México, 1989, p. 59).

[16] El personaje mismo considera cumplido su deber moral de desagraviar la muerte de Antonia, la madre de Manuela, cuando derrota al bandido sin ayuda alguna: "Nicolás alcanzó al Zarco, precisamente al acercarse éste al grupo de mujeres, y allí al tiempo en que el bandido disparaba sobre él su mosquete, le abrió la cabeza de un sablazo y lo dejó tendido en el suelo, después de lo cual volvió al lugar de la pelea, no sin gritar: / —¡Ya está vengada doña Antonia!" (p. 409). Recuérdese, además, que al único habitante de la región a quien los bandidos temen es precisamente Nicolás.

[17] Manuel Sol subraya el aspecto onomástico: "El protagonista de *El Zarco* no es obviamente el Zarco, ni tampoco personaje alguno en particular, sino el pueblo de Yautepec, esto es, el pueblo mexicano, quien a través de Nicolás —cuyo nombre según su etimología, "victoria del pueblo", es altamente significativo— simboliza al mexicano de raza autóctona honesto, emprendedor, responsable que, primero individualmente, y luego colectivamente, se opone a los bandidos —e incluso, al ejército liberal—, representado aquí por un comandante del ejército a quien se le caracteriza como un hombre cobarde, corrupto y sin escrúpulos [...]" ("Algunas consideraciones", p. 243).

> liberal, sino también la idea del Estado nacional y la del amor romántico. Socialmente son más criollos que indígenas, y las clases populares en realidad se desprecian y, al menos en *El Zarco*, se califican de ser el populacho sin civilización ni cultura [...].[18]

Sobre la presentación de las clases populares, el siguiente pasaje del festejo en Xochimancas es elocuente, aunque en realidad los rasgos de descalificación que Schmidt tiene en mente se atribuyen a los plateados:

> Resonaban allí algunos bandolones, guitarras y jaranas tocando *polkas* y *valses*, porque es de advertir que esos bandidos eran poco aficionados a los bailes populares, como el jarabe, y sólo como una especie de adorno o de capricho solían usarlos. Los plateados tenían pretensiones, bailaban a lo decente, pero por eso mismo, sus bailes tenían todo el aspecto repugnante de la parodia o grotesco de la caricatura. (p. 398)

Queda claro, entonces, que otra de las razones por las que los bandidos resultan despreciables es que se comportan como arribistas sociales amparados en una riqueza que han usurpado. Por lo mismo, son incapaces de valorarla realmente, pero, sobre todo, están imposibilitados para comportarse como quien además de prosperidad ha obtenido, mediante la educación y su propio esfuerzo, los rudimentos necesarios para actuar de manera socialmente adecuada.

Nicolás es el reverso de esta caracterización negativa. Cumple una función de índole distinta y por ello no se profundiza en agregar a ella la dimensión de justiciero. Para terminar con la amenaza que el Zarco y el resto de los plateados representan para la sociedad económicamente activa de Yautepec y del resto del país, basta dejar que Martín Sánchez se encargue de terminar con quienes han aprovechado la inestabilidad

[18] "Amor y nación en las novelas de Ignacio Manuel Altamirano", *Literatura Mexicana*, X, 1-2, 1999, p. 114.

del país para sacar partido del trabajo honrado de una región especialmente próspera y medrar de manera ostentosa a su costa. Que la actividad de los bandidos es lesiva por sí misma para el desarrollo económico de la región por el que Altamirano se muestra tan interesado en esta novela se enfatiza todavía más cuando el lector aprecia que además los bienes salen del ciclo productivo al quedar almacenados de manera ociosa, como lo comprueba Manuela:

> Entretanto, el Zarco le prodigaba mil cuidados, la llenaba de atenciones; se esmeraba, acompañado de los bandidos y de las mujeres, en componer el departamento que le estaba destinado en la capilla, trayendo esteras nuevas, tendiendo jorongos, colgando algunas estampas de santos, y sobre todo, mostrándole sus baúles, en los que había algunas talegas de pesos, alguna vajilla de plata, mezclada con arreos de caballo, con cortes de vestidos de seda, ropa blanca de hombre y de mujer, y mil otros objetos extraños. Hubiérase dicho que aquellas arcas eran verdaderos nidos de urraca, en los que todo lo robado estaba revuelto confusamente. (p. 388)

El símil de naturaleza animal suscita asociaciones de índole negativa que se reiteran en la novela, como se verá adelante con más detalle. Aunque el mismo Altamirano solía tener en mente la eficacia del apólogo y la fábula como métodos para inculcar en el pueblo los nuevos valores con que los liberales buscaban dejar atrás el pasado colonial del país,[19] en *El Zarco* ese objetivo permanece y se combina con el realis-

[19] Una muestra de la vocación pedagógica del escritor puede observarse en el siguiente párrafo: "[…] nosotros hemos considerado la novela como lectura del pueblo, y hemos juzgado su importancia no por comparación con los otros géneros literarios, sino por la influencia que ha tenido y tendrá todavía en la educación de las masas. La novela es el libro de las masas. Los demás estudios, desnudos del atavío de la imaginación, y menores por eso, sin disputa, están reservados a un círculo más inteligente y más dichoso, porque no tiene necesidad de fábulas y de poesía para sacar de ellos el provecho que desea. Quizás la novela está llamada a abrir el camino a las clases pobres para que lleguen a la altura de este círculo privilegiado y se confundan con él. Quizás la novela no es más que la iniciación del pueblo en los misterios de la civilización moderna, y la instrucción gradual que se le da para

mo. Sin descartar pasajes puntuales de la novela en los que se hacen más notorios los mecanismos relacionados con el adoctrinamiento por medio de recursos retóricos como la fábula, la etapa en la que Altamirano escribió su última novela completa se caracteriza no ya por la defensa del proyecto liberal, sino, antes bien por la crítica de su implantación y, sobre todo, como propone Rivas, por la presentación de una alternativa muy concreta:

> En *El Zarco*, Altamirano abre las puertas a la realidad política y social y logra lo que había intentado desde la primera novela: aprovecharse de la realidad para escribir una literatura con fines políticos. Por otra parte, su inconformidad con el régimen imprime a su novela un carácter ya no de propaganda sino de denuncia. Es el paradigma del intelectual latinoamericano de los inicios de la nación, que después de haber participado en la construcción del nuevo orden, acaba oponiéndose a él, ejerciendo la denuncia por medio de la literatura con el mismo fervor con que antes combatiera con las armas en contra del antiguo orden. En *El Zarco* aparece la escisión entre el escritor y el régimen, escisión que producirá grandes obras de arte en el continente.[20]

---

el sacerdocio del porvenir. ¡Quién sabe! El hecho es que la novela instruye y deleita a ese pobre pueblo que no tiene bibliotecas, y que aún teniéndolas, no poseería su clave; el hecho es que entretanto llega el día de la igualdad universal y mientras haya un círculo reducido de inteligencias superiores a las masas, la novela, como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, será un vínculo de unión con ellas, y tal vez el más fuerte" (Ignacio Manuel Altamirano, *Revistas literarias de México (1821-1867)*, en *Escritos de literatura y arte 1*, selección y notas de José Luis Martínez, Secretaría de Educación Pública/Dirección General de Publicaciones y Medios, México, 1988, p. 56; en adelante, *Revistas literarias de México (1821-1867)*).

[20] "Altamirano y su nueva visión de la novela", p. 185. Los siguientes tres textos de la columna de Altamirano en *La República* son parte de los artículos periodísticos sobre la amenaza del bandidaje y las soluciones posibles que comenta Rivas Velázquez en su artículo de 1992 (pp. 174-177): "Correo. Ineficaz jurado popular"; "Correo. Ladrones y asesinos"; "Correo. Saltadores y plagiarios", en *Periodismo político 2*, edición, prólogo y notas de Carlos Román Célis, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, México, 1989, pp. 11-14; pp. 15-19; pp. 20-22.

En contraste con la lectura mecánica que Sommer propone,[21] la revisión de Rivas del vínculo entre escritura de ficción y quehacer periodístico muestra la especificidad de una novela cuyo proyecto tal vez se haya modificado desde un planteamiento inicial más apegado a la convención narrativa con respecto al bandido como personaje literario hasta convertir a éste en beneficiario de la ineptitud y la corrupción de un poder político al que los aspirantes a ciudadanos no debían permitir operar sin supervisión cercana. Pero la percepción que Altamirano tenía del bandido se apegaba más a la realidad mexicana que a la tradición en torno al personaje y sus matices de redención como héroe popular. El escritor se refería a él de este modo: "[…] el 'Bandido'. ¡[…] esta plaga de México, que influye poderosamente en su movimiento comercial y en su crédito nacional!"[22]

Si se tiene presente el nexo entre la escritura novelística y el trabajo periodístico del autor que ya ha hecho notar Alejandro Rivas, no parece gratuito que Altamirano subraye los efectos de las acciones del bandido como perjuicio al comercio y a las operaciones de crédito de las cuales depende la salud de la economía del país. Robert Herr comenta que

[21] El hecho de que la alegoría sea un elemento subyacente a la construcción de las narraciones fundacionales a las que Sommer dedica su estudio no puede descartarse de manera tajante en todos los casos. Tal vez lo que quepa reprochar a su forma de leer e interpretar un conjunto de novelas tan variadas como aquellas a las que presta atención en su amplio estudio es que se apega de manera muy estrecha a una plantilla de lectura que termina por conducirla a conclusiones simplistas o ingenuas, como la siguiente: "(Is Manuela symbolic of the monarchist Creoles who pine after a European prince when they have an Indian prince for president?)" ("Simboliza Manuela a los criollos monárquicos que languidecen por un príncipe europeo cuando tienen como presidente a un príncipe indígena?", *Foundational Fictions*, p. 226). Que este apunte quede formulado como pregunta retórica denota ya una interpretación muy cercana al cuento de hadas, para perjuicio de la posibilidad que Sommer sustenta. Tal vez el problema del método de lectura alegórica privilegiado en su estudio es que tiende a reconfigurar a los personajes de las obras analizadas en torno a los ideales de unidad nacional de manera todavía más drástica que la que sus autores podrían haberse propuesto.

[22] *Revistas literarias de México (1821-1867)*, p. 85.

> Ignacio Manuel Altamirano anticipa de alguna manera uno de los debates historiográficos sobre el bandido social que en la representación crítica de los plateados desafía directamente la imagen romántica del bandido al estilo Robin Hood. El retrato de el Zarco, caracterizado en la novela como un bandido holgazán y vicioso, corresponde a una visión del bandido como parásito social que, junto con sus cómplices entre los políticos corruptos, despoja al pueblo de sus riquezas y debilita a la patria. En esta obra de alegoría romántica, Altamirano narra la pacificación de los sectores rurales y emplea a los personajes históricos de este "episodio" nacional para tratar la consolidación de la nación a varios niveles.[23]

Es evidente que en *El Zarco* hay una voluntad de presentar de manera realista la narración. Los elementos de índole romántica que pueden apuntarse en la caracterización de los personajes tienen una función negativa, pues ejemplifican las actitudes que el narrador condena como contrarias al sentido común. Esto ocurre así sobre todo en lo que respecta a las mujeres. Integradas a las parejas opuestas entre sí, las protagonistas prefiguran el contraste entre la nueva sociedad postulada por Altamirano como contrapeso al Estado y la sociedad heredera de las inercias y prejuicios del régimen colonial.[24] Esther Hernández-Palacios describe así ese conflicto:

> La pareja que forman Manuela y el Zarco se opone de manera absoluta al binomio Pilar-Nicolás. Mientras los primeros materializan algunos de

[23] "De bandidos a trabajadores: el proyecto económico liberal en *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano", *Literatura Mexicana*, XVIII, 2, 2007, p. 122.

[24] Max Parra comenta este objetivo de la novela: "A través de Nicolás, Altamirano aboga en favor de la dignidad del trabajo y de la redención del indio por esta vía, ideas que, es preciso recordar, eran innovadoras en aquella época, Nicolás, en suma, es el prototipo del nuevo pueblo que debe surgir de las cenizas de pasado colonial, un pueblo hecho de individuos libres, racionales, y moralmente virtuosos, que asume su ciudadanía tanto en términos jurídicos de derechos y deberes, como también culturales (normas de conducta). En él ya no hay discrepancia entre su modo de actuar y pensar y la ideología del estado liberal. Por el contrario, hay una perfecta fluidez y correspondencia" ("'Pueblo', bandidos, y Estado en el siglo XIX mexicano", p. 69).

> los vicios y defectos más frecuentes de la sociedad mexicana de su época, los segundos cristalizan las virtudes que el país necesita en sus hijos para poder acceder al progreso y a la consolidación político-cultural que busca Altamirano para su patria. En Manuela, pueblerina ambiciosa que renuncia a sus principios y hasta al amor materno, por una desmedida sed de riquezas, también se da una transformación, pero no se trata de la transfiguración posterior a la expiación de la culpa mediante el dolor y el castigo, sino de una verdadera metamorfosis. En el huerto de su casa y frente al botín de su amante, Manuela se transforma de ángel en demonio.[25]

Pero la configuración del personaje de Manuela no puede considerarse fruto de un cambio que pudiera sobrevenirle. Las lecturas que ha hecho antes, el encuentro con el Zarco, todo forma parte de un proceso aludido a lo largo de la narración. Si acaso, puede hablarse de un momento de revelación a favor del cual operan la circunstancia nocturna, oculta y solitaria del mismo,[26] puesto que desde su primera aparición en compañía de su madre y de Pilar la muchacha tiene evidentes gestos negativos ante las expectativas que el entorno inmediato pueda abrigar con respecto a ella:

> —Mira, mamá —dijo la joven blanca, dirigiéndose a la señora mayor que cosía sentada en una pequeña silla de paja, algo lejos del banco rústico—, mira a esta tonta, que no acabará de poner sus flores en toda la tarde; ya

[25] "Heroínas y antiheroínas en la novela de Ignacio Manuel Altamirano", en Manuel Sol y Alejandro Higashi (eds.), *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, pp. 233-234.

[26] El pasaje respectivo puede contribuir a clarificar la "transformación" del personaje: "Manuela, abandonada a sí misma en aquella hora y de aquel modo, dejaba conocer en su semblante todas las experiencias de su vil pasión, que no se detenía ante la vergüenza y el remordimiento, pues bien sabía que aquellas alhajas eran el fruto del crimen. Así es que, sobre su cabeza radiante con los fulgores de los aretes robados, se veía en la sombra, no la cara burlona de Mefistófeles, el demonio de la seducción, sino la máscara pavorosa del verdugo, el demonio de la horca" (p. 336). Las palabras que cierran el párrafo anticipan el escenario en el que tiene lugar su muerte.

> se lastimó las manos por el empeño de no cortar más que los azahares frescos que estaban más altos, y ahora no puede ponérselos en las trenzas… Y es que a toda costa quiere casarse, y pronto.
>
> —¿Yo? —preguntó la morena alzando tímidamente los ojos como avergonzada.
>
> —Sí, tú —replicó la otra—, no lo disimules; tú sueñas con el casamiento; no haces más que hablar de ello todo el día, y por eso escoges los azahares de preferencia. Yo no, yo no pienso en casarme todavía, y me contento con las flores que más me gustan. Además, con la corona de azahares parece que van a vestir a una muerta. Así entierran a las doncellas. (p. 315)

Manuela no sólo deja en claro que no tiene predisposición alguna a asumir el papel que tradicionalmente se asigna a las mujeres de su edad, sino también que el esfuerzo mismo de Pilar al tejer una corona nupcial le parece una inversión superflua de tiempo y energías, sin descartar que lo considere, además, como muestra de gran ingenuidad. Este pasaje tiene resonancia en el final de la novela, pues tras el fusilamiento del Zarco, Manuela pierde la razón, o bien escenifica con éxito una muerte que le facilita sustraerse a las posibles acciones correctivas y sanciones del mismo *establishment* al que sistemáticamente se ha opuesto (como lo indica una interpretación cuyo examen queda pendiente todavía):

> Manuela se cubrió la cara con las manos. Los soldados arrimaron al Zarco junto al tronco y dispararon sobre él cinco tiros, y el de gracia. Humeó un poco la ropa, saltaron los sesos, y el cuerpo del Zarco rodó por el suelo con ligeras convulsiones. Después fue colgado en la rama, y quedó balanceándose allí. Manuela creyó despertar de un sueño. Se levantó, y sin ver el cadáver de su amante, que estaba pendiente, comenzó a gritar como si aún estuviese delante el *guayín* de los desposados:
>
> —¡Sí, déjate esa corona, Pilar; tú quieres casarte con el indio herrero; pero yo soy la que tengo la corona de rosas…; yo no quiero casarme, yo quiero ser la querida del Zarco, un ladrón!...

> En esto alzó la cabeza; vio un cuerpo colgado…., después contempló a los soldados, que la veían con lástima, luego a don Martín, luego al Tigre, que estaba inclinado y mudo, y después se llevó las manos al corazón, dio un grito agudo y cayó al suelo. (p. 418)

El personaje muere una vez que ha demostrado su falta de contacto con la realidad, pero sobre todo, su soberbia y su incapacidad para adaptarse a las convenciones de la vida en sociedad, las cuales defrauda incluso cuando está a punto de perder la vida. Pero tanto o más importante para los fines de la narración de Altamirano es la forma en que una mala decisión del gobierno liberal de Juárez contribuye a la percepción torcida de Manuela:

> Obligadas las tropas liberales, por un error lamentable y vergonzoso, a aceptar la cooperación de estos bandidos en la persecución que hacían al faccioso reaccionario Márquez en su travesía por la tierra caliente, algunas de aquellas partidas se presentaron formando cuerpos irregulares, pero numerosos, y uno de ellos estaba mandado por el Zarco. Entonces, y durante los pocos días que permaneció en Cuernavaca, fue cuando conoció a Manuela, que se había refugiado con su familia en esa ciudad. El bandido ostentaba entonces un carácter militar, sin dejar por eso los arreos vistosos que eran como característicos en los ladrones de aquella época y que les dieron el nombre de *plateados*, con el que fueron conocidos generalmente. (p. 339)

La repercusión de este episodio tomado de la realidad en la historia particular de Manuela indica el encadenamiento de los hechos en dos ámbitos, el de lo cotidiano y el de lo histórico.[27] Una interacción que,

[27] Para Lukács, "La interacción entre lo «alto» y lo «bajo», cuyo conjunto constituye la totalidad de la vida nacional, se manifiesta, pues, en el hecho de que mientras en lo esencial las tendencias históricas cobran «arriba» una expresión más clara y más generalizada, sin embargo, y con pocas excepciones, el heroísmo real del desempeño de las contraposiciones históricas se encuentra «abajo»" (*La novela histórica*, p. 50).

cabe observar, tendería a reforzar la ubicación de *El Zarco* en los dominios de la novela histórica. Para Elías José Palti, la perspectiva del narrador estaría condicionada, desde luego, por la forma en que, sin recurrir a la nostalgia, narra un episodio que mucho podría iluminar, también, el presente desde el cual lo recuperaba:

> En los ochenta, Altamirano pintaba así, retrospectivamente, una época en la cual los límites entre la violencia pública y la violencia privada se habían desdibujado. Ver al bandido usando uniforme militar fue lo que confundió a Manuela: ésta no tenía ya forma de distinguir entre el bien y el mal, entre el ejercicio virtuoso y las formas perversas de violencia. Esta confusión de esferas legitimaba la violencia privada a la vez que volvía ilegítima la violencia pública.[28]

El efecto de una decisión que después el mismo gobierno liberal deberá corregir por medio del otorgamiento de facultades especiales a Martín Sánchez[29] se suma a la percepción distorsionada de Manuela,

[28] Elías José Palti, "Literatura y política en Ignacio M. Altamirano", en Mabel Moraña y Lelia Area (comps.), *La imaginación histórica en el siglo XIX*, Universidad Nacional del Rosario Editora, Rosario, 1994, pp. 94-95. Con respecto a este tema, Lukács expone que: "Sin relación vivenciable con el presente no es posible una configuración de la historia. Pero para el arte histórico realmente grande esa relación no consiste en alusiones a acontecimientos contemporáneos del autor —objeto de la cruel burla de Puschkin contra los incapaces seguidores de Scott—, sino en la vitalización del pasado como historia previa del presente, en la vivificación de las fuerzas históricas, sociales y humanas que, en el curso de un largo desarrollo, han hecho de nuestra vida lo que es, lo que nosotros mismos vivimos" (*La novela histórica*, p. 54).

[29] Consideradas desde el punto de vista del orden constitucional, ambas decisiones se basan en la improvisación y en el recurso a los medios más inmediatos y expeditos para sortear una situación que rebasa la capacidad de respuesta institucional del gobierno federal. Por ello, quizá, el narrador cierra el episodio del encuentro de Martín Sánchez con el presidente Juárez de una forma en la que puede advertirse cierto tipo de presagio: "Al ver a aquellos dos hombres, pequeños de estatura, el uno frente al otro, el uno de frac negro, como acostumbraba entonces Juárez, el otro de chaquetón también negro; el uno moreno y con el tipo de indio puro, y el otro amarillento, con el tipo del mestizo y del campesino; los dos serios, los dos graves, cualquiera que hubiera leído un poco en el futuro se habría

que así queda ya imposibilitada para comportarse conforme a las expectativas de su entorno social.[30] Pero más que un personaje que cumple de manera mecánica con los propósitos asignados por el narrador de manera consciente, tal vez quepa la posibilidad de considerar que Manuela forma parte ya de una etapa distinta en cuanto atañe a la articulación de los personajes femeninos dentro del imaginario de la sociedad mexicana de finales del siglo XIX. Al menos de esa forma la presenta Luz Ainai Morales Pino en su análisis de *El Zarco*:

> La caracterización de Manuela en este fragmento [cuando se mira al espejo con las joyas robadas por el Zarco] participa plenamente de las imágenes propias de los erotismos decadentes de fin de siglo. Su tono siniestro y erótico, con su tendencia al lujo, al consumo, al placer y las pasiones, la hacen más cercana a un ídolo de perversión finisecular que a una fe-

---

estremecido. Era la ley de la salud pública armando a la honradez con el rayo de la muerte" (pp. 413-414). A falta de mayores indicios textuales, ese privilegio de leer en el futuro sólo cabía a Altamirano como autor empírico, ya que, como expone Nicole Giron, el público lector no tendría tan presentes las circunstancias previas a la invasión francesa: "Cuando Altamirano empezó a escribir su novela, a eso de los años ochenta, los acontecimientos en ella referidos tenían bastante actualidad, sobre todo si consideramos que en el siglo XIX el tiempo discurría a un ritmo menos acelerado que en nuestros días de televisión y satélites intercontinentales, aun cuando la instalación del telégrafo ya había operado su vertiginosa revolución en la transmisión de la información. Cuando *El Zarco* salió de la imprenta, en 1901, su historicidad en nada había menguado, pero las épocas a las que se refería eran ya lejanas. Sólo algunos ancianos se acordaban de lo que había sucedido cuarenta años antes. En el México de 1901, adormilado por veinticinco años de dictadura porfiriana, con su peculiar 'paz pública' y su continuado 'progreso material', los agitados años de la Reforma, nutridos de contienda ideológica apasionada, parecían pertenecer a otro mundo" ("Liminar", pp. X-XI). *Cfr*. n. 28.

[30] Christopher Conway observa que "La novela, entonces, no reduce el problema de la mujer en la sociedad a una ecuación unidireccional, sino que le confiere una matriz histórica. La paradoja radica en el hecho que a la misma vez que Manuela se convierte en símbolo de la corrupción nacional, también se le representa como víctima de una corrupción nacional fomentada por dirigentes políticos" ("Lecturas: ventanas de la seducción en *El Zarco*", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXVI, 52, 2º semestre 2000, p. 98).

> minidad indeseada para el orden disciplinario (Dijkstra 325). Si bien la voz narrativa propone la necesidad de feminidades modélicas como Pilar, joven mestiza, comedida, dócil y pertinentemente valiente (recordemos cuando hace frente a la autoridad por el encarcelamiento injusto de Nicolás), la descripción anterior crea una imagen de Manuela que dialoga con el archivo iconográfico de feminidades finiseculares perversas e incontrolablemente deseables.[31]

Tal vez el hecho de que entre la escritura de la primera parte de la novela y su continuación medien algunos meses y que su publicación se produzca ya iniciado el siglo XX repercuta de manera especial en la interpretación del personaje de Manuela. Si a eso se agrega el carácter tardío del romanticismo hispanoamericano y su confluencia y sobreposición a aspectos varios del realismo y el naturalismo, la novela de Altamirano ofrece al lector un conjunto mucho menos uniforme de lo que éste podría anticipar de tomar en cuenta solamente la insistencia en el proyecto civilizador y educativo del escritor, o la inserción de la obra en el paradigma de las "novelas fundacionales" que elabora Doris Sommer.[32]

[31] "Tensiones disciplinarias. Palabra, imagen y subversión semántica en la estética realista de *El Zarco*", *Decimonónica: Journal of Nineteenth Century Hispanic Cultural Production/Revista de Producción Cultural Hispánica Decimonónica*, 11, 1, Winter/Invierno 2014, p. 18; en adelante, "Palabra, imagen y subversión semántica".

[32] Con respecto al libro de Sommer, Friedhelm Schmidt hace algunas observaciones que vale la pena traer a colación: "Si equiparamos la noción de ficciones fundacionales (en el sentido en que las define Sommer) a la de las alegorías nacionales, una de las posibles características sería el final feliz de todas las novelas fundacionales latinoamericanas del siglo XIX —al menos según Sommer. Pero un solo caso, el del novelista mexicano Ignacio Manuel Altamirano, muestra que esta idea de Sommer no funciona para todas las literaturas latinoamericanas. Aunque Sommer afirma que la última novela de Altamirano, *El Zarco*, sea La Novela Fundacional de México, nada indica que esto sea así. El argumento de Sommer según el cual ésta es la novela de Altamirano que se lee en las escuelas públicas, no me convence. Algunas de sus demás novelas también son textos canónicos en este sentido —y ninguna tiene un final feliz" ("Literaturas heterogéneas y alegorías nacionales: ¿paradigmas para las literaturas poscoloniales?", *Revista Iberoamericana*, LXVI, 190, enero-marzo 2000, p. 182).

Sin descartar su funcionalidad dentro de una lectura moral de *El Zarco*, Manuela parece reunir dentro de sí muchas más facetas que la de la mujer descarriada. Quizá sólo haya ocurrido que Altamirano no pudo sustraerse a los cambios estéticos que trajo consigo el fin del siglo XIX.[33] Juan Pablo Dabove y Susan Hallstead abundan en los rasgos de Manuela que la distancian del modelo de mujer sometida a los dictámenes sociales:

> Manuela es un monstruo, dijimos. Como los monstruos de la ciencia ficción, Manuela no destruye: contamina o amenaza contaminar. Y como los monstruos de la ciencia ficción, nunca puede ser del todo derrotado: Manuela muere, pero muere como hubiese querido vivir, como una heroína romántica en riesgo, doblegada por (y entregada a) una pasión prohibida. El estado (bajo la forma de Martín Sánchez Chagollan) restablece el orden con la desaparición física del Zarco y de Manuela, pero la forma de la muerte de Manuela no habla de su fracaso, sino de su éxito (si Xochimancas es una decepción, la encrucijada donde Manuela muere está a la altura de su sed de drama). La forma de su muerte establece, en el punto mismo de su desaparición, las condiciones mismas de su seducción, y por ende, de su probable retorno.[34]

A favor de ese regreso hipotético de Manuela obraría el sitio en que tiene lugar su deceso. La aparición de la encrucijada, sitio de acceso de las manifestaciones trasmundanas a la realidad cotidiana, abre una

---

[33] Así lo propone Morales Pino: "La lectura de una obra ideológicamente disciplinaria como *El Zarco*, desde una perspectiva que valore los momentos disruptivos en términos semánticos desde la imagen y las tecnologías de la mirada, permite analizar las tensiones de un discurso letrado cuyo proyecto realista no es del todo inmune a la fuerza de un archivo pictórico literario que se infiltra en forma de contradiscurso en las propuestas decimonónicas de configuración y regeneración de la nación latinoamericana finisecular" ("Palabra, imagen y subversión semántica", p. 24).

[34] "Pasiones fatales: consumo, bandidaje y género en *El Zarco*", *A Contracorriente: Una Revista de Historia Social y Literatura de América Latina*, 7, 1, Fall 2009, pp. 184-185; en adelante, "Pasiones fatales".

puerta al retorno de la mujer fatal.[35] Este apunte contribuye a mostrar en la novela de Altamirano el reconocimiento del carácter atávico de los problemas que enfrenta el país. De tal forma, el personaje de Manuela sería susceptible de una lectura más ambiciosa.[36] Puesto que el procedimiento alegórico ha sido apuntado más de una vez entre los comentaristas de esta obra, quizá cabría agregar que Manuela representaría, además, el riesgo de perder de vista la necesidad de construir una vida productiva y dejarse llevar por las falsas nociones que las novelas sentimentales siembran en la mente femenina.[37] Morales Pino

[35] Sobre la función de este paraje en el episodio de la muerte de Manuela, es preciso tomar en cuenta que: "La importancia simbólica de la encrucijada es universal. Está ligada a esa situación de cruce de caminos, que hace de la encrucijada como un centro del mundo, verdadero centro del mundo para quien se encuentra allí situado. Lugares epifánicos (lugares de apariciones y revelaciones) por excelencia, las encrucijadas son frecuentadas por los genios, generalmente temibles, con los que conviene conciliarse. En todas las tradiciones se han levantado en las encrucijadas obeliscos, altares, piedras, capillas, inscripciones; son lugares que provocan el detenimiento y la reflexión, y también lugares de paso de un mundo a otro, de una vida a otra, o de la vida a la muerte" (*s.v.* "Encrucijada", en Jean Chevalier (dir.), *Diccionario de los símbolos*, trad. de Manuel Silvar y Arturo Rodríguez, Herder, Barcelona, 1986, p. 446).

[36] El "caso" de Manuela podría argumentarse de la forma en que lo hacen, por ejemplo, Juan Pablo Dabove y Susan Hallstead: "La tragedia de Manuela amenaza con arrastrar a toda la comunidad. Recordemos que para Altamirano la novela es la Biblia del siglo XIX, centro y reaseguro simbólico de la comunidad. Pero la Biblia católica, no la protestante: esto es, una Biblia de acceso restringido, administrado por una clase sacerdotal letrada masculina. 'Administrar el libro': determinar las políticas de representación de los sujetos, de los espacios y de las prácticas, y cómo se regula el juego entre saber europeo y realidad americana. Manuela representa un riesgo que debe ser suprimido violentamente porque es ella, a partir de los libros que ha leído, quien da vida al Zarco en la novela como ícono de masculinidad alternativo, de genealogía europea, prolongando y profundizando el error del Estado liberal, que hizo de los Plateados héroes de la guerra civil, y amenazando destruir a Yautepec en el proceso" ("Pasiones fatales", p. 183).

[37] Estos rasgos quedan atribuidos de manera explícita al personaje en una de las intervenciones del narrador, que recurre a una caracterización de índole zoológica con trasfondo moral, como la propia de una fábula: "Todo lo que pasaba e iba a pasarle todavía no era más que la consecuencia ineludible de su aturdimiento, de su ceguedad, de su insensatez. Precipitada de cabeza en el abismo, no había desviación posible; tenía que caer hasta el fondo. Así, pues, no había escapatoria; era

observa que la voluntad de Manuela por decidir su propio destino pesa más que las acciones correctivas de la justicia del Estado y la sanción social:

> La connotación artística de la muerte de Manuela marca una diferencia angular respecto a la muerte del Zarco. […] es posible observar en esa escena un potencial subversivo que crea un espacio de posibilidad para la disidencia, articulada desde el referente iconográfico trastocado de unas feminidades idealizadas por proyectos artísticos anteriores. Al elegir morir, cómo morir y qué significado darle a su muerte, Manuela recurre al discurso narcisista propio de los modernistas y, como ellos, lo convierte en un acto de resistencia. Con su suicidio, Manuela disloca las miradas masculinas fatalizantes y desborda las etiquetas de feminidades hegemónicas del repertorio letrado. […] Manuela piensa, aprende, habla, crea estrategias, articula performatizaciones y discursos enraizados en referentes estéticos que usa en doble sentido. Manuela no sólo entiende la irreversibilidad de sus acciones, sino que también adquiere conciencia de la posibilidad de crear una inscripción histórica de sí misma, distinta a la propuesta por el discurso dominante.[38]

Puede decirse entonces que la muerte de Manuela prolonga la oposición de su actitud irresponsable a la de Nicolás y Pilar, que al anteponer su matrimonio por lo civil al religioso se apegan, además, a las nuevas leyes emanadas de la Reforma.[39] Con la muerte de Manuela,

---

como una avecilla presa en las redes, como una mosca envuelta en negra tela de una araña monstruosa, y más envuelta a medida que eran mayores los esfuerzos que hacía para salir de ella" (pp. 391-392). Es notorio que el narrador se corrige, pues a medida que avanza en la interpretación descriptiva de Manuela el ejemplo del ave capturada en una red sólo establece una semejanza superficial con ella, basada en aspecto físico y juventud. En cambio, cuando invoca el caso de la mosca atrapada en una telaraña la caracterización implica también un juicio moral mucho más apegado a su personalidad conflictiva.

[38] "Palabra, imagen y subversión semántica", p. 23.

[39] "Ya la noche anterior se había celebrado el matrimonio civil, delante del juez recién nombrado, porque la ley de Reforma acababa de establecerse, y en Yautepec, como en todos los pueblos de la República, estaba siendo una novedad.

Altamirano cierra una narración en la que el propósito ejemplarizante está presente de manera muy señalada y opone el "final feliz" que le depara a la nueva pareja el hecho de seguir las convenciones sociales al destino libremente escogido por quien no desea formar parte del futuro de orden y progreso que trae consigo el apego a la cotidianidad. Que este propósito conduce la narración en todo momento se evidencia en la economía diegética percibida por Rogelio Rodríguez Coronel:

> [...] independientemente de la caracterización del personaje que motiva el conflicto de la novela, la acción transcurre en un tiempo apenas alterado por la resolución final de los acontecimientos, ya que las escenas de mayor violencia y movimiento son expuestas indirectamente al lector. El interés de Altamirano no reside fundamentalmente en narrar las peripecias y vicisitudes del bandido y su amada, ni las que atraviesan simultáneamente Nicolás y Pilar. En *El Zarco*, Altamirano establece los ingredientes morales a que aspiraba una sociedad en formación. La composición de la novela y su tono narrativo están concebidos dentro de esta circunstancia.[40]

En esta novela, la narración y la descripción siempre están dosificadas de manera funcional con respecto al objetivo que Altamirano se propone. Y éste es mostrar el camino por el cual la sociedad mexicana podía encontrar la salida a los problemas que enfrentaba para convertirse en una verdadera nación y superar el pasado colonial,[41] del cual

---

Nicolás, buen ciudadano, ante todo, se había conformado a ella con sincero acatamiento" (pp. 414-415).

[40] "Visión social y costumbrismo en *El Zarco*, de Ignacio Manuel Altamirano", en su libro *Novela de la Revolución y otros temas*, Letras Cubanas, La Habana, 1983, pp. 116-117.

[41] José Salvador Ruiz enumera algunas de las características de la forma en que Altamirano vislumbraba esa consolidación de la sociedad mexicana: "La nación que Altamirano ambiciona está codificada por un marcado mestizaje, que se lleva a cabo mediante la transformación del indígena en ciudadano. El personaje que simboliza esta transformación es Nicolás, el indio herrero/obrero, y, en otro nivel, Benito Juárez. A lo largo de la novela Altamirano intercala los adjetivos herrero

el bandidaje era uno de los remanentes más lesivos, pues indicaba la carencia de una política de seguridad pública y, sobre todo, el abandono de las regiones a su propia dinámica.[42] María del Carmen Millán se pronuncia con respecto a la constricción de estas narraciones:

> Novelas cortas parecen las de Altamirano, especialmente si se comparan con las de sus contemporáneos. Pero la diferencia no radica en el tema ni en la meta que se han propuesto, sino en la manera de concebir la novela. Altamirano propone una selección. No se interesa por todos los hechos posibles o imposibles, sino por los más notables, por los determinantes. Y esto no es pobreza de imaginación, sino prueba de eficacia.[43]

---

y obrero al referirse a Nicolás. Esto es relevante simbólicamente en tanto se va identificando a Nicolás con una clase social más que con una etnia específica. Así visto, Nicolás es un individuo que pertenece a la clase trabajadora y no se le identifica con alguna de las etnias que habitan esa región del país: otomí, mazahua, náhuatl, etc. De esta forma su pasado indígena queda borrado completamente. Asimismo, se enfatiza este olvido necesario del pasado indígena de Nicolás con su estado de orfandad. No es casual la orfandad de Nicolás, ya que por medio de ésta se enfatiza la necesidad de dejar atrás lo indígena e integrarse a la nación. Una vez integrado a la sociedad de clases propuesta por Altamirano el indio podría ser ciudadano de la nación" ("Ciudadanía y nación mestiza", p. 31).

[42] Jorge Enrique Rojas Otálora especifica esta acumulación de oposiciones y rasgos: "En *El Zarco* […] se realza al indígena y se censura al 'güero', enfrentando claramente dos posiciones sociales. Sin embargo, el verdadero sentido es más complejo, pues se sugiere la debilidad del Estado y la corrupción del ejército, incapaces de asegurar los derechos mínimos del ciudadano. Al mismo tiempo se denuncia en la obra la falta de apoyo estatal a las autoridades civiles de cada región" ("*Clemencia* y *El Zarco*: la mirada dual de Altamirano", *Literatura Mexicana*, V, 1, 1994, p. 70).

[43] Introducción a Ignacio M. Altamirano, *El Zarco y La Navidad en las montañas*, 28ª ed., Porrúa, México, 2010, p. XVII. Sobre el uso de procedimientos retóricos para caracterizar a los personajes, Lukács tenía una opinión que tendía a favorecer a Scott como paradigma del novelista histórico en perjuicio de otros autores: "También en esta novela [*Quatre-veingt treize*] se mantiene el viejo procedimiento de Víctor Hugo de sustituir el insuficiente movimiento interno de la vida por generosos contrastes decorativos y retóricos" (*La novela histórica*, p. 294). Es probable, entonces, que de haber conocido esta novela de Altamirano hubiese manifestado una opinión semejante. En contraste con la casi segura desaprobación de Lukács, esos mismos rasgos de economía narrativa podrían haber suscitado la

En efecto, Altamirano dedica a los personajes sólo la atención precisa. Le interesa mostrar únicamente aquellas acciones que resultan funcionales con respecto al propósito aleccionador o ejemplarizante que conduce su narración. Procede de modo semejante cuando se trata de describir el entorno o una escena. Ningún elemento resulta gratuito o inoperante, como ya se encargó de señalar Evodio Escalante:

> La búsqueda de una homeostasis social corre pareja, en los textos de Altamirano, con una suerte de homeostasis novelística, en virtud de la cual el trabajo de la descripción podrá leerse no sólo como un marco, como una escenografía, sino también como una prognosis de lo que sucederá en el relato. Con esto quiero decir que las descripciones de Altamirano no son inocentes, y que no permanecen ajenas a lo que sería el proyecto ideológico que habrá de defender el texto. Sus descripciones son, en cierto sentido, prescripciones, no en el sentido jurídico del término, porque cancelan una idea sustantiva, sino al revés, porque la alumbran, la adelantan. Pre-escriben un orden, anticipan un equilibrio simbólico que habrá de proyectarse sobre el mapa de lo real, y en cuya consumación cifra el novelista el sentido —y la justificación— de su trabajo con los signos.[44]

Una muestra de la forma en que la descripción cumple con la función que Escalante percibe en las novelas de Altamirano puede verse en el pasaje en que el Zarco lleva a dos de sus compañeros ante Manuela con el fin de que la entretengan con canciones y música que ella no apreciará:

> En la tarde el Zarco le trajo a dos bandidos que cantaban acompañándose de la guitarra y les encargó que entonaran sus mejores canciones. Manuela los vio con horror; ellos cantaron una larga serie de canciones, de esas canciones fastidiosas, disparatadas, sin sentido alguno, que canta el populacho en los días de embriaguez.

---

simpatía de Juan Rulfo por *El Zarco* (véase al respecto el texto de Rulfo sobre Altamirano incluido en la primera parte de este mismo libro, pp. 21-22).

[44] "Lectura ideológica de dos novelas de Altamirano", p. 191.

> Los bandidos las entonaban con esa voz aguda y destemplada de los campesinos de la tierra caliente, voz de eunuco, chillona y desapacible, parecida al canto de la cigarra, y que no puede oírse mucho tiempo sin un intenso fastidio. (p. 388)

El narrador compara las voces de los cantantes improvisados al sonido que produce un insecto. En vista de que Altamirano siempre tiene presente la utilidad de la fábula como componente de un tipo de narración aleccionadora que facilita la llegada del mensaje propuesto a estratos sociales desfavorecidos,[45] no parece demasiado remoto pensar que en los párrafos anteriores haya establecido un paralelismo con la fábula de la hormiga y la cigarra. En ella, la cigarra se dedica a divertirse mientras la hormiga se afana en las tareas diarias. Cuando llega el invierno, la hormiga está a salvo de los cambios abruptos de temperatura y de la carencia de alimento gracias a su esfuerzo, mientras que la cigarra pasa hambre y, previsiblemente, morirá a la intemperie.[46] La identificación entre bandidos y cigarra, aunque apenas insinuada, sería, pues, un detalle dispuesto por el narrador para facilitar la caracterización de quienes, además de no participar en las tareas de la colectividad a la que pertenecen, sobreviven despojando con violencia del fruto de su quehacer diario a quienes sí trabajan.

[45] En otro pasaje de su amplia retrospectiva sobre la literatura mexicana contemporánea, Altamirano invoca un ejemplo avalado por la filosofía: "La *Atlántida* de Platón, ya que no puede reputarse como la adivinación sorprendente de nuestra América, ¿no es con toda seguridad la novela política, es decir, la alegoría bajo la cual se esconden las atrevidas teorías del innovador que desea hacer aceptar a un pueblo entusiasmado el sistema y los dogmas de un gobierno ideal?" (*Revistas literarias de México (1821-1867)*, p. 43).

[46] "En el invierno una hormiga sacaba a airear de su hormiguero el grano que había amontonado durante el verano. Una cigarra hambrienta le suplicaba que le diese algo de comida para seguir viviendo. «¿Qué hacías tú el verano pasado?», preguntó la hormiga. «No estuve haraganeando —dijo la cigarra—, sino ocupada todo el tiempo en cantar.» Riéndose la hormiga y guardando el grano dijo: «Pues baila en invierno ya que en verano tocaste la flauta»" (Babrio, *Fábulas de Babrio*, en *Fábulas de Esopo. Vida de Esopo. Fábulas de Babrio*, 2ª reimpr., ed. y trad. de Pedro Bádenas de la Peña y Javier López Facal, Gredos, Madrid, 1993, pp. 379-381).

La forma en que el símil con la conducta animal está presente en esta novela de Altamirano es notorio, en particular cuando se trata de presentar rasgos de conducta negativa de manera fácilmente reconocible. Baste recordar la forma en que el Tigre —ya el apelativo es contundente— describe al Zarco cuando hace explícitas sus intenciones de quedarse con Manuela una vez que aquél haya desaparecido:

> Me hirieron en Alpuyeca los gringos a quienes matamos. Yo los maté, ¡vaya!… yo fui quien sostuvo la pelea, mientras que el Zarco robaba los baúles; un gringo me dio un balazo con su pistola, que por poco me saca un ojo; pero al fin se murió él y se murieron todos los que lo acompañaban en clase de hombres. Pero el Zarco apenas nos dio la mano en lo fuerte de la pelea, y después de que ya estaban todos caídos y moribundos, fue cuando vino él y los mató cuando estaban rendidos, y mató a las mujeres y a los muchachos. Sí, señor, así fue. El Zarco es un lambrijo y una gallina, pero eso sí, se sacó todas las alhajas para llevárselas a usted y no nos dejó más que la ropa inútil, porque ¿para qué queríamos eso? ¡Levitas, sacos, túnicos viejos, trapos de catrines! Y el Zarco se cogió lo mejor, después que nosotros triunfamos. ¡Está bueno! ¡Los gavilanes no chillan! Pero luego que vide a usted, dije: "¡Ora sí, me emparejé! Que se lleve el Zarco las alhajas, pero que nos deje a la güerita y estamos a mano". (p. 399)

Al compararlo con una lombriz, el Tigre tal vez esté dejando ver que el Zarco no posee la complexión ni la fuerza suficientes como para hacerse respetar o temer, pero insiste, sobre todo, en su vileza. Su cobardía queda clara cuando lo asimila a una gallina, pero el episodio que narra el Tigre termina por disolver la imagen idealizada del bandido que seguramente provendría de las lecturas fantasiosas de Manuela a las que el narrador atribuye su carencia de sentido común y su propensión a ilusionarse de manera vana.[47] Para contrastar aún más con el

[47] Christopher Conway anota uno de los rasgos del equilibrio entre fantasía y realidad que Altamirano buscaría en una novela como *El Zarco*: "El discurso de la historia es aquel que Altamirano identifica de manera directa con los hechos his-

Zarco, el Tigre se describe a sí mismo como un gavilán, como indicio de que está por encima de la avidez de aquél por la mejor parte del botín y de su falta de valor y de solidaridad con el esfuerzo de sus cómplices.

La predilección de Altamirano por los procedimientos de naturaleza pedagógica como estructuradores de su narrativa novelística[48] queda en evidencia con los apuntes anteriores, donde la comparación con el comportamiento animal es un recurso constante para caracterizar de manera precisa la conducta humana. Si se suma ese tipo de descripciones a las del paisaje que rodea el pueblo de Yautepec, puede apreciarse una constante compositiva complementaria con respecto a la economía narrativa, con la cual prescinde de episodios que no contribuyan de manera directa al fin explícito de presentar una novela cuya recuperación de las circunstancias históricas previas a la invasión francesa

---

tóricos, el estudio de la moral, la doctrina política, filosofía, la prédica de valores y en general, mimesis. Todo lo que eleva al individuo y a la sociedad dentro de una novela, todo lo que podamos asociar con la verdad, es una función de este código que Altamirano llama historia. El discurso sentimental, sin embargo, es artificio. Altamirano lo describe como ficción, disfraz, trama sentimental, deleite, placer, tremendismo, lo convencional y, en general, artificio (*Revistas literarias de México* 38, 54-55, 67). La combinación de instrucción (historia) y deleite (sentimiento) en la novela moderna es la que la convierte en vehículo idóneo para concientizar a las masas. Los dos discursos tienen que encontrar un delicado equilibrio que, por un lado, enganche a los lectores por medio del deleite de la lectura (sentimiento) a la misma vez que los instruya (historia)" ("Tecnologías de la mirada: Ignacio Manuel Altamirano, la novela nacional y el realismo literario", *Decimonónica: Journal of Nineteenth Century Hispanic Cultural Production/Revista de Producción Cultural Hispánica Decimonónica*, 10, 1, Winter/Invierno 2013, p. 38).

[48] Conway describe así ese impulso para contribuir a la construcción nacional: "El estudio *Revistas literarias de México* de Altamirano, así como sus novelas, pertenece a este momento histórico nacionalista, el cual se nutrió del afán de asentar ciertos valores, conceptos y personajes como positivos y rechazar otros como dañinos. Estos impulsos nacionales buscan alentar un sentir común, una experiencia subjetiva compartida que inspire y sirva de aliciente para el progreso de la República" ("El libro de las masas: Ignacio Manuel Altamirano y la novela nacional", en Rafael Olea Franco (ed.), *Doscientos años de narrativa mexicana 1: siglo XIX*, El Colegio de México/Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, México, 2010, p. 43).

y el Segundo Imperio sirve, a su vez, al propósito de recuperar la continuidad del esfuerzo de la pequeña comunidad rural como alternativa a la pérdida de la estabilidad durante ambos episodios de la historia de México.[49] Pero para el mismo Altamirano habría quedado claro, también, que la estabilidad del porfiriato tampoco representaba en forma alguna la alternativa que precisaba la sociedad mexicana.[50] De ahí que, por medio del personaje de Nicolás, haya entrevisto la formación de una ciudadanía educada, productiva y consciente de sus derechos y responsabilidades como única vía para concretar la transformación de México en una democracia moderna.[51]

[49] Cabe tener presente la siguiente reflexión de Lukács con respecto a la imposibilidad de convertir una novela en el registro pormenorizado de una época: "[…] la novela no se plantea como tarea la reproducción veraz de una mera sección de la vida, sino que, con su representación de una parte de la realidad, limitada a pesar de toda la riqueza del mundo configurado, se propone suscitar la impresión de la totalidad del proceso social" (*La novela histórica*, p. 152).

[50] Edith Negrín enumera algunas de las circunstancias que hacen difícil creer que el escritor habría mantenido su apoyo inicial a Porfirio Díaz: "[…] en estos años Altamirano empezó a padecer marginación, no sólo del gobierno y de la política, sino incluso del periodismo. Desde finales de 1885 abandonó *La República*. Lleva entonces el escritor una existencia precaria, subsistiendo de sus clases en la Normal de profesores y las modestas regalías de sus libros. Para Nicole Giron, el liberal, por la firmeza de sus convicciones se había vuelto un elemento incómodo en la sociedad mexicana de fines de los ochenta" ("Evocación de un escritor liberal", Estudio preliminar a Ignacio Manuel Altamirano, *Para leer la patria diamantina. Una antología general*, sel. de Edith Negrín, Fondo de Cultura Económica-Fundación para las Letras Mexicanas-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2006, pp. 49-50).

[51] Evodio Escalante comenta el propósito que Altamirano solía imponerse como narrador y al que el mismo autor dedicó atención en tantas ocasiones en sus escritos de tipo ensayístico: "[…] sus textos expresan la visión del mundo de una fracción hegemónica de la sociedad, o que llegó a ser hegemónica, según el equilibrio inestable que se desprende de la guerra de Reforma y de la guerra en contra del Imperio. La tarea de las novelas de Altamirano, a este respecto, es la de explicitar, justificar y legitimar, dentro del espacio narrativo, pero sabiendo bien que esto tendrá consecuencias en el plano de lo social, la visión del mundo de sus colegas republicanos, y de modo más específico, el proyecto de país por el que ellos han apostado la existencia" ("Lectura ideológica de dos novelas de Altamirano", p. 190).

Bibliografía

Altamirano, Ignacio Manuel, *Clemencia. La Navidad en las montañas. Cuentos de invierno. El Zarco*, Promociones Editoriales Mexicanas, México, 1979 (*Clásicos de la Literatura Mexicana*).

_____, *Escritos de literatura y arte 1*, selección y notas de José Luis Martínez, Secretaría de Educación Pública/Dirección General de Publicaciones y Medios, México, 1988 (*Obras Completas*, XII).

_____, *Revistas literarias de México (1821-1867)*, en *Escritos de literatura y arte 1*, selección y notas de José Luis Martínez, Secretaría de Educación Pública/Dirección General de Publicaciones y Medios, México, 1988 (*Obras Completas*, XII), pp. 29-172.

_____, "'La evangelista'", en su libro *Escritos de literatura y arte 3*, selección y notas de José Luis Martínez, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, México, 1989 (*Obras Completas*, XIV), pp. 58-66.

_____, "Correo. Ineficaz jurado popular", en *Periodismo político 2*, edición, prólogo y notas de Carlos Román Célis, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, México, 1989 (*Obras Completas*, XIX), pp. 11-14.

_____, "Correo. Ladrones y asesinos", en *Periodismo político 2*, edición, prólogo y notas de Carlos Román Célis, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, México, 1989 (*Obras Completas*, XIX), pp. 15-19.

_____, "Correo. Saltadores y plagiarios", en *Periodismo político 2*, edición, prólogo y notas de Carlos Román Célis, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, México, 1989 (*Obras Completas*, XIX), pp. 20-22.

_____, *El Zarco y La Navidad en las montañas*, 28ª ed., Introducción de María del Carmen Millán, Porrúa, México, 2010 ("*Sepan cuantos…* ", 61).

Chevalier, Jean (dir.), *Diccionario de los símbolos*, trad. de Manuel Silvar y Arturo Rodríguez, Herder, Barcelona, 1986.

Conway, Christopher, "Lecturas: ventanas de la seducción en *El Zarco*", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXVI, 52, 2º semestre 2000, pp. 91-106.

_____, "El libro de las masas: Ignacio Manuel Altamirano y la novela nacional", en Rafael Olea Franco (ed.), *Doscientos años de narrativa mexicana 1: siglo XIX*, con la colaboración de Pamela Vicenteño Bravo, El Colegio de México/Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, México, 2010 (*Cátedra Jaime Torres Bodet. Serie Literatura Mexicana*, XI), pp. 39-58.

_____, "Tecnologías de la mirada: Ignacio Manuel Altamirano, la novela nacional y el realismo literario", *Decimonónica: Journal of Nineteenth Century Hispanic Cultural Production/Revista de Producción Cultural Hispánica Decimonónica*, 10, 1, Winter/Invierno 2013, pp. 32-44 <http://decimononica2.usu.edu/wp-content/uploads/2013/02/Conway_10.1.pdf>, marzo 15, 2014.

Dabove, Juan Pablo, y Susan Hallstead, "Pasiones fatales: consumo, bandidaje y género en *El Zarco*", *A Contracorriente: Una Revista de Historia Social y Literatura de América Latina*, 7, 1, Fall 2009, pp. 168-187 <www.ncsu.edu/project/acontracorriente>, marzo 15, 2014.

Díaz y de Ovando, Clementina, "La visión histórica de Ignacio Manuel Altamirano", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, VI, 22, 1954, pp. 33-53.

Escalante, Evodio, "Lectura ideológica de dos novelas de Altamirano", en Manuel Sol y Alejandro Higashi (eds.), *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, Universidad Veracruzana/Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Xalapa, 1997 (*Cuadernos*), pp. 189-203.

Fábulas de Esopo. Vida de Esopo. Fábulas de Babrio, 2ª reimpr., introd. general, Carlos García Gual, ed. y trad. de Pedro Bádenas de la Peña y Javier López Facal, Gredos, Madrid, 1993 (*Biblioteca Clásica Gredos*, 6). [1ª ed., 1978]

Giron, Nicole, "Liminar", en Ignacio Manuel Altamirano, *El Zarco. Episodios de la vida mexicana 1861-63*, edición facsimilar de la de 1901, Gobierno del Estado de México-Fondo Nacional para Actividades Sociales y Culturales, México, 1980 (*Colección Letras. Serie Juana de Asbaje*), pp. V-XII.

Hernández-Palacios, Esther, "Heroínas y antiheroínas en la novela de Ignacio Manuel Altamirano", en Manuel Sol y Alejandro Higashi (eds.), *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, Universidad Veracruzana/Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Xalapa, 1997 (*Cuadernos*), pp. 225-236.

Herr, Robert, "De bandidos a trabajadores: el proyecto económico liberal en *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano", *Literatura Mexicana*, XVIII, 2, 2007, pp. 121-139.

Long, Ryan, "The Cautious Critique of Foundational Violence in Ignacio Manuel Altamirano's *El Zarco*", *Journal of Latin American Cultural Studies: Travesia*, 16, 1, March 2007, pp. 81-94.

Lukács, Georg, *La novela histórica*, trad. Manuel Sacristán, Grijalbo, Barcelona, 1976 (*Obras Completas*, 9).

Martínez, José Luis, "Altamirano novelista", en Ignacio Manuel Altamirano, *Novelas y cuentos 1*, selección y notas de José Luis Martínez, Secretaría de Educación Pública/Dirección General de Publicaciones y Medios, 1986 (*Obras Completas*, III), pp. 7-18.

Melgarejo Acosta, María del Pilar, y Joshua Lund, "Altamirano's Demons", *The Colorado Review of Hispanic Studies*, 4, Fall 2006, pp. 49-63.

Millán, María del Carmen, Introducción a Ignacio M. Altamirano, *El Zarco y La Navidad en las montañas*, 28ª ed., Porrúa, México, 2010 ("*Sepan cuantos…* ", 61), pp. VII-XXV.

Morales Pino, Luz Ainai, "Tensiones disciplinarias. Palabra, imagen y subversión semántica en la estética realista de *El Zarco*", *Decimonónica: Journal of Nineteenth Century Hispanic Cultural Production/Revista de Producción Cultural Hispánica Decimonónica*,

11, 1, Winter/Invierno 2014, pp. 14-29 <http://www.decimononica.org/morales-pino-11-1/>, marzo 15, 2014.

Negrín, Edith, "Evocación de un escritor liberal", Estudio preliminar a Ignacio Manuel Altamirano, *Para leer la patria diamantina. Una antología general*, sel. de Edith Negrín, Fondo de Cultura Económica-Fundación para las Letras Mexicanas-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2006 (*Biblioteca Americana. Serie: Viajes al Siglo XIX*), pp. 11-56.

Palti, Elías José, "Literatura y política en Ignacio M. Altamirano", en Mabel Moraña y Lelia Area (comps.), *La imaginación histórica en el siglo XIX*, Universidad Nacional del Rosario Editora, Rosario, 1994, pp. 73-103.

Parra, Max, "'Pueblo', bandidos, y Estado en el siglo XIX mexicano. Notas a partir de *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano", *The Colorado Review of Hispanic Studies*, 4, Fall 2006, pp. 65-76.

Rivas Velázquez, Alejandro, "Altamirano y su nueva visión de la novela en *El Zarco*", en Rafael Olea Franco y James Valender (eds.), *Reflexiones lingüísticas y literarias II. Literatura*, El Colegio de México/Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, México, 1992 (*Estudios de Lingüística y Literatura*, XXVI), pp. 169-185.

Rodríguez Coronel, Rogelio, "Visión social y costumbrismo en *El Zarco*, de Ignacio Manuel Altamirano", en su libro *Novela de la Revolución y otros temas*, Letras Cubanas, La Habana, 1983, pp. 108-120.

Rojas Otálora, Jorge Enrique, "*Clemencia* y *El Zarco*: la mirada dual de Altamirano", *Literatura Mexicana*, V, 1, 1994, pp. 53-71.

Ruiz, José Salvador, "El laberinto de la aculturación: Ciudadanía y nación mestiza en *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXXI, 61, 1er semestre 2005, pp. 23-36.

Sánchez Jiménez, Antonio, "El árbol de la patria: una alegoría botánica en *El Zarco* (1901), de Ignacio Manuel Altamirano", *Hispanófila: Literatura-Ensayos*, LII, II, 155, enero 2009, pp. 65-79.

Schmidt, Friedhelm, "Amor y nación en las novelas de Ignacio Manuel Altamirano", *Literatura Mexicana*, X, 1-2, 1999, pp. 97-117.

_____, "Literaturas heterogéneas y alegorías nacionales: ¿paradigmas para las literaturas poscoloniales?", *Revista Iberoamericana*, LXVI, 190, enero-marzo 2000, pp. 175-185.

Sol, Manuel, y Alejandro Higashi (eds.), *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, Universidad Veracruzana/Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Xalapa, 1997 (*Cuadernos*).

_____, "Algunas consideraciones sobre una futura edición crítica de *El Zarco*", en Manuel Sol y Alejandro Higashi (eds.), *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, Universidad Veracruzana/Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Xalapa, 1997 (*Cuadernos*), pp. 237-244.

Sommer, Doris, *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*, University of California Press, Berkeley, 1991 (*Latin American Literature and Culture*, 8).

Hermenéutica analógica y onomástica literaria. Los nombres en la narrativa de Ignacio Manuel Altamirano

Alberto Vital

I

Los estudios sistemáticos en torno al nombre literario han sido escasos en México, pese a que el nombre es un elemento fundamental en todos los textos dramáticos, en casi todos los textos narrativos y en un buen número de textos líricos.

Las páginas siguientes exploran los posibles puentes entre la hermenéutica analógica y la onomástica literaria y buscan ejemplos en la narrativa de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) y de otros autores.

Existen dos grandes campos para la onomástica en la literatura: los nombres propios de personajes (antroponimia) y los nombres de lugares (toponimia). El autor literario explota las posibilidades de significación en ambos campos.

El presente trabajo se basa en la hipótesis de que con ayuda de la hermenéutica analógica es factible extraer sentido del empleo de nombres en textos literarios (TL), pues los nombres muestran un comportamiento analógico en la medida en que pueden interpretarse dentro de un rango que no incurre ni en la lectura única y excluyente ni en esa relativización que inexorablemente conduciría a la irrelevancia tanto del texto literario como del texto analítico.

Resulta significativo que Roland Barthes haya definido su famoso concepto de *código hermenéutico* precisamente al inicio de la célebre glosa de la novela *Sarrasine*, de Honorato de Balzac. La glosa comienza con el nombre del texto y por ende con el nombre del personaje:

> El título plantea una cuestión: *Sarrasine*, ¿qué es esto? ¿Un nombre común?, ¿un nombre propio?, ¿una cosa?, ¿un hombre?, una mujer? Esta pregunta sólo obtendrá respuesta mucho más tarde, en la biografía del escultor que lleva el nombre de Sarrasine. Decidamos llamar código hermenéutico (que para simplificar denominamos her.) al conjunto de unidades que tienen la función de articular, de diversas maneras, una pregunta, su respuesta y los variados accidentes que pueden preparar la pregunta o retrasar la respuesta, o también formular un enigma y llevar a su desciframiento.[1]

En suma, el nombre literario es susceptible de una interpretación hermenéutica y analógica. De hecho, el TL en su conjunto es el tipo de discurso más abierto a la hermenéutica analógica, pues uno de los atributos capitales de cualquier escritor es la capacidad para descubrir aquello que Charles Baudelaire llamó las correspondencias, esto es, las analogías que son también proporciones.

Las analogías, sí, son proporciones porque las redes que tienden en el TL contribuyen a construir figuras dotadas de algún tipo de simetría, armonía, equilibrio o correspondencia, y asimismo contribuyen a construir los efectos catárticos y estabilizadores que surgen de la innovación estética, del hallazgo formal, de la agudeza, de la conexión de campos del saber y del ser que hasta entonces permanecían separados; tales efectos actúan como *phármakon*, esto es, como incitación e incluso hechizo y también como cura y equilibrio en el ánimo del receptor.

El TL tiene la potestad de abocarse a lo ambiguo, entendido esto como ausencia de univocidad y como presencia de una suma de posibles significados, suma que el propio texto regula. Semejante potestad se sustenta en la manera como el autor aborda lo real y la manera como lo plasma en palabras. Lo ambiguo proviene de numerosos hechos de la conducta

[1] Roland Barthes, *s/z*. Traducción de Nicolás Rosa. 2ª. edición en español. México: Siglo XXI Editores, 2011 (1970), p. 25. El carácter hermenéutico está sustentado en este caso, para Barthes, en la relación pregunta-respuesta que es propia de la interrogación del texto por parte del lector. Barthes añade un elemento de suspenso o postergación de la respuesta que es característico de la narrativa y del drama.

humana, de la vida social, de la historia, incluso de la naturaleza. Luego entonces, la autoridad pragmática del autor se finca en la apropiación y en el tratamiento estético de comportamientos susceptibles de observarse en estos campos: conductas individuales, sociedad, historia, naturaleza. Al mismo tiempo, los clímax y los desenlaces tanto dramáticos como narrativos e incluso líricos son procedimientos por medio de los cuales se resuelven las ambigüedades o bien por lo menos quedan irreversiblemente anuladas y eliminadas.

Por ejemplo, el comportamiento de Hamlet es un paradigma de la ambigüedad de la conducta humana y de los enunciados desde el momento en que el joven príncipe dialoga con la sombra de su padre y en que cada una de sus palabras exige ser entendida dentro de un rango muy amplio, rango que es característico de quien por una parte no ha decidido cómo actuar y de quien por otra ha perdido toda confianza en el modo como se organiza y se conduce la comunidad, la cual en su caso es su propia familia. Ocurrida la tragedia y muertos los protagonistas, las ambigüedades quedan superadas para ellos, mientras que el espectador y el lector podrán regresar a ellas una y otra vez.

Elijo a Hamlet porque en ningún otro personaje es factible detectar tan claras y tan programáticas las ambivalencias o multivalencias de la conducta humana y de las enunciaciones resultantes. Esas ambivalencias o multivalencias, fruto de las pasiones y de las acciones arquetípicas de nuestra especie, son un territorio que la literatura ha aprovechado y fertilizado durante milenios.[2] El nombre de Hamlet se vuelve paradigma y sinónimo de la complejidad de los impulsos, las motivaciones, las represiones, las indecisiones y las decisiones.[3]

[2] Escribe Salvador Pániker: "Hegel realizó una formidable y paradójica pirueta: aparentando reconciliar el sujeto con el objeto, enajenó definitivamente al espíritu en el mundo, y al mundo en el espíritu. Se esfumó toda alteridad y, finalmente, lo racional era lo único real. Pero, como dijera Jacques Lacan, el ser del hombre no puede comprenderse sin la locura, y la locura se encuentra en la frontera de la libertad. / Es para contrarrestar el riesgo de esta 'locura' que la libertad cae prisionera de la analogía yo/mundo" (*Filosofía y mística*. Barcelona: Anagrama, 1992, p. 155).

[3] William Shakespeare podría muy bien ser la persona con más capacidad analógica de la que se tenga noticia, pues constantes analogías de diferentes proceden-

Por su parte, el nombre literario muestra un comportamiento afín al que Paul Ricœur observa en la metáfora: está en condiciones de producir un excedente de sentido y eso lo convierte, como a la metáfora, en sinécdoque del TL. De hecho, el nombre es una metáfora en el sentido etimológico original, pues siempre está desplazando, trasladando, llevando un signo más allá de sí mismo; lo está conduciendo hacia un referente al interior del texto y hacia algún posible referente al exterior, del mismo modo que en el mundo de la vida fáctica la mención de un nombre propio remite a los interlocutores hacia la persona que es dueña del mismo, sea que ella se encuentre en el propio lugar, sea que se encuentre en cualquier otra parte.

Una de las novelas de Ignacio Manuel Altamirano se llama *Julia*. El nombre de la protagonista remite a la tradición literaria, pues el lector puede pensar en la Julia más famosa de la literatura hasta ese momento:

---

cias (situación, ente o término por equipararse) y con diferentes destinos (situación, ente o término que sirve de apoyo para hacer memorable y más visible la analogía) pueblan y caracterizan su estilo. Muchas se han vuelto paradigmáticas. Baste mencionar el pasaje en el que Bruto duda y vela antes del asesinato de Julio César. Por su parte, el personaje más analógico podría ser el Quijote, pues casi cada cosa ante sus ojos se homologa de inmediato con alguna otra, digna de incorporarse y asimilarse al código de valores caballeresco medieval que él defiende. A fines del siglo XVI y principios del XVII, Shakespeare y Miguel de Cervantes vivieron ese código como una de las últimas posibilidades de los individuos de crearse un poder propio frente al poder monárquico y de defender públicamente valores fundamentales como la valentía, la nobleza, la dignidad, la justicia, una cierta libertad de acción, el *fair play*. El fracaso del conde de Essex en la campaña de Irlanda del año de 1599 es el equivalente inglés del empeño heroico de don Quijote por darle a un grupo específico, el de los caballeros, un poder social concreto, el de la impartición de la justicia y el del libramiento de batallas hombre a hombre, así como la posibilidad de ascender social y políticamente mediante la caballería, ganando fama universal, esto es, adquiriendo un capital simbólico que para el conde de Essex era susceptible de cambiarse por capital político: "Es justo decir que en aquel momento [cuando Essex regresa prácticamente vencido a ver a Isabel I], al menos en Inglaterra, la caballería había muerto" (James Shapiro, *1599. Un año en la vida de William Shakespeare*. Madrid: Siruela, 2007, p. 323). Shapiro añade que al morir la caballería, nació el imperio, basado en códigos más implacables, más maquiavélicos.

la protagonista de *La Nouvelle Héloïse*, de Jean-Jacques Rousseau.[4] Tal remisión es un proceso de traslado, de conducción más allá del signo. Si se demuestra la pertinencia de dicha remisión (ni unívoca ni aleatoria) se habrá demostrado que el nombre literario puede muy bien cumplir las tareas de *análogon* y de metáfora cultural (esto último al permitir el desplazamiento de la mirada del lector como un ir-más-allá-del-texto que permite establecer correspondencias entre textos literarios de distintas épocas, lenguas y nacionalidades) y se habrá demostrado que la hermenéutica analógica tiene tareas que cumplir ante la onomástica literaria.

Sin duda, para fundamentar la analogía entre la Julia de Rousseau y la Julia de Altamirano, se precisa de mucho más que del nombre. Por lo pronto, ha de decirse que el nombre propio es siempre un nodo, un eje, un gozne, un anzuelo y un gancho del cual se cuelgan diversas descripciones: en el subcapítulo "Los nombres propios" de *Los actos de habla* John Searle apunta que:

> […] la singularidad y la enorme conveniencia pragmática de los nombres propios de nuestro lenguaje reside precisamente en el hecho de que nos capacitan para referirnos públicamente a objetos sin forzarnos a plantear disputas y llegar a un acuerdo respecto a qué características descriptivas constituyen exactamente la identidad del objeto. Los nombres propios funcionan no como descripciones, sino como ganchos de los que se cuelgan las descripciones. Así pues, la laxitud de los criterios para los nombres propios es una condición necesaria para aislar la función referencial de la función descriptiva del lenguaje.[5]

[4] Para la recepción de *La Nueva Eloísa* en México tenemos el dato de que Victoriano Salado Álvarez la menciona con bastante soltura en un cuento publicado en 1901, ocho años después de la muerte de Altamirano ("Empezó por enfrascarse en la lectura de la *Nueva Eloísa*, que le hizo derramar lagrimones como puños", en Victoriano Salado Álvarez, "Cómo murió Gaspar Hauser", en *Narrativa breve. Obras I*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad de Guadalajara/El Colegio de Jalisco, 2012, p. 149).

[5] *Actos de habla*. Madrid: Cátedra, 1980 (1969), p. 176.

Podría añadirse una variación que un filósofo del lenguaje quizá nunca podría ver, pero que un escritor y un estudioso de la literatura ven con mucha facilidad: los apodos se acercan más a la función descriptiva que los nombres propios. Por añadidura, los apodos pueden llegar a convertirse en nombres propios, como ocurre con Cicerón y en general con el hábito latino de añadir al nombre propio un elemento descriptivo de lo físico o lo moral de la persona.[6] Ahora bien, los escritores tienen la posibilidad de bautizar a sus personajes con los nombres que Dieter Lamping califica como caracterizadores y que son descriptivos 1) por sus fonemas o 2) por sus lexemas o 3) por su relación con una persona que haya llevado el mismo nombre (llamar Napoleón o César a un personaje puede condensar claras intenciones descriptivas y prefigurar un destino).[7]

La relación entre la Julia de Rousseau y la Julia de Altamirano podría ser del tipo 3, si se demostrara que el destino de la protagonista decimonónica tiene suficientes y consistentes elementos analógicos con el destino de la protagonista del XVIII.

La analogía entre ambas deja sustentarse en tres elementos que ambas protagonistas comparten: 1) el amor es el asunto de su vida, 2) el amor es el tema de su discurso y 3) el amor las vuelve capaces de asumir una ruptura con las estrictas normas dominantes.

Por estos tres factores, contundentes, es dable fundamentar una analogía que acto seguido exige matices. Por lo pronto, el ejemplo sirve para advertir cómo el nombre literario es útil por sí solo como gozne entre textos distantes y entre las respectivas tradiciones. Tanto más su-

[6] El poder descriptivo del apodo se cumple en la última novela de Altamirano, *El Zarco*. Lo zarco incluye allí una descripción física evidente (el color de los ojos) y una alusión moral implícita (lo zarco como turbio).

[7] Dieter Lamping. *Der Name in der Erzählung.* Bonn: Bouvier Verlag, 1983, pp. 41-56. Por otra parte, es verdad que los apodos y los nombres literarios caracterizadores siguen mostrando cierta laxitud y generalidad; para colmo, pueden ser contra-descriptivos o contraproducentes o contradictorios, como el de aquel personaje de *Rayuela* que sufría por llamarse Traveller y no haber salido nunca de Buenos Aires.

gestivo es el gozne porque el título *La Nouvelle Héloïse* ya remite, con apoyo sólo de otro nombre, a una escritura anterior, no estrictamente literaria, pero recogida por la literatura: la correspondencia entre los trágicos amantes medievales Abelardo y Eloísa.

Tenemos ahora nombres para tres mujeres y para tres épocas: la Eloísa medieval, la nueva Eloísa o la Julia de Rousseau en el siglo XVIII y la Julia de Altamirano en el XIX. Las tres cumplen las características enlistadas: el amor como tema, el amor como discurso casi exclusivo y el amor como motivo para la rebeldía frente a las normas hegemónicas.

Rousseau no requiere de otro elemento para establecer el paralelismo y la analogía con la Eloísa de carne y hueso. Altamirano no requiere de otro elemento para establecer el paralelismo y la analogía con la Julia de Rousseau y, por extensión, con la Eloísa medieval. A ambos les basta el nombre en el título y les basta la cultura letrada del lector. El nombre propio ratifica así el carácter económico que le detecta Lamping como uno de sus atributos más interesantes.[8]

Esta cadena es suficiente como muestra para delatar el poder analógico del nombre literario y para corroborar uno de los procedimientos básicos del discurso literario, intrínsecamente analógico: como no puede hacerlo ningún otro discurso (quizá sólo el político activo en ciertas condiciones), el literario aprovecha los resquicios de toda analogía potencial para unir eslabones culturales que de otro modo quedarían disociados.

Si volvemos a Shakespeare, encontraremos abundantes ejemplos de analogías estratégicas por medio de la antroponimia y de la toponimia tanto en el discurso literario como en ciertos momentos cruciales del discurso político. En *Enrique V*, el Coro usa una retórica inflamada con el fin de hacerse eco del discurso militarista oficial en el momento de la redacción de la pieza (1599); para ello las analogías onomásticas se vuelven sumamente útiles:

[8] *Ob. cit.*, p. 56.

> Pero observad ahora, en la viva forja y el taller del pensamiento, cómo Londres vierte y derrama sus ciudadanos: el alcalde y sus concejales de mayor rango, como los senadores de Roma, con un enjambre de plebeyos a su alrededor pisándoles los talones, salen a buscar a su César vencedor.[9]

Los nombres *Roma* y *César* enlazan aquí cuatro épocas históricas que también son épocas culturales y campos analógicos: 1) la Roma de César, 2) el siglo xv de Enrique V, 3) el 1599 de la redacción y 4) el cambiante momento histórico y cultural de cada lectura o asistencia a la puesta en escena. En 1599 la situación era muy delicada en el horizonte político y cultural de Inglaterra por dos motivos: por el avance de la edad de una monarca, Isabel I, sin hijos y sin herederos obvios y por el inicio de una nueva campaña contra Irlanda, cuyo comandante en jefe, el conde de Essex, presunto pariente lejano de la reina, devendría en serio aspirante a la corona si lograba una victoria resonante.

La ambigüedad o indefinición *a priori* de los alcances de tal cadena analógica (esto es, la indecisión por parte del lector o espectador de hasta dónde tiene derecho a llegar entre los polos de lo unívoco y de lo relativo irrelevante) es parte fundamental del juego de todo autor. En este caso concreto, el juego podría haberle provocado al dramaturgo la pérdida de la simpatía de la reina o de uno de los candidatos a sucederla y, en caso extremo, incluso podría haberle acarreado la censura, la sanción económica, el cierre del recién abierto The Globe, la cárcel en la Torre de Londres y hasta la muerte. Escribe James Shapiro:

> Si se examinan con más detenimiento, las comparaciones del Coro resultan inquietantes. César había entrado en Roma con la idea de establecer en la república el gobierno de uno solo, y su breve triunfo y trágico final ya estaban en la mente de Shakespeare cuando éste planeaba ilusionado su siguiente tragedia, *Julio César*. Si se raspa la superficie, la analogía con el pronosticado regreso de Essex "con la rebelión atravesada en su espalda"

[9] Traducción de José María Valverde, citada en el volumen ya mencionado de James Shapiro, *1599. Un año en la vida de William Shakespeare*, p. 119.

> [esto es, derrotada y transportada como botín de caza] no es menos turbadora. Enrique es rey. Por el contrario, Essex, como César, era un héroe militar temido por unos rivales que buscaban su derrocamiento porque creían que sería rey. […] Sus enemigos vieron tal vez justificados sus temores cuando los seguidores de Essex aseguraron que éste descendía de "la sangre real de Inglaterra a través de Cecily Bourchier, su tatarabuela".[10]

El juego analógico de Shakespeare hilaba tan fino que en *Enrique V* aparece otro antepasado de Essex, el conde de Cambridge, quien traiciona "a su rey por el oro extranjero y es enviado a la muerte".[11] De ese modo, el dramaturgo no podía ser acusado ni de favorecer evidentemente la campaña del conde de Essex ni de mostrarse insensible a una de las figuras más populares y promisorias en unos meses decisivos. Y es así como la onomástica entra de modo relevante en un juego de señales que son estables e inestables y que se vuelven tanto más llamativas porque Shakespeare escribió y actuó en un momento en que el teatro era uno de los poquísimos contrapesos al influjo del discurso oficial.[12]

Las señales son estables porque nombres como *César* y *Roma* abarcan respectivos campos simbólicos bastante conocidos, en principio unívocos; y son inestables porque esta univocidad se rompe pronto por las muchas cargas subjetivas e históricas que posee y transporta todo nombre, en especial uno histórico o geográfico.

[10] Shapiro, pp. 119-120. El año de 1599 es también el de la redacción y puesta en escena del *Julio César*. El riesgo para Shakespeare era aún mayor, pues allí llevaba al primer plano el asesinato del militar y caudillo en una época en que los católicos y otros enemigos habían atentado varias veces contra la vida de Isabel I. Shapiro apunta la solución que encontró el dramaturgo: "El genio significaba también saber lo que uno podía hacer con la literatura. Al fin optó por escribir sobre el problema de la censura en vez de provocarla, como Hayward y los otros satíricos" (p. 158).

[11] *Ibidem*, p. 120.

[12] En su vertiente eclesiástica y en su vertiente gubernamental, este último era dueño casi absoluto de aquello que Jürgen Habermas ha definido como la *Öffentlichkeit*, esto es, la vida pública o la opinión pública.

Justo por esta conjunción de cargas objetivas (incluso unívocas: Julio César fue un ser humano que vivió de tal a tal año y que hizo tal y tal cosa; Roma es una ciudad con tal y tal historia) y de cargas subjetivas, los nombres propios son idóneos para que el juego de espejos y de reflejos analógicos, tan propio de la literatura, encuentre en la onomástica un repertorio fértil y de relativamente fácil comunicabilidad. Con el propósito de ahondar en este punto, vale decir que el especialista Dieter Lamping recuerda los conceptos de *Perspektivität* (construcción de perspectiva), de *Standortgebundenheit* (ligazón con el emplazamiento obtenido o elegido) y de *Intentionalität* (intencionalidad), derivados de la obra de Edmund Husserl.[13] La subjetividad no es una arbitrariedad del mero individuo, sino una condición del acto de conocimiento por parte del sujeto. En el uso de los nombres propios se perciben claramente tanto los aspectos objetivos (la designación inequívoca de una persona o lugar geográfico o hecho histórico) como los aspectos subjetivos derivados de la perspectiva, del emplazamiento y de la suma de intenciones con que se enuncian; las nociones de determinación (*Bestimmtheit*) e indeterminación (*Unbestimmtheit*) aparecen asimismo ligadas a la percepción de los nombres, pues los nombres son fenómenos percibidos, y, en palabras de Husserl, "jedes 'aktuell Wahrgenommene […] teils durchsetzt, teils umgeben' ist 'von einem dunkel bewussten Horizont unbestimmter Wirklichkeit'".[14]

Y es así como los antropónimos y los topónimos son microcosmos a los que el autor les puede asignar funciones analógicas sobre la base de la certidumbre de que el lector es un sujeto cognoscente que aporta

[13] Lamping. *Ob. cit*., p. 30.

[14] *Ibidem*, pp. 30-31. ("Todo 'lo percibido en este momento' está 'en parte entremezclado, en parte envuelto por un oscuro horizonte consciente de realidad indeterminada'"). También existen factores puramente subjetivos (conforme al sentido más llano del término) por las cargas muy personales que cada hablante porta consigo a la hora de mencionar o de escuchar un nombre propio; pero asimismo estos factores son al menos en parte objetivables cuando por ejemplo lo que el individuo siente al escuchar "Julio César" o "Roma" es susceptible de igualarse u homologarse con lo que siente una parte representativa de su comunidad.

un horizonte dentro del cual los aspectos objetivos y los aspectos subjetivos se combinan para aprehender dichas funciones, que nunca son unívocas y nunca incurren en un relativismo irrelevante.

De ese modo, nuestra subjetividad como lectores o espectadores, en buena medida objetivable, participa en el juego de analogías que el autor plantea mediante estrategias susceptibles de ejemplificarse en el empleo de antropónimos y topónimos.[15]

Ya de suyo un tipo específico de nombre literario, el característico –esto es, aquel que en sus fonemas o en sus lexemas deja entrever en mayor o menor medida pertenencias étnicas, sociales e incluso nacionales del personaje–, establece una estructura de analogía con este último, mientras que el nombre caracterizador establece una estructura de afirmación: el nombre característico es aquel que le queda bien al personaje y nada más, que no desentona con sus pertenencias básicas (por ejemplo, Demetrio Macías en *Los de abajo* o Ignacio Aguirre en *La sombra del caudillo*); el nombre caracterizador es aquel que realiza algún tipo de afirmación o aserción implícita o explícita, directa u oblicua, proporcional o inversa acerca del personaje (Cándido es en efecto cándido en la novela de Voltaire; Pedro Páramo es piedra y en la novela de Juan Rulfo es desertificación; como ya se vio, Traveller se queja

[15] Adverbios y frases adverbiales del tipo "casi" o "en buena medida" podrían ser un escándalo en las ciencias exactas e incluso en las ciencias de la naturaleza y de la salud. No lo son en las ciencias humanas y sociales, pues, como demuestra Paul Ricoeur, estas últimas tienen como campo de estudio fenómenos que se comportan como cuasi-individuos, de modo que el acercamiento a la verdad se realiza muchas veces de manera tendencial, con la ayuda de los "índices convergentes": "explicar un texto consiste en explicarlo como un ente individual. […] Aristóteles dice que solamente la *techné* genera individuos, mientras que la *episteme* capta especies. […] El método de índices convergentes que caracteriza a la lógica de la probabilidad subjetiva proporciona una base firme para una ciencia del individuo, que puede llamarse con toda justicia ciencia. Y puesto que un texto es un cuasi-individuo, puede decirse que la validación de una interpretación aplicada al texto aporta un conocimiento científico del texto. / Tal es el equilibrio entre el arte de conjeturar y la característica científica de la validación, que constituye una presentación moderna de la dialéctica entre *verstehen* y *erklären* (*Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido.* México: Siglo XXI Editores, 1998 (1976), pp. 89-91).

de su nombre en *Rayuela* porque nunca ha salido de Buenos Aires: padece una caracterización paradójica, desde luego irónica).[16]

Pero aun en el caso de los nombres caracterizadores (en los cuales, como ya quedó dicho y acaba de confirmarse, el autor cifra algo del personaje mediante los fonemas o lexemas de su nombre o mediante antecedentes de personas o personajes con el mismo nombre o uno muy parecido) persiste una estructura de analogía, pues el autor establece una proporción entre materias muy distintas: un conjunto de sonidos o grafías (las que conforman el nombre), por una parte, y una vida humana, por otra; desde luego, en la ficción esta vida humana es también un conjunto de fonemas o grafías, pero gracias al efecto de realidad o ilusión de realidad que el autor construye con sumo cuidado como una de sus tareas y ambiciones más relevantes, el nombre y el personaje portador del nombre son percibidos como dos entidades distintas, aunque conectadas, así sea de manera disfuncional como le ocurre a Traveller.

En este contexto, no es extraño que una corriente muy importante de la comunicación literaria se haya apoyado de manera creciente en procedimientos onomásticos-analógicos, al grado de que es factible decir que desde el *Ulises* de James Joyce la intertextualidad equipara y une (en ocasiones confrontándolas) series o tradiciones culturales, y en dicha intertextualidad el nombre juega un papel decisivo y estratégico: imposible imaginar otro título para la novela de Joyce; imposible imaginar otro nombre para el capítulo IV, "Muerte por agua", de *La tierra baldía*, de T. S. Eliot, cuyo protagonista se llama Tiresias; imposible

[16] Dieter Lamping es quien establece la distinción entre nombres característicos y nombres caracterizadores en el capítulo 5, "*Charakterisierung*", de *Der Name in der Erzählung*: "Zwischen charakteristischen Namen und dem Wesen ihrer Träger besteht immer nur eine Struktur der Analogie, nicht jedoch –wie zwischen charakterisierenden Namen und ihren Trägern– eine Struktur der Ausage" (p. 48: "Entre los nombres característicos y el ser de sus portadores existe siempre sólo una estructura de la analogía, y no –como entre los nombres caracterizadores y sus portadores– una estructura de la afirmación"). En los primeros borradores Pedro Páramo se llamaba Maurilio Gutiérrez: era un nombre nada más característico; luego entonces, en la versión definitiva pasó de tener un nombre característico a poseer uno caracterizador.

que la célebre novela de Hermann Broch se llame de otro modo que *La muerte de Virgilio* y tenga otro protagonista, pues el nombre de Virgilio ha sido durante milenios un gancho del cual cuelgan descripciones simbólicas de gran peso cultural, aprovechadas por Broch en una época profundamente intertextual e intercultural y por ende hondamente analógica.

A partir de aquí se comprende que la lectura de la *Julia* de Altamirano sea susceptible de hacerse teniendo como trasfondo una importante tradición europea, más allá de la influencia española.

Y es así como, en resumen, la lectura de *Julia* se realiza mediante un procedimiento analógico internacional e histórico tal y como lo demuestra el ejemplo de los nombres compartidos. En su conjunto, la lectura literaria es, sin duda, un procedimiento hermenéutico (pues el receptor interpreta invariablemente desde su aquí y ahora un texto complejo escrito invariablemente en el pasado, así sea en un pasado más o menos inmediato) y, por añadidura, es un procedimiento hermenéutico analógico (pues la interpretación se realiza sobre signos nunca unívocos, sino deliberadamente multivalentes, aunque regulados para evitar cualesquiera lecturas arbitrarias).

Ahora bien, ¿se hermanan otros elementos de los tres textos o conjuntos de textos? La comunicación epistolar es decisiva en los dos primeros. De hecho, sabemos de la existencia de Abelardo y Eloísa gracias a las cartas conservadas. Por su parte, la novela de Rousseau es epistolar de principio a fin. A su vez, la carta se vuelve un motivo estratégico en la novela de Altamirano, de modo que, si bien no se trata de una novela epistolar, sí se trata de una novela en la cual las cartas son instrumentos comunicativos que o bien demoran las acciones o bien las desvían o las desencadenan. Y es así como un elemento formal y genérico (la presencia de la epístola) fortalece la posibilidad de que Altamirano haya estado pensando, efectivamente, en lazos intertextuales a la hora de decidir el título de su texto, desde luego sin olvidar que la carta era un medio de comunicación importantísimo, a veces único, tanto en la Edad Media como en los siglos XVIII y XIX.

Por lo demás, una analogía no implica una imitación, una confusión o comunidad completa de intereses. El escepticismo con que concluye la novela del mexicano difiere por completo de la serie de acomodos emocionales y de pactos que se van alcanzando a lo largo de la extensa novela de Rousseau. La violenta frase con que termina la obra es tan drástica, tan agresiva, que parece saltar del mundo enunciado y volcarse al mundo de la enunciación, esto es, salir de la novela y alcanzar al autor, pues tan grande es su vehemencia que deja entrever una especie de ajuste de cuentas más allá del coraje que podría haber sentido el narrador homodiegético: "El amor es como el vómito –se cura la primera vez y no vuelve nunca".[17]

De hecho, las cartas cumplen al interior de la novela de Altamirano un papel en la disgregación del lazo afectivo y en la separación definitiva de los enamorados, cuyo *timing* nunca coincidió, pues cuando él la amó ella no lo amó y viceversa.

II

Otros aspectos analógicos del nombre propio se dejan entender en un solo corpus y en otros tipos de relación con textos literarios precedentes.

Por ejemplo, se puede arrojar una luz novedosa sobre la narrativa de Altamirano si se repasan las estrategias para darles un título a las cuatro piezas que conforman el corpus total de novelas: *Clemencia*, la ya mencionada *Julia*, *La Navidad en las montañas* y *El Zarco*. El hecho de que tres de los cuatro títulos incluyan nombres o apelativos de los protagonistas arroja un indicio de que la nominalización de éstos resulta estratégica en términos comunicativos y en términos estéticos. Esta alta frecuencia es susceptible de analizarse como parte de los hábitos

[17] *Ob. cit.*, p. 124. Esto se refuerza en el epígrafe: "La estrella del amor faltó a mi cielo" (Juan Carlos Gómez).

pragmático-comunicativos de la época o como parte de una intención específica del autor, digna de revisarse.[18]

Ya se dijo al inicio que la reflexión acerca de los nombres de los personajes literarios es un enfoque que hasta ahora no ha recibido suficiente atención sistemática en México, pese a la importancia de la nominalización para cualquier autor y para cualquier texto, sobre todo dramático o narrativo. Abundan, sí, las consideraciones a propósito de tal o cual nombre en tal o cual corpus, pero faltan conceptos generales que nos ayuden a profundizar de manera consistente en el asunto.

Tanto más interesante es tal enfoque por el hecho de que la nominalización es una de esas prácticas literarias que también son prácticas sociales: todas las personas poseen un nombre. A partir de esta evidencia se formula el concepto de "fundamentalidad del nombre", el cual equivale para la onomástica general y para la onomástica literaria al *cogito, ergo sum* de René Descartes para la filosofía racionalista: una plataforma cognitiva desde la cual es dable arrancar y a la cual es posible volver cuantas veces sea necesario.[19]

[18] La clamorosa recepción latinoamericana de *María*, de Jorge Isaacs, aparecida dos años antes (1867) que *Clemencia*, permite suponer que Altamirano estaba pensando en la posibilidad de un efecto similar entre el público mediante protagonistas femeninas. Los títulos con nombres de heroínas se remontan a los orígenes de la gran novela epistolar europea, con la propia *Héloïse* de Rousseau y, años atrás, con la *Pamela, or Virtue Rewarded* (1740), del británico Samuel Richardson. En este título, el complemento del nombre (*or Virtue Rewarded*) contribuía a exhibir claramente las intenciones de dignificar el género novelístico en general y el novelístico epistolar en particular. Según Hans Robert Jauss y Thomas Pavel, esas intenciones se lograron plenamente, y la novela pasó a convertirse en un género de gran prestigio social bajo el peso y la autoridad moral de Richardson, de Rousseau y, muy pocos años después (1774), de Johann Wolfgang Goethe con su *Die Leidenschaften des jungen Werthers*. Los nombres de pila en los títulos fueron un factor básico para el prestigio de la novela. Por lo demás, los títulos de TL con nombres de personajes remiten a la dignidad de la tragedia, lo que es un impulso adicional a la dignificación de la novela: *Edipo Rey*, *Antígona*, *Prometeo encadenado*, *Hamlet*, *Romeo y Julieta*, *El rey Lear*, por citar algunos ejemplos famosos.

[19] Friedhelm Debus cita un pasaje de la *Odisea* que se basa en esta fundamentalidad del nombre, obviamente sin hacerlo de manera conceptual: ninguno entre

En su estudio, Dieter Lamping ha propuesto diez conceptos útiles a la hora de describir las principales prácticas discursivas que podrían presentarse cada vez que un autor le asigna un nombre a un personaje: 1) *nominalización*, 2) *identificación*, 3) *ilusión*, 4) *caracterización*, 5) *acentuación*, 6) *constelación*, 7) *construcción de perspectivas*, 8) *estetización*, 9) *mitificación* y 10) *ubicación estratégica del nombre en el texto*. Estas y otras nociones ameritan ponerse en circulación con la vista puesta en la novelística de Altamirano.

Entre estos otros términos se encuentra el de *conversión del nombre en tabú* (*Namen-Tabuisierung* en alemán).[20] Por ejemplo, basta leer el segundo párrafo de *Julia* para que ya nos encontremos con el tabú en la identificación de un personaje; sin que se extienda de manera suficiente en las razones, el narrador señala que dicha identificación no es susceptible de hacerse mediante el nombre (ésta es la identificación legal y es la más común, pero no es la única), sino mediante un seudónimo impuesto por la voz narrativa:

> A propósito de noches lluviosas, como ésta, debo decirte que me entristecen por una razón más de las que hay para que nublen el espíritu de los otros.

---

los mortales permanece totalmente sin nombre (*Odisea*, VIII, 550-554). El concepto pertenece a Dietz Bering, en *Der Name als Stigma. Antisemitismus im deutschen Alltag*, citado en Friedrich Debus. *Namen in literarischen Werken*. Mainz/Stuttgart: Akademie der Wissenschaften und der Literatur/Franz Steiner Verlag, 2002, p. 9. Bien se sabe que la supresión de los nombres de los prisioneros en los campos de concentración nazis y su sustitución por un número eran pasos fundamentales en la aniquilación de la psicología, de la historia y de la humanidad misma de la persona. Lamping ha repasado los ejemplos en que ya desde Kafka e incluso desde Jean Paul los personajes con nombres de un solo término (por lo común el apellido, si no es que una pura inicial) delataban una posible falta de pertenencia social, esto es, desarraigo, así como unidimensionalidad y pérdida de cualidades, como el Ulrich de *Der Mann ohne Eigenschaften*, de Robert Musil (Lamping, *ob. cit.*, pp. 50 y ss).

[20] Debus, *Ob. cit.*, p. 15.

> (Decíame esto hace pocas noches mi amigo Julián, nombre tras el cual me permito esconder la personalidad de uno de nuestros más distinguidos generales).[21]

Estamos aquí ante un tabú de carácter político y civil: no es conveniente para el informante que se conozca su identidad verdadera por medio de su nombre legal. La onomástica general y la onomástica literaria estudian asimismo el tipo de tabú más común, sobre todo en las sociedades tradicionales: se trata del tabú religioso que consiste en la autocensura colectiva a la hora de identificar a una deidad o de referirse o dirigirse a ella.

En Altamirano, hombre civil, tal tipo de tabú es improbable. Ahora bien, el mencionado ejemplo de momentáneo y restringido tabú de origen no sagrado sirve ya para recordar, gracias a la onomástica literaria, que el modelo de sociedad al cual aspiraba el maestro era laico, moderno y civil, modelo que –hoy lo vemos mejor que entonces– aun así acarrea de las sociedades tradicionales, religiosas, incluso teocráticas, vestigios de prácticas colectivas que entrelazan lo discursivo y lo fáctico, lo pragmático-comunicativo y lo ritual: el tabú en la onomástica no desaparece al interior de los discursos que propugnan una sociedad moderna, pero se reformula y se reubica.

Ahora bien, dado que el tabú en el nombre propio es una práctica religiosa o civil existente en la vida pública fáctica, y dado que el autor la toma de allí, esto es, del mundo de la vida, consigue con ello incrementar el efecto de realidad en ese "segundo mundo" o "mundo posible" que es el mundo de ficción. El autor realiza un procedimiento analógico cada vez que se apropia de prácticas, nombres, símbolos, frases, gestos del mundo de la vida y los verbaliza, los reformula y los reinserta en su propio mundo de ficción: provoca que el lector asuma esas prácticas, esos nombres, esos símbolos, esas frases y esos gestos y

[21] *Julia*, en Ignacio Manuel Altamirano, *Novelas y cuentos 1*, México: Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 35.

los perciba como susceptibles de ser análogos, si no es que prácticamente idénticos, al de su propio mundo, el mundo primero.

De hecho, sin la analogía y sus muchas posibilidades, la literatura habría perdido desde hace mucho la sorda batalla siempre viva, aunque raras veces visible, con los textos no ficcionales, los cuales siempre se encuentran en condiciones de alegar su carácter de verídicos y no sólo verosímiles.[22] Hoy sabemos, por lo menos desde Hayden White, que los textos no ficcionales (históricos, informativos, científicos) son asimismo constructos y poseen una gran carga de estrategias retóricas, esto es, persuasivas; aun así, la recepción de dichos textos es más abundante que la de los ficcionales, de modo que un novelista puede aprovechar elementos intrínsecos de los textos no ficcionales para enriquecer su texto ficcional.

Altamirano, como autor no sólo realista, sino preocupado por contribuir poderosamente a la edificación de una realidad colectiva nacional, estaba a todas luces interesado en aprovechar las posibilidades del efecto de realidad y las herramientas para producirlo. El tabú, casi reducido aquí a un guiño, a una nimiedad, funciona aun así perfectamente para una estrategia más amplia que va a marcar toda la narrativa del escritor: la de un efecto de realidad que busca acercarse lo más posible a lo verdadero (mundo primero), aun dentro del marco de lo verosímil (mundo segundo).

La Navidad en las montañas presenta otros ejemplos significativos y característicos tanto de falta de identificación con base en el nombre propio como de una identificación-nominalización que no coincide con el nombre de pila (o de registro civil) del personaje.[23]

[22] La verosimilitud, tan importante para Aristóteles, sustenta parte de su legitimidad y de su funcionalidad en estrategias analógicas; la verosimilitud es analógica por definición.

[23] A la generación de Altamirano, por ser la generación de la Reforma, le correspondió el tránsito, bastante precario al inicio, de la base legal y oficial de los nombres de personas desde los registros eclesiásticos a los registros gubernamentales (más que, propiamente, civiles). En estas páginas se emplea *nombre de pila* sin ninguna connotación religiosa o ideológica, si bien quizá no es ocioso apuntar que

El narrador de *La Navidad en las montañas* nunca se nombra, pero sí se identifica. Esta situación (identidad sin nombre) está asimismo presente en numerosas situaciones comunicativas de la vida fáctica; de hecho, la vida moderna y la sociedad de masas propician que una parte significativa, si no es que mayoritaria, de los actos de habla cotidianos se establezca entre personas que se identifican sin nombrarse. Se identifican por su rol social y por su situación concreta en cada específico acto de habla con su respectiva situación comunicativa, y ello basta para que la comunicación fluya y cumpla su cometido.

La Navidad en las montañas, sin embargo, no fomenta ni la sociedad de masas ni la vida moderna. Por eso la falta de nombre del protagonista narrador debe interpretarse desde otras claves. Más bien, el narrador deja de identificarse a sí mismo con un nombre propio y recurre a un genérico (su grado militar: capitán, palabra en sí misma con denotaciones de mando y con connotaciones de autocontrol, gallardía y superioridad moral) a fin de desplazar el interés del lector hacia las figuras nombradas o nominalizadas y a fin de destacar el enorme peso identificador que posee la pertenencia a la milicia; asimismo, la falta de nombre propio en el narrador aumenta la posibilidad, como ocurre en *Julia*, de que el lector identifique la voz narrativa con la del propio Altamirano.

La Navidad en las montañas es la gran utopía del Maestro. Sintetiza sutilmente su esfuerzo por reconciliar las ideologías más poderosas en México y posiblemente en toda América Latina durante aquellos años decisivos para la consolidación de las identidades nacionales. También aquí los nombres propios se dejan analizar desde una hermenéutica que no cierra las puertas a más de una interpretación válida. La manera como se presentan los nombres arroja luz acerca de la intención íntima y última del autor: la de la edificación de una utopía con base

---

todos los personajes de Altamirano, como el propio autor, habrían sido registrados en ámbitos eclesiásticos, por ser los únicos que existían en México antes de la Constitución de 1857 (y siguieron siéndolo en numerosas comunidades años después).

en la reconciliación de los grupos políticos atrincherados en sus respectivas ideologías. Después de un primer capitulillo que describe con prosa poética un *locus amoenus* (espacio) y que no incluye un solo nombre propio, el segundo capitulillo se remite a una fecha (tiempo) central para Occidente: el 24 de diciembre. Allí aparece el primer nombre propio de la novela (aparte de la dedicatoria a Francisco Sosa, instigador según Altamirano de que este último escribiera la novela):

> ¿Quién que ha nacido cristiano y que ha oído renovar cada año, en su infancia, la poética leyenda de Jesús, no siente en semejante noche avivarse los más tiernos recuerdos de los primeros días de la vida?
>
> Yo, ¡ay de mí!, al pensar que me hallaba, en este día solemne, en medio del silencio de aquellos bosques majestuosos, aun en presencia del magnífico espectáculo que se presentaba a mi vista absorbiendo mis sentidos, embargados poco ha por la admiración que causa la sublimidad de la naturaleza, no pude menos que interrumpir mi dolorosa meditación, y encerrándome en un religioso recogimiento, evoqué todas las dulces y tiernas melodías de mis años juveniles. Ellas se despertaron alegres como un enjambre de bulliciosas abejas y me transportaron a otros tiempos, a otros lugares; ora al seno de mi familia humilde y piadosa, ora al centro de populosas ciudades, donde el amor, la amistad y el placer en delicioso concierto, habían hecho siempre grata para mi corazón esa noche bendita.[24]

En *s/z* Barthes nos recuerda que el equívoco puede provenir de que el hablante se remite al género y esconde la especie (o, dicho en términos aristotélicos, hace explícito el género próximo, sin marcar la diferencia específica): cuando la Zambinella no le dice al escultor enamorado que es un castrado, le miente sin mentirle del todo: "El equívoco (a menudo) consiste en revelar el género (*soy un ser excluido*) y en callar la especie *(soy un castrado*): se dice el todo por la parte; es una sinécdoque".[25]

[24] *La Navidad en las montañas*, ed. cit., pp. 96-97.
[25] *s/z*, p. 167.

En el primer párrafo de la cita de Altamirano, "la poética leyenda del nacimiento de Jesús" remite a un género, la leyenda, que referido al 24 de diciembre resulta perfectamente aceptable tanto para los creyentes (una parte muy significativa de la población mexicana en aquel entonces, al igual que el sector más numeroso de los conservadores) como para los no creyentes (el ala radical de los liberales, incluido Altamirano), pues uno de los pasajes bíblicos más poéticos y menos documentados históricamente (esto es, más legendarios, más de leyenda) es precisamente el del nacimiento de Jesús, con detalles ya icónicos tales como la presencia del burro y del buey, como el pesebre, como la estrella de Belén, como los tres reyes magos.

El "religioso recogimiento" del segundo párrafo contiene el mismo fino equilibrio entre la fe cristiana y el laicismo liberal, pues este último no tenía ni tiene por qué renunciar a valores espirituales del tipo del recogimiento que es susceptible, sí, de traer consigo una sensación religiosa. Esta última, en el sentido etimológico original de re-ligar, de volver a unir, no se refiere aquí, de ningún modo, a un sentimiento trascendente, sino (tal y como lo especifica el texto, sin asomo de dudas) a una comunión con la naturaleza y con el pasado del protagonista. Ese pasado incluye a la familia, "humilde y piadosa". A su vez, "bendita" es un participio que, si bien normalmente es dicho por una persona creyente en un contexto de fe, al final de este párrafo aparece de tal modo que nos recuerda que significa "bendecida", y aquí no dice por quién y por lo tanto no compromete al enunciador. Otra cosa sería si el mismo participio apareciera en una exclamación muy personal, remisible más íntimamente a las creencias del capitán.

A su vez, el nombre *Jesús* es la manera más económica, más laica y más neutra de referirse al fundador del cristianismo. Luis Puig repasa el concepto de *ampliación* cuando define las realizaciones concretas de aquella competencia pragmática de todo hablante, consistente en la posibilidad de añadirle morfemas y palabras a una palabra o una frase básica. Por ejemplo, a "gracias" se le puede agregar "Muchas gracias" e incluso "Muchísimas gracias" y "Muchísimas gracias, es usted muy

gentil"; cada ampliación refuerza la intención o ilocución de emitir un agradecimiento de manera cada vez más contundente e inequívoca.[26] Si en vez de "Jesús" el narrador hubiera dicho "Jesucristo", habría marcado el pasaje como emitido casi con toda seguridad por un creyente; la certeza absoluta se habría alcanzado si, ampliando más la palabra básica, hubiera dicho "Nuestro Señor Jesucristo". La neutralidad le era fundamental al narrador intradiegético en su estrategia de emitir un discurso que dejara trazas simultáneas de empatía con los creyentes y con los no creyentes o los laicos.

Hacia el final de la novela, antes de la misa de media noche, se ratifican todas estas intenciones y se amplían a fin de permitir que el narrador abogue por el respeto a la libertad de culto, siempre y cuando se lleve a cabo una suerte de reforma religiosa, análoga a otras dos reformas de suma importancia histórica: la de Martín Lutero y la de Benito Juárez. En efecto, el capitán narrador admira el pequeño templo, casi más bien "una verdadera capilla rústica" (p. 124), donde el sacerdote ha:

> [...] realizado en tres años lo que la autoridad civil sola no podrá realizar en medio siglo pacíficamente. Allí no hay "santos"; allí no veía yo más que una casa de oración y no un templo de idólatras; allí el espíritu, inspirado por la piedad, podía elevarse, sin distracciones, ni encomendándose a medianeros horrorosos, hacia el Creador para darle gracias y para tributarle un homenaje de adoración (p. 126).

El nombre vuelve a ser estratégico para ratificar y afinar una interpretación adecuada al texto. El término *Creador* confirma la intención en el capitán de asumir una postura matizada, sutil, abierta en una época en la cual la literatura era uno de los poquísimos discursos que competían con el catolicismo y con el Estado y que, por lo tanto, se encon-

[26] Luisa Puig, *La realidad ausente: teoría y análisis polifónicos de la argumentación*, México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2008.

traban en condiciones de ejercer una influencia real en los lectores.[27] Así como el término *Jesús* es neutro e incluyente, así también el término *Creador* es un fino punto de confluencia entre católicos y teístas; efectivamente, el narrador podría en último término ser un teísta de la estirpe de Voltaire, quien en la entrada respectiva de su *Diccionario filosófico* apuntó lo siguiente:

> Pregúntase: ¿por qué [¿No falta una palabra aquí?] quinientas o seiscientas sectas que existen en el mundo hubo algunas que hicieron derramar sangre humana y por qué los teístas, que abundan en todas partes, no han producido nunca el menor tumulto? Porque los teístas son filósofos, y los filósofos pueden razonar mal, pero no son intrigantes. Por eso los que

[27] Las perspectivas y las intenciones de un narrador no son automáticamente las del autor implícito y menos las del autor real, si bien aquí existen datos para suponer que el capitán expresa ideas caras a Altamirano, quien por lo demás valoraba en mucho el haber sido parte del ejército liberal y liberador (por lo que el capitán podía muy bien estar en efecto representándolo a él). La hermenéutica analógica es también útil a la hora de atribuir y asignar las intenciones de cada enunciado a esta o aquella voz, partiendo de la pregunta de si son equiparables las perspectivas y las intenciones de, por ejemplo, el capitán narrador, el autor implícito y el autor real; este caso es relativamente sencillo no sólo porque se tienen otros documentos que ratifican la postura de Altamirano en este sentido (pruebas extratextuales), sino sobre todo porque la propia novela aporta elementos que corroboran la similitud de las actitudes y posturas del personaje narrador y del autor real y por lo tanto también del autor implícito (pruebas intratextuales, como el ya aludido carácter militar del narrador, hombre por lo demás ilustrado y reformista). Por añadidura, el *excipit* de la novela fija un plano adicional cuando el narrador advierte que "Todo esto me fue referido la noche de Navidad de 1871 por un personaje, hoy muy conocido en México, y que durante la guerra de Reforma sirvió en las filas liberales: yo no he hecho más que trasladar al papel sus palabras" (p. 152). Dos intenciones convergen en este enunciado: 1) el autor implícito relativiza aun más sus palabras y, sobre todo, sus posturas ideológicas, lo que le facilita la libre enunciación de las mismas y la búsqueda de que su discurso no moleste a ningún bando y 2) incrementa el efecto de realidad al atribuirlas a un personaje "hoy muy conocido", que prefiere o debe permanecer en el anonimato como le sucede al protagonista de *Julia* precisamente por su carácter "real". Sin hacerlo explícito, el autor remata *La Navidad en las montañas* como inicia *Julia*: con un tabú, esto es, con una de las diversas posibilidades en que el nombre propio es susceptible de aparecer (y desaparecer) en un TL.

> persiguen a los filósofos bajo el pretexto de que sus opiniones pueden perjudicar al público son tan absurdos como lo serían los que temiesen que el estudio del álgebra encareciese el pan en el mercado; debe compadecerse al hombre que piensa y se extravía pensando, pero es insensato y horrible perseguirle. Todos somos hermanos; y porque alguno de mis hermanos, lleno de respeto y amor filial, no atribuye a nuestro Padre común las mismas ceremonias que yo, ¿debo degollarle y quemarle vivo?[28]

Así se explican los adjetivos "filosófico" e "ilustrado" con que el narrador califica al bueno y sabio sacerdote de la novela. Incluso el tono desenfadado de Voltaire, su ironía (que en esta entrada es suave), le servían muy bien a una intención conciliadora y abarcadora, más que los radicalismos de un ateísmo como el de Ignacio Ramírez, *el Nigromante*. Después de tanta sangre mexicana que se había derramado por asuntos en los cuales la fe estaba inmiscuida, la idea de una postura que no provocara "tumultos" le debía parecer al capitán narrador una solución bastante atractiva.

Con todo esto Altamirano parecía estar sentando las bases prácticas para una implantación de la nueva legislación liberal, y la literatura se mostró flexible, adecuada para este proceso, mientras que, al interior del texto literario, el nombre se ratificó y se ratifica como un elemento apto para condensar y anticipar intenciones fundamentales del autor implícito. Mediante estos usos matizados del lenguaje, Altamirano estaba buscando ampliar su grupo de lectores sin renunciar a sus propias perspectivas e ideas (por el contrario, encontraba en la narrativa de ficción un vehículo idóneo para difundirlas); de ese modo estaba asimismo ensanchando las posibilidades para el texto literario de poseer un peso específico en la construcción del imaginario colectivo nacional, muy lejos todavía de la existencia del cine y de los otros me-

[28] Voltaire, *Diccionario filosófico, s.v.* "Teísmo", Biblioteca del Pensamiento <http://www.e-torredebabel.com/Biblioteca/Voltaire/teismo-Diccionario-Filosofico.htm> [fecha de consulta: 15 de enero de 2014].

dios electrónicos que en el siglo XX prácticamente le arrebataron todo ese peso a la literatura entre nosotros.

III

Por último, se repasan aquí muy brevemente las diez funciones propuestas por Dieter Lamping, a manera de ejemplo y de posible ratificación de la validez de las mismas. Se emplea el nombre *Jesús* en el pasaje citado de *La Navidad en las montañas*.

1) *Nominalización*: el nombre *Jesús* da en efecto un nombre a la persona.
2) *Identificación*: se la reconoce como ella misma cada vez que se la menciona. Lamping observa que el nombre –gracias a su función como identificador– adquiere asimismo una función de referente estable en medio de los cambios en el tiempo y en el espacio que pudiera sufrir el personaje.
3) *Ilusión*: un nombre propio suele contribuir a aumentar el efecto de realidad o ilusión de realidad; en este caso, puesto que *Jesús* se toma de la realidad externa al texto, ayuda a fortalecer los lazos entre el mundo ficticio y el mundo fáctico.
4) *Caracterización*: este nombre caracteriza poco a la persona; en cambio, la persona ha caracterizado al nombre a lo largo de dos milenios. El nombre *Jesús*, aun en usos civiles, permite establecer analogías lúdicas o serias entre su portador más famoso y cada uno de los demás portadores; esto ocurre con todos los nombres célebres, aquellos que pasan a formar parte del código cultural definido por Barthes en *s/z*.
5) *Acentuación*: ha resultado clara la intención de no acentuar el nombre, no cargarlo emotivamente; la ausencia de acentuación puede ser significativa, como lo es en este caso.

6) *Constelación*: Lamping observa que los nombres propios en el texto literario podrían enlazarse en constelaciones internas, como ocurre con todos los nombres que en la magna novela de Marcel Proust llevan la sílaba *char*, susceptible de ligarse con *chair* (carne en francés).[29] *Jesús* establece aquí una obvia y breve constelación con *Creador*. En *La Navidad en las montañas* no parece existir una intención de establecer constelaciones internas más amplias, a menos que se tomen *Pablo* y *Carmen* como pertenecientes a la constelación de la gente sencilla, de los enamorados sinceros y humildes; en esa constelación estarían de hecho todos los personajes. *Pablo* podría remitir a la celebérrima novela *Pablo y Virginia.*

7) *Construcción de perspectivas*: según Lamping, las diferentes alternativas para nombrar a una misma persona o a un mismo personaje abren la posibilidad de que el hablante asuma una perspectiva, una toma de posición que en el nombre queda condensada, explícita en mayor o menor grado; ya se vio que *Jesús* y *Creador* son denominaciones con una muy fuerte perspectiva: el enunciador (el capitán) deja entrever su postura ante la religión mediante la simple manera en que nombra a Jesús y al Creador.

8) *Estetización*: *Jesús* no muestra una carga estética particular. Tampoco la exhibe *Julia*. Altamirano no es un autor estetizante, aunque su estilo tiene una estética y su escritura posee una poética. Su onomástica responde a una poética realista y a un estilo directo, ambos con tintes de estetización en las descripciones, no así en los nombres. Los protagonistas de la historia de amor en *La Navidad en las montañas* se llaman Pablo y Carmen, sin ninguna ampliación (como por ejemplo el apellido); podría darse una relación intertextual con la famosa

[29] Lamping, *ob. cit.*, p. 65.

novela romántica francesa *Pablo y Virginia*. Las relaciones intertextuales mediante la onomástica constituyen constelaciones externas o intertextuales, como la de la Julia de Altamirano y la Julia de Rousseau.

9) *Mitificación*: la desmitificación es un propósito fundamental en toda la obra de Altamirano; su onomástica corresponde a esta intención, la cual también se refleja en aquellos pasajes en que la *captatio benevolentiae* se lleva al extremo de rebajar tanto el mundo narrado como la estatura de los personajes: son personas humildes, modestas; de hecho, etimológicamente Pablo se relaciona con "humilde".

10) *Ubicación estratégica del nombre en el texto*: *Jesús* aparece casi al comienzo de *La Navidad en las montañas* como una anticipación y una marca de una de las intenciones fundamentales del autor: la de escribir un libro que resulte aceptable tanto a unos como a otros. Todo inicio es un lugar estratégico.

Bibliografía citada

Altamirano, Ignacio Manuel. *Novelas y cuentos 1*. En *Obras completas de Ignacio Manuel Altamirano III.* Edición de José Luis Martínez. México: Secretaría de Educación Pública, 1986.

Debus, Friedhelm. *Namen in literarischen Werken.(Er-) Findung – Form – Funktion.* Mainz / Sttutgart: Akademie der Wissenschaften und der Literatur / Franz Steiner Verlag, 2002.

Lamping, Dieter. *Der Name in der Erzählung. Zu einer Poetik des Personennamens*. Bonn: Bouvier Verlag, 1983.

Pániker, Salvador. *Filosofía y mística.* Barcelona: Anagrama, 1992.

Puig, Luisa. *La realidad ausente: teoría y análisis de la argumentación*, México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2000.

Ricoeur, Paul. *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. Traducción de Graciela Monges Nicolau. México: Siglo XXI Editores, 1998 (1976).

Rousseau, Jean-Jacques. *La Nouvelle Héloïse. Lettres de deux amants habitants d'une petite ville au pied des Alpes recueillies et publiées par J.-J. Rousseau*. Edición establecida, presentada y anotada por Jean M. Goulemot. París: Gallimard, 2002 (1761).

Salado Álvarez, Victoriano. *Narrativa breve. Obras I*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad de Guadalajara / El Colegio de Jalisco, 2012.

Searle, John. *Actos de habla. Ensayo de filosofía del lenguaje*. Traducción de Luis M. Valdés Villanueva. Madrid: Cátedra, 1980 (1969).

Shapiro, James. *1599. Un año en la vida de William Shakespeare*. Traducción de María Condor. Madrid: Siruela, 2007 (2005).

Cuarta parte

Altamirano y la historia

La "imaginación histórica" de Ignacio Manuel Altamirano. La "Revista Histórica y Política (1821-1882)"

Adrián Gerardo Rodríguez

En la década de 1880, el otrora presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y enemigo tanto de lerdistas como de porfiristas en la elección presidencial de 1876, José María Iglesias, dejó escrito lo siguiente, en un manuscrito que nunca publicó en vida:

> La época en que nos ha tocado vivir cuenta entre sus grandes glorias principales el desarrollo de los trabajos históricos. El siglo XIX es llamado con justicia el siglo de los historiadores. Efectivamente, en ningún tiempo anterior los ha habido tan numerosos, ni tan distinguidos.[1]

Sus palabras no solamente eran la elucubración de un liberal cansado de luchar y que ahora, ya retirado de la política, se entregaba a la paciente tarea de reflexionar en torno a la metodología de la historia, sino también una idea común en el medio intelectual del occidente decimonónico. Dicha idea, que se asumía como una creencia, dictaba que el progreso material y espiritual de la humanidad era un hecho y que la historia era a la vez la prueba ("la conciencia histórica") y el instrumento (la historiografía) para explorar ese hecho.[2] En un ambiente donde tal planteamiento era el lente a través del cual se interpretaba el desarrollo de la sociedad, es entendible el aumento cuantitativo de quienes, dedicados a la escritura periodística y literaria, también terminaron por escribir historia. Ignacio Manuel Altamirano fue uno de ellos.

[1] José María Iglesias, *El estudio de la historia*, coordinación de Antonia Pi-Suñer Llorens, Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica, México, 2003, p. 80.

[2] Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrangelo, Fondo de Cultura Económica, México, 2005, p. 13.

Si se compara la cantidad de estudios dedicados a la poesía y la novela de Altamirano, es casi nula la bibliografía que se ha enfocado en sus obras históricas. Los pocos que se han escrito al respecto, aunque valiosos, son trabajos con varias décadas de edad.[3] El presente ensayo busca subsanar en parte esa carencia. Tomando como eje de indagación el dilatado texto titulado "Revista Histórica y Política (1821-1882)", publicado en 1883, se propone una revisión de lo que se llamará la "imaginación histórica" de Ignacio Manuel Altamirano.[4] Por lo tanto, no se busca exponer cuál era su método histórico, sino, en palabras de Hayden White, "la consistencia, la coherencia y la fuerza esclarecedora" de su visión del acontecer histórico mexicano. Es decir, "la naturaleza preconceptual y específicamente poética de sus puntos de vista sobre la historia y sus procesos".[5] Sin embargo, el análisis que ofrecemos quiere ir más allá de la estructura del relato y de los estratos propiamente literarios que integran esa visión, para adentrarse en la inquietud que la alimentó. Por lo tanto, se propone considerar que la esencia de la conciencia histórica de Altamirano no estaba sólo en los libros y en la literatura romanticista que conocía bien, o en la característica literaria que practicaba en sus textos históricos, sino, y sobre todo, en sus vivencias como político, intelectual y militar republicano en plena guerra de Reforma y durante la intervención francesa.

[3] Nos referimos a los trabajos de Martín Luis Guzmán y Moisés Ochoa Campos. Véase Ignacio M. Altamirano, *Historia y política de México (1821-1882)*, prólogo de Martín Luis Guzmán, Empresas Editoriales, México, 1947, e Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas. Obras Históricas*, edición, prólogo y notas de Moisés Ochoa Campos, t. II, Conaculta-Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, México, 2011. Una notable excepción es el ensayo de Julio Moguel, titulado "Altamirano, historiador de la Independencia", que sirve como introducción a Ignacio Manuel Altamirano, *Morelos y otras historias*, Juan Pablos Editor-Universidad Autónoma de Guerrero-Gobierno del Estado de Morelos-Ayuntamiento de Morelia-Ayuntamiento de Acapulco-Congreso del Estado de Michoacán-Congreso del Estado de Guerrero, México, 2013, pp. 13-27.

[4] Las citas del texto de Altamirano provienen de la más reciente edición de sus obras completas, referida en la cita anterior.

[5] White, *Metahistoria*, p. 15.

Más que una exposición de datos y peripecias, se presenta un argumento que explica la relación que existió entre la "Revista Histórica", la vida de Altamirano y el contexto histórico político de la construcción del Estado-nación en México. Una perspectiva que permite entender lo perdurable que se ha vuelto la panorámica histórica formulada por Altamirano en la manera en que se ha escrito y enseñado la historia mexicana, específicamente en el periodo comprendido por dicha "Revista" (el cual abarca desde la Independencia de México hasta los albores del porfiriato). Una síntesis histórica que, cabe destacar, se adelantó a lo expuesto en aquellas colosales obras que fueron *México a través de los siglos* (1884) y *México: su evolución social* (1900-1902), que coordinaron, respectivamente, Vicente Riva Palacio y Justo Sierra.

Origen y difusión de una obra histórica

La "Revista Histórica y Política (1821-1882)" de Ignacio M. Altamirano fue publicada como un apartado del llamado *Primer Almanaque histórico, artístico y monumental de la República Mexicana*, editado en 1883 por el emprendedor y dinámico periodista Manuel Caballero.[6] En este mismo libro, el guerrerense también participó con una "Revista Literaria y Bibliográfica", destinada a evaluar el desarrollo de la literatura nacional desde 1821. Altamirano compartió créditos con autores como Mariano Bárcena, Ángel Anguiano, Santiago Ramírez, Carlos Olaguíbel y Arista y Juan de Dios Peza, quienes colaboraron con temas de su respectiva especialidad, como la industria, la minería, la prensa, entre otros.

[6] Laura Edith Bonilla, "Manuel Caballero: un periodista moderno en el siglo XIX", pp. 95-121. Documento disponible en <http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/5/2289/9.pdf> (consultado el 8 de marzo de 2014). La primera edición de este *Primer Almanaque* se puede consultar digitalmente en el siguiente enlace: <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1020133931 /1020133931.html> (consultado el 6 de marzo de 2014).

El *Primer Almanaque*, impreso en Nueva York, era una innovadora pieza bibliográfica que combinaba la promoción y el fomento publicitario del país en el extranjero con la pericia de varias plumas mexicanas consagradas y las ilustraciones de algunos de los mejores artistas norteamericanos; todo ello con un objetivo enciclopedista. Al decir de Caballero, la intención era "reunir en un solo libro [...] cuantos datos fuera posible acerca de México, a fin de hacer completo su conocimiento a los que de él inquieren, y revelarle en su totalidad a quienes enteramente le desconocen".[7] El editor jalisciense conocía bien el poder publicitario de este tipo de textos, pues él mismo llegó a integrar el equipo de intelectuales, empresarios y políticos que diseñaban la participación de México en las exposiciones mundiales de finales del siglo XIX. Éstas eran espacios donde los países considerados civilizados definían sus respectivos nacionalismos a partir de la idea de progreso y de modernidad expuesta en productos científicos, artísticos y humanistas.[8]

La idea publicitaria que integró el *Primer Almanaque* condicionó la estructura de la "Revista Histórica" de Altamirano. Por lo mismo, es entendible la ausencia de citas y de un análisis riguroso de los personajes y de la evolución de los episodios narrados (aunque, como se verá, no faltan las excepciones que confirman la regla). Estas características quizá resultan contrarias a la acepción de la palabra "revista", incluida en el título del texto, que refiere la revisión o examen diligente de alguna materia. No obstante, el guerrerense sabía que "revista" tampoco es sinónimo de "tratado", además de que él mismo era un entusiasta de las potencialidades que solían reservar estas ediciones. En un artículo escrito después de la "Revista Histórica", a propósito de la edición de la ingente *Colección de Documentos para la Historia de*

[7] Ignacio Manuel Altamirano y otros, *Primer Almanaque histórico, artístico y monumental de la República mexicana*, publicado por Manuel Caballero, The Chas. M. Green Printing Company, Nueva York, 1883, p. V.

[8] Mauricio Tenorio, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales. 1880-1930*, trad. de Germán Franco, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, pp. 13-28, 246, y 340.

la Independencia de México, de Juan Hernández Dávalos, Altamirano asentó:

> El Supremo Gobierno prestaría, a su vez, un gran servicio a la verdad histórica y a las letras patrias, protegiendo con todo empeño la publicación de estos documentos indispensables para construir el nuevo edificio de nuestra historia [...]. A su ilustración no pueden ocultarse las ventajas que resultarán del conocimiento de datos hasta hoy ocultos, a los que en el país, o bien en el extranjero, hablen de nuestras cosas, especialmente hoy que la paz, el desarrollo material y los intereses vinculados en nuestra prosperidad futura atraen las miradas del mundo exterior hacia nuestra tierra, deseando conocer juntamente con sus instituciones y su estadística, su historia, todo lo que tiene relación con su carácter y su vida social.[9]

A ello, el también novelista agrega, con un tono de quien no descuida la oportunidad de promocionar un producto: "Además, ha comenzado para México la época de la publicidad en mayor escala que antes".[10] Es posible que, al escribir su revista para el *Primer Almanaque*, Altamirano pensara en los mismos términos en que opinaba sobre la obra de Hernández Dávalos. Es decir, asumía plenamente las ventajas publicitarias de su escrito para la proyección progresista de México hacia el extranjero, precisamente en un momento en que el país sentía los vislumbres de una época de estabilidad política y económica nunca antes vista desde 1821. Algo que no era totalmente inusitado en la época. El ambiente político propiciado por el Porfiriato abonó un terreno fértil para la proliferación de estudios e investigaciones científicas e históricas. *México a través de los siglos* y *México: su evolución social* son hijos de la llamada *pax porfiriana*, así como el original manuscrito "Estudio de la Historia" de José María Iglesias y la misma "Revista Histórica" de Altamirano.[11]

[9] Altamirano, *Obras completas*, t. II, p. 329.
[10] *Idem*.
[11] Sobre las obras de Justo Sierra y Vicente Riva Palacio véase: Tenorio, *Artilugio de la nación moderna*, pp. 108-110. Sobre el texto de José María Iglesias, véase su libro ya citado.

No obstante, cabe destacar que la síntesis de Altamirano, además de adelantarse a las obras de Vicente Riva Palacio y de Justo Sierra y de prolongar el esfuerzo iniciado por Manuel Payno con su *Compendio de Historia de México* (1870), encierra una fuerza expresiva y una visión que la vuelve un objeto singular dentro de la historiografía liberal, y cuyas fuentes y razones se encuentran tanto en la literatura como en los procesos político-sociales que erigieron el Estado liberal-republicano en México en la segunda mitad del siglo XIX.

Los caminos del relato

La "Revista Histórica" se divide en tres secciones, cada una de las cuales abarca un periodo cronológico de aproximadamente veinte años. La primera arranca con la consumación de la Independencia, en 1821, y termina en 1853, con el fin de la influencia de Antonio López de Santa Anna en la política nacional. El segundo periodo inicia con la Revolución de Ayutla (1854) y culmina con el triunfo republicano contra la invasión francesa, en 1867. Finalmente, la última parte del relato empieza con la presidencia de Juárez y llega hasta los años del primer gobierno del general Manuel González (1882). Cabe mencionar, como dato relevante, que tal división tripartita del acontecer histórico mexicano decimonónico que Altamirano propuso sigue siendo en su esencia la misma que se maneja tanto en los planes de estudio en la actualidad como en publicaciones históricas de carácter divulgador.[12] Pero estos cortes cronológicos (que se extienden por más de cien páginas, donde la descripción y los juicios morales ganan en espacio al estudio minucioso de los hechos) son más que puntos escritos al azar en la línea del tiempo. Para Altamirano (como para intelectuales, historiadores y educadores contemporáneos y posteriores) estos son los momentos neurálgicos donde

[12] Véase, por ejemplo, Pablo Escalante Gonzalbo *et al.*, *Nueva historia mínima de México ilustrada,* Secretaría de Educación del Distrito Federal-El Colegio de México, México, 2008, pp. 245-335.

se funde el drama de la "historia patria". Aquellos que, por su misma naturaleza crucial, son susceptibles de exposición como episodios de una trama literaria. Y eso lo sabía Altamirano.

Ya en otro momento, Julio Moguel ha señalado —en una pequeña pero sugestiva propuesta— la pericia del liberal guerrerense para usar las destrezas del novelista en los textos propiamente históricos; una argucia que le sirve para enmendar la vestimenta objetiva del "dato duro" con un componente literario "que, al incorporarse íntimamente al tejido de lo escrito, lo enriquece y lo muestra en sus variopintas y multiplicadas formas de presencia [...] histórica".[13] Aunque el huidizo análisis alude a los textos históricos que Altamirano redactó sobre las figuras icónicas de Morelos e Hidalgo, su propuesta también encuentra considerables ejemplos en la "Revista Histórica". Uno de ellos, semejante al ofrecido por Moguel, es de aquellos donde Altamirano gustaba regocijarse: la descripción de la geografía mexicana. En el caso que a continuación se transcribe, el escritor liberal presenta el paisaje nacional como un "edén subvertido" por algún tipo de sino maligno que sobrevino una vez consumada la Independencia en 1821:

> La joven república era dueña ya de su vasto territorio bañado por los dos océanos, enriquecido por dones singulares que la fecundidad del trópico y la formación especial del suelo han producido aquí, como un privilegio de que pocas naciones pueden preciarse. La variadísima flora que reviste sus montañas y sus bajíos, la amenidad de sus valles de oriente y de occidente, la feracidad de las extensas llanuras que forman su meseta central, y hasta las condiciones de vastas praderas del norte para la producción de una ganadería capaz de surtir al mundo, son efectivamente cualidades naturales que caracterizan el suelo mexicano, que sorprenden al viajero tan luego como penetra en nuestro territorio, particularmente si acababa de abandonar climas ingratos, y que con razón hizo pensar a los admirados

[13] Julio Moguel, "Altamirano: novelista-historiador", en Víctor Jiménez y Julio Moguel (coords.), *Portal de Letras. Ejercicios de crítica literaria*, Juan Pablos Editor-Universidad Autónoma de Guerrero, México, 2013, p. 156.

> conquistadores europeos del siglo XVI en las comarcas maravillosas soñadas por la poesía antigua.[14]

Un par de párrafos después, Altamirano sentencia: "¡Qué bello porvenir sonreía a la nación independiente! Jamás pueblo alguno, al conquistar su autonomía, se vio en posesión de tantos dones y de tan seguras esperanzas".[15] A lo cual inmediatamente añade, con un giro literario (esto es, con una propuesta de trama, que le permite enlazar el presente con el pasado y, al mismo tiempo, crear una atmósfera de expectativa, al construir una imagen armónica que se interrumpe violentamente con otra de carácter caótico, para después invitar al lector a conocer las razones de ese cambio): "¿Por qué, pues, [el pueblo mexicano] no presentó desde entonces, es decir, desde 1821, el espectáculo que hoy presenta de un pueblo pacífico y laborioso, consagrándose a todas las tareas del progreso y ofreciendo a las naciones extranjeras, con la riqueza de su suelo, las garantías de la paz y de las instituciones libres?".[16] Desde aquí es posible intuir el tipo de narración que el lector se encontrará, mismo que se puede calificar de "romance", de acuerdo con los tipos de tramas que, de acuerdo con White, los historiadores usan para narrar. Ello porque, desde una panorámica general, Altamirano relata su historia a partir de una estructura literaria clásica, donde, después de momentos adversos, finalmente hay un triunfo "del bien sobre el mal, de la virtud sobre el vicio, de la luz sobre las tinieblas",[17] es decir, en la visión histórica del guerrerense, del triunfo del Partido Liberal sobre el Partido Conservador. Tal idea se puede captar en varios pasajes de la "Revista Histórica". Por ejemplo, al final de la primera sección, el escritor apunta:

[14] Altamirano, *Obras completas*, t. II, pp. 20-21.
[15] *Ibidem,* p. 22.
[16] *Idem.*
[17] White, *Metahistoria*, p. 19.

> Aquí cerramos la primera parte de la historia de México independiente, la primera parte de esa lucha porfiada entre dos elementos que se disputaron el poder de la república y que, como lo hemos dicho, representaban en sus tendencias los dos diversos pensamientos que impulsaron el movimiento de 1810 y 1821: la democracia y la oligarquía.[18]

Como ya se apuntó, Altamirano acomodó su narración al carácter divulgador del *Primer Almanaque*, por lo mismo, en su "Revista Histórica" no despliega el aparato metodológico y crítico que sí usó en otros textos de índole histórica (como en "La medalla de Hernán Cortés", que, por cierto, también se incluyó en el *Primer Almanaque*). Por lo mismo, más allá del maniqueísmo que habita en su "romance histórico" (el cual, no obstante, cuenta con juicios agudos y ponderados sobre varios personajes "maniqueados", como Benito Juárez y el emperador Maximiliano), es posible observar que Altamirano busca articular un relato cuyo poder de evocación siguiera alentando a las nuevas generaciones a modificar la realidad social, ideológica y política de su entorno. Un relato de aquellos que, de acuerdo con Eric Selbin, explican la persistencia de las revoluciones[19] y que es posible analizar en el caso de México y, por supuesto, en la personalidad de Altamirano.

Por ejemplo, más que las ideas anarcosindicalistas de los hermanos Flores Magón y compañía, fueron las concepciones de investidura liberal las que dominaron en la revolución de 1910.[20] En ese sentido, se debe reconocer la capacidad de los liberales de crear en varias décadas un relato de la evolución política de México, en el que los principios del liberalismo (y sus símbolos y sus personajes) fueran identificados e invocados como la misma nación.[21] En tal sentido, la "Revista Histó-

[18] Altamirano, *Obras completas*, t. II, p. 49.

[19] Eric Selbin, *El poder del relato. Revolución, rebelión, resistencia,* Interzona, Buenos Aires, 2012, p. 14.

[20] Alan Knight, *La Revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen*, trad. de Luis Cortés Bargalló, Fondo de Cultura Económica, México, 2011, pp. 80-84, 219-222, 248-250, y 327.

[21] Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, trad. de Purificación Jiménez, Vuelta, México, 1991, p. 15.

rica" de Altamirano forma parte de ese conjunto de relatos armados por los liberales cuya trama dotó a la historia del país de una identidad política y social, pero que, además, sirvieron como un incentivo transformador del devenir, como es posible observar en el caso de Francisco I. Madero y el inicio de la revolución mexicana, o en la misma figura de Venustiano Carranza e incluso en Emiliano Zapata. Sin embargo, el texto de Altamirano contiene otras características extraliterarias que es necesario analizar.

¿Altamirano marxista?

En su texto introductorio a las obras históricas de Altamirano, Moisés Ochoa Campos señala que en la concepción histórica expuesta en la "Revista Histórica" el autor ya se había alejado del liberalismo individual "para encararse a la problemática de un renovado liberalismo social". A lo cual añade líneas más adelante, mientras alude a la coincidencia del año (1883) en que muere Karl Marx y se publica la "Revista Histórica", que Altamirano es "el primer historiador mexicano moderno, imbuido de sentido social y que concibe la lucha de clases como motor de la historia".[22] Aunque sugerente y pionera, la interpretación de Ochoa Campos requiere una revisión que aclare los vínculos entre Altamirano y el marxismo, o más precisamente, que explore la raíz de las concepciones aparentemente marxistas o socialistas que aparecen en su "Revista Histórica".

Por una parte, la interpretación de Ochoa Campos se desprende de un párrafo que el novelista Martín Luis Guzmán apuntó en su propia nota introductoria a la "Revista Histórica", que en 1947 publicó con el título "Historia y política de México (1821-1892)", dentro de la colección *El liberalismo mexicano en pensamiento y en acción*. Dicho párrafo reza:

[22] Altamirano, *Obras completas*, t. II, p. 10.

> No es casualidad que Altamirano, antes que nadie, haya definido la Guerra de Independencia como una *lucha de clases* que fue más allá de los límites que quisieron imponerle sus iniciadores. Tampoco es casual que el mismo Altamirano vea la consumación de Independencia como un episodio de tipo político que no resolvió ningún problema de *carácter social*. No lo es, asimismo, el juicio que formula de la Constitución de 1824, como un documento en que se dan por legítimos los privilegios de *las clases dominantes* y se desconocen los derechos de la nación como un todo.[23]

Por otra parte, Guzmán definía a Altamirano como "uno de los frutos más maduros de *la clase social* que alcanzó con mayor plenitud la conciencia histórica, es decir, de la *clase media letrada*".[24] La retórica de Guzmán, saturada de tipologías sociales, pudo conducir a Ochoa Campos a profundizar en ella y a plantear un argumento más amplio respecto a la visión histórica expuesta por Altamirano en su ensayo. De ahí la implícita relación que establece entre Altamirano y Marx, o la dicotomía que señala entre el liberalismo individualista y el liberalismo social. No menos importante es que Ochoa Campos busque en los artículos periodísticos o en los discursos de Altamirano (donde defiende a "la clase trabajadora"), la prueba de que el escritor indígena es "un puente entre el liberalismo decimonónico y las ideas sociales del siglo XX mexicano, para explicarnos nuestra transición histórica de la revolución liberal de 1857 a la revolución social de 1910".[25]

Si se analiza de cerca, la argumentación de Ochoa Campos es una prueba de que el liberalismo articuló una dúctil y persuasiva narración del devenir nacional, que terminó por alimentar el programa político de la revolución de 1910, y gracias a la cual siguió gozando de legitimidad. Ello porque el historiador asume, sin ninguna duda, que el liberalismo decimonónico y la revolución mexicana comparten una continuidad

[23] Ignacio M. Altamirano, *Historia y política de México (1821-1882)*, prólogo de Martín Luis Guzmán, Empresas Editoriales, México, 1947, p. 9.
[24] *Ibidem*, p. 10.
[25] Altamirano, *Obras completas*, t. II, p. 10.

histórica en el tiempo gracias a la figura de Altamirano. Ello se puede interpretar como uno de los tantos intentos de intelectuales del siglo XX por enlazar ambos movimientos históricos mediante un personaje liberal (por ejemplo, Agustín Yáñez lo llevó a cabo con Justo Sierra; Salvador Azuela y Mauricio Magdaleno, con José María Luis Mora).[26] Sin embargo, cabe señalar que Ochoa Campos también esgrime, de nuevo tácitamente, el acercamiento de Altamirano a la problemática social a través de la lucha obrera de corte marxista o magonista. Idea que merece un detenido comentario.

En varios pasajes del primer apartado de su "Revista Histórica", Altamirano expone una interpretación clasista de la historia de México. Uno de estos discierne sobre los individuos que en un inicio engrosaron el movimiento de independencia:

> Los primeros caudillos habían nacido en el seno de esas castas mestizas que los españoles llamaban con desdén *criollas* para distinguirlas de los habitantes de la colonia de origen español, y aun de una cierta clase aristocrática formada aquí después de la conquista y que había adquirido altos fueros y privilegios y aun títulos de nobleza, sea a causa de sus riquezas territoriales o mineras, sea por enlaces contraídos en España o por el simple favoritismo.[27]

A lo cual agrega:

> Las personas pertenecientes a esta última clase que se hallaban diseminadas en las provincias de la Nueva España, pero que en su mayor parte residían en la capital del virreinato y que formaban una especie de aristocracia colonial, apenas eran consideradas como criollas, pues sus intereses, sus hábitos y sus aspiraciones las unían estrechamente a los dominadores.[28]

[26] Agustín Yáñez, "Justo Sierra y la Revolución", en *Conciencia de la Revolución* (preámbulo de Enrique Martínez Ulloa), Editorial Justicia Social, México, 1964, p. 27; Mauricio Magdaleno y Salvador Azuela, *La idea liberal de Mora*, Seminario de Cultura Mexicana, México, 1963.

[27] Altamirano, *Obras completas*, t. II, p. 23.

[28] *Idem*.

Al contrario de la opinión de Ochoa Campos, la visión histórica que se desprende de estas línea es más afín a la perspectiva de otros liberales públicos (como Mariano Otero, Lorenzo de Zavala e Ignacio Ramírez) que a la lucha de clases propuesta por Marx en su *Manifiesto comunista*. Es decir, el que robusteciera su visión con aspectos sociales para presentar una idea de la historia de México, no significa que Altamirano viera en aquellos y en las relaciones de propiedad la problemática cardinal de la situación mexicana; algo que sí llevó a cabo el primer pensamiento socialista mexicano, con figuras como Nicolás Pizarro y Plotino Rhodakanaty.[29] De hecho, a lo largo del texto es posible observar que Altamirano ve en la falta de instrucción pública el mayor de los problemas del país. No obstante, cabe preguntarse cuáles fueron por lo tanto las referencias de donde partió para presentar una interpretación clasista de la historia de México, en donde florecen intermitentemente opiniones sobre la propiedad. Ello se tratará de responder a continuación. Sin embargo, anticipando la conclusión, se dirá que para ello Altamirano se inspiró menos en los libros o en la teoría social de socialistas, comunistas o liberales que en la praxis de un liberalismo popular.

La narrativa de un Estado-nación

Además de animador de la vida cultural en México y de ser un consumado literato y periodista,[30] Altamirano se enroló en una dinámica política y social que los liberales de su generación se vieron en la necesidad de concretar: conformar un ejército capaz de hacer frente al Partido Conservador. Debido a que en la mayoría de las ocasiones éste contó con la alianza del ejército federal (que gozaba del fuero militar de herencia colonial), los liberales de mediados del siglo XIX (como más

[29] Carlos Illades, *Las otras ideas. El primer socialismo en México 1850-1935*, Era, México, 2008, pp. 301-302.

[30] Véanse al respecto los demás artículos que conforman el presente libro.

tarde los revolucionarios de 1910 y 1913) buscaron apoyo popular tanto en las masas campesinas como en caudillos de provincia;[31] un rasgo que trastocó trascendentalmente el proceso de construcción del Estado en México. Como participante en esta dinámica, Altamirano la imprimió casi con naturalidad en la perspectiva que exhibió en su "Revista Histórica".

Por una parte, es posible argumentar que en su texto el guerrerense usa giros y formas narrativas extraídas de la literatura romántica para detallar sucesos y explicar el curso general de los acontecimientos. Además de los ejemplos ya citados, en su escrito también existen constantes alusiones "al pueblo", en líneas como "Los pueblos estaban inquietos y fatigados de la guerra civil, entristecidos por los efectos de la invasión americana, deseosos de libertad y reposo",[32] o "en el movimiento de 1810, el pueblo no contó con estas castas privilegiadas [lo que el autor llamaba aristocracia colonial]".[33] Aunque ese "pueblo" puede asemejarse en su forma y carácter al proyectado por la literatura romántica mexicana, al presentarlo como "un actor político central" dentro de "una historia patria" o como parte de "una épica histórica" que buscaba provocar "sentimientos (idealmente nobles y patrióticos) en el público lector",[34] en el caso específico de Altamirano tal actor es más que un efecto retórico.

El guerrerense participó activamente en las fuerzas militares organizadas por los liberales. En 1860 ingresó al ejército, con el grado de coronel, para combatir los remanentes del Partido Conservador y durante la invasión francesa fue comisionado para formar guerrillas y encabezar varios contingentes de caballería.[35] Esta práctica, de sumar masas cam-

[31] Alan Knight, "El liberalismo mexicano desde la Reforma hasta la Revolución: una interpretación", *Historia mexicana*, vol. 35, no. 1, julio-septiembre 1985, pp. 69-71.

[32] Altamirano, *Obras completas*, t. II, p. 51.

[33] *Ibidem*, p. 25.

[34] Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, Conaculta, México, 2005, pp. 88-89.

[35] Ignacio Manuel Altamirano, *Para leer la patria diamantina. Una antología general*, selección y estudio preliminar de Edith Negrín, ensayos críticos de Manuel

pesinas y civiles a la causa del Estado republicano, distinguió a los liberales mexicanos de sus pares en Latinoamérica.[36] Al igual que la Revolución mexicana, la guerra de Reforma y la intervención francesa provocaron reacciones políticas verdaderamente populares.[37] A propósito, los historiadores han citado las siguientes palabras de Justo Sierra para ejemplificar dicho fenómeno: la Reforma sacudió "conciencias, hogares, ciudades y campos".[38] No menos convencido se mostraba Altamirano del mismo caso, cuando en su "Revista Histórica" afirma que en pocas ocasiones (como en la guerra de Reforma) el país había "sufrido una agitación tan profunda y general". A lo cual añadía: "Fueron conmovidos por ella hasta los pueblos más apartados, hasta aquellos que habían permanecido indiferentes en las luchas civiles de otros tiempos".[39]

Más allá de esta generalización, Altamirano evoca en su escrito la importancia del fenómeno; él, quien a fin de cuentas debió virar de civil a militar, apuntó lo siguiente al recordar la revolución de Ayutla de 1854: "era preciso buscar soldados a la revolución en el seno de las masas populares, y por primera vez después de 1810 iba a darse el caso de armar al pueblo para ponerlo enfrente de tropas numerosas, disciplinadas y educadas en el servicio militar".[40] A esto sumaba otro comentario: "el elemento civil se hizo soldado y los nuevos caudillos que apoyaron la revolución fueron hombres del pueblo consagrados antes a faenas muy diversas de la profesión de las armas".[41] Por lo tanto,

---

Sol, Rafael Olea Franco y Luzelena Gutiérrez de Velasco, cronología de Nicole Giron, Fondo de Cultura Económica-Fundación para las Letras Mexicanas-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2006, pp. 30, 33. Sobre la caballería dirigida por el guerrerense, véase: Ignacio Manuel Altamirano, *Epistolario (1850-1889)*, edición, prólogo y notas de Jesús Otelo Inclán, t. I, Conaculta, México, 1992, pp. 185-190.

[36] Knight, "El liberalismo", p. 65.

[37] *Idem.*

[38] *Ibidem*, p. 56.

[39] Altamirano, *Obras completas*, t. II, p. 68.

[40] *Ibidem*, p. 65.

[41] *Idem*.

es posible argumentar que las alusiones al pueblo o al elemento popular que Altamirano apuntó en su "Revista Histórica" no son un simple pueblo abstracto y romántico, cuyo movimiento reposaba pasivamente en un lienzo histórico donde lo guía la libertad, sino masas de carne y hueso, venidas de diversos localidades y poblados del territorio, cuya participación negociada en la brega político-militar determinó en gran medida la estructuración y evolución del Estado mexicano. En esencia, en el romanticismo de la "Revista Histórica" de Altamirano no existe una severa disociación semántica entre la noción de pueblo y el pueblo concreto, que, por lo contrario, sí es apreciable en literatos como Jules Michelet o Víctor Hugo.[42]

La reflexión de Altamirano sobre la participación popular a favor de la causa liberal permite explicar en parte el origen de sus breves alusiones a las relaciones de propiedad. En algún momento de su "Revista Histórica", el guerrerense señala que, más que el gobierno español, las clases privilegiadas (es decir, la aristocracia colonial):

> [...] eran las que habían despojado al indigenato de sus tierras; eran ellas las que habían mantenido *las encomiendas*, los *tributos*, los *repartimientos*; eran ellas las que habían tenido interés en apartar a la raza indígena de los goces de la civilización; eran ellas las que oprimían a las clases mestizas y pobres.[43]

Aunque sea aventurado asegurarlo (porque falta una indagación más detallada), es posible sugerir que las diferencias de clase y el conflicto de propiedad que Altamirano plasmó en su historia no son resultado de alguna teoría social emanada del pensamiento socialista o únicamente por su condición indígena, sino más precisamente por su participación en algunos de los ejércitos populares que los liberales improvisaron. Se sabe que, como coronel del ejército del sur que estaba al mando del general Vicente Jiménez, Altamirano tomó parte en

[42] Illades, *Nación, sociedad y utopía,* pp. 87-88.
[43] Altamirano, *Obras completas*, t. II, p. 27.

las batallas de Querétaro que dieron por terminado el Segundo Imperio encabezado por Maximiliano, en 1867.[44] En estas batallas Altamirano pudo conocer al general Juan N. Méndez, quien en aquellos momentos dirigía la división de Hidalgo del ejército republicano. Méndez es un caso representativo de cómo los elementos populares negociaron tanto su incorporación al ejército liberal como la hegemonía del Estado republicano.

Desde finales de la década de 1850, durante la expedición de las leyes agrarias liberales, el entonces comandante de la guardia nacional, Juan N. Méndez, había estado defendiendo en la Sierra de Puebla el derecho de las comunidades totonacas de Temampulco y Tuzamapan frente a sus vecinos blancos por la adjudicación de tierras municipales de Teziutlán-Tenampulco.[45] En su discurso, Méndez evocaba el espíritu de la ley agraria expedida por Miguel Lerdo de Tejada de 1856, con lo cual legitimaba las actividades de autodefensa de los indígenas contra los vecinos blancos que querían adjudicarse las tierras municipales (aunque también se sabe que los apoyó con armamento). Años más tarde, en 1867, cuando Méndez asumió el gobierno provisional del estado de Puebla, el ahora general alentó interpretaciones más populistas de los derechos de propiedad contenidos en las leyes agrarias. Nombró al general nahua Juan Francisco Luca como encargado de supervisar la adjudicación de tierras comunales. De acuerdo con Florencia Mallón, las comunidades de la Sierra de Puebla respondieron reclamando su derecho a la tierra con base en discursos regionales confeccionados durante la guerra civil y la intervención francesa. Es decir, las comunidades vincularon su derecho a la tierra con su valentía y sus contribuciones a la causa de la república, formando con ello una negociación hegemónica entre ellas y el Estado.[46]

[44] *Ibidem*, p. 89; Altamirano, *Para leer la patria diamantina*, p. 32.

[45] Florencia E. Mallón, "Reflexiones sobre las ruinas: formas cotidianas de formación del Estado en el México decimonónico", en Gilbert M. Joseph y Daniel Nuget (comps.), *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, trad. de Rafael Vargas, Paloma Villegas y Ramón Vera, Era, México, 2002, p. 111.

[46] Mallón, "Reflexiones sobre las ruinas", p. 114.

¿Es posible que, como coronel republicano, Altamirano conociera las historias de luchas agrarias que corrían de voz en voz entre los indígenas y mestizos de la sierra de Puebla que engrosaban las fuerzas del general Méndez? Por una parte, se debe apuntar que Altamirano pudo experimentar un proceso social semejante al de Méndez en el momento en que encabezaba y organizaba guerrillas en el estado de Guerrero. No obstante, a pesar de la falta de datos para corroborar tal aseveración, es dable proponer que el escritor conocía relativamente bien la situación de la Sierra de Puebla, ya que en 1881 publicó un artículo periodístico donde elogiaba un discurso que Méndez, ahora gobernador constitucional de Puebla, envió a la legislatura de su estado. Altamirano se refería al discurso en términos como: "un juicio sano resultado de una larga experiencia, un conocimiento profundo de las necesidades de la localidad y un deseo sincero de procurar el bien en todos sentidos".[47] Por lo tanto, que el novelista conociera bien la obra social de Méndez y que él mismo haya organizado fuerzas populares para la causa republicana lo volvía alguna suerte de vocero indirecto de las masas indígenas campesinas que aparecen en su "Revista Histórica", ya que, por una parte, estaba al tanto de sus problemas agrarios y, por otra, porque existía cierta empatía social e ideológica entre ambos, aunque no determinante: por el origen indígena y por la condición "republicana".

De ahí también que sus alusiones al "pueblo" no sean únicamente un artilugio retórico, sino la expresión subjetiva de un fenómeno histórico bien definido: la articulación del Estado liberal mexicano a través de la incorporación negociada de las comunidades campesinas a la causa republicana. Sin embargo, no se debe dejar sin conclusión la otra problemática planteada: fue mediante su radical experiencia miliciana que Altamirano asimiló la importancia de las diferencias de clases y del conflicto de la propiedad en la historia de México, y no precisamente por lecturas socialistas, marxistas o siquiera liberales.

[47] Ignacio Manuel Altamirano, *Periodismo político*, edición, prólogo y notas de Carlos Román Célis, t. I, Conaculta, México, 1989, p. 286.

Si bien las afirmaciones que Altamirano apuntó en su "Revista Histórica" en torno a la participación de las masas campesinas en la lucha republicana son resultado del conocimiento de ese proceso (al que se puede calificar de "liberalismo popular"), al guerrerense se le puede describir mejor como una figura del "liberalismo constitucional", debido a su defensa del orden legal republicano.[48] Ello se muestra sobre todo en sus constantes críticas a la personalidad de Benito Juárez, a quien admiraba por su liderazgo sin permitir que éste lo cegara, al punto de que lo responsabilizó tanto de introducir prácticas antidemocráticas durante su gobierno como de la división que condujo al partido liberal hacia nuevas guerras civiles.[49] El también novelista remata su juicio sobre Juárez con las siguientes palabras: "Tal es [...] el carácter de este varón ilustre, de quien, repetimos, no puede formarse todavía un juicio absolutamente sereno e imparcial. La historia debe estudiarlo detalladamente y juzgarlo con relación a su tiempo".[50] Por este tipo de razonamientos y actitudes, al escritor indígena se le puede considerar un buen ejemplo del liberalismo como una ideología viva y en constante cambio en México, ya que en su quehacer se funden tres tipos de liberalismo: el popular, el constitucional y, como se verá, el desarrollista.[51]

Conclusión

Altamirano redactó su "Revista Histórica" a finales de 1882, es decir, a medio camino del gobierno de Manuel González (1880-1884), que sucedió al primero de los mandatos del general Porfirio Díaz (1876-1880). El liberal guerrerense se mostraba de tal forma confiado en el progreso que auguraba el nuevo estado de cosas, que unas líneas antes de terminar su largo texto apuntó una variable del famoso adagio por-

[48] Knight, "El liberalismo mexicano", p. 61.
[49] Altamirano, *Obras completas*, t. II, p. 112.
[50] *Ibidem*, p. 115.
[51] Knight, "El liberalismo mexicano", p. 63.

firista: "los acontecimientos políticos durante el gobierno del general González han sido muy pocos, y los del orden administrativo los más numerosos".[52] De acuerdo con varios autores, con el tiempo Altamirano se mostró decepcionado del cesarismo de Díaz y poco a poco se volvió un elemento incómodo para el régimen.[53] Ello se afirma no obstante que en las postrimerías de su vida apoyó una reelección del presidente oaxaqueño.[54]

Independientemente de ello, Altamirano logró exponer en su "Revista Histórica" una vigorosa visión del acontecer histórico mexicano desde la Independencia hasta la llegada de Porfirio Díaz al poder; específicamente de los acontecimientos políticos que terminaron por moldear y consolidar el Estado en México (en una primera etapa). Una visión inusitada, escrita a la sombra de la publicidad a gran escala del *Primer Almanaque* y nutrida con la pericia narrativa de su autor, pero sobre todo concebida desde su experiencia como actor en la historia que cuenta. Una cualidad que le permitió ensayar en su descripción histórica con opiniones sobre el antagonismo de clase en la historia de México y, como un agregado de ello, en torno a la problemática de la propiedad comunal. De ahí que (como algunos narradores para la Revolución mexicana) su perspectiva alcance en ciertos pasajes una expresión susceptible de servir como materia empírica al investigador de la historia sociopolítica de México durante el siglo XIX.

Bibliografía

Altamirano, Ignacio Manuel, *Epistolario (1850-1889)*, edición, prólogo y notas de Jesús Otelo Inclán, t. I, Conaculta, México, 1992.

_____, *Historia y política de México (1821-1882)*, prólogo de Martín Luis Guzmán, Empresas Editoriales, México, 1947.

[52] Altamirano, *Obras completas*, t. II, p. 131.
[53] Altamirano, *Para leer la patria diamantina*, p. 50.
[54] *Ibidem*, p. 52.

_____, *Morelos y otras historias*, Juan Pablos Editor-Universidad Autónoma de Guerrero-Gobierno del Estado de Morelos-Ayuntamiento de Morelia-Ayuntamiento de Acapulco-Congreso del Estado de Michoacán-Congreso del Estado de Guerrero, México, 2013.

_____, *Obras completas. Obras Históricas*, edición, prólogo y notas de Moisés Ochoa Campos, t. II, Conaculta-Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, México, 2011.

_____, *Para leer la patria diamantina. Una antología general*, selección y estudio preliminar de Edith Negrín, ensayos críticos de Manuel Sol, Rafael Olea Franco y Luzelena Gutiérrez de Velasco, cronología de Nicole Giron, Fondo de Cultura Económica-Fundación para las Letras Mexicanas-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2006.

_____, *Periodismo político*, edición, prólogo y notas de Carlos Román Célis, t. I, Conaculta, México, 1989.

Bonilla, Laura Edith, "Manuel Caballero: un periodista moderno en el siglo XIX", pp. 95-121, documento disponible en: <http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/5/2289/9.pdf> [fecha de consulta: 8 de marzo de 2014].

Escalante Gonzalbo, Pablo *et al.*, *Nueva historia mínima de México ilustrada,* Secretaría de Educación del Distrito Federal-El Colegio de México, México, 2008.

Hale, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, trad. de Purificación Jiménez, Vuelta, México, 1991.

Iglesias, José María, *El estudio de la historia*, coordinación de Antonia Pi-Suñer Llorens, Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica, 2003.

Illades, Carlos, *Las otras ideas. El primer socialismo en México 1850-1935*, Era, México, 2008.

_____, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, Conaculta, México, 2005.

Knight, Alan, "El liberalismo mexicano desde la Reforma hasta la Revolución: una interpretación", *Historia Mexicana*, vol. 35, no. 1, julio-septiembre 1985, pp. 59-91.

_____, *La Revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen*, trad. de Luis Cortés Bargalló, Fondo de Cultura Económica, México, 2011.

Magdaleno, Mauricio, y Salvador Azuela, *La idea liberal de Mora*, Seminario de Cultura Mexicana, México, 1963.

Mallón, Florencia E., "Reflexiones sobre las ruinas: formas cotidianas de formación del Estado en el México decimonónico", en Gilbert M. Joseph y Daniel Nuget (comps.), *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, trad. de Rafael Vargas, Paloma Villegas y Ramón Vera, Era, México, 2002.

Moguel, Julio, "Altamirano: novelista-historiador", en Víctor Jiménez y Julio Moguel (coords.), *Portal de Letras. Ejercicios de crítica literaria*, Juan Pablos Editor-Universidad Autónoma de Guerrero, México, 2013, pp. 155-157.

Primer Almanaque histórico, artístico y monumental de la República mexicana, publicado por Manuel Caballero, The Chas. M. Green Company, Nueva York, 1883. Documento disponible en: <http://cdigi tal.dgb.uanl.mx/la/1020133931/1020133931.html> [fecha de consulta: 8 de marzo de 2014].

Selbin, Eric, *El poder del relato. Revolución, rebelión, resistencia,* trad. de Alejandro Droznes, Interzona, Buenos Aires, 2012.

Tenorio, Mauricio, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales. 1880-1930*, trad. de Germán Franco, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.

White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrangelo, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

Yáñez, Agustín, *Conciencia de la Revolución*, preámbulo de Enrique Martínez Ulloa, Editorial Justicia Social, México, 1964.

Altamirano historiador
Los escritos sobre José María Morelos

Julio Moguel

I

Cerrado el ciclo de las guerras de Reforma y de la lucha contra la intervención francesa, en 1867-68, hay pocas cosas que animen tanto a Ignacio Manuel Altamirano como las acciones dirigidas a la rememoración de los héroes. Por eso festeja con ostensible alegría que Vicente Riva Palacio, "[…] siendo gobernador del Estado de México, hubiera dado [ya] el primer ejemplo de su admiración por nuestros grandes hombres, erigiendo una estatua al inmortal Hidalgo", preparando "igual apoteosis para el gran Morelos" y "aprobando la idea de tributar igual honor al héroe del sur [Vicente Guerrero]".[1]

El ánimo de Altamirano es expansivo y sus cálculos desbordan de optimismo. En el futuro, piensa el héroe del Cimatario, se embellecerán "nuestras ciudades con monumentos gloriosos", lo que permitirá que "los extranjeros que nos visiten [sepan] por fin que en este pueblo calumniado y desconocido hay grandes virtudes, y hay una sobre todo que hace a las naciones dignas de ser soberanas: la gratitud hacia sus varones eminentes".[2] En el programa relativo a las acciones conmemorativas, en esos tiempos de tan significativos triunfos liberales, cabe proponer, sin dilaciones, la creación de un verdadero santuario de los

[1] Ignacio Manuel Altamirano, "Recuerdos de la semana", *La Vida en México*, 14 de noviembre de 1868, en IMA, *Obras completas*, VII, *Crónicas*, t. I, Secretaría de Educación Pública-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, México, 2011, p. 171.

[2] *Ibidem*, p. 171.

héroes con un panteón que concentre los cuerpos de los hombres ilustres de México.

Pero las cosas no marchan en el sentido en que el optimismo desbordante del tixtleco lo proyecta: en 1883, quince años después de aquella resonante valoración positiva en torno a la elevación de monumentos dirigida a la conmemoración de los héroes, Altamirano se tiene que conformar con expresar su regocijo por la aparición de un decreto del gobierno del estado de Morelos encaminado a incorporar la efigie del cura de Carácuaro en el sello del estado,[3] mas en un tono en que priva cierta frustración dado que en la ciudad de México

> […] nos contentamos con poseer la estatua ecuestre de Carlos IV, muy hermosa como obra de arte, pero que nada dice al corazón de los mexicanos […]. Tenemos también la estatua de Colón, regalada a la ciudad de México por un extranjero, y que representa a un hombre de genio, pero que no es el padre de la patria […]. Tenemos una pobre estatua de Morelos, medio oculta entre los arbolillos de una plazuela abandonada, y aun ésta, obra de un extranjero, fue mandada a hacer por otro extranjero, por Maximiliano. Sólo la estatua de Guerrero que está en la plazuela de San Fernando fue elevada allí por el ayuntamiento, gracias, tal vez, a que lo presidía entonces el hijo político del héroe.[4] Y sólo la estatua de Cuauh-

[3] Ignacio Manuel Altamirano, "Un decreto patriótico del gobierno de Morelos y el culto a los héroes", *La República*, 18 de noviembre de 1883. Se celebra en dicho año el CXVIII aniversario del nacimiento del patriota independentista.

[4] En el momento en que se entera que se erigirá la estatua de Guerrero, Altamirano se regocija y escribe: "[…] no podemos menos que aplaudir y con entusiasmo la gran idea que ha tenido el Ayuntamiento de México, de erigir una estatua al inmortal Guerrero, que se deberá colocar en la plaza de San Fernando […]. Hace tiempo que la nación agradecida debiera haber consagrado a la memoria de este grande y sublime hombre, de este padre de la libertad mexicana, no una estatua, sino un templo. Para los hombres como Guerrero, una estatua es poco. Los pueblos antiguos colocaban a sus héroes entre los dioses […], porque el agradecimiento del pueblo no encontraba otra manera mejor de recompensar los grandes sacrificios hechos para su bien por los varones eminentes […]. Y ciertamente; si para el hombre de virtudes vulgares y de poca trascendencia en el mundo, hay siempre un panegírico, un sepulcro suntuoso, un retrato que las artes popularizan, o un

> temotzin, el último jefe de la antigua México, y heroico defensor de la ciudad contra los conquistadores, ha sido mandada erigir por el gobierno federal […]. La estatua de Hidalgo, del verdadero autor de nuestra independencia, no se hace todavía, y aunque fue decretada, el decreto ha quedado sin ejecución, como quedó también el que determinó la construcción del monumento que debió haberse elevado en la plaza principal y del cual no se construyó, por fin, más que el zócalo […].[5]

Veinticuatro años después de esta formulación de Altamirano sobre el tema conmemorativo es la voz de Ramón López Velarde la que se suma al coro de las frustraciones, pues pasa

> […] nuestro pueblo […] ante los bustos escogiéndose de hombros, con la indiferencia del que lee una página que no entiende o con el escepticismo del que escucha con oídos de profano una partitura clásica […] Desconsoladora verdad es ésta".[6]

Entre la primera visión optimista de Ignacio Manuel Altamirano (en 1867-68) y la decepcionada mirada de nuestro gran poeta zacatecano (en 1907) han transcurrido cuatro décadas, tres de las cuales prác-

---

busto que los deudos a los amigos colocan sobre una tumba: ¿qué se guarda para el mártir de la libertad, para el padre de un pueblo, para aquel varón esforzado que logra, merced a sus radas virtudes, dar cima a trabajos dignos de la Divinidad. Sólo un altar es digno de premiar tamaña grandeza" (Ignacio Manuel Altamirano, "Recuerdos de la semana", *Obras Completas*, t. VII, pp. 153-154).

[5] Ignacio Manuel Altamirano, *Obras Completas t. II. Obras históricas*, *op. cit*., pp. 319-320. Para información del lector, y para ubicar el ciclo que, en el corte de 1883, va marcando la ruta cronológica de la edificación de los monumentos históricos a los que se refiere Altamirano, conviene hacer notar que la estatua ecuestre de Carlos IV –"El caballito"– fue puesta en pie en el Paseo de la Reforma en 1852, la de Colón fue obsequiada a la ciudad por Antonio Escandón en 1877, la escultura de Cuauhtémoc fue iniciada en 1878. La Columna de la Independencia (el "Ángel de la Independencia") fue inaugurada por Porfirio Díaz hasta el mes de septiembre de 1910.

[6] Ramón López Velarde, "Los Bustos", en Ramón López Velarde, *Crónicas literarias*, selección y prólogo de Juan Domingo Argüelles, Editorial Océano, México, 2011, p. 43.

ticamente integran el arco temporal del porfiriato. En este largo plazo, podríamos decir, se ha dado un demoledor proceso de resignificación de la vida y obra de los hombres y mujeres insignes de la patria. Si las exigencias de la modernidad en la que se ve envuelto el porfiriato se resumen en el lema de "Orden y Progreso", cabe entonces, con respecto a los héroes, dejarlos que descansen sin mayores contratiempos en sus tumbas. Surge entonces, contra las convicciones y afanes de un Ignacio Manuel Altamirano o de un Ramón López Velarde, la historia adormecedora, la conmemoración petrificadora, la desanimación de los héroes. Acaso la tristeza de Altamirano en su exilio europeo algo tenga que ver con esta historia de infamias y desatinos.

II

Pero regresemos a 1883 para ver cómo es que Altamirano se ubica en "la lucha que aún hay que dar" en el terreno escabroso de la rememoración de los héroes. Los significados de esa lucha quedan claramente delineados en su artículo citado del 18 de noviembre, donde deja establecido que la Independencia y sus héroes principales tienen, 73 años después del grito de Dolores, pocos referentes significativos de rememoración.

Altamirano lanza con esta perspectiva de valoración una crítica seria a los gobiernos liberales, en una especie de regaño que es sin duda, al mismo tiempo, una invitación para atender esa específica parte de la *guerra*. Habría, en su idea, que esforzarse por cubrir un nuevo ciclo rememorativo, con estatuas, monumentos y lo que se ocurriera en realidad para fijar en calles principales y secundarias la figura de los grandes héroes independentistas, para que las generaciones presentes y futuras se enseñaran a "estimar los beneficios de la independencia y las excelencias de la patria".

Pero sabe Altamirano que el bronce o la piedra son apenas el soporte material de una idea que hay que ganar, conquistar, establecer dentro del marco de una lucha que se juega también –y quizás fundamental-

mente– por otros medios. Por ello es que en ese año de 1883 se enfrasca en una intensa labor historiográfica, con resultados no menores en el campo historiográfico de la época. Dicha labor había tenido sus primeros productos en septiembre de 1880,[7] con la publicación en *La República* de su "Morelos en Zacatula",[8] pero se extiende con prolijidad entre 1882 y 1887, con la publicación de "El 16 de septiembre";[9] "Morelos en El Veladero (*El Paso a la Eternidad*)";[10] la "Revista Histórica y Política (1821-1882)";[11] "16 de septiembre";[12] la "*Colección de Documentos para la Historia de la Independencia de México,* desde 1808 a 1821, por Juan Hernández Dávalos";[13] la "Biografía de Don Miguel Hidalgo y Costilla, primer caudillo de la independencia",[14] "Morelos en Tixtla",[15] "Las fiestas nacionales",[16] "El 16 de septiembre".[17]

[7] Ya en años anteriores había trabajado intensamente para defender y fijar una línea conmemorativa digna y justa sobre las glorias, héroes y vicisitudes de la guerra de Independencia, particularmente a través de artículos periodísticos y de intervenciones celebratorias como orador.

[8] Ignacio Manuel Altamirano, "Morelos en Zacatula", *La República*, 12 y 15 de septiembre de 1880.

[9] Ignacio Manuel Altamirano, "El 16 de septiembre", *El Diario del Hogar*, 16 de septiembre de 1882.

[10] Ignacio Manuel Altamirano, "Morelos en el Veladero (*El Paso a la Eternidad*)", *La República*, septiembre-octubre de 1883; también fue publicado en *La Libertad*, entre el 16 y el 19 de septiembre de 1884.

[11] Ignacio Manuel Altamirano, "Revista Histórica y Política (1821-1882)", aparecida en Manuel Carballo, *Primer almanaque histórico, artístico y monumental de la República Mexicana*, Nueva York, 1883.

[12] Ignacio Manuel Altamirano, "16 de septiembre", *La República*, 16 de septiembre de 1883.

[13] Ignacio Manuel Altamirano, "*Colección de documentos para la historia de la Independencia de México,* desde 1808 a 1821, por Juan Hernández Dávalos", *La República*, 9 de marzo de 1884.

[14] Ignacio Manuel Altamirano, "Biografía de Don Miguel Hidalgo y Costilla, primer caudillo de la independencia", Conferencia en el Liceo Hidalgo en 1884.

[15] Ignacio Manuel Altamirano, "Morelos en Tixtla", *Liceo Mexicano*, el 15 de noviembre, y los días 1 y 15 de diciembre de 1886.

[16] Ignacio Manuel Altamirano, "Las fiestas nacionales", *La Gaceta de México*, 15 de septiembre de 1884.

[17] Ignacio Manuel Altamirano, "El 16 de septiembre", *El Liceo Mexicano*, 15 de septiembre de 1887. Otros textos históricos de Altamirano en el periodo: "Los

> Ha comenzado en México –dice Altamirano en 1884– la época de la reconstrucción histórica, la época de la publicidad en mayor escala que antes. En el extranjero se escriben libros acerca de nuestros sucesos y se hace preciso confirmarlos o rectificarlos con nuestros documentos fehacientes, a fin de que no corran sin justificación o sin contradicción […]. Por este defecto se han abrigado durante muchos años, en el extranjero, opiniones erróneas o exageradas acerca de nuestros sucesos históricos.[18]

La tarea es más colosal aún porque existen plumas muy activas que trabajan afanosamente por desacreditar a los héroes independentistas y distorsionar los hechos básicos de aquella gesta; pero Altamirano piensa que existen "ahora" –en 1883-1884– elementos suficientemente claros y objetivos para marcar pautas decisivas de reivindicación y para escriturar las líneas de una historia de acontecimientos capaz de sostenerse en el largo plazo sin peligros de naufragio. Un elemento aparece entonces como fundamental: la labor de Juan Hernández Dávalos, "recientemente" coronada en éxitos de publicación y de reconocimiento, al agrupar y publicar "tantos y tan valiosos documentos inéditos o sumamente raros, y casi todos desconocidos antes", en la *Colección de documentos para la historia de la Independencia de México.*[19] La labor de Dávalos es tan encomiable que marca, en la consideración de Altamirano, un antes y un después para las posibilidades de *hacer* historia verdadera sobre la independencia nacional:

---

mártires de Tacubaya (Recuerdo histórico)", *La República*, 11 de abril de 1880; "El 27 de abril en Querétaro (Recuerdo histórico)" –segunda parte, *La República*, 30 de abril de 1880; "Los mártires de Uruapan", *La República*, 21 de octubre de 1880; "El general González Ortega", *La República*, 4 de marzo de 1881; "La heroica Zitácuaro", *El Diario del Hogar*, 16 de septiembre de 1882; "El 16 de septiembre", *El Diario del Hogar*, 16 de septiembre de 1882; "16 de septiembre", *La República*, 16 de septiembre de 1883; "Un decreto patriótico del gobierno de Morelos y el culto a los héroes", *La República*, 18 de noviembre de 1883; "Las fiestas patrias", *La Gaceta de México*, 15 de septiembre de 1884.

[18] Ignacio Manuel Altamirano, "*Colección de Documentos para la Historia…*", *op. cit*., en *Obras históricas*, II de las *Obras completas,* t. II, *op. cit.,* p. 329.

[19] "*Colección de documentos para la historia…*", *op. cit*. El primer tomo de *La Colección…*, de Dávalos, había sido publicado en 1877.

> El servicio que el señor Hernández Dávalos ha prestado a la historia patria, coleccionando y publicando tantos y tan valiosos documentos inéditos y sumamente raros, y casi todos desconocidos antes, es de una importancia tan obvia, que se hace inútil demostrarla [...]. Cuando no se publicaban todavía los seis grandes volúmenes que han salido a la luz de esta preciosa *Colección* los grandes sucesos de la independencia no eran conocidos generalmente, sino por los libros que con carácter histórico se han publicado en diversas épocas [...]. Pero tales libros, sea por la pasión que animaba a sus autores al escribirlos, sea porque éstos no contaron con los datos suficientes para justificar sus relatos, o bien porque los ocultaron adrede, contienen numerosos vacíos, aseveraciones infundadas y apreciaciones injustas que el tiempo y el hallazgo de nuevos documentos se han encargado de rectificar [...]. El hecho es que la opinión pública ha acabado por establecer, como una verdad, cada vez más confirmada, la de que la historia de México desde la independencia hasta nuestros tiempos no está escrita todavía.[20]

La relevancia de los documentos presentados por Dávalos en su *Colección de documentos...* para la reconstrucción de algunos de los hechos decisivos de la Independencia puede ser aquilatada en todo lo que vale si se sabe, por ejemplo, que en ella se presentaba por primera vez "la causa" del procesamiento del cura Hidalgo en 1811, dejando absolutamente claro a partir de ese momento que "el Padre de la Patria" se había conducido con "noble entereza" y "majestuosa dignidad" ante sus enemigos, "a pesar de la fuerza con que lo oprimían y del cadalso que de antemano sabía que los esperaba."[21]

Se pueden entonces destruir injurias, falsedades y calumnias que habían venido proliferando en una buena parte de los libros de historia del periodo, la mayor parte de las veces proferidas por "escritores notoriamente apasionados en favor del régimen colonial o de la monarquía en México" dedicados a

[20] "*Colección de documentos para la historia...*", *op. cit.*, pp. 327-328.
[21] Ignacio Manuel Altamirano, "Colección de documentos", *op. cit.*, p. 330.

> [...] deturpar audazmente en sus libros o en sus publicaciones diarias el movimiento iniciado en Dolores, calumniar a los hombres ilustres que lo llevaron a cabo, y pretender sembrar en el ánimo del pueblo la idea de que la insurrección de 1810 no fue la causa de nuestra independencia.[22]

El esfuerzo teórico e historiográfico de grandes vuelos desarrollado por Altamirano tiene, en el arco de tiempo referido, un acompañamiento fenomenal en el trabajo desarrollado por el pequeño grupo de liberales que se echan a cuestas la titánica tarea de redactar *México a través de los siglos*.

III

Los textos de mejor hechura historiográfica de Altamirano son, para mi gusto, los que en una especie de tríptico escribe sobre José María Morelos. Sobre ellos tratarán las últimas líneas de este breve escrito.

Diré primero que Altamirano se aproxima aquí a algunos hechos específicos de la Independencia en el marco –ya lo hemos dicho– de una urgencia: la de poner su granito de arena en la lucha abierta por rescatar "la verdadera historia" del país. Y que esa lucha que "ahora hay que dar" se concentra en tres momentos decisivos: el del mundo indígena prehispánico, el de la Independencia, y el de la Reforma y el combate nacional contra el Imperio (que se extiende hasta "su presente", de inicios de los años ochenta del siglo XIX).[23] ¿Los motivos de esa urgencia?: no hay tiempo que perder pues se tiene en las manos –los

[22] Ignacio Manuel Altamirano, "16 de septiembre", *op. cit*., p. 384.

[23] Ya hemos hecho referencia a algunos de los más relevantes materiales de Altamirano sobre estos momentos históricos en las notas al pie de página 7 a 14. Hay que agregar aquí sólo la mención de su *Cuauhtémoc* (publicado en *La Juventud Literaria*, 14 de agosto de 1887), texto que coloca la Conquista en su verdadera dimensión genocida y depredadora y la lucha indígena en su real sentido heroico y liberador.

liberales tienen el poder; la guerra contra el extranjero ha quedado en el pasado; se respiran en el país aires constructivos, generadores– la posibilidad de modelar algunas de las piezas decisivas de nuestra cultura y de nuestra identidad nacional. Pero también hay motivos personales: Altamirano vuela más que corre, como siempre, pero ahora tiene más prisa que nunca porque en la centralidad que ahora tiene en su condición de héroe en vida de las mil batallas *todos* le piden o exigen encabezar combates de primera línea en los más diversos y disímbolos espacios y terrenos de la educación, de la política, de la cultura. Piensa, actúa y escribe entonces en multiplicadas pistas que lo llevan a un agotamiento paulatino, con las condiciones precarias de salud a las que tiene que ajustarse cualquiera que, como él, ha vivido largos tiempos de pobreza y los extremos avatares de la guerra.

Sin que ello merme la grande calidad de sus escritos, puede verse en la hechura de los materiales que ahora se presentan las huellas de esas prisas. "Morelos en Zacatula" se publica por primera vez en *La República*, en entregas que se insertan los días 12 y 15 de septiembre de 1880; "Morelos en el Veladero" aparece por primera vez en letra de imprenta en entregas, también en *La República*, los días 30 de septiembre y 7 y 14 de octubre de 1883; y "Morelos en Tixtla" se presenta en *Liceo Mexicano* el 15 de noviembre y los días 1 y 15 de diciembre de 1886.

Las huellas a las que nos hemos referido se muestran claramente en la propia naturaleza de los textos: redondeados como artículos de prensa para que el lector más común de los comunes tenga alguna posibilidad de acceder a ellos, tanto por su costo como por el estilo sencillo que los teje, tienen sin embargo una originalidad y un calado de investigación suficientemente serios como para que se les ubique como materiales historiográficos de primera. Es más: en los ecos y correspondencias de textos publicados con una distancia temporal de tres años entre ellos –el primero en 1880, el segundo en 1883 y el tercero en 1886– se muestra que se trata de ese tipo de escritos que Ignacio Manuel Altamirano tiene reservados para formar parte de trabajos más extensos, densos y profundos. Si es que, por supuesto, sus capacidades físicas y su multiplicada y compleja actividad en varias áreas lo permiten.

Encontramos entonces en esta forma tan altamiranista de tejer estudios e investigaciones históricas, literarias o de cualquier otro tipo la preocupación constante del héroe guerrerense por anclar sus resultados en productos parciales específicos que al mismo tiempo que apuntan "hacia la gran obra" responden a las necesidades "del momento".

IV

Hay, entre otras muchas, una significativa aportación de Altamirano en los textos que escribe sobre Morelos: ajustándose a datos duros, algunos de ellos provenientes del trabajo documental de Hernández Dávalos –recién dados a conocer en la *Colección*… aquí ya citada– o de otras fuentes, otros derivados de sus propias investigaciones en las que utiliza recursos de primera mano como las entrevistas a "testigos" y "actores" (es el caso preciso de "Morelos en Tixtla"), el escritor guerrerense hace uso de su madurez intelectual en el plano literario para "usarlo" positivamente en la elaboración histórica. Cuestión que ya antes había madurado justo en el sentido contrario, a saber: el "uso" de la historia para la confección de sus obras literarias.[24]

[24] *Clemencia*, *La navidad en las montañas* y *El Zarco* poseen una densidad de contenido histórico indubitable. La base sobre la cual se construye esta particular capacidad de Altamirano está claramente dibujada en el excelente texto producido por Luzelena Gutiérrez de Velasco: "Ante todo dos maestros de la narrativa tuvieron un influjo preponderante en la conceptualización que Altamirano forja en sus 'Revistas Literarias de México': Walter Scott y Víctor Hugo, aunque demuestra también su conocimiento amplio de la literatura en la transición entre el romanticismo y el realismo en Europa y los Estados Unidos. Si admira especialmente *Los miserables* como la 'más grande novela social de nuestro siglo […], de manera destacada Scott se convierte [para él] en un modelo de la novela histórica porque: 'ha hecho conocer en todo el mundo con sus encantadoras leyendas la historia de su país, antes muy ignorada'. Así, para sus coetáneos, Scott representaba una transformación en los nuevos rasgos de la novela, tanto en lo relativo a la descripción de las costumbres y las circunstancias que rodean los acontecimientos, el carácter dramático de la acción y el nuevo papel del diálogo en las novelas, como lo expone Balzac […]. Altamirano no se acercó de una manera incauta al género: no sólo pre-

Porque ¿cómo captar las minucias y detalles de un acontecimiento que no tiene registros específicos en archivos de ninguna especie, ni se cuenta con actores y testigos que se encuentren a la mano para, en el cruce de opiniones, marcar las posibilidades de verdad de un determinado hecho de la historia? Sólo la búsqueda y el manejo de indicios y de datos que puedan ser articulados literariamente en una historia coherente, cuidando por supuesto los márgenes y las limitaciones generadas por la naturaleza del proceso de ficcionalización comprometido, permite alcanzar puntos y áreas *de verdad* que de otra manera resultan ser inaccesibles. Son los casos, estéticamente impecables desde el punto de vista *literario* –y aquí sólo para adelantar un ejemplo– de los trazos que el escritor guerrerense es capaz de dibujar en cuatro o cinco pinceladas, cuando "aparece" Morelos y sus héroes de Nocupétaro en su aproximación a Zacatula y conversa éste en el lugar con el jefe de tropa Marcos Martínez ("Morelos en Zacatula"); o cuando posteriormente se reúne con los Galeana, los Bravo, los Ávila y otros personajes, a la postre célebres, para valorar la circunstancia de la aprehensión de Hidalgo y tomar la decisión de asumir en los hechos la responsabilidad y el deber del "relevo" de mandos ("Morelos en El Veladero").

Cabe señalar por último una clara y neta aportación de Altamirano al análisis de algunos de los hechos que hemos venido considerando: su texto "Morelos en Tixtla" fue confeccionado "con nuevos datos escritos, y sobre todo, con el relato de los testigos oculares a quienes [tuvo] la fortuna de alcanzar en [su] juventud". Logró con ello romper el cerco de silencio con el que los conservadores habían tratado el acontecimiento. Pero no sólo eso: pudo ir más allá de los "llamados historiadores

---

veía su contribución a 'la mejora de la humanidad y a la nivelación de las clases por la educación y las costumbres' sino también avizoraba los problemas que la novelización de la historia conllevaba […]" ("El proyecto novelístico de Ignacio Manuel Altamirano", en Ignacio Manuel Altamirano, *Para leer la patria diamantina*, antología coordinada por Edith Negrín, Fundación para las Letras Mexicanas-Fondo de Cultura Económica-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2006 (*Biblioteca Americana*), pp. 366-367.

[quienes] no se fijaron en ella. Don Carlos María de Bustamante le consagró una hoja; don Lucas Alamán una página; Zavala y Mora, unas líneas".

Hemos seleccionado para integrar en este libro algunos textos decisivos del conjunto de los materiales escritos por Ignacio Manuel Altamirano sobre la Independencia. Estos materiales han sido tomados directamente de la edición ya citada de las *Obras completas*, respetando de ellos sintaxis, puntuación y ortografía, pero con notas de edición enteramente nuestras.

Quinta parte

Altamirano escribe sobre José María Morelos

Morelos en Zacatula*
(Cuadro de la insurrección de 1810)

I

El gran río que con el nombre de Atoyac nace humilde en las vertientes de la Sierra de Puebla, y que descendiendo de la Mesa Central de Anáhuac se dirige al sudeste de México, recibiendo el atributo de cien arroyos y torrentes que aumentan el caudal de las aguas, toma en los profundos valles de la Tierra Caliente el nombre de Tlalcozotitlán, cuando pasa besando la orla de las montañas tlapanecas; después el de Mezcala cuando se abre paso entre las sierras auríferas que limitan por el norte de los plantíos de Iguala, y por el sur los templados oasis de Tixtla y Chilpancingo; más tarde, cuando enriquecido con la confluencia de veinte ríos salvajes, hijos de las sierras de México, sigue el rumbo del sudoeste y penetra en las ardentísimas honduras de la Sierra Madre, cadena ciclópea que enlaza los estados de Guerrero y Michoacán, y cuando caldea sus aguas en aquellas gargantas como en enormes galerías volcánicas, toma el nombre de río de las Balsas. Por último, cuando después de recibir el último tributo, el más grande, el de los ríos tarascos, reyes de las comarcas michoacanas, el de Tepalcatepec y el del Marqués, se dirige lenta y majestuosamente hacia el sur para desembocar en el océano Pacífico, es conocido por el nombre de río Zacatula.

Todavía después de la unión de los dos ríos tarascos, el padre de las aguas del sur se hunde entre las altísimas rocas basálticas de la Sierra

* *La República*, 12 y 15 de septiembre de 1880. Zacatula es un pueblo del estado de Guerrero integrado en la actualidad al municipio de La Unión. Se encuentra en la frontera con el estado de Michoacán, antaño parte de la intendencia de Valladolid. [N. del ed.].

Madre, que se dilatan hasta la costa y suelen bañar sus últimos crestones en las ondas del mar, todavía arranca en sus crecientes los árboles gigantescos de las obstinadas selvas que revisten las arrugas de la gran cordillera; todavía arrastra en sus poderosas corrientes los restos de cien edades de la tierra, sepultados en el corazón de la montaña. Ese río es el zapador constante de los bosques vírgenes del sur, y el compañero de la Sierra Madre hasta la costa.

Al llegar a ella, cesa la lucha con las dificultades y las barreras; las colinas se deprimen, se suavizan; las dos enormes y ásperas cadenas de montañas que han ido flanqueando el río se bifurcan, se apartan en ángulo recto; la del oeste va serpenteando a formar la sierra de Maquilí, y la del oriente sigue a lo largo de la costa sumergiéndose a veces en el mar o arremolinándose en torno de las alturas de Coahuayutla.

El río, al salir del intricado laberinto de la sierra, desciende al hermosísimo aunque estrecho plantío de la costa. Allí desaparecen como por encanto el carácter rocalloso de las márgenes y la vegetación de las grandes selvas que ha recorrido.

La tierra ondula suavemente tapizada por una yerba siempre verde, espesa y salpicada de flores. En las alturas, los mangles de la montaña corpulentos, aunque menos bellos que los mangles de las marismas, son los únicos que elevan su enhiesta copa, enlazándose con los nazarenos, y dominando los bosquecillos de ébanos que esconden en la sombra sus torcidos ramajes y sus hojas menudas. Los arrayanes inclinan al sol su espesa frente que enguirnalda con dorados hilos, el "choromo" perfumando la atmósfera con su aroma sin rival.

La vegetación de la costa, hija del rocío, del sol y de las brisas del mar, más bien que de la lluvia, recibe al rey de los ríos surianos sobre una alfombra de flores y bajo un dosel de luz y de perfumes.

Ya cerca de la playa, el río también se bifurca, como el Nilo, y sus dos brazos majestuosos, transparentes, tranquilos, se deslizan por un plano inclinado imperceptible, con sus márgenes cubiertas de grandes y espesos árboles hasta el mar, donde uno de ellos produce la barra de Petacalco.

Esta bifurcación del río forma un delta que es una maravilla de hermosura vegetal, un sueño de poeta. Un bosque espeso y sombrío lo termina a orillas del mar, un bosque en el que son incontables los árboles que encadenan y confunden millares de lianas gigantescas, y en el que apenas se distinguen los palmeros por la esbeltez de sus troncos y la gallardía de sus copas, y los bananos por lo compacto de sus grupos y por la anchura de sus frescas hojas. La luz solar penetra tenue y temblorosa en aquella mansión en que moran la frescura, el silencio y la muerte.

El río parece entregar con sus dos brazos este paraíso al mar, que lo recibe con sus ondas de esmeralda. Así entra el Zacatula en el océano Pacífico.

2

Una tarde del mes de octubre de 1810, ya al declinar el sol, descendía por el camino que serpenteaba entre las colinas boscosas de la sierra que flanquea por el lado de oriente al río de Zacatula un grupo como de veinte jinetes.

Distinguíanse apenas en los claros del camino volviendo a ocultarse entre la arboleda que revestía las últimas vertientes de la montaña, pero cuando bajaron a la llanura, cuando al seguir el camino que costea la margen izquierda del río antes de dividirse, fueron bañados de lleno por la luz del sol poniente, pudieron ser observados con exactitud.

Parecían campesinos de Michoacán y montaban magníficos caballos, algo estropeados seguramente por las fatigas de un viaje penoso y largo.

El que parecía ser el jefe caminaba a alguna distancia del grupo y sólo acompañado de un mozo, e iba a la sazón sumergido en una meditación profunda de la que no lo distraían ni la belleza admirable del paisaje, ni la singular perspectiva que presentaba el gran río convertido en una corriente de púrpura y de fuego, a causa de los rayos del sol, ni el con-

cierto de las aves de la costa, ni el aspecto del cielo en esa tarde tibia y apacible.

Este personaje era un hombre robusto, moreno, de regular estatura, de ojos de águila, cuya mirada profunda y altiva era irresistible. Su boca tenía ese pliegue que marca en los caracteres pensadores el hábito de la reflexión y en los grandes de la tierra el hábito del mando. Su traje y aspecto no revelaban a qué estado pertenecía. No era un jefe militar, porque en ese tiempo ningún criollo lo era, siendo este rango reservado solamente a los españoles. No era un eclesiástico, porque su barba negra y crecida, su gallardía para montar a caballo, su aspecto varonil y atrevido lo desmentían; pero no era tampoco simple arriero, ni un pobre campesino, porque esa mirada, ese continente y esa comitiva proclamaban muy alto que ese hombre estaba sobre el nivel de los demás y que ese cuerpo encerraba un espíritu poco avenido con las faenas de la servidumbre o con las tareas oscuras del campo. Por otra parte, su traje era raro, inusitado en aquellas comarcas.

Cubríase con una especie de alquicel blanco para guarecerse del sol, y cuyos embozos le cubrían parte de la barba. Llevaba un sombrero finísimo del Perú, y debajo de él un gran pañuelo de seda, blanco también, cuyos extremos anudados flotaban sobre el cuello, abrigaba la cabeza, a la usanza de los rancheros ricos de esa época. Calzaba botas de campana, y bajo sus armas de pelo guardaba un par de pistolas. El negro caballo que montaba era soberbio, y a pesar del viaje mostraba su brío avanzando a paso largo por la pradera que limitaba la ribera del río.

El traje de su compañero y de los demás jinetes de la comitiva en nada se distinguía del que usaban los campesinos acomodados del sur de Michoacán. Chaqueta oscura de paño o de cuero, adornada de agujetas de plata, calzón corto de lo mismo, con botas atadas con ligas bordadas, y mangas dragonas azules con las bocas adornadas con flecos de plata o de oro, sombreros de alas anchas de color oscuro: tal era el traje de ésos, al parecer campesinos, cuyo aspecto se convertía en marcial por las escopetas, sables y pistolas que cada uno traía. Caballos y mulas de mano y otras con equipajes, completaban el cortejo de aquel notable personaje.

El sol se había puesto ya, y la humedad, tan sensible en aquellos lugares y que comienza en el crepúsculo, hizo que todos los jinetes se abrigasen en sus mangas.

—Señor —dijo uno de los jinetes, dirigiéndose al personaje de que hemos hablado—, ¿llegaremos a buena hora a Zacatula?

El hombre misterioso pareció, al oír esta pregunta, que salía de su honda cavilación. Interrogó a su vez el horizonte y respondió con voz breve y metálica:

—No estamos lejos del pueblo, y llegaremos al oscurecer. Adelántate y avisa de mi llegada a Martínez.

El jinete se adelantó, y un minuto después se perdió entre las altas yerbas del camino.

3

Aquel hombre que así caminaba por aquellas soledades del sur, aún no perturbadas por los ruidos de la guerra, era algo más que un jefe militar, era algo más que eclesiástico, mucho más que un grande de la tierra, era algo más que un caudillo… era el genio de la guerra… ¡don José María Morelos!

Inspirado por su patriotismo y animado por su espíritu extraordinario, este hombre, "el más notable que hubo entre los insurgentes", se había dirigido a Valladolid cuando supo el paso de las huestes de Hidalgo por aquella ciudad, dirigiéndose a la de México, capital del virreinato, y no encontrándolas ya allí, las había alcanzado en la hacienda de Charo,[1] donde después de hablar con Hidalgo recibió del padre de la independencia el nombramiento de lugarteniente y la misión de conquistar la fortaleza y el puerto de Acapulco.

Sólo el nombramiento y la misión, "papel y rumbo", como dijeron después los insurgentes. Ni un elemento de guerra, ni un soldado, ni

[1] Algunos historiadores dan por buena la información de que el encuentro de Hidalgo con Morelos fue en Indaparapeo, pueblo vecino a Charo. [N. del ed.].

un arma, ni un cartucho. Morelos no necesitaba nada de esto que exigen los generales del vulgo; él era genio, es decir, creador, y todo iba a ser creado con la eficacia de su palabra y por la magia de su voluntad.

Los que lo acompañaban eran amigos escogidos entre los feligreses de sus curatos de Carácuaro y Nocupétaro, ¡apóstoles confiados de aquella propaganda de patriotismo, de sangre y de gloria! Una vez resuelto a llevar a cabo su misión sublime, había salido con ellos de las áridas montañas en que se escondían esos dos pueblos miserables de su curato y los llevaba consigo para emprender la predicación de ese Evangelio armado de la patria libre, que iba ser la epopeya más gloriosa de las que registran los anales de México. Tal era el hombre que se aparecía por primera vez en el campo de la revolución, y en aquel valle de Zacatula, bajo las apariencias de un guerrero del Atlas, envuelto en su blanco alquicel y relampagueando en los negros ojos el rayo de la guerra y el anuncio de la victoria.

Las sombras habían invadido por completo la llanura. El grupo de jinetes apresuró el paso. A lo lejos se distinguían, entre un enjambre de luciérnagas que poblaban la yerba y los arbolados, las lejanas luces que encendían el pueblo de Zacatula, situado en la margen izquierda del río.

En 1810 toda la comarca que recorre el Zacatula, desde Ajuchitlán, en la Tierra Caliente, hasta el mar, pertenecía a la provincia de Valladolid.

En la margen izquierda del río se veía ya el pueblecillo de Zacatula que ha ido a menos, hasta ahora, a causa tal vez de la muchedumbre de barrios en que se ha dividido, y de la formación del pueblo de la "Orilla" en la margen derecha y que pertenece hoy también al Estado de Guerrero.

La intendencia de Valladolid dominaba allí y tenía de guarnición en Zacatula algunas tropas realistas, al mando de un jefe. Estas tropas se formaban de lo que se llamaba entonces "milicias", que eran compuestas de "criollos" en su mayor parte.

En Zacatula, el jefe de estas tropas se llamaba don Marcos Martínez, y su milicia se componía de cincuenta hombres, vecinos del lugar, completamente inexpertos en el manejo de las armas, bisoños en el oficio militar, que, por otra parte, no habían tenido ocasión de poner en práctica.

Afectos al rey, como casi todos los milicianos de Nueva España, pero residiendo en el extremo sur del país, apenas habían llegado a sus oídos los rumores de la invasión francesa en la Península, la prisión de los reyes y la instalación de las juntas de España. En cuanto al movimiento de Hidalgo en Dolores, no era conocido. Algún arriero de Morelia había dicho algo de un motín en Guanajuato, de un cura que había gritado contra el mal gobierno. Pero se creía que pronto un golilla y un alguacil darían buena cuenta de ese tumulto de pueblo. El rey era invencible, el rey era la imagen de Dios y el virrey era el representante del rey. La horca iba a trabajar un poco, y eso era todo.

Por lo demás, ¿qué tenían que ver los pacíficos habitantes de Zacatula con todo eso?

¿Qué les importaba el tumulto de Dolores y alzamiento de los indios? Ellos, los habitantes de Zacatula, eran mulatos y mestizos, hijos de españoles o de negros. En las costas del sur de las intendencias de México y de Valladolid no había indios, y los residentes, que eran advenedizos en la tierra, no llevaban en el corazón los dolores de la antigua patria, herida y subyugada. Ni aun habían soñado en la nueva; jamás habían pensado en que esta parte del mundo americano podía ser libre y en que ellos podían estar al nivel de los españoles, dueños de la tierra y del mar, de los campos y del comercio, de las armas y de las llaves del cielo.

Esos pobres costeños vivían con la vida candorosa e inconsciente de los salvajes subyugados.

El temor de la horca los encadenaba; el terror del infierno los sometía. Era un rebaño dominado por el subdelegado y el cura.

En la hora de que estamos hablando, no sentía ninguno de ellos germinar la idea de la patria en su pobre espíritu, y sin embargo, la patria

iba a nacer en él, sin transición, sin infancia, sin debilidad y sin lucha, La patria nació en Zacatula, adolescente, briosa y hercúlea.

¿Quién iba a hacer ese milagro de magia y de genio? ¿Quién iba así a derramar la luz en un minuto, como la luz del Génesis?

Morelos, Morelos, que al dar el toque de oración en la humilde iglesia de Zacatula, llegaba a las orillas del pueblo y hacía alto para orar y fortalecerse.

4

Sí, se detuvo para orar y fortalecerse. Una de las cualidades que caracterizaban a los héroes de la independencia era una profunda fe religiosa que sólo era superada por la inmensa fe que tenían en la justicia de su causa. Casi, casi confundían una con otra. Para ellos la independencia era derecho divino, y tenían razón, dadas las ideas de aquellos tiempos.

Semejante convicción estaba tan arraigada en el espíritu de los hombres de 1810, que subordinaban a ella todas las demás creencias, todos los demás principios, ya se manifestasen en la forma de opiniones vulgares, o ya se proclamaran revestidos con el terrible disfraz de las excomuniones eclesiásticas. Y lo que es más grande aún, cuando solía levantarse en el fondo de su conciencia el espectro de la preocupación o del terror religioso, inmediatamente se desvanecía como una visión nocturna ante la imagen de la patria, que como un sol inundaba de luz la conciencia oscurecida un momento. Para ellos, Dios se ponía del lado del derecho; Dios quería la libertad y les ordenaba combatir por ella. En sus oídos resonaba, con más verdad, aquella palabra misteriosa que empujó en otra época a los soldados de una causa menos justa: "Dios lo quiere". Al oírla se sentían fuertes en la tremenda empresa que acometían.

Así se explica por qué ellos, educados en la obediencia del clero inferior o del creyente sumiso, no hacían caso de los anatemas que se fulminaban en su contra.

No hay que olvidar que los obispos todos de la Nueva España, y que el alto clero, fueron enemigos acérrimos de la independencia de 1810, y que cuando la aceptaron en 1821 fue en fuerza de las circunstancias.

Así se explica, seguimos diciendo, por qué se lanzaban al combate, animados de una fe viva en la causa de la patria, y no por los ridículos motivos de defender a los abyectos reyes españoles amenazados por los franceses en la metrópoli, ni la fe católica, que ningún peligro corría, ni la inmunidad de los bienes eclesiásticos, que administraba precisamente el alto clero, enemigo de la insurrección. Cuando se leen estas aseveraciones en ciertos escritores, como Alamán, apasionado o impotente enemigo de los héroes de 1810, no se puede menos que reputarlas como hijas de un mezquino criterio o de una triste y despreciable mala fe.

Más altas causas que las que señala el venal escritor, amigo del gobierno colonial, eran la que movían a los grandes hombres de la insurrección; y se necesita ver las cosas muy superficialmente o interpretarlas con un interés bastardo, para no comprenderlas.

En cuanto a Morelos, él más que nadie era superior a las patrañas que los enemigos vulgares de la insurrección señalaban como influyendo en los eclesiásticos que tomaban parte en la lucha, y así lo demostró en todo el curso de su gloriosa carrera.

Si acaso es cierto que publicó en su parroquia de Carácuaro el edicto del obispo Abad y Queipo[2] contra el ilustre Hidalgo, es seguro que en esto no hizo más que ejecutar un acto indiferente de obediencia y que le servía para ocultar los proyectos que iba a realizar dentro de breves días.

Lo que sí consta evidentemente es que apenas supo por don Ignacio Guedea, dueño de la Hacienda de Guadalupe, el movimiento del héroe de Dolores, cuando en el acto se dirigió a Valladolid a presentarse al caudillo y tomar parte en la guerra.

[2] Manuel Abad y Queipo era obispo de la Intendencia de Valladolid. [N. del ed.].

En vano pretendió disuadirlo de su intento el conde de Sierra Gorda, gobernador de la Mitra, a quien comunicó Morelos sus proyectos, cuando al llegar a Valladolid no encontró allí al ejército insurgente, que había salido ya para México. Sin perder un instante se dirigió a Charo,[3] obtuvo de Hidalgo la autorización para hacer la guerra en el sur, y con la rapidez de un hombre que conoce el valor del tiempo en las altas empresas, regresó a su curato, armó como pudo algunos de sus feligreses, y antes de terminar el mes de octubre ya estaba en Zacatula. Habían andado y desandado un camino larguísimo, y salvado una enorme distancia, como un dios homérico. Es preciso conocer aquella comarca y aquellos caminos para apreciar esa actividad asombrosa. Por lo demás, la prontitud en los movimientos no fue la menor de las cualidades que adornaban a Morelos como general.

Ya se ve, pues, por todo esto, a pesar de las excomuniones de la iglesia y de la prohibición de su superior, como cura, Morelos había abrazado la causa de la independencia nacional, y sin embargo mantenía pura su fe religiosa.

5

Morelos, al detenerse en las orillas del pueblo de Zacatula, esperaba también a su mensajero.

Éste volvió, cambió algunas palabras con su jefe y tornó a internarse en el pueblo, a comunicar seguramente un nuevo recado.

Morelos ordenó a su comitiva que permaneciese bajo los sauces del río, y dejando el pueblo a un costado, se dirigió al paso de su caballo a una punta formada por la desembocadura del río y una curva de la ribera del mar.

[3] Morelos se encontró con Hidalgo en el pueblo de Charo, pero todo parece indicar que su histórica conversación con Hidalgo se llevó a cabo en Indaparapeo. [N. del ed.].

El sordo y dulce rumor de las olas rozando la playa comenzaba a acariciar los oídos del patriota, y las brisas de la noche venían a refrescar su enardecida frente.

La luna salía en ese momento e inundaba la luz el océano, que aparecía como un inmenso espejo de plata, cubierto de una gasa leve.

Aquella alma grande se sintió conmovida ante ese espectáculo maravilloso que pareció embargarla por completo algunos instantes.

El caballo siguió avanzado hasta un bosque de palmeras que se alzaba en el lugar mismo de la punta. Eran esas grandes palmeras, que agrupadas, presentan la forma de un templo, cuyas columnas fingen sus gruesos y elevados troncos y cuyas bóvedas se construyen con sus anchos ramajes entrelazados. Visto sobre el fondo del horizonte, lleno de luz, y teniendo en segundo término el mar, este templo sombrío y silencioso parecía un monumento gigantesco elevado a los númenes de la naturaleza americana. La luna había ascendido y brillaba con todo su esplendor en el centro de las arcadas del bosque. Era un momento solemne y magnífico y parecía que era llegada la hora de los misterios sublimes de una religión desconocida y grandiosa.

Morelos, atraído como lo era siempre por todo lo bello y lo grande, bajó de su caballo, lo ató a la entrada del bosque y penetró en él, envuelto en su blanco y finísimo poncho como en un manto sacerdotal y cruzados los brazos sobre el pecho, como sobrecogido de sentimiento religioso. Así atravesó la galería majestuosa de aquel bosque, y sólo se detuvo cuando las olas encrespadas por la marea, que había subido, vinieron a depositar a sus pies una alfombra de blanca espuma.

Allí permaneció largo rato contemplando la magnificencia del mar Pacífico, iluminado por la luz de la luna, y escuchando el mugido de las corrientes de la barra, que cerca de ese lugar se abría por la entrada de Zacatula.

Algunas voces que resonaron entre el bosque le sacaron de su contemplación.

Era el capitán don Marcos Martínez, jefe de la milicia de Zacatula, acompañado de su mensajero.

Acercose respetuosamente a Morelos y le dijo, después de saludarlo:

—Tal vez he tardado en venir al llamado de usted, pero he tenido que reunir a mis oficiales, que nos esperan.

—¿Está usted dispuesto, capitán, a seguirme? ¿Confía usted en la justicia de nuestra causa? —le preguntó Morelos con ese acento afectuoso y penetrante que lo hacía dueño de los corazones.

—Yo sí, señor; yo creo ciegamente en que todo lo que usted hace es bueno. Yo le seguiré a todas partes, pero entre mis oficiales y soldados hay todavía vacilaciones. Temen que este alzamiento sea verdaderamente contra el rey, y no solamente contra el mal gobierno de la Nueva España; temen incurrir en un grave pecado contra la religión; temen…

—Y temen bien, capitán; todo eso es cierto y no seré yo quien los engañe y les oculte el verdadero objeto de nuestro movimiento. ¡Vamos a pelear contra el rey, contra el gobierno español resueltamente, para fundar el gobierno sólo con criollos, para sacudir el yugo de España y ser libres! En cuanto a la religión, no tenemos necesidad de atacarla. Sin embargo, los obispos y frailes españoles serán nuestros enemigos y nos excomulgarán; pero Dios estará de nuestro lado; Dios no ha dicho nunca que es padre únicamente de los gachupines; también nosotros somos sus hijos.

Esta verdad, dicha con el tono ligeramente burlón que acostumbraba Morelos las más de las veces, convenció al capitán.

—Ya lo considero así —respondió—, pero es necesario convencer a estos muchachos y hasta entonces contaremos con ellos.

—Pues procuraremos convencerlos —dijo Morelos, acercándose a su caballo, que ya tenía su mozo de la brida—: vamos allá —añadió, montando con ligereza—. Guíeme usted, capitán, a la casa en que están reunidos los oficiales.

El capitán se puso en marcha a pie, seguido de Morelos y de su mensajero, que también iba a caballo.

Salieron del bosque, y a poco andar entraron en el pueblo, en el que encontraron varios grupos de gentes que hablaban con animación, sabiendo la noticia de que se preparaba algún suceso extraordinario.

Las casitas de Zacatula son humildes, en su mayor parte hechas de paja, y de esa época eran pocas las que tenían paredes de adobe y techos de tejado; sin embargo, eran más numerosas que hoy. No estaban entonces, ni están ahora construidas en orden regular y formando calles, como en los pueblos del centro del país, sino desparramadas acá y acullá, agrupadas caprichosamente. Una especie de plazoleta donde estaba la "Casa de Comunidad", convertida a la sazón en cuartel, y donde se alzaba la pobre iglesia de paja también, era lo único que había más ordenado.

Morelos llegó a esa plazoleta, se apeó y entró en una gran pieza alumbrada con una lámpara de aceite de coco, en torno de la cual se agrupaba una veintena de oficiales y soldados bien armados de tercerolas y de sables. Eran milicianos de caballería, aquéllos. Los caballos piafaban en el patio de la casa.

Luego que Morelos se presentó, algunos oficiales se quitaron el sombrero por respeto al carácter sacerdotal del recién llegado, pero otros permanecieron cubiertos, reservados y taciturnos.

Aquellos milicianos de la costa, ignorantes de las cosas de la Nueva España, vecinos acomodados en su mayor parte, luego que vieron llegar a ese eclesiástico desconocido, luego que examinaron su aspecto raro, su barba, que él había descuidado por primera y única vez, a causa de su viaje apresurado y penoso; luego que sintieron aquella mirada magnética y dominadora, no habían podido sustraerse a un sentimiento de temor instintivo, creyendo encontrarse frente a frente de un perseguido de la justicia, de un gran criminal, de un rebelde que venía a envolverlos en una terrible calamidad. Así es que aunque preparados por el capitán Martínez a recibirlo, parecíales que estaban cometiendo una mala acción de la que más tarde la justicia del rey les iba a pedir cuenta.

Tal fue la primera impresión causada por Morelos en aquellos hombres sencillos y montaraces.

Pero comenzó a hablarles, comenzó a pintarles el estado del país, los horrores de la servidumbre colonial, las esperanzas de la revolución,

el porvenir de la patria; despertó en esas almas aletargadas las punzantes emociones de la gloria, derramó en aquellas conciencias tenebrosas la luz del derecho, y eso, valiéndose, como era natural, de palabras sencillas, de imágenes familiares, de esa elocuencia poderosa del sentimiento y de la verdad, que es eficaz siempre entre las masas del pueblo. Rompió, en fin, las cadenas del terror, que entorpecían esos corazones… y una hora después todos los milicianos escuchaban al grande hombre descubiertos, estremeciéndose de entusiasmo, impacientes por interrumpirlo con un grito de adhesión.

Morelos calló y el grupo de oficiales y de soldados estalló en un grito unánime y atronador.

"¡Viva la independencia! ¡Viva la América libre! ¡Viva Morelos!".

El caudillo, descubriéndose entonces, gritó con voz fuerte y vibrante:

—¡Viva don Miguel Hidalgo, generalísimo de América!

El entusiasmo se comunicó a los demás soldados, a los habitantes de Zacatula, y hasta las mujeres y los niños.

Así pues, la palabra evangélica del patriotismo había hecho germinar la idea de la independencia del sur, y en una hora había nacido, no como planta débil y tierna, sino como un árbol joven, robusto, como los árboles de esa tierra, ricos de fuerza y de savia.

El historiador don Luis Mora dice que Morelos "se explicaba con dificultad, pero sus conceptos, aunque tardos, eran sólidos y profundos".

Lo último es cierto, no así lo primero. Yo he recogido en el sur las últimas tradiciones que acerca de la elocuencia de Morelos me confiaron sus viejos tenientes, sus compañeros, sus soldados, que aún se repetían religiosamente las palabras del insigne caudillo y recordaban con delirio el afecto de sus arengas. Era tan elocuente, como gran general, como gran legislador, como gran administrador. Ese genio era completo. Y aunque las tradiciones vivas y fehacientes no lo acreditasen, bastaría para creer en el efecto mágico de su palabra, la manera con que inspiró en los espíritus de los surianos las grandes ideas y los firmes principios a que fueron siempre fieles y que constituyeron la fuerza de la revolución.

Las respuestas breves, acertadas y profundas que dio en el interrogatorio de su causa y que con razón admira el mismo Alamán, son otra prueba de la rapidez de su percepción y de la facilidad de su palabra.

6

Una vez convencidos los milicianos en Zacatula, Morelos hizo entrar en el pueblo a sus pocos acompañantes de Carácuaro y de Nocupétaro, que en el acto fraternizaron con los costeños. El pueblecillo se animó como por encanto; las campanadas de la pobre iglesia anunciaron con un repique a vuelo la proclamación de la independencia; los habitantes todos improvisaron vítores y serenatas con las grandes y dulces arpas de la costa, a la luz de la luna, que iluminaba las cabañas, el mar y los bosques en aquella noche de otoño, fresca y hermosa. Morelos descansó de sus primeras fatigas, arrullado por los cantares del pueblo emancipado, por los vivas de sus primeros campeones y por los suaves murmullos del océano, que parecía también formar parte en la fiesta de la patria.

7

Al día siguiente, Morelos convocó una junta de vecinos y de militares, y despojado ya de su barba de viajero y vestido con su mejor traje, fue a presidirla y a levantar el acta solemne de proclamación de la independencia. Entonces mostró la autorización que había recibido del caudillo de Dolores, y que decía así:

> Por el presente comisionado en toda forma a mi lugarteniente, el brigadier don José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en la costa del sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones verbales

> que le he comunicado. —Firmado. —Miguel Hidalgo, generalísimo de América.

Y "éste fue el principio que tuvo la revolución en la costa del sur, que puso en el mayor peligro al dominio español en Nueva España", como dice Alamán, y como lo confirma la historia.

Morelos en El Veladero
*(El paso a la eternidad)**

1

La hora del alba en los bosques vírgenes de la costa del sur tiene un encanto indefinible. El cielo de los trópicos con sus admirables toques de luz rivaliza entonces en hermosura con aquellas florestas en que se ostentan las maravillas de la zona tórrida con todo su vigor lujuriante y salvaje, y con los aspectos del océano Pacífico, que a esa hora se extiende dulce y manso, murmurando apenas al pie de los acantilados de la montaña, extendiéndose después en el horizonte lejano hasta confundirse con el cielo por el color y por la inmensidad.

La naturaleza parece que se despierta entonces de súbito y alegre. Mil ruidos extraños, variados y gratísimos, pueblan el aire. En los bosques, millares de millones de aves canoras entonan sus himnos a la aparición del día; los pájaros marinos abandonan los peñascos y se lanzan en bandadas a las riberas, y el suave rumor de las ondas resbala lentamente como un último arrullo que se desvanece en las playas.

Esta belleza crepuscular es tan encantadora como rápida. Un momento después los primeros rayos del sol incendian el horizonte y las tintas blancas de la aurora y aquellos argentados reflejos del mar desaparecen ante las rojas cataratas de aquel volcán de luz.

* *La República*, 30 de septiembre, y 7 y 14 de octubre de 1883. El Veladero se encuentra situado en la zona alta de la Bahía de Santa Lucía, en el puerto de Acapulco. Morelos la bautizó como *El paso a la eternidad*, para dar a entender al enemigo que el solo hecho de traspasar la línea de la demarcación del territorio dominado por los insurgentes implicaba la muerte. [N. del ed.].

El poeta, el meditador, el que quiera disfrutar del goce inefable que se siente, contemplando el aspecto de la naturaleza en esos primeros instantes del día, y asistir a la lucha de las sombras con las primeras claridades del alba, tiene, pues, en la costa del sur, muy pocos instantes de que disponer, pero ellos pasan como un sueño en el paraíso.

La mañana de que vamos a hablar era una mañana del mes de mayo de 1811, y a la hora del alba.

Atraído seguramente por los encantos del cielo, del paisaje y del aspecto del mar, un hombre, un extraño personaje había buscado una roca gigantesca desde la que se descubría por el sudeste toda la bahía hermosísima de Acapulco con el caserío de la ciudad y su fortaleza, sobre la que flameaba la bandera española, por el sur, los morros del Pie de la Cuesta; y por el sudoeste los manglares perdidos como una línea negra entre la ancha zona del mar y la gran laguna de Coyuca, y por el oriente y el norte los espesos bosques de Sabana, del Veladero, y el oleaje de montañas que sin interrupción se pierden hasta confundirse en los grandes espinazos de la Sierra Madre.

Por dos lados la inmensidad del mar, por los otros la inmensidad de las montañas, por todas partes la grandeza del universo y la sublimidad de la creación.

Aquel hombre parecía ser digno de semejante espectáculo, y su mirada profunda revelaba la superioridad de un alma extraordinaria, digna de comprender aquel cuadro asombroso.

Estaba vestido de negro y en pie, pero se reclinaba sobre un picacho de la roca y tenía en una de las manos su sombrero de paja de alas anchas, mientras que en la otra apoyaba su barba en actitud meditabunda.

A poca distancia de él, y siguiéndolo con la vista como pendiente de sus órdenes, se hallaba sentado otro hombre de edad madura y de noble y varonil fisonomía, armado con una carabina, pistolas y un sable, y envuelto en una rica manga roja bordada de oro. Dos mozos, también armados, se hallaban todavía más lejos al pie de la roca, que era sumamente escarpada, teniendo de la brida cuatro caballos.

La mañana iba aclarando cada vez más. A los rumores variadísimos que hemos procurado describir y que animaban en esos momentos aquella majestuosa soledad, se unían ahora otros extraños y singulares. Eran toques de guerra lejanos, pero distintos. Eran sonidos de tambores, de pífanos y de clarines, mezclados en una tocata alegre y repetida por varios puntos.

Era la diana que tocaban muchas bandas en un campamento situado a corta distancia.

Pasados algunos minutos, y cuando empezaba a inundar el cielo una luz más viva y más fulgente que permitía distinguir hasta los objetos lejanos, el personaje meditabundo salió de su inmovilidad, dio un paso adelante y dirigiéndose a su compañero le dijo en voz breve:

—¿Trajo usted por casualidad el anteojo, don Julián?[1]

—Si señor —respondió éste, levantándose–: nunca se me olvida… ¿Hay algo, señor? —preguntó con timidez.

—Sí —respondió el interlocutor—, me parece que asoman por el Pie de la Cuesta las lanchas cañoneras…

—En efecto, ellas son —añadió, mirando ya con el anteojo— … están ahora bordeando… tal vez quieran dar unas "mañanitas" a don Juan José para vengarse de la tunda de ayer… Puede que allí vaya Recacho —concluyó, sonriendo— …como ahí no hay peligro…

—En efecto —respondió el que se llamaba don Julián—, no hay peligro para nadie, ni para los nuestros; eso es gastar la pólvora en infiernitos… El tío Galeana verá todas esas valentías, desayunándose con su apetito de costumbre.

—¿Y en las Cruces, señor?

—En las Cruces —dijo el personaje vestido de negro, dirigiendo hacía el sudeste su anteojo—, nadie… ni una alma… Si le digo a usted que el miedo del oidor ha contagiado al pobre de Fuentes, y al ataran-

1 Julián de Ávila fue un temprano adherente del ejército de Morelos. Su mérito mayor fue haber sido la cabeza principal del cerco militar que durante más de dos años mantuvieron las tropas insurgentes sobre el fuerte de San Diego. [N. del ed.].

tado de Régules… Vámonos —añadió, arreglando el anteojo y entregándolo a don Julián.

Los dos hombres bajaron lentamente por aquel escarpado sendero de la roca, la más elevada del Carabalí, y habiendo montado en sus caballos, se dirigieron al trote al cerro del Veladero, por un camino cubierto por la espesa enramada que formaban los árboles gigantescos del bosque.

Al llegar al campo oyéronse aún más distintas las dianas, que en tal época duraban mucho tiempo, variando las sonatas de los pífanos, a las que comenzaban a mezclarse los aires campesinos de la costa y las alegres canciones de los soldados.

Algunas avanzadas ocultas en la espesura, al reconocer a los jinetes, alzábanse inmediatamente para hacer los honores, y los oficiales a dar parte.

Momentos después los jinetes comenzaron a ascender por un camino estrecho, al cerro, en cuya cumbre había construidos grandes parapetos de piedra, a guisa de fortines, sobre los cuales flotaba una bandera que tenía en el centro una calavera y esta inscripción en letras blancas: "Paso a la Eternidad".

Al reconocer los centinelas a nuestros personajes dieron voces; las tropas se formaron e hicieron honores y el grupo de jinetes entró por una puerta estrecha del fortín, única accesible, en una especie de meseta vasta, plana y rodeada por todas partes de trincheras, de parapetos y de abatidas de árboles.

En toda la extensión de la meseta se levantaban tiendas de campaña, enramadas paralelas formando calles muy anchas, y en ellas y en las amplias plazoletas circulaban bulliciosos soldados y oficiales corriendo a formarse por batallones para pasar lista.

En las enramadas se preparaba el rancho; algunas graciosas morenas atravesaban llevando el cántaro en la cabeza y cantando, y por todas partes notábase, en fin, la extraña animación de un pueblo militar en las primeras horas del día.

Pero al ver toda aquella gente el grupo de jinetes que hemos descrito, se detuvo respetuosa, callose; las bandas batieron marcha, los soldados presentaron las armas, y la muchedumbre atronó el aire, repitiendo uno tras de otro los gritos de:

—¡Viva el general Morelos! —que resonaron de una a otra parte del campamento.

El personaje vestido de negro saludó afectuosamente a aquel ejército de patriotas y se dirigió a una gran tienda colocada en el centro de la meseta, sobre la cual flameaba también una bandera con la inscripción blanca "Paso a la Eternidad", y a cuya puerta se hallaba apiñada una multitud de oficiales y de campesinos.

Así pues, aquel extraordinario personaje de profunda y radiosa mirada, a quien hemos visto en un peñasco de Carabalí, absorto en la contemplación de las bellezas del alba, era el gran Morelos, vencedor ya de los españoles en varios encuentros y que el día 1 de mayo de 1811, anterior a aquel en que lo encontramos, acababa de obtener un nuevo triunfo sobre el jactancioso oidor Recacho, que prófugo de Guadalajara había venido a Acapulco a fungir de general, y sobre los viejos militares Fuentes y Régules, grandes columnas del poder español en la costa del sur.

Y aquel campo era el invencible campo del Veladero que Morelos había bautizado con el tremendo nombre de "Paso a la Eternidad", para significar que el que se acercase a él se acercaba a la muerte, y que justificó su nombre en aquel gran periodo de insurrección mexicana.

El compañero de Morelos, el garboso jinete de la manga roja, era el valiente don Julián de Ávila, el héroe del 1 de mayo y el jefe inmediato del campamento.

2

Morelos se apeó de su caballo a la entrada de la tienda central e inmediatamente cien personas se precipitaron a su encuentro, unas para besar-

le la mano, a pesar suyo, las más para saludarlo con una expresión en que se traslucía, más que la sumisión al general, el cariño apasionado del hijo o la adoración fanática del sectario.

Aquel hombre, más que un caudillo popular, era un padre de familia, un apóstol o un taumaturgo. El famoso general español, Calleja,[2] a quien Morelos humilló tanto en Cuautla, sorprendido al ver el fanatismo que el gran hombre inspiraba a sus partidarios, escribía al virrey Venegas en 1812, diciéndole: "Este clérigo es un segundo Mahoma".

En efecto, sólo el fundador inspirado de una religión, que habla en nombre de la divinidad y que promete el cielo a sus prosélitos, puede producir un entusiasmo y una adhesión tan excepcional como el entusiasmo y la adhesión que producía Morelos entre sus soldados y entre los pueblos.

Y era que Morelos hablaba en nombre del derecho y de la patria, y que era un hombre de genio.

El jefe español, educado en la ignorancia y en el servilismo, no comprendía seguramente el efecto mágico que ejerce en los hombres que desean ser libres la idea de la patria, y acostumbrado a contar sólo con los elementos que le proporcionaba su gobierno con un erario bien provisto, tampoco comprendía los milagros que puede operar el genio, creando, como Dios, un mundo de la nada.

Así es que, en su miserable pequeñez, frente a frente de Morelos, no podía explicarse acertadamente la grandeza extraordinaria del caudillo mexicano, pero la sentía y procuraba definirla a su manera, comparándola con la del gran fundador de la religión musulmana, cuya influencia habían podido conocer los españoles durante siete siglos.

Morelos, pues, "segundo Mahoma" para los españoles, fue, es, y será para los mexicanos el genio de la independencia.

[2] Félix María Calleja fue el más prominente de los enemigo militares de los independentistas desde el inicio de la insurrección. Infligió una derrota decisiva al ejército encabezado por Hidalgo y Allende en la batalla de Puente de Calderón. Más tarde encabezó la lucha militar contra Rayón y contra Morelos, alcanzando, por méritos en campaña, el cargo de Jefe Político Superior del Virreinato (28 de enero de 1813).

No hay que extrañar, por eso, que desde el principio de su asombrosa carrera militar haya sido inspirado a sus soldados la profunda adhesión rayando en fanatismo, que los distinguió siempre, y de que dieron pruebas combatiendo heroicamente al lado de su jefe durante la vida de éste, convirtiendo en culto su memoria después de su muerte, y siendo fieles hasta sus últimos días, a los principios que supo inculcarles.

Éste es un rasgo característico de la influencia que ejerció aquel genio incomparable en los hombres a quienes enseñó la religión del patriotismo y de la libertad. Los que morían en la lucha mezclaban en su último grito, al de la patria, el nombre de Morelos. Los que sobrevivieron lo consideraban como un semidiós; ninguno de los suyos renegó de él; ninguno tuvo un solo instante de debilidad, aun en las mayores angustias. Guerrero, Victoria, don Nicolás Bravo, don Nicolás Catalán, don Luis Pinzón y don Isidoro Montes de Oca hablaban de él, llorando; don Juan Álvarez, ya septuagenario, se ponía en pie y descubría sus canas venerables cuando pronunciaba su nombre. Era adoración la que aquellos hombres de hierro sentían hacia el caudillo inmortal.

Volvamos ahora al Veladero, que allí fue donde comenzó a mostrarse, en bien de la patria, el prestigio de Morelos.

Apenas entró en su tienda, cuando al mismo tiempo que tomaba su desayuno dictó a sus secretarios lacónicamente notas que eran reducidas a las más pequeñas dimensiones, cerradas y despachadas con emisarios que partían en el acto para diversos puntos, sea de la Costa Grande en donde, hasta Zacatula, se hallaba establecida ya una administración regular, bajo el dominio del gobierno nacional, sea a los pueblos del centro, del sur, de las intendencia de México o de Michoacán, a los que era preciso llevar el incendio de la insurrección.

Después de este breve despacho, Morelos dictó las órdenes del día a los coroneles Ávila, Ayala y Valdovinos, jefes del campo del Veladero; hizo transmitir las correspondientes al coronel don Juan José Galeana, jefe del campo situado en Pie de la Cuesta, y al coronel don Hermenegildo Galeana, jefe del campamento de la Sabana y que se había

cubierto de gloria el día anterior, como Ávila, derrotando a las tropas españolas de Acapulco, que intentaron un ataque general sobre las posiciones de los insurgentes.

Apenas acababa de dictar estas órdenes, cuando un gallardo joven, jinete en un magnífico alazán, se apeó en la puerta de la tienda y pidió permiso para entrar.

—El capitán Galeana —anuncio un ayudante.

—Que entre —respondió Morelos, esperando con cierta curiosidad.

—Señor —dijo el joven Pablo Galeana—.[3] Mi tío me envía a pedir a usted permiso para entrar en el campo con los amigos de Michapa.

—Bien: que lleguen enhorabuena.

El joven volvió a partir a galope.

Un momento después y en medio de una muchedumbre de soldados y oficiales deseosos de conocer a los personajes que llegaban al campo con cierto misterio, y cuya venida se había sabido rápidamente, atravesaba un grupo de jinetes con dirección a la tienda del general.

Al frente de ellos iba guiándolos un hombre alto, rubio, de ojos azules, de patillas doradas, de tez encendida, hermoso como un antiguo guerrero germánico del tiempo de Arminius, respirando en todas sus facciones valor, franqueza, y una sencillez campesina que encantaba al verla.

Los soldados se fijaron luego en este hombre, que les era muy conocido, y se decían en los corros que se habían formado al paso de la cabalgata:

—¡Qué alegre viene tío Gildo! Deben ser ésos muy buenos sujetos, puesto que los trata con tanta amistad.

En efecto, aquel gigante de cuerpo, como de valor, era el famoso don Hermenegildo Galeana, el Aquiles del ejército de Morelos.[4] Mon-

[3] El más joven de esa brillante familia de héroes, tan famosos en la guerra de independencia. Don Pablo Galeana se apoderó de la isla de la Roqueta en 1813 y llegó a ser brigadier en el ejército de Morelos. [Nota de Altamirano].

[4] ¿Quién no conoce la biografía del Tata Gildo? El heroico mariscal de campo murió en Coyuca de un golpe que se dio en la cabeza en un árbol, al combatir

taba, con la destreza que le era característica, un caballo negro, de la costa, enjaezado con primor; llevaba atado a su cabeza el gran pañuelo de seda, entonces muy en uso en los campos, y se cubría con un sombrero de paja de anchas alas.

Con él venían, en unión del joven Galeana y seguidos de mozos que llevaban mulas cargadas de almofrejes y de baúles, tres jinetes que por su aspecto y traje parecían procedentes de las tierras templadas.

Debían ser sujetos principales, porque su traje, aunque de camino, era esmerado y rico, lo mismo que los jaeces de sus caballos soberbios, aunque fatigados por un largo viaje. Además, su fisonomía revelaba, como la de los Galeana, la pura sangre española, aunque los cabellos y las patillas oscuras de los mayores contrastaban con las patillas y cabellos rubios de don Hermenegildo.

En cuanto al más joven de los tres desconocidos, era un adolescente a quien apenas pintaba la barba y que cubierto con finísimo paño de sol parecía agobiado por el calor ecuatorial de la costa.

Morelos salió a recibirlos hasta la puerta de la tienda con aspecto sonriente y regocijado.

Los jinetes se apearon y don Hermenegildo, acercándose con respeto, dijo:

—Señor, aquí tiene usted a nuestros amigos don Leonardo y don Miguel Bravo.

—Sean ustedes bienvenidos, señores —dijo Morelos, abrazándolos con efusión.

Los Bravo no podían hablar, tan conmovidos así estaban. Repuesto prontamente don Leonardo de su emoción, tomó de la mano al joven y acercándolo a Morelos le dijo:

—Este muchacho es mi hijo Nicolás, que viene a ponerse también a las órdenes de usted.

Y como el joven alargara sus brazos…

---

con los españoles, en 27 de junio de 1814. Éstos le cortaron la cabeza y la clavaron en la misma plaza de Coyuca, en el tronco de una ceiba. [Nota de Altamirano].

—No, hijo mío, tú debes besar la mano del padre de la patria y pedirle su bendición…

El mancebo se inclinó a besar la mano del caudillo; éste le puso las manos en la cabeza y le dijo solemnemente:

—Te consagro a la patria, se su apoyo y su ornamento.

—Lo procuraré, señor —respondió el joven con vehemencia.

—¿Y don Víctor? —preguntó Morelos.

—Víctor —respondió don Leonardo— ha tenido que quedarse por allá para cuidar a la gente y estar a la mira de Guevara y de Juan Chiquito, encargados de vigilarnos y de perseguirnos, como usted sabe.

—¿Y está en Michapa todavía?

—No, señor, donde puede; unas veces estará en Michapa; otras en Amojileca, quizás irá a Chichihualco de noche; en fin, tiene que andar errante, como hemos andando todos hace tiempo. Pero no hay cuidado por él. Conoce bien el terreno y nuestra gente es fiel a toda prueba.

—¿Y cómo han podido atravesar sin ser conocidos, hasta aquí?

—Hemos venido por la sierra, caminando a veces sólo por la noche, y sin embargo no hace cuatro días que hemos salido de allá. Ayer muy tarde llegamos a la Brea y madrugamos para estar aquí a buena hora.

—Eso por lo que toca a mi hermano Miguel y a mí. En cuanto a este muchacho —añadió, señalando al joven don Nicolás—, ha costado mucho trabajo sacarlo de Chilpancingo, adonde había llegado de México hacía pocos días, como se lo escribí a usted. Estaba vigilado con tanto rigor, que no era dueño de moverse sin que en el acto lo supiera el subdelegado de Tixtla, por medio de los espías. Sabían que no se metía en nada; que acababa de llegar de México, donde había estado de cajero en una tienda, y sin embargo sospechaban que se comunicaba con nosotros, y no lo dejaban quieto ni a sol ni sombra. Él disimulaba cuanto podía, fingiendo que deseaba volverse a México, ocupándose sólo en divertirse y en bailar el "minuet" y el "campestre" con las Guevara y las Leyva. Pero ni esto le ha valido, y a pesar de su amistad íntima con los Guevara, que son la familia del subdelegado, hubo orden de reducirlo a prisión. Entonces pudo escaparse, merced a un aviso oportuno,

y con dos mozos de confianza vino a reunirse a nosotros en la sierra, a tiempo que salíamos para acá.

—Bueno, todo ha salido bien —dijo Morelos—. Pero ustedes han andado mucho, deben estar muy fatigados y necesitan reposar un poco y tomar alimento. Galeana, encárguese usted de alojar a los amigos. Ya nos veremos después del medio día.

Los Bravo y los Galeana se dispusieron para retirarse, pero antes don Leonardo Bravo sacó un paquete del bolsillo de su chaqueta, y entregándolo a Morelos con cierto misterio, le dijo:

—Señor, éstas son las gacetas últimas que se han publicado en México y que acaban de llegar a Chilpancingo. Nicolás nos las ha traído, porque las creyó interesantes. Traen noticias graves del interior, y el parte de Cosío sobre su ataque desgraciado. Véalas usted; creo que importa.

—Muy bien —replicó Morelos, tomando las gacetas y despidiendo a los viajeros, que se dirigieron con Galeana a una gran choza de palapa, en que se alojaba don Pablo, sobrino de don Hermenegildo.

Allí los mozos de los Bravo depositaron y arreglaron los almofrejes y los baúles de sus amos, y éstos se sentaron a tomar el desayuno. Mientras que se batía en las calderetas de cobre el oloroso chocolate de Caracas y se servía a los tres hacendados chilpancingueños en jícaras y macerinas de oro: don Miguel dirigiéndose a su hermano:

—¿Qué dices, Leonardo —le preguntó—, del señor Morelos?

—Digo —respondió el arrogante y apuesto caballero— que si antes amaba yo la independencia, hoy la quiero más al conocer a este caudillo. Si el amor a la patria es una religión, Morelos es digno de ser su profeta. ¡Qué hombre! Su mirada es un sol que ilumina el alma, ¿no lo crees así?

—Tan lo creo, que estoy resuelto como tú a acompañarlos hasta la muerte.

—Y yo, señor padre —añadió el joven Nicolás—, yo seguiré a ustedes en este camino hasta vencer o morir.

Y los tres hermanos se abrazaron, llorando de entusiasmo.

El gran don Hermenegildo Galeana y su sobrino don Pablo, que miraban conmovidos a sus huéspedes, los abrazaron también y don Hermenegildo, irguiéndose con noble orgullo, dijo:

—Amigos, ¡cuando se ama, como nosotros amamos a la patria y se tiene un jefe como Morelos, no se pierde nunca, y si se muere, es para triunfar!

3

A las cuatro de la tarde de ese mismo día, 2 de mayo de 1811, Morelos celebró una junta de guerra, a la que fueron convocados los jefes principales de su pequeño ejército, acampado en Veladero, en la Sabana, en el Pie de la Cuesta y en otros puntos fortificados frente a Acapulco.

Como estos jefes eran numerosos y la tienda del general reducida, la junta se verificó al aire libre, al pie de un grupo de coposos amates y de ébanos, que había a un lado de la plazoleta principal del campamento.

A esta junta concurrieron por orden expresa de Morelos, los tres Galeana, don Hermenegildo, don Juan José y don José Antonio, coroneles entonces; los dos Ávila, don Julián y don Miguel, también coroneles; don Ignacio Ayala y don Rafael Valdovinos, tenientes coroneles, todos jefes de las divisiones nuevamente organizadas, o de los batallones formados en la costa desde noviembre de 1810, es decir, desde hacía siete meses; los dos Bravo, don Leonardo y don Miguel, que acababan de ser nombrados coroneles y jefes de las fuerzas que debían organizarse en la sierra de Chilpancingo, y por último, el bravo don José Antonio Talavera, eclesiástico que habiendo comenzado a figurar como capellán del ejército insurgente, había luego, por su arrojo y demás dotes militares y abandonando sus funciones de cura castrense, obtenido el empleo del teniente coronel y el mando de uno de los regimientos.

Este padre Talavera iba a fungir de secretario de la junta.

Habíanse acuartelado las tropas desde las tres, rigurosamente, y colocado una guardia a regular distancia del lugar en que la junta se verificaba, a fin de producir el aislamiento conveniente. Reinaba el más profundo silencio en el campo, apenas turbado de cuando en cuando por los rumores lejanos de la floresta o por el vago murmullo de los soldados, que esperaban en sus rústicos cuarteles la noticia de alguna grave resolución del general.

Éste, después de dar algunas órdenes en su tienda, se dirigió pensativo y grave al lugar de la junta y tomó asiento en medio de los jefes patriotas que lo contemplaban con una especie de curiosidad respetuosa.

Y abriendo la sesión con un tono solemne que sólo empleaba en ciertas ocasiones y que no usaba habitualmente, enemigo como era del énfasis, e inclinado por carácter al tono ligero y familiar que no excluía sin embargo ni las palabras sentenciosas ni los pensamientos profundos, les dijo:

> Señores: Ustedes que han sido mis fieles compañeros y colaboradores, desde el principio de esta campaña, y a cuyo valor se debe el que la gran empresa que hemos acometido haya alcanzado feliz éxito hasta aquí, saben bien cómo la hemos empezado, sin más elementos que nuestra decisión y la fe en la justicia de nuestra causa.
>
> Por eso omito entrar en particularidades que ustedes conocen tanto como yo mismo. Pero no estará de más decir que autorizado por nuestro respetado generalísimo señor Hidalgo para propagar la insurrección contra el dominio español en este Sur, y para operar contra las fuerzas enemigas de Acapulco, he llegado a la costa con un grupo pequeño de amigos mal armados, pero que he encontrado en todos ustedes así como en los pueblos un apoyo tan voluntario y tan eficaz que con él he podido, en pocos meses, realizar en parte las esperanzas que depositó en mí el hombre grande que fue el primero en dar el grito de independencia en Dolores.
>
> A ustedes, pues, deberá la patria el haber contado, desde el año 10, con un baluarte de sus libertades en estas montañas, baluarte que estoy se-

guro no será derribado jamás, porque está cimentado en los corazones de ustedes y de sus hijos.

Ahora bien: mi comisión está cumplida sólo en una parte. Desde mediados de octubre del año pasado, en que llegué a Zacatula y ocupé a Petatlán, hasta la fecha, van corridos poco más de seis meses apenas, y en este corto tiempo nos hemos hecho dueños de toda la Costa Grande, sin que nadie intente disputarnos allí el dominio del gobierno independiente. El grupo de amigos y de mozos con que atravesé el rio de las Balsas se ha convertido en un ejército de tres mil hombres, fuerte y bien organizado. Nuestras pobres escopetas de Carácuaro y nuestros arcos y flechas de Tecpan y de Atoyac hace tiempo que desaparecieron, y hoy tenemos fusiles y cañones que hemos quitado al enemigo. Para el gobierno español todo esto ha sido perdida; para nosotros ganancia. Los fusiles, las pistolas, los sables, las bayonetas, los cañones, el parque con que hoy le hacemos la guerra eran suyos y hoy pertenecen a la nueva nación, habiendo sido conquistados en buena lid. Sólo los machetes costeños con que hemos arrancado esas armas son todavía los nuestros. Los españoles con todas sus ventajas de número, de armamento y de disciplina, han atacado a nuestras tropas bisoñas e inexpertas y han sido derrotados repetidas veces, dejando en nuestro poder sus municiones y sus armas, huyendo despavoridos a meterse en Acapulco. Calatayud, París, Sánchez Pareja, Fuentes, Rodríguez, Rionda, Caldelas, Cosío, Régules, militares españoles de mucho crédito, en vano han intentado disputarnos la palma de la victoria; han sido vencidos uno a uno, o todos juntos, y cada uno de ellos ha encontrado a su vencedor en cada uno de ustedes.

Todos estos jefes europeos, acostumbrados a desdeñar a los americanos, comenzaron por despreciarnos y han acabado por temernos. Acuérdense ustedes de su soberbia antes de la acción del Egido, y vean ahora su terror, sólo al divisarnos ayer. Después del Egido pudieron tener algunas esperanzas, pero ya en El Aguacatillo y en el Llano Grande sufrieron un desengaño. Éste fue completo en la Sabana y su desastre de Tonaltepec los aniquiló para no dejarlos ya levantar la cabeza. Después, todo ha sido inútil para ellos. Cada ataque en nuestro campo ha sido una vergüenza para ellos y una gloria para nosotros, al grado que se han hecho nuestros proveedores de armas, de municiones y de bagajes.

Sólo el gobernador Carreño no ha querido arriesgar para nada la persona y ha podido verse libre de nuestros ataques, metido entre los espesos muros del castillo y protegido por sus numerosos cañones.

A este propósito, ya ustedes lo saben: sin artillería, sin elementos suficientes para batir una fortaleza como la de San Diego, artillada con los grandes cañones de Manila y auxiliada del lado del mar por veinte lanchas cañoneras, nos era imposible, como lo hubiera sido imposible a todo el mundo, tomarla a viva fuerza. Habría sido una locura intentarlo. Era preciso, pues, apelar a otros medios, entenderse con los de adentro, procurar una sublevación entre los defensores que, auxiliada por nosotros oportunamente, nos hiciese abrir las puertas.

Ustedes saben que lo hemos procurado y que no somos responsables del mal éxito. El infame Gago, de acuerdo con Carreño, engañó vilmente a Tavares, y nuestro intento sobre el castillo se malogró, no por la falta de arrojo de nuestra parte, pues nuestras columnas llegaron hasta los fosos del castillo, sino por la perfidia de aquel hombre y de sus compañeros, que no cumplieron la palabra empeñada.

Una vez que toda tentativa, por ahora, sobre la fortaleza, es inútil por la falta de artillería de grueso calibre, no nos queda otro recurso que el de mantener en estrecho asedio al castillo y a la ciudad por el lado de tierra y aplazar su toma para más tarde. Caerán en nuestro poder al fin; es cuestión de tiempo.[5]

He aquí, pues, señores, las ventajas que hemos conseguido en seis meses. Somos dueños de la costa del sur, y hemos bloqueado por el lado de la tierra a la ciudad y castillo de Acapulco. Hemos quitado al enemigo las armas que nos hacían falta, y hemos acabado por infundir temor en nuestros orgullosos contrarios. Pero para mí la mayor de todas consiste en haber dado una organización rigurosamente militar a nuestras tropas y en haberles infundido al mismo tiempo que el amor a la independencia, el espíritu de disciplina, sin el cual los ejércitos no son imponentes ni saben triunfar. Las catervas de labriegos que han seguido desde la costa nuestras banderas forman hoy batallones y regimientos regulares. Los combates

[5] Efectivamente, Morelos ocupó a fuerza viva el puerto de Acapulco en 1813 y después de haber sitiado la fortaleza durante seis meses, ésta se le rindió por capitulación el 20 de agosto del mismo año. [N. de Altamirano].

que hemos sostenido aquí los han adiestrado en el manejo de las armas y en las maniobras de batalla. Una sola acción, la del Egido, ha bastado a todos para comprender que el valor, por grande que sea, se duplica con la educación militar, y desde entonces los días de descanso han sido días de instrucción, los campamentos, campos de maniobras, y las batallas ensayos de nuestra pericia.

Siempre recordaremos, señores, estos bosques y estas montañas, y sobre todo el Paso a la Eternidad, como la escuela en que hemos aprendido, combatiendo, el arte de la guerra.

Pero es ya tiempo de hablar a ustedes del objeto principal de la junta. En mi calidad de lugarteniente del Generalísimo, mi misión no se limita a hacer la campaña en esta costa. Naturalmente, estoy facultado para extenderla a las comarcas del país en que la crea necesaria, pues el objeto final de nuestra empresa es libertar a los pueblos de la tiranía, a fin de formar una nación independiente y que se gobierne por sí misma. Para conseguirlo, es necesario ir adelante y no descansar.

Ahora bien: aquí, por lo pronto, ya no hay nada qué hacer. En los pueblos del centro contamos con amigos que sólo esperan nuestra aproximación, y con enemigos a quienes es necesario aniquilar. El sur entero, desde aquí hasta la capital del virreinato, se presenta a nuestras miradas y nos ofrece un campo más vasto para nuestras empresas.

Además, para apresurarnos a llevar la guerra a esas comarcas, hay ahora una razón más de patriotismo y de necesidad. El señor coronel don Leonardo Bravo, aquí presente, me ha entregado esta mañana unas gacetas que llegaron últimamente de México a Chilpancingo, y en una de ellas se encuentra una noticia de suma gravedad que es de mi deber comunicar a ustedes, porque confío en que el carácter varonil de ustedes ve con la misma magnanimidad y entereza los triunfos que las desgracias.

—Dice así este papel —añadió Morelos, leyendo con voz firme, en la que en vano se hubiera buscado la menor emoción—:

Gaceta extraordinaria del gobierno de México. —Del martes 9 de abril de 1811. —Por extraordinario que acaba de llegar a esta capital ha recibido

el Excelentísimo señor Virey el oficio siguiente del señor brigadier don Felix María Calleja, general en jefe del ejército del rey contra los insurgentes. Excelentísimo señor. Ahora que son las cinco y media de la tarde recibo del teniente coronel don José Manuel de Ochoa, comandante de la división de Provincias Internas en la frontera de Coahuila, el oficio siguiente:

Las interesantes y plausibles noticias que en oficios del 25 del corriente, dirigidos de la villa de Monclova, y firmados por los señores gobernadores don Simón de Herrera y don Manuel Salcedo, con los demás vocales de que se compone la junta de seguridad de dicha villa, contienen las que copio.

Es muy conveniente me facilite usted 500 hombres para conducir las presas de 204 insurgentes que aprisionó el capitán Bustamante con los caudales del señor obispo y algunas bestias, y que con seguridad se conduzcan también los generales prisioneros Hidalgo, Allende, Abasolo, Aldama, Zapata, Ximénez, Lanzagorta, Aranda, Portugal, etcétera, etcétera, que se han aprisionado en Acatita de Baján con todos los atajos en que conducían el oro, reales y plata, y muchos prisioneros que se les han hecho con toda su artillería, y son más de 200 hombres de coroneles a baxo, a más de los que tomó el capitán Bustamante.

En tal concepto, he facilitado los 500 hombres de auxilio que se me piden al cargo del teniente don Facundo Melgares, y con el resto de mi ejército emprendo mi marcha hoy para la hacienda de Patos con dirección a la reconquista del Saltillo, lo que participo a Vuestra Serenísima para su inteligencia y satisfacción. —Dios guarde a Vuestra Serenísima muchos años. Campo de la Noria con dirección al Saltillo, 28 de marzo de 1811. —Señor comandante general del ejército. —Josef Manuel de Ochoa. —Señor brigadier don Felix María Calleja.

Y en el momento despacho dos extraordinarios a esa capital, el uno por la Huasteca y el otro por Querétaro para que se imponga Vuestra Excelencia de tan plausible noticia.

Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años. San Luis Potosí, abril 5 de 1811. —Excelentísimo señor Felix Calleja. —Excelentísimo señor Virrey don Francisco Javier Venegas.

> Tan manifiestos beneficios de la Providencia nos hacen esperar que en sus eternos juicios, está decretado el triunfo de las dos Españas contra sus injustos enemigos.[6]

Los jefes de la junta, al concluirse la lectura de este papel, tenían pintados en el semblante el dolor y la estupefacción y esperaban con ansiedad las palabras de su jefe.

—Aunque estas gacetas —dijo Morelos— suelen publicar mentiras, cuando conviene al gobierno español, yo creo que esta noticia es cierta. Ella nos anuncia la mayor desgracia que podía herirnos, y es: la prisión de nuestro amado Generalísimo el señor Hidalgo, y de sus compañeros de Dolores. El gobierno español debe de estar muy contento; tiene en su poder a los primeros caudillos de la independencia mexicana, y los decapitará; en eso no hay duda. Ya sabemos que nuestro enemigo no da cuartel, ni nosotros se lo pedimos, ni se lo debemos dar tampoco.

¿Cómo ha ocurrido esta desgracia? Pues otra gaceta, la del día 15 de abril, que también está aquí, trae una carta de un vecino de Monclova dirigida al obispo de Durango que contiene algunos pormenores, de los que se infiere que el señor Hidalgo y sus compañeros han sido víctimas de una infame traición.

He aquí este documento, que es preciso conocer también:

> *Gaceta del gobierno de México.* —del martes 16 de abril de 1811. —México, 15 de abril. El justicia y el cura párroco de Guayacocotla han remitido al Excelentísimo señor Virey dos cartas que conduxo hasta aquel pueblo un personero que vino buscando con ellas al Ilustrísimo señor obispo del Nuevo Reino de León, doctor don Primo Feliciano Marín, a quien se dirigían desde Reynosa y Monclova por don Juan Josef Cárdenas y don Benigno Vela, dándole noticia del arresto de los cabecillas

[6] Puede verse esta *Gaceta extraordinaria* que está copiada literalmente en la colección de *Gacetas*… de la Imprenta de Arispe. t. II, s.n., p. 301. [Nota de Altamirano].

de la insurrección: y conteniéndose en la del segundo de dichos individuos algunas particularidades del suceso nos ha parecido insertarla a la letra para satisfacer la curiosidad laudable del público. —Dice así:

Ilustrísimo señor doctor don Primo Feliciano Marín. —Monclova y marzo 25 de 1811. —Mi más venerado amo y señor: estaba deseoso de poder noticiar a V.S.I. la gloriosa reconquista de estas provincias, lo que no podía verificar por no saber de sus paradero; y ahora lo hago con el portador por haberme prometido el llevar ésta hasta donde se halle.

Desde la llegada a ésta de los señores gobernadores y demás oficiales prisioneros de Béjar, empezó don Ignacio Elizondo a juntar tropa y amigos, con mucho silencio, que le ayudasen para sacudir tan pesado yugo como nos habían puesto lo exércitos americanos; lo que se verificó auxiliado de los soldados de estos presidios que estaban en esta capital y vecinos de ella, teniendo ya pronto los auxilios de las demás tropas que estaban de guarnición en los otros, a el capitán Menchaca con 300 indios Lipanes y al capitán Colorado con 300 soldados aquartelados, a quienes lo avisó mi padrino Elizondo al ponerse en camino y darle el auxilio necesario con la mayor brevedad: y en este intermedio levantó la voz el padre Zambrano con el vecindario y tropas de Béjar; haciendo prisioneros al licenciado Aldama y padre Salazar y a los que habían apresado a los gobernadores, cuyo hecho acabó de animar a la gente, y el día 17 de este que era para cuando había mi padrino dispuesto su asalto llegó a ésta a la oración de la noche y se estuvo oculto hasta la once de la misma noche, que con cosa de 200 hombres se hizo dueño de la artillería que eran 7 cañones, amarró al mariscal don Pedro Aranda y demás oficiales y soldados que por todos serían 150 poco o menos, incluso el capellán, que lo era el padre Medina que estaba de cura en Santillana cuando la visita: todo esto se hizo en cosa de tres horas, y sin haber habido ni un tiro ni un golpe. También estaban las cosas en buena disposición por venir ya en camino la mayor parte del exército que estaba en Saltillo, por lo que inmediatamente se cercó el camino con tropa para que no les fuere dado el aviso, lo que se consiguió, y así como venían inocentes se les puso un lazo de aquel lado del pueblo de Béjar, que dista de esta, cosa de 14 leguas, que con 270 hombres y 30 individuos se agarró todo el exército sin más que un herido en los nuestros, y en los suyos cosa de 40

> muertos y entre ellos el hijo de Allende por haberle disparado su padre a mi padrino tres pelotazos desde el coche; todo el exército se componía de cosa de 1 500 los más, pelados, y otros pocos que verían de tropas que se dieron luego a estas armas, pero los prisioneros son los 1 500 de los cuales son como 60 de plana mayor, y de los cabezas el cura Hidalgo que había cosa de quince días que había renunciado el cargo de Generalísimo en Allende.
>
> Allende, Ximénez, Abasolo, Zapata, Lanzagorta, Santa María el que era el gobernador de Monterrey que andaba de cuartel maestre, y otra punta de mariscales, brigadieres, coroneles y demás y 6 clérigos y 3 frailes, que son un carmelita, un mercedario y un franciscano y también 13 coches y una volanta. Solo Iriarte se fue, pero lo van siguiendo y no se escapará, pues en Parras está un tal Melgares de Viscaya que para ésta ya le habrá dado al Saltillo con 50 hombres y si no de aquí se le va a dar para sacar al señor Cordero, y también se le quitaron veinticuatro cañones y setecientas y tantas barras de plata y mucho dinero en plata y oro, que según razón, será cosa de dos millones por todo o algo más, según se cuenta de ellos, y esta feliz batalla fue el día 21 del que rige.[7]

—¡Feliz batalla!, llama este gran pícaro semejante traición tan vil y tan odiosa!

Así pues, ya ven ustedes que nuestros caudillos han caído de un lazo que les tendió Elizondo, ayudado del clérigo Zambrano y probablemente del mismo vecindario de Monclova. Esto no ha sido más que una horrenda traición.

Ya comienza el gobierno español a poner en juego este medio, que es el más temible, aunque el más despreciable.

De todos modos, es una desgracia muy grande para nosotros, pero debemos recibirla con frente serena, como hemos recibido la noticia de los reveses de Aculco y de Calderón. Tal es la guerra, amigos; una cadena en que alternativamente ponen sus eslabones la fortuna y la des-

[7] *Gaceta de México*, del martes 16 de abril de 1811, t. II, núm. 45, p. 319. [Nota de Altamirano].

gracia. Nadie puede prever sus azares y lo prudente es arrostrarlos con la resolución de ser sus víctimas. La patria exige este sacrificio de nosotros; la causa es santa, la empresa grandiosa y digna de las almas heroicas; todavía tenemos que sucumbir muchos para que triunfe, pero morir por ella es una gloria que nos envidiarán las generaciones venideras.

La muerte del señor Hidalgo y de sus compañeros, lejos de apagar el fuego patrio, debe de encenderlo más. Yo me siento hoy más animado que nunca, y mi amor a la libertad se exalta con el deseo de vengar a nuestro venerado caudillo, y de probar al gobierno español que las traiciones, los reveses y los cadalsos, lejos de intimidarnos, nos dan mayores bríos.

Ahora, pues, se hace indispensable avanzar hacia el centro y hacerlo pronto; mañana mismo si nos es posible.

Es necesario reanimar con nuestra aparición en las comarcas más próximas a México, el espíritu de los que simpatizan con nuestra causa, y que debe encontrarse abatido con este infortunio.

Es necesario probar a la nación que la muerte de un caudillo no acaba con los principios que proclamó, ni con el pueblo que los defiende. Es preciso hacerle ver que aunque la estrella de la insurrección palidezca en el norte, todavía sigue brillando en el sur. Es indispensable interrumpir la alegría que hoy enloquece a nuestros enemigos, con nuestro grito de guerra lanzado en medio de ellos para que sepan que si muere un insurgente, hay mil para vengarlo.

Mi intención es —concluyó Morelos, con autoridad— que nos dirijamos mañana mismo al centro de la intendencia de México. Deseo oír la opinión de ustedes.

—¡Estamos listos todos! —dijo, levantándose con entusiasmo, don Hermenegildo Galena.

—Sí, todos —exclamaron a una voz los demás jefes, poniéndose en pie.

—Bueno —replicó Morelos—, no esperaba menos de la decisión de ustedes. Pero antes será conveniente concertar la manera, y conocer

poco más o menos el itinerario que debemos seguir. Importa mucho para nuestro plan que nuestra marcha sea rápida, segura y victoriosa desde que salgamos del Veladero, como ha sido hasta aquí, y que una serie de triunfos nos conduzca a las orillas de México. Es indudable que el virrey va a mandarnos a Calleja, que es su gran general y que ha sido su desempeño en el interior. Tengo deseos de que nos encontremos con Calleja. Pero para lograrlo necesitamos quitar los obstáculos del camino, sin abandonar por eso lo conquistado, porque sería una lástima. Tenemos un pequeño ejército aquí, valiente y aguerrido. Si lo dejamos sitiando a Acapulco, las fuerzas con que emprendamos nuestra marcha serán pocas. Si lo llevamos todo, perderemos la Costa Grande; dejamos libre al enemigo de Acapulco, comprometemos a nuestros amigos, y nos cortamos toda retirada. ¿Qué debemos hacer, pues? Eso es lo que ruego a ustedes que me indiquen para ilustrarme con su parecer.

Don Hermenegildo Galeana se levantó de nuevo.

—Señor —dijo—, en mi opinión todo puede lograrse.

No hay necesidad de perder ninguna de las ventajas que hemos logrado hasta aquí. Tenemos gente para todo. El grueso de nuestras tropas puede quedarse en nuestros campamentos sitiando Acapulco y apoyando la costa, en comunicación siempre con Zacatula y ofreciéndonos una retirada segura que no necesitamos, pero que es prudente conservar. Una parte pequeña de esas tropas basta para emprender la nueva campaña; mi regimiento de Guadalupe, por ejemplo, es suficiente para el apoyo que necesitamos, y los pueblos vendrán a formar otro ejército, como el que se formó en la costa. Eso para dirigirnos "arriba" al encuentro de Calleja y de su ejército orgulloso, que lo que es para Guevara y los demás que nos estorben, creo que nos bastamos. Además, los señores Bravo nos ayudaran.

—Señor —dijo don Leonardo Bravo, poniéndose en pie—. Aprovecho esta primera y solemne ocasión para dar gracias a nuestro respetable general en nombre mío y de mis hermanos Miguel y Víctor, por la honra que nos ha hecho, nombrándonos coroneles y dándonos

así un rango que nuestros valientes compañeros han alcanzado a fuerza de valor y de heroicas hazañas. Nosotros ofrecemos hacernos dignos de tal distinción a fuerza de sacrificios, aun el de la vida, en aras de la patria. Ahora en cuanto al auxilio de que habla el señor coronel Galeana, puede contar con él nuestro general. Lo tiene a sus disposición y aun le hemos ofrecido hace meses venir con él a este campamento, si era necesario. No lo ha creído así, en vista de buenas razones, y nos ha ordenado mantenerlo y aumentarlo para tenerlo pronto, en la primera ocasión. En esa virtud, hemos conservado relaciones constantes con nuestra gente de Chichihualco, de Chilpancingo, de Amojileca, de Mazatlán, de las cuadrillas de la sierra y de Tlacotepec, y a lo sumo, en tres días, podemos presentar mil hombres, armados en su mayor parte, bien montados y equipados. Esto es lo que podemos ofrecer y esto es lo que deseaban de nosotros los gachupines y el subdelegado de Tixtla, Guevara, sabiendo las buenas relaciones que tenemos en esos puntos. Pero eso es lo que no hemos querido darles, desde que apareció el señor Morelos en esta costa, y se preparaban para resistirle. Amantes de la independencia, desde que se dio el grito en Dolores, estábamos decididos mis hermanos y yo, o bien a secundarlo en el sur, o a unirnos al primer caudillo insurgente que por aquí apareciera, y por tal razón, conocidas nuestras opiniones, se nos ha perseguido con encarnizamiento desde que conocieron los "chaquetas" que éramos amigos de los insurgentes. Nos hemos refugiado unos días en la cueva de Michapa para escapar de pronto, pero hemos podido recorrer los pueblos que he mencionado, valiéndonos de disfraces y confiando en los amigos, nos hemos procurado armas y elementos, y así, hemos logrado contar con gente que no espera más que una orden para levantarse.

—Me alegro —dijo Morelos— de conocer opinión del coronel Galeana, que ya esperaba, y que es también la mía, pero que deseaba oír de sus labios, porque estoy seguro de que es la opinión de todos nuestros compañeros. Esta resolución debía partir de ellos y no de mí. Ahora estoy contento. En efecto, importa antes que todo conservar nuestros

puestos aquí, y nos bastan pocas fuerzas para que formen el núcleo de un nuevo ejército.

En cuanto a las tropas de que habla el señor coronel Bravo, me consta, en efecto, que están listas, que habían querido tanto él como sus hermanos auxiliarme hace tiempo con ellas, y que por orden expresa mía las han mantenido precisamente para esta ocasión. Siendo originarias de aquellas tierras templadas, nos son más útiles por allá. Ahora, en cuanto a la marcha denme ustedes su opinión, sobre el camino que será más prudente escoger.

—Opino —respondió don Miguel Bravo— por que escojamos el camino de la sierra; el mismo que hemos traído nosotros, yendo de aquí a la Brea y de la Brea siguiendo el sendero de la montaña. Es áspero, difícil, especialmente para el paso de los cañones, pero es más directo, y sobre todo, más oculto. Seguir el camino real por Dos Arroyos, el Peregrino y el Papagayo, hasta salir por Mazatlán sobre Chilpancingo, no ofrece peligro de enemigo alguno; pero este camino está lleno de haciendas, entre las que están las de los Guevara y de los Leyva, que son contrarios, y naturalmente sus dependientes enviarían a Tixtla noticias pormenorizadas de nuestra aproximación, y eso haría que se preparaban o que huyeran, impidiendo así que nos apoderáramos de sus armas. Yendo por el camino de la sierra no nos sentirá nadie, y cuando acuerden estaremos sobre de ellos.

—Aceptado —dijo Morelos—. Escogeremos el camino de la sierra. Además, no llevaremos más que dos cañones de cuatro y el "Niño", que puede cargarse en mulas. Veamos ahora qué fuerza es la que debe marchar…

—Señores —dijo levantándose prontamente don Julián de Ávila—, tal vez sea contrario a las leyes militares el pedir servicio; pero debe disimularse al entusiasmo. Yo pido marchar con mi división o solo.

—Nosotros pedimos lo mismo —exclamaron los Galeana, Ayala y Valdovinos.

—Señor coronel Ávila, señores —dijo, sonriendo, Morelos—, en eso es preciso dejarme en entera libertad, todo se dispondrá teniendo

en cuenta el bien de la nación. En donde quiera son interesantes los servicios de los patriotas. En donde quiera hay peligro y hay gloria. Usted, señor don Julián, debe quedarse representándome en el Veladero y conservando estos puntos. Tal vez sea lo de más riesgo…

—Como usted lo disponga —respondió Ávila, con respeto.

Morelos había llamado a un oficial, momentos antes, y le había dado en voz baja algunas órdenes.

—Necesitamos saber con qué auxilios podemos contar en aquellos pueblos, además de los de Chilpancingo.

En este momento, el oficial de órdenes atravesó la línea de guardia, seguido de un grupo de oficiales, y se acercó a la junta.

—¡Los señores capitanes que han sido llamados! —dijo. Morelos hizo seña de acercarse al primero, que venía dando el brazo al joven don Nicolás Bravo.

Este capitán era joven también y de aspecto gallardo, trigueño, alto, esbelto; no parecía, por su traje y por su manera de hablar, costeño; más bien revelaba desde luego su origen indígena o mestizo, lo que se conocía por su nariz pronunciadamente aguileña, por sus pómulos salientes y por sus cabellos lisos, negros y grandes, formando un crecido tupé sobre la frente. Parecía como de veintisiete a veintiocho años, llevaba chaqueta de paño verde oscuro, pantalón de paño oscuro con agujetas de plata y botas de montar con ataderos finalmente bordados. Una patilla negra y pequeña flanqueaba su boca ligeramente abultada.

Era el capitán don Vicente Guerrero.

—Capitán Guerrero —le dijo Morelos—, usted que es de Tixtla y que conoce bien aquellos pueblos servirá decirnos, ¿podemos contar allí con algunos partidarios?

—Señor —respondió Guerrero—, me da vergüenza decirlo, pero en mi tierra todos son contrarios. Los únicos insurgentes que había allí somos los que estamos en este campamento. Los tenientes Mariano y Manuel Bello, y yo. No conozco otros. El pueblo de Tixtla no tiene la culpa, señor, sino los pocos ricos "chaquetas" que hay allí, y sobre

todo, el cura don Miguel Mayol, que predica contra nosotros todos los días.

—Ya sé —se repuso Morelos, riendo—, ya sé que ese furioso cura me pinta como al demonio. Se ha empeñado en confundirme con las visiones que le produce el "catalán".

No pudieron menos que reírse los oficiales. Sabían bien que el cura Mayol, exaltado realista, era un ebrio consuetudinario.

—Y no es el único —añadió Morelos—; también Rodríguez Bello me pinta de igual modo en Chilapa. Ya los desengañaremos.

Los otros capitanes se acercaron en seguida.

El primero era otro joven alto, de formas hercúleas, pálido, de cabellos obscuros y ensortijados, picado de viruelas y de ojos y frente en que se revelaba una gran sagacidad unida a una gran firmeza de carácter.

—¿Cómo va la herida, Gallego?[8] —le preguntó Morelos.

—Está buena ya, señor, y me hallo listo para darme de alta —contestó el joven, con acento marcadamente costeño.

—Bueno, lo destino a usted a mandar uno de los puntos más peligrosos frente a Acapulco, y le proporciono la ocasión de vengar sus heridas, usted me dará cuenta del gobernador Carreño.

—No tenga usted cuidado, señor —respondió el joven pálido—; yo le daré a usted cuenta de él —y se retiró a algunos pasos.

—Este muchacho, dijo Morelos —señalándolo a los jefes— es una de las esperanzas de la nación. Es valiente, sagaz, y sobre todo sufrido y constante. Es hijo de un gallego, y sin embargo es insurgente hasta las uñas. Recibió un balazo que le pasó las dos piernas mandando su compañía, junto a los fosos del castillo, en nuestro infructuoso ataque, y un soldado lo salvó, echándoselo a las espaldas. Pero él, cuando me lo trajeron, no parecía sentir su herida; estaba indignado contra Pepe Gago y contra Carreño. Hará mucho en esta comarca.

[8] Así llamaban familiarmente a don Juan Álvarez en su juventud. Todavía uno de los despachos de coronel que tenía firmados por Morelos, llevaba el nombre de Juan Gallego. [Nota de Altamirano].

Los otros capitanes eran dos morenitos, pequeños de cuerpo, pero robustos y musculosos como tigres, vivaces y presentando el tipo de esta raza que puebla en su mayor parte la costa grande, mezcla de la africana y de la indígena de Filipinas, de que llevaron ahí colones los españoles. Y otro mestizo de rostro atezado y de aspecto selvático y huraño, pero de talla también hercúlea.

—Capitanes Montes de Oca, Mongoy y Mayo, ustedes se encargarán mientras que dure una expedición que voy hacer, de los peligrosos del Carabalí, de las Cruces y del Marqués, en la forma y con la fuerza que les determinará el señor coronel don Julián de Ávila, a cuyas órdenes quedan ustedes, y a quien obedecerán en mi ausencia como a mí mismo.

—En cuanto a usted, capitán Bravo —dijo por último dirigiéndose al joven don Nicolás—, se queda, por hoy, como ayudante mío.

—Ahora, para que todo quede arreglado de una vez, designaremos la fuerza que ha de emprender la marcha con nosotros. Aliste usted, coronel Galeana, su regimiento de Guadalupe, para mañana al mediodía; que las compañías que hay en la Sabana estén dispuestas para incorporarse a las que saldrán de aquí a fin de continuar la marcha por los "órganos", hasta Texca, y que se preparen los tres cañones de que he hablado, con su parque respectivo.

—Y ha concluido la junta, señores —añadió, haciendo una señal al teniente coronel Talavera para que leyese el acta.

Ésta era muy breve y contenía los puntos esenciales en la junta. Aprobada que fue, se firmó por todos, y Morelos se retiró con los Ávila y los Galeana a fin de darles sus últimas instrucciones.

Morelos entró un rato después en su tienda con los dos Bravo, y se encontró escribiendo en la mesa de la secretaría a un joven delgadito, muy trigueño y vestido esmeradamente.

—¡Hola, colegial! —dijo al joven—, arregle usted los papeles con cuidado y disponga la papelera y escritorio, porque vamos a salir mañana a una expedición.

El joven se inclinó respetuosamente.

—¿Quién es este muchacho, señor, que parece muy inteligente? —preguntó don Leonardo.

Éste es el capitán Luis Pinzón, que estaba estudiando teología en el colegio de San Nicolás de Valladolid, y que habiendo venido a pasar sus vacaciones a su tierra, que es Corral Falso, barrio que está junto a Atoyac, se entusiasmó por la independencia y vino a presentarse a este campamento. Ha salido bravísimo el colegial; le agrada más pelear que escribir, pero yo lo tengo en mi secretaría porque es instruido y trabaja empeñosamente. Sólo cuando hay acción me es difícil contar con él. Qué quiere usted; es un muchacho y le hierve la sangre.

En este momento, otro joven costeño, también moreno y vestido como soldado, se acercó a pedir órdenes.

—Ramos —le dijo Morelos—, madrugarás mañana para ir a Coyuca y hacer provisiones. Vamos a una expedición. Harás preparar el equipaje, y estarás aquí de vuelta antes del mediodía.

—¿Se quedarán aquí algunos caballos y mulas? —preguntó Ramos.

—No, nos llevamos todo —contestó Morelos.

—Muy bien, señor… ¡Ésta es expedición larga! —murmuró, alejándose, el soldado…

A poco cerró enteramente la noche, una de esas últimas noches de primavera en los bosques de la costa, calurosa y húmeda, con su cielo como velado por una gasa a través de la cual aparecía la luna en cuarto creciente, alumbrando débil todavía el espacio y blanqueando apenas las nubes, que parecían prenderse de la cresta de los peñascos y de las copas de los mangles, allá muy lejos del campamento, mientras que la zona oscura de los bajíos y las masas de sombra de lo árboles se inundaban con un enjambre inmenso de luciérnagas.

Se habían dado los toques de "retreta" y "silencio", en el campo todo reposaba tranquilo y sólo se escuchaban de tiempo en tiempo el "alerta" de los centinelas en los fortines, o el "quién vive" dado a las rondas, que pasaban frecuentemente.

En algunas tiendas se velaba; tal vez algunos oficiales del regimiento de Guadalupe, que se alistaban para marchar al día siguiente, escribían a sus familiares de Tecpan, de San Luis o del Zanjón. ¡Tal vez esos valientes que iban a combatir por la patria hasta el centro de la Nueva España daban el último adiós a sus esposas y a sus hijos!

Morelos se paseaba en la puerta de su tienda, tomando el fresco, en unión de los Bravo.

—Pero, ¡qué inmensa desgracia, señor! —decía don Leonardo, hablando de la prisión de Hidalgo y de sus compañeros—: ¡haber caído en un lazo tan infame!

—¡Qué quiere usted! —respondió Morelos—, la traición tiene eso de terrible: que es silenciosa. Se espera a los leones y a los tigres, pero no se siente a las culebras que se arrastran en la sombra. La traición nos ha de hacer todavía mucho mal, pero no hay reglas contra ella. Sería preciso desconfiar de la humanidad entera, y eso no se puede. Ese Elizondo… —dijo, deteniéndose con ademán colérico—, no pagará ni con la vida. Su nombre debe ser maldito para todo mexicano. Ahora comprendo —añadió con desprecio— por qué fueron tantos repiques y salvas en Acapulco hace cuatro días. Es que recibieron la noticia, casi al mismo tiempo que nosotros. Su correo tuvo que dar vuelta por la Costa Chica para evitar nuestros campamentos.

—Y, ¿cree usted, señor, que quitarán la vida al señor Hidalgo y a los demás? —preguntó don Miguel.

—¡Ah! —respondió con seguridad Morelos—. En eso no hay duda. El gobierno español no perdona, no perdonará jamás a los insurgentes. Es implacable: matará al jefe y al soldado que caiga en su poder. Es un gobierno de sangre. Comienzan los cadalsos: mañana morirán el señor Hidalgo y sus compañeros; después quizá moriremos nosotros; usted don Leonardo, usted don Miguel; yo mismo; tal vez todos los que hoy emprendemos aquí la lucha; pero eso sí, la independencia se hará. Eso está decretado por el cielo ¡Nuestra patria será libre!... —concluyó con acento que revelaba una convicción profunda, mientras que los Bravo, a quienes había comunicado su heroica fe, lo

contemplaban callados, como si tuvieran delante a un mensajero de la Divinidad.

4

Tal fue aquel día 2 de mayo de 1811, y tal fue aquella junta de guerra que decidió la gloriosa expedición de Morelos en el centro de la Nueva España. La junta tuvo de singularmente notable que contó en su seno a los hombres más ilustres de aquel ejército y a otros que han ocupado después un altísimo rango en el gobierno de la república mexicana y en la historia. Morelos tuvo todos los privilegios del genio. Reunió en torno de sí un gran grupo de hombres que inspirados por él se hicieron grandes.

Don Hermenegildo Galeana, el más valiente de aquellos leones de Morelos, fue el brazo derecho de éste, y murió siendo mariscal de campo, como lo hemos dicho.

Sus hermanos don Juan José y don José Antonio fueron generales e ilustres también.

Su sobrino don Pablo también fue general, y muy notable, en las filas insurgentes.

Don Leonardo Bravo, general muy ilustre, después de haber combatido victoriosamente contra el ejército español de Calleja en el sitio de Cuautla, fue hecho prisionero en la hacienda de San Gabriel al salir de aquella plaza, después de que se rompió el sitio, conducido a México, y a pesar de que su hijo ofreció canjearlo por trescientos españoles que tenían prisioneros, fue ejecutado el 13 de septiembre de 1812.

Don Miguel Bravo, mariscal de campo, fue hecho prisionero en Chila, cerca de Chautla de la Sal, y por el jefe español La Madrid, y aunque habiéndole garantizado la vida, fue ejecutado el 15 de abril de 1814.

Los dos Ávila fueron también mariscales y siguieron ilustrando su nombre en la guerra de la independencia.

Ayala y Valdovinos fueron mariscales también.

Y de aquellos capitanes jóvenes que hemos presentado en el Veladero, el primero, don Vicente Guerrero, fue uno de los hombres más ilustres de México.

Teniente general por la junta independiente, fue nombrado después por la república general de división, tercer suplente del Supremo Poder Ejecutivo, desde el 1 de abril de 1823 hasta el 10 de octubre de 1824. Presidente de la república desde el 1 de abril de 1829 hasta diciembre del mismo año. Entregado traidoramente por el genovés Picaluga, a quien el gobierno de Bustamante dio por esta traición cincuenta mil pesos, fue fusilado en Cuilapan.

Don Nicolás Bravo, nombrado general de división, fue primer miembro de la segunda regencia, del 11 de abril al 19 de marzo de 1822; presidente del Supremo Poder Ejecutivo, desde el 31 de marzo de 1823 al 10 de octubre de 1824. Presidente sustituto de la república en 1842 y 1843. Vicepresidente en 1846, y murió ya anciano en Chilpancingo en 1854.

Don Juan Álvarez, general de división, que después de haber combatido sin cesar a favor de la independencia, logrando vencer y matar al gobernador de Acapulco, Carreño, fue después defensor constante de las libertades públicas, que acabó con Armijo, el enemigo implacable de la independencia en el sur; más tarde caudillo de la gloriosa revolución de Ayutla, que fundó las instituciones que hoy rigen en el país. Presidente de la república en 1854, defensor de la Reforma, y ya septuagenario, defensor de la independencia durante la Intervención y el Imperio, tuvo la suerte de ver a su patria victoriosa de todas estas luchas, y murió cargado de años y de gloria en su hacienda de la Providencia, en 1867.

Don Isidoro Montes de Oca, general de la república, murió en la costa antes de 1844, y acompañó todavía a Guerrero en su guerra del año 1829 y 1830.

Don Luis Pinzón, general de la república, tenía el cuerpo cubierto de heridas, recibidas en la guerra de independencia, y a pesar de ellas siguió

sirviendo en todas las guerras de Libertad, hasta la de Ayutla, después de la cual murió en la costa.

Don Cesáreo Ramos, general de la república, defensor constante de las libertades, campeón de Ayutla, de la reforma y de la segunda independencia, alcanzó el triunfo de la república en 1867, y murió después en la costa.

Todos estos hombres fueron beneméritos de la patria, y los nombres de los primeros Galeana, Guerrero, los Bravo y Álvarez están inscritos con letras de oro en el salón de sesiones del Congreso, en virtud de leyes especiales.

5

El día 3 de mayo, al caer la tarde, la pequeña columna del regimiento de Guadalupe, llevando a su cabeza a don Hermenegildo Galeana, y mandando su descubierta el capitán don Vicente Guerrero, desfilaba, saliendo del campamento del Veladero, entre los vivas de la tropa del campamento y el adiós tierno de los camaradas.

En pos de él salía un gran grupo de jinetes en cuyo centro iba Morelos, envuelto en su poncho blanco, llevando a su lado a los Bravo y a los Ávila.

Cuando iba a perderse de vista el cerro en cuya cumbre se alzaban los fortines y se destacaban las banderas negras, sobre el horizonte enrojecido por el sol poniente, Morelos se detuvo, dirigió una última mirada de profundo cariño a aquel campo de sus primeras glorias, y dijo, dirigiéndose a don Julián de Ávila:

—Hasta aquí, coronel; vuélvase usted, nos veremos pronto. Ya sabe usted que dejándolo en el Paso de la Eternidad, hago de cuenta que me quedo yo mismo.

—Señor —respondió Ávila, descubriéndose y pudiendo apenas dominar su emoción—; si por desgracia llegara a usted la noticia de que

el Veladero ha caído en poder de los españoles, puede usted rezar por mi alma, pues es seguro que yo habré pasado a la eternidad.

Y aquellos dos guerreros se abrazaron, callados y conmovidos, Morelos oculto bajo sus cejas espesas y altivas, con aquellos ojos de águila que se nublaban pocas veces.

Morelos en Tixtla*

1

Tixtla, hoy Ciudad de Guerrero, que fue desde la erección del estado de este nombre en 1850, hasta 1870, capital del mismo, y que sigue siendo una de las poblaciones más considerables del sur de México, era en 1811 solamente un pueblo de cuatro mil habitantes escasos, consagrados en su mayor parte a la agricultura y a la arriería, de que sacaban gran provecho, conduciendo los cargamentos de la Nao de China desde Acapulco hasta México, en competencia con los arrieros de Chilpancingo y de Chilapa.

Situada esta población en un valle ameno, rodeada de montañas por todas partes, regada por varios arroyos, disfrutando de un clima templado y benigno, se había hecho desde siglos anteriores uno de los centros más populosos y productivos del sur de la Intendencia de México.

En lo religioso, su parroquia pertenecía a la diócesis de Puebla, y en lo político, el subdelegado dependía directamente del virrey.

Este subdelegado era de gran importancia, porque asumía en su persona no sólo la autoridad civil y política de toda aquella comarca, sino también la militar, y estaban por eso sujetos a él todos los cuerpos de milicias provinciales que se habían levantado allí en años anteriores y que guarnecían aquellas plazas.

En 1811 era subdelegado y comandante militar Don Joaquín de Guevara, rico hacendado de aquel rumbo, avecindado primero en Chilpancingo y dueño de las haciendas de caña de azúcar de Tepechicotlán,

* *Liceo Mexicano*, 15 de noviembre y 1 y 15 de diciembre de 1886.

Acahuitzola y San Miguel, situadas a poca distancia de Tixtla unas, y la última en el camino de Acapulco y al pie de la hermosa cordillera de los Cajones. Don Joaquín de Guevara, por sus opiniones realistas, por su caudal y por su influencia poderosa, venía a hacer en aquellos rumbos lo mismo que era en la Cañada de Cuernavaca el célebre realista español don Gabriel de Yermo, es decir, el señor feudal y la fuerte columna del gobierno español en aquella extensa zona, limitada al sur por un ramal de la Sierra Madre, y al norte por el rio de Mezcala.

Desde que Morelos apareció en la costa a fines de 1810, y se acercó a Acapulco, Guevara, siguiendo las órdenes del virrey, se mantuvo a la expectativa, creyendo siempre que las intentonas de los insurgentes acabarían por fracasar allí mismo, y aunque los últimos triunfos obtenidos por aquel caudillo le habían dado en qué pensar, no juzgó sino remoto el caso de ver invadida la fuerte y populosa comarca encomendada a su cuidado.

Sin embargo, procuró desde aquellos meses y más todavía en los primeros meses de 1811 poner en buen pie de fuerza los regimientos de milicias, encargando su mando y disciplina a entendidos jefes españoles, fortificó la plaza de Tixtla, reunió considerable número de municiones de guerra, hizo traer ocho piezas de artillería que colocó en un fortín en una eminencia del lado occidental de Tixtla, a la izquierda de otra conocida con el nombre del Calvario y dividida de ella por una calle profunda y por un acueducto, y en otros puntos de la población, en que levantó fuertes parapetos, y una vez así, se dedicó a vigilar el camino real de Acapulco y a preparar de mil modos a los pueblos para la resistencia.

En semejante empeño lo ayudaba oficiosamente y con el entusiasmo de un antiguo predicador de las cruzadas el cura de Tixtla, don Manuel Mayol, clérigo poblano, furibundo realista y que ejercía un dominio absoluto en la conciencia de sus feligreses.

Este cura predicaba cada cuatro días en el púlpito contra la independencia y sus caudillos, a quienes presentaba con odiosos colores. Pero con particularidad hablando de Morelos, el atrabiliario clérigo llegaba

hasta el frenesí. Al principio lo presentó solamente como un rebelde insignificante, que en breve iba a ser colgado en una almena del castillo de Acapulco; pero a medida que Morelos fue creciendo en importancia militar, a causa de sus victorias, el furor del cura no conoció límites y llegó en sus diatribas hasta lo absurdo y lo grosero. De este modo, el cura Mayol logró exaltar el ánimo de la gente supersticiosa e ignorante de su feligresía, haciéndole entender que la guerra de los insurgentes era una guerra contra Dios y la religión, y que combatir contra ellos era combatir contra los poderes infernales. Así es que en el pueblo de Tixtla había una especia de furor febril contra Morelos, furor que se había apoderado hasta de las mujeres y los niños, de la gente española y mestiza, y hasta de los numerosos habitantes indígenas, que profesaban la religión católica como verdaderos idólatras.

De modo que cuando el comandante Guevara determinó levantar fortificaciones en la plaza, la población entera se apresuró a ayudarle. Aun las mujeres y los niños cargaban piedras y arena, presididos por el cura y sus vicarios, que llevando un crucifico los estimulaba a la tarea, mientras que las campanas de la parroquia tocaban rogativa.

En semejante disposición de ánimo, Guevara esperó confiadamente. Si los insurgentes se atreviesen a invadir su zona militar, él contaba con buenas tropas, con una plaza bien fortificada y con la adhesión de las poblaciones.

Una sola sombra vino a turbar su ánimo sereno. Habiendo invitado a los Bravo, hacendados de Chilpancingo, para que levantasen tropas también, y se mantuvieran dispuestos a la defensa, esos sujetos, los primeros de aquella población por su importancia social y su riqueza, pues eran dueños de la gran hacienda de Chichihualco y de otras fincas, se habían negado con frívolos pretextos, pero en realidad porque les era simpática la causa de la independencia proclamada en Dolores y sostenida por Morelos.

Desde el día en que tuvo conocimiento de la repulsa de los Bravo, el comandante Guevara no cesó de vigilarlos, y a pesar de que estaba emparentando con ellos, pues su hija doña Antonia de Guevara acababa de

casarse con el joven don Nicolás, hijo de don Leonardo Bravo, los persiguió tenazmente, obligándolos a ocultarse o a andar fugitivos en aquellas comarcas.

Pero con esta sola excepción, todos los pueblos de la subdelegación de Tixtla se manifestaban decididos sostenedores del gobierno español. Así es que Guevara, a quien sólo inquietaban, de cuando en cuando, las excursiones nocturnas de los Bravo a Chilpancingo, que por otra parte no tenían consecuencias serias, nada temía al respecto de la adhesión popular.

A mediados del mes de mayo [de 1811], el coronel realista don Nicolás Cosío, antiguo sargento mayor de dragones de España, y que había sido nombrado comandante general de la división del sur, hasta principios de ese mismo mes en que por orden del virrey fue sustituido en ese cargo por el coronel español Fuentes, fue enviado por este último violentamente a la plaza de Tixtla, para tomar el mando de las tropas y ayudar a Guevara en la defensa de la plaza, pues Fuentes previó, con razón, que habiendo salido Morelos del Veladero el día 3 por el camino de la sierra, no tardaría en aparecer en la zona militar encomendada a Guevara.

Así pues, al llegar a unirse a ella, sabiendo que los Bravo reunían gente en Amojileca, Zitzicazapa y otros lugares cercanos a Chilpancingo, que elaboraban parque en la gruta de Michiapan, en que habían estado ocultos, y que se mostraban ya más a la luz tanto don Leonardo como don Miguel y don Víctor Bravo, determinó, de acuerdo con Guevara, acabar de una vez con aquellos temibles conspiradores. Al efecto, organizó una división compuesta de un piquete del regimiento Fijo de México, de algunas compañías de milicianos llamados patriotas de Chilapa, Tixtla, Zumpango y Tlapa, y del Fijo y Lanceros de Veracruz, todo en número de seiscientos hombres, y poniéndola bajo el mando del comandante español don Lorenzo Garrote, uno de los jefes veteranos que habían venido últimamente de la península, dio a éste orden de que pasase a Chichihualco y de que se apoderase de los tres hermanos Bravo, vivos o muertos.

Garrote se puso en marcha con la reserva y rapidez que el caso exigía, y mientras que llega a Chichihualco diremos lo que había pasado allí.

Morelos se dirigió, después de salir del Veladero, a la pequeña hacienda de la Brea, que está situada ya en las primeras cumbres de la Sierra Madre, y allí se detuvo, tanto para apoyar a su retaguardia, que fue atacada por el jefe español Fuentes, quien logró apoderarse de un cañón casi abandonado a causa de las asperezas del camino, como para dar tiempo a los Bravo para que se adelantasen y preparasen en Chichihualco a sus tropas.

Adelantándose, pues, don Leonardo, don Miguel y don Nicolás, y tan luego como llegaron a su hacienda, se pusieron de acuerdo con don Víctor y reunieron a todos sus parciales y amigos, a quienes armaron con las armas que pudieron, organizando también una excelente caballería, compuesta de los mejores jinetes de aquellos lugares. De modo que cuando don Hermenegildo Galeana llegó con su regimiento de Guadalupe, se encontró ya con la gente de los Bravo dispuestos.

Mientras que venía Morelos, que se había quedado atrás dos jornadas, Galeana, obedeciendo las órdenes recibidas, determinó dar descanso a su tropa, en tanto que los Bravo disponían mejor la suya y se procuraban víveres para alimentar a las dos. A esta sazón, el comandante Garrote, que nada sabía, llegó a Chichihualco a las doce del día 21 de mayo, y encontrando algunos pelotones de gente armada, los atacó, logrando arrollarlos, merced a la sorpresa que recibieron. Pero avisados los Bravo y Galeana, que se hallaban en la casa de su hacienda, corrieron a ponerse al frente de sus compañías organizadas. Galeana se dirigió al río, en el que sus costeños se bañaban y lavaban su ropa, y haciéndolos tomar sus machetes, así desnudos como estaban, los condujo frente a los realistas, lanzando su terrible grito de guerra: "¡Galeana! ¡Galeana!", que debía ser por mucho tiempo el terror de sus enemigos.

Los realistas, sorprendidos a su vez, aterrados ante el aspecto de aquellos intrépidos combatientes negros, que acometían como fieras, y flanqueados además por la caballería de los Bravo, echaron a correr

despavoridos, dejando en poder de los insurgentes armamento, parque, dinero y cuantas cargas llevaban. El tremendo comandante Garrote llegó el primero a Chilpancingo a contar el caso, y sin detenerse allí más que el tiempo necesario para beber agua, se dirigió a Tixtla, en donde entró la madrugada del día 22 [de mayo] a despertar a Cosío y a Guevara con la noticia de semejante desastre.

El pánico y la consternación que ella produjo no pueden describirse. Era, pues, cierto: los Bravo se habían alzado por fin, y habían llamado en su auxilio al poder infernal de Morelos. Los demonios pintados por el cura Mayol habían aparecido por fin en la zona militar del comandante Guevara, hoy defendida, sin embargo, por un militar experto como Cosío. Estos jefes llamaron al cura Mayol y le comunicaron la fatal nueva.

El cura, después de conferenciar con aquellos jefes, se dirigió a la iglesia y mando llamar a misa. La dijo temblando, y después subió al púlpito y excitó de nuevo a sus feligreses a defender al rey y la religión.

Sólo que la muchedumbre observó que en vez de furor de antes, el terrible cura no tenía ahora más que lágrimas y sollozos, lo que no dejó de ser comentado desfavorablemente.

Después de la misa, Cosío mandó tocar generala, y el cura echó a volar las campanas, tocando a rebato, lo que duró todo el día y difundió la alarma hasta en los campos y cuadrillas más lejanas del pueblo.

2

En semejante estado de alarma pasáronse los días 23 y 24 de mayo de 1811. Cosío y Guevara reunieron todas las tropas de que pudieron disponer: el regimiento llamado Fijo de México, cuyos soldados eran conocidos popularmente con el nombre de los Colorados, a causa de un brillante uniforme de paño de grana; el regimiento Lanceros de Veracruz; las compañías de milicianos de Tixtla, Chilapa, Zumpango y Tlapa, que no habían ido a Chichihualco, y los dispersos de esta acción

que fue posible reunir. Además, dieron armas a todos los hombres aptos para combatir en Tixtla, entre los que se hallaban como cuatrocientos indígenas, a quienes en razón de manifestarse decididos en favor del gobierno se les admitió en las milicias, confiándoles la defensa de algunos puntos importantes, siempre bajo el mando de jefes españoles.

De modo que todas estas fuerzas formaban un conjunto respetable de cosa de mil quinientos hombres, teniendo además la ventaja de contar con una plaza de guerra con buenas fortificaciones, con ocho piezas de artillería; bien municionada y provista, y con la adhesión del vecindario.

Así las cosas, se supo que Morelos, sin perder tiempo, había llegado a Chilpancingo al anochecer del día 24 [de mayo], al frente de seiscientos hombres. Cosío y Guevara pasaron, pues, el 25, preparándose a la defensa, pues no dudaron que Morelos atacaría la plaza en los días próximamente inmediatos, tan pronto como contara con mayores fuerzas, supuesto que sería absurdo tal intento con las que tenía.

A fin de recibir noticias oportunas, habían enviado numerosos emisarios a Chilpancingo, que evitando las avanzadas insurgentes, situadas en el camino, habían estado viniendo cada dos horas a dar parte, pues Chilpancingo no dista de Tixtla más que tres leguas escasas.

Hasta las cinco de la tarde del día 25, nada se había sabido de particular. Las tropas de Morelos descansaban. El caudillo, alojado en casa de los Bravo, era festejado con un banquete, al que asistían los jefes y oficiales insurgentes. Los soldados fraternizaban con los vecinos, y las hermosas chilpancingueñas, afamadas por su belleza y su gracia, lejos de espantarse ante la aparición de los "demonios de Morelos", habían despojado sus lindos huertos moriscos, pomposos y ricos en aquella estación, a fin de que la casa del general insurgente apareciera al amanecer del día 25 como apareció, adornada con flores, cortinas y alfombras de bellísimas flores, las incomparables flores de la zona templada del sur.

Semejantes noticias hacían bailar de cólera al cura Mayol, quien las repetía y exageraba adrede a Cosío y a Guevara, para exasperarlos, lan-

zando al mismo tiempo los más terribles anatemas contra los chilpancingueños y amenazándolos con que no quedaría dentro de poco piedra sobre piedra en su pueblo, nido infame de herejes y de rebeldes.

Cosío y Guevara, por su parte, se explicaban aquella conducta del vecindario de Chilpancingo, considerando: que los Bravo estaban emparentados con todas las familias de allí, lo mismo que sucedía con sus adictos de Chichihualco, pues esta hacienda y Chilpancingo formaban una misma población. Pero aquel recibimiento hecho a Morelos indicaba, de todos modos, que el pueblo de Chilpancingo iba a convertirse desde entonces en enemigo del gobierno español.

La tarde toda del expresado día 25 [de mayo] se pasó sin novedad. A las seis y media, las tropas acuarteladas en la casa de comunidad, o que vivaqueaban en el cementerio de la parroquia, convertido en fuerte, salieron a formarse para pasar lista, en la plaza bastante amplia y que entonces no tenía los árboles coposos que hoy la adornan.

La plaza se llenó de soldados y de oficiales, pues con excepción de las fuerzas que guarnecían el fortín del Calvario y los parapetos levantados en lo que se llamaba entonces Barrio Alto, el costado oriental de la población, es decir, del lado de Chilpancingo, todas estaban allí.

Cosío y Guevara les pasaron revista, después de lo cual, y según la costumbre militar de aquel tiempo, los tambores y pífanos tocaron la oración, que escucharon los soldados con las armas al hombro y los oficiales descubierta la cabeza. Luego y al concluir la diana que seguía al toque de oración, Cosío grito con voz fuerte por tres veces: "¡Viva el rey!", grito que repitió la tropa y ésta entró en sus cuarteles al toque de fajina.

La plaza quedó todavía ocupada por los curiosos que habían acudido a ver la formación; pero como comenzaba a oscurecer, y las patrullas de caballería y de infantería circulaban despejando las calles, momentos después aquel lugar estaba solo y la población entera pareció quedar desierta.

Sólo en la gran casa del subdelegado, recién construida y situada en el lado meridional de la plaza, junto a la parroquia, parecía reinar algu-

na animación, y entraban y salían a cada instante por el enorme zaguán que servía de entrada principal de ella, caballos, mulas, jinetes y soldados de a pie. Además, las ventanas del salón principal que daban a la calle estaban alumbradas. La casa era baja, pero de aspecto señorial. El único piso se eleva del suelo como dos metros, resguardado por un fuerte antepecho rematando con una magnifica balaustrada de piedra. Esta balaustrada está también convertida en parapeto, y entre ella y el muro de la casa se paseaban varios centinelas guardando el salón y las piezas todas, que daban por un lado a la plaza, y por el otro a la calle real.

En el salón, bastante lujoso para aquellos tiempos y aquellos rumbos, y cuyo techo de magnífico cedro artesonado era digno de una mansión regia, y cuya alfombra y canapés de damasco y candiles de cristal rebelaban desde luego la riqueza de su dueño, se hallaban en animada conversación cuatro personajes, de los cuales tres estaban sentados junto a una mesa cubierta con un tapete de damasco rojo y en la que se veían en revuelta confusión, un gran tintero, salvadera y braserillo de plata, con su pirámide de ceniza, candelabro del mismo metal, en la que ardían cinco velas de esperma, muchos papeles, pistolas, sables y, por último, un frasco de aguardiente de España, con cuatro copas y vasos de agua puestos en una bandeja también de plata. Uno de estos personajes, vestido con uniforme de coronel de dragones, huácaro azul con solapas blancas y botones de oro, pantalón blanco y botas fuertes, era un hombre al parecer alto, como de cuarenta años, buen mozo y densamente pálido, casi amarillo; se conocía luego que padecía de calenturas de la costa y que en esos momentos sufría un acceso que en vano procuraba dominar, y que se revelaba en sus inquietud, en su humor irascible, en el brillo intenso de sus grandes ojos negros y en el temblor de sus mandíbulas, que parecía sacudir sus pobladas patillas negras. Llevaba el cabello según la moda introducida por el virrey Venegas, es decir, corto y con espesa furia, sobre la frente.

Era el mayor Cosío, el pobre Cosío, que destituido del mando de la división realista del sur por Venegas, a causa del mal éxito de sus ope-

raciones contra Morelos, y a causa tal vez de ser mexicano de origen, se veía ahora subalternado al coronel español Fuentes, quien lo había enviado quizás con toda malicia a unirse a Guevara para que asumiera la responsabilidad de un nuevo desastre.

Sin embargo, Cosío era como todos esos mexicanos que habían abrazado la causa de España contra la insurrección, como Elorza, como Iturbide, como Armijo, realista fiel, exaltado, sumiso hasta el servilismo, y aunque lastimado en su dignidad por aquella destitución, lejos de manifestar resentimiento, procuraba exagerar su adhesión al gobierno, y se alegraba interiormente de hallarse en aptitud, defendiendo la plaza de Tixtla, de recobrar su perdido crédito. Así es que hacía todos los esfuerzos posibles por asegurar la victoria.

Guevara, que tenía conocimiento ya de que Cosío había caído de la gracia del virrey, no se conformaba con sus disposiciones, sino a regañadientes, viéndose forzado a dividir con él los laureles del triunfo, aunque cedía en consideración al carácter y experiencia de un jefe como Cosío, educado en el servicio militar y que disfrutaba de prestigio entre la tropa por su categoría y por su instrucción.

Guevara era el segundo personaje del grupo. Corpulento, grueso, como de cincuenta años, de arrogante presencia, el subdelegado de Tixtla mostraba el tipo del español acaudalado, aunque era también mexicano de origen. En su semblante fresco y rubicundo, rebosando salud, se veía marcado el orgullo del rico, acentuado todavía por una gran nariz aguileña, y que apenas atenuaba la sonrisa de unos labios gruesos y desdeñosos. Se había puesto también el uniforme de coronel de milicianos provinciales, uniforme lujoso y flamante que apenas había usado dos o tres veces en los grandes días de parada. Pero él, conservando los usos añejos de un ricacho del año 9, llevaba todavía el peinado de coleta, cuidadosamente rizado y empolvado, la barba afeitada, los puños y la pechera con encajes, y no pudiendo soportar las botas fuertes, traía calzón corto, ricas medias de seda y chinelas con hebillas de oro. Todo él, en fin, respiraba riqueza, una cierta ostentación un poco rústica y de mal tono.

El tercer personaje era el comandante Garrote, el derrotado de Chichihualco, cuyo aspecto estaba en conformidad con su extraño nombre. En efecto, era un sujeto de color cetrino, de ojos pequeños, barba espesa e inculta, también con el pelo corto, frente estrecha, alto, seco, membrudo y de fisonomía dura y feroz. Desde su reciente derrota parecía desconcertado y abochornado, pero al través de esta aparente humillación se descubría en él una desmedida soberbia, irritada ahora por el despecho.

Por último, el cuarto personaje que se paseaba con agitación por la sala, deteniéndose de cuando en cuando para contemplar distraídamente los espejos venecianos que decoraban las paredes, o los santos guatemaltecos que en sus nichos de cristal adornaban las rinconeras, era el famoso cura don Manuel Mayol. La figura de este clérigo era singular: flaco, largo, rojo como un pavo de Indias, pelón, con el cuello enorme, embellecido por una nuez pronunciada, con los ojos saltones e inyectados y la boca grande y provista de largos dientes negros.

Vestido con su sotana y manteo, cuyo extremo recogía en un brazo, el irascible cura parecía presa de una extraordinaria excitación y hablaba en voz alta.

Ya sabemos que este cura era enemigo frenético de la independencia: sólo agregaremos que sus opiniones exaltadas no le impidieron después de 1821 pavonearse con su cruz de Guadalupe, y añadir a su nombre en todos los documentos que escribía de su puño, el título de "capellán mayor del Ejército Independiente del Sur", título que mendigó del general Guerrero.

Pero en la noche del 25 de mayo de 1811, todavía este prócer ilustre era capitán insurgente. Así es que el cura Mayol trinaba contra él.

—Dicen —exclamó, encarándose a Guevara— que Vicente Guerrero viene ahí de oficial. ¡Semejante pícaro! ¡El que no sabía más que jugar gallos y armar pendencias! Siempre dije yo que ese tunante pararía en ladrón.

—Pero, ¿lo han visto? —preguntó Guevara.

—Sí, lo han visto —agregó el comandante Garrote—. Viene con los negros guadalupes de Galeana.

—Lo que no me explico —dijo el subdelegado— es el cómo ha podido este maldito cura atraerse a don Hermenegildo, que parecía buen realista y que se prestó tan de buena voluntad a pelear contra los insurgentes cuando lo de Tepango.

—Y cate usted, que ésa ha sido una buena adquisición —observo Cosío, con voz temblorosa—. Es lo mejor que tiene Morelos.

—¿Y sus hermanos vendrán también? —preguntó Guevara.

—Según me escriben de Acapulco, vienen todos, don José Antonio, don Juan José y el muchacho don Pablo.

—Yo los vi en Chichihualco —añadió otra vez Garrote.

—Según eso —replicó con acento burlón el cura—, usted vio mucho, señor comandante.

—Pero hace cuatro días nos dijo usted que no había visto más que negros… con machetes. Todos eran negros y los Galeana son blancos.

Cosío frunció las cejas, Guevara sonrío, Garrote se levantó indignado.

—Señor cura —respondió con acento colérico—, si el carácter sagrado de usted no me pusiera un sello en los labios, yo le respondería como merece. Yo he visto negros, y en efecto, así es; pero usted parece indicar que el susto me hizo ver negros a todos; ¡esto es decir que yo tengo miedo!

—Yo no digo que haya usted tenido miedo, señor comandante Garrote —repuso el cura con insolente ironía—, yo hago solamente una observación. Por los demás, la acción tuvo mal éxito para nosotros… Usted perdió allí los cañones, el parque, los solados…

—Señor cura… —dijo Garrote, gangoso de cólera—, ésos son azares de la guerra. Usted no entiende de milicia.

—Sí, si entiendo algo… ¡los azares de la guerra y luego los demonios negros y encuerados!... Pero, ¿en qué consistirá que los negros guadalupes combaten encuerados?... ¿Ése será su uniforme? —añadió el cura con una risa silbante y sarcástica.

—¡Basta! —exclamó con tono de mando Cosío.

Las groseras burlas del cura contra el infortunado Garrote lo habían exasperado.

Guevara, para dar un giro más cortés a la conversación, dijo:

—Pues, y que haya arrastrado Morelos a don Hermenegildo, todavía se comprende, puesto que tenía ya a los otros hermanos, rancheros rústicos y candorosos; pero, ¡haber trastornado en unas cuantas horas a los Bravo! Eso sí que no me cabe en juicio.

—Ésa es la envidia —dijo el cura—; ésos se meten por envidia.

—¿Envidia de qué o de quién? —preguntó Guevara—. Envidia de usted, señor don Joaquín. —¿Envidia de mí? —respondió el subdelegado con tono sincero—. No, señor cura, en esto usted se engaña. ¿Envidia de mi capital? Los Bravo son tan pudientes como yo, y además, son honrados a carta cabal; es preciso hacerles esa justicia. ¿Envidia de mi empleo? Si este cargo trae más congojas que satisfacciones. No, aquí hay otra causa, otro secreto; ese cura los ha trastornado completamente. Sólo así se explica que dejen sus bienes tan saneados, sus fincas de campo, todo su bienestar, y se lancen en pos de aventuras. Que Vicente Guerrero, que los negros de la costa, que otros como ellos se metan en esta empresa descabellada, se comprende, no tienen qué perder; pero que sujetos acomodados como los Galeana, los Ávila, los Bravo, se comprometan con riesgo de sus vidas y haciendas, eso sí que es extraño. Debe ser un hechicero el tal cura.

—¿No lo he dicho en la cátedra del Espíritu Santo? —replicó Mayol—. Es el diablo en persona, el diablo vomitado por los profundos abismos. Por lo menos, el espíritu de Satanás lo inspira y lo anima. Si no fuera así, ¿cómo habría podido convertir en soldados a esos negros infelices de la Costa Grande, buenos sólo para sembrar algodón y tabaco? ¿Cómo habría podido seducir a esos rústicos Galeana y convertirlos de la noche a la mañana en generales; cómo habría podido resistir a los valientes jefes —y en esto lanzó una mirada oblicua a Cosío—, experimentados en el arte de la guerra, habilísimos tácticos, él que no ha leído más táctica que la del misal? Jure usted, señor don

Joaquín, que ese mal sacerdote trae al demonio en el cuerpo. La historia de la iglesia, por otra parte, presenta numerosos ejemplos de hombres de semejante especie. Simón Mago, Arrio, Nestorio, Lutero, Calvino, todos los heresiarcas.

—Basta —volvió a exclamar Cosío con voz irritada y cogiéndose la cabeza entre sus manos.

—¿Le duele a usted la cabeza, mi coronel? —preguntó Garrote.

—Algo, ya sabe usted… la calentura. Pero este cura —añadió en voz baja— me marea con su charla.

En esto dieron las ocho y comenzó a sonar el toque de ánimas, que en la parroquia de Tixtla era prolongado y lúgubre en extremo.

El cura aprovechó la ocasión para salir del silencio embarazoso a que lo obligaba el enfado de Cosío, y arrodillándose con la cara vuelta a la pared, dijo:

—Recemos por el alma de los infieles difuntos, especialmente por los que murieron en Chichihualco en defensa de la religión y el rey… —y comenzó a murmurar—: *Requiem æternam dona eis Domine.*

—*Et lux perpetua luceat eis* [Y la luz perenne luzca para ellos], —respondió Guevara, poniéndose también de rodillas.

Garrote, a su pesar, y conteniendo la ira, se levantó también para rezar. Cosío se reclinó en la mesa, con la cabeza entre las manos.

Después de los sufragios de costumbre, que el cura multiplicó adrede, éste se levantó, lo mismo que Guevara, mientras Garrote se dirigió a la puerta que daba al interior de la casa, por donde se oía ruido de gente.

A poco volvió diciendo:

—Es don Juan Chiquito con el gigante.

—Que entren —murmuró Guevara.

Y entró primero un sujeto pequeño, regordete, cabezón, con grandes patillas rojas, vestido con chaquetón de paño oscuro, botas de montar, llevando ceñido un gran sable y en la mano un sombrero de vicuña adornado de toquillas y chapetones de plata.

Era el comandante don Juan Navarro, llamado generalmente, a causa de su estatura de enano, don Juan Chiquito, y que después de haber servido para escoltar los convoyes de la nao de China de Acapulco a México, y las conductas de plata de México a Acapulco, se había hecho célebre como guerrillero contra los insurgentes de la costa.

En pos de él entró, inclinándose para pasar por la puerta, un extraño personaje, un gigante de un poco menos de tres varas de altura, bien proporcionado, como de treinta y siete años de edad, de aspecto bonachón, trigueño, lampiño y vestido de granadero. Con casaca y pantalón verdes con vivos rojos y gran *shacó* adornado de un largo chilillo que casi llegaba al techo.

Era Martín Salmerón, llamado en el sur vulgarmente Martín de Acalco, por haber nacido en el rancho de Acalco, cerca de Chilapa, y que era famoso por haber recorrido casi toda la Nueva España, desde que el virrey Branciforte a quien fue presentado el 1 de noviembre de 1796, le permitió que se mostrase, por paga, como un fenómeno extraordinario.

Era el mismo a quien conoció el barón de Humboldt[1] y cuyo retrato, hecho por el pintor Guerrero, tenemos en el Museo Nacional.

Cosío, que no lo había visto nunca, se quedó contemplándolo con admiración; Guevara y Garrote contestaron el saludo humilde que les dirigió, y el petulante cura le alargó una mano flacucha, que el gigante se inclinó a besar, tomándola en una de sus manazas.

—Hasta hoy a la oración pudo llegar de Chilapa —dijo don Juan Chiquito— y ha estado vistiéndose y tomando algún refrigerio. ¡Vea usted qué magnífico granadero, mi coronel! —añadió el enano, con una risa estúpida, dirigiéndose a Cosío.

—Muy bien, y, ¿qué va usted hacer con ese gigante? —preguntó Cosío a Guevara.

[1] Humboldt señaló en su *Ensayo político sobre la Nueva España* que Salmerón media 2 metros 22 centímetros. [N. del ed.].

—¿Cómo qué? —respondió éste—; ¿no le parece a usted que lo pongamos al frente de la línea de batalla, junto al fortín, o en otra parte en que pueda ser visto e infundir pavor en los enemigos?

—Eso es —exclamó el cura—, Sansón contra los filisteos.

—Sería una lástima —dijo Cosío— que en vez de Sansón hiciera el papel de Goliat, y que una bala, en vez de una piedra, nos privara de esa maravilla.

—Señor coronel —se atrevió a observar el cura—, usted parece olvidar que el Dios de Israel está con nosotros, y que por eso este gigante no puede ser más que Sansón, y que los insurgentes no pueden ser más que filisteos, enemigos del pueblo escogido, y que…

—¡Basta! —gritó por tercera vez Cosío—, pónganlo ustedes donde quieran…

—Vaya usted a descansar don Martín —dijo Guevara al gigante—, y usted, don Juan, encárguese de alojarlo y de tenerlo listo.

El gigante y el enano salieron.

A la sazón que se verificaba esta entrevista en la casa del subdelegado, un jinete bajaba apresuradamente por la cuesta que conduce de Chilpancingo a Tixtla y que termina en el bellísimo bosque de ahuehuetes que se llama de la Alberca, porque, en efecto, allí hay una alberca antiquísima, cuyas aguas abundantes sirven para el riego de las huertas de un barrio entero.

El jinete, luego que bajó el camino llano que flanquean las cabañas y los jardines indígenas, puso su caballo al galope, llegó hasta cerca del Santuario que está escondido en otro bosque de ahuehuetes, y torciendo a la izquierda tomó por la calle real, respondiendo a cada paso a los centinelas que lo detenían; entró en la plaza por un portillo del parapeto y se apeó en la casa del subdelegado, diciendo a un oficial de órdenes que lo anunciara.

—Habla —le dijo Guevara, viéndolo aparecer en la puerta de la sala—; ¿qué hay?

—Señor, que Morelos está aquí mañana.

—¡Mañana! —exclamaron en coro Cosío, Guevara y Garrote. En cuanto al cura Mayol, se desplomó en una silla.

—Sí, mañana —continuo el emisario—, lo sé de cierto; la persona que usted sabe me lo aseguró, diciéndome que viniera yo en el acto a avisarlo a usted.

—¿A qué horas has salido de allá?

—Oscureciendo; pero tuve que extraviar camino, y como no se puede correr por las cuestas, he tardado…

—Pero, y bien, ¿qué notaste tú en las tropas? —preguntó Cosío.

—En las tropas, nada; todas están acuarteladas; algunos oficiales se pasean cantando.

—Y ¿Morelos?, ¿viste a Morelos?

—Lo vi en la tarde, paseando a caballo con don Leonardo Bravo y con otros. Después ya no volví a verlo.

—Y mi hija, ¿viste a mi hija? —preguntó con ansiedad Guevara.

— Sí señor; pero no pude hablarle más que unas palabras. Estaba con la niña en los brazos. Me vio entre los mozos, me llamó y me dijo en voz baja:

—Dile a mi señor padre que no tenga cuidado, que nada le harán mañana.

—¿Qué nada me harán?

—¿Qué nada le harán a usted? —añadió el cura—; pero esa gente ya da por suya esta plaza.

—Bueno —dijo Cosío—, ¿tiene usted confianza en su amigo de Chilpancingo?

—Completa —respondió Guevara—. Es seguro que mañana seremos atacados.

—Y ¿a quiénes viste de Chilpancingo entre los insurgentes?

—A todos, señor —contestó el emisario—; a los Bravo, a los Rueda, los Aldama, los Catalán, los Alarcón, los Salgado de Amojileca, a todos; todos están con ellos en la infantería y la caballería.

—¡Pícaros! —exclamó Guevara—. ¿Y mi yerno Nicolás?

—Con ellos; él también está en la caballería; toda la tarde ha andado a caballo con Vicente Guerrero y con Nicolás Catalán.

—Bueno —dijo Cosío—, ya estamos enterados; ahora es preciso tomar nuestras providencias. Morelos, con la gente que tiene, sólo podría

quitarnos la plaza estando dormidos nosotros. Pero lo conozco; es capaz de intentarlo. Así es que vamos a pasar la noche en vela. Yo voy a llevarme todo el Fijo y los Lanceros al fortín, para presentar batalla, si es posible. Usted, señor don Joaquín, cuide de los puntos de la plaza. Usted, señor cura, deje al catalán y ayúdenos en lo que pueda.

—Yo señor coronel —dijo el cura con altanería—, con catalán y sin catalán soy un ministro del Altísimo, y mi puesto está junto a los altares; allí velaré por mi grey.

—Venga usted, Garrote —dijo Cosío, ciñéndose su sable.

—Con este hereje —dijo el cura a Guevara, cuando el coronel hubo salido— temo que nos suceda una desgracia. Por sí o por no, despache usted a su familia a Chilapa, hoy, en el silencio de la noche. Ponga usted en salvo su vajilla y todo lo que tenga de valor, porque nadie sabe lo que puede pasar con esos judíos. Yo voy a ver si puedo conciliar el sueño, aunque lo creo difícil, y al alba mandaré llamar a misa; desde entonces se tocará rogación y mis vicarios y yo imploraremos el divino en favor de las armas del rey.

Guevara se quedó pensativo un momento, y luego, siguiendo los consejos del cura, fue a despachar a su familia y a poner en salvo sus tesoros.

Al rayar la aurora, Cosío había formado su batalla en una colina chata y pedregosa cercana al fortín que llamaban del Calvario porque estaba del lado de esa capilla, y frente a otra que se llama Piedras Altas. Sabía, por sus exploradores, que Morelos había salido de Chilpancingo a la una de la mañana, y que no tardaría en presentarse en el camino, justamente frente a la posición escogida.

El Fijo de México, apoyando en el fuerte su extrema izquierda, estaba listo para entrar en acción. Los Lanceros de Veracruz, situados a retaguardia del Fijo, y las cuatro piezas de grueso calibre puestas en batería en el fortín, cargadas a metralla, y con sus artilleros, mecha en mano. El plan de Cosío consistía en dejar acercarse a la columna insurgente sin hostilizarla, y teniéndola a tiro de fusil, cargar sobre ella, apoyándose en todo caso en el fuerte. Así en un combate rápido y te-

rrible iba a decidir ese primer encuentro, quedándole, sin embargo, en caso de un desastre, el poderosísimo apoyo de la plaza de la ciudad, en cuyas fortificaciones se habían colocado otras cuatro piezas, distribuidas en dos bocacalles en el cementerio de la parroquia, defendiéndolo todo las compañías de milicianos y los vecinos armados, al mando de Guevara.

La bandera española flameaba orgullosa en el fortín, en la plaza, y en la única torre de la parroquia. Los tambores y los pífanos acababan de tocar diana y aún resonaban los gritos de "¡Viva el rey!" que repetían los ecos de las montañas vecinas, cuando al dorar el sol los encinares de la cumbre, por la que serpentea el camino de Chilpancingo, apareció la descubierta de caballería de los insurgentes, bajando poco a poco. Luego comenzó a desfilar también la infantería, el regimiento de Guadalupe, desplegada al aire la bandera blanca y azul. Después venían tres pequeñas piezas cargadas en mulas, el parque, y a retaguardia la caballería de los Bravo, compuesta de magníficos jinetes de brillantes mangas rojas y azules con fleco de oro y plata. Esa caballería llevaba como enseña un estandarte rojo.

Cosío y Garrote examinaban atentos este desfile pausado y majestuoso.

De repente resonó un "¡Viva!" en las filas insurgentes, y en una colina más cercana al fuerte apareció un gran grupo de jinetes, llevando en el centro una bandera negra. ¡Ahí estaba Morelos!

3

En efecto, era el caudillo que había venido a examinar hasta allí las posiciones enemigas.

Después de que las hubo estudiado con detenimiento, fijando alternativamente su anteojo en el fortín y en la parte de una población que se veía, sus ayudantes fueron a comunicar las órdenes.

La columna descendió a la llanura pedregosa de las Piedras Altas y allí hizo alto. Morelos no tardó en reunirse a ella.

El capitán don Vicente Guerrero y don Leonardo Bravo venían con él. Como prácticos en el terreno,[2] Morelos los había llamado para informarse acerca de los lugares.

Don Hermenegildo Galeana, llamado en seguida, vino a recibir órdenes.

—Señor Galeana —le dijo Morelos—, dentro de una hora ese fortín debe estar en nuestro poder. No podemos emplear mucho tiempo, porque inmediatamente después tenemos que tomar la plaza, que a lo que parece está bien fortificada. El Regimiento de Guadalupe, menos la compañía de mi escolta, bastará para eso. Y ya sabe usted, hay que economizar el parque, tanto, que es preciso no disparar sino a quemarropa. No haremos uso de nuestras piezas, y pueden quedarse cargadas. En cuanto a los "colorados" y a los "verdes" —añadió, señalando la línea de batalla de Cosío—, corren de mi cuenta.

Galena partió a galope y fue a dividir su regimiento en cuatro columnas de asalto, cuyo mando encomendó a sus hermanos don Juan José, don José Antonio, y a su sobrino don Pablo, quedándose él con la primera, que llevaba la bandera blanca y azul, la bandera de la independencia.

Luego don Leonardo y don Miguel Bravo fueron a unirse a la caballería de don Víctor, que se había colocado a cierta distancia, haciendo frente a los Laceros de Veracruz y a la guerrilla de cuerudos de don Juan Chiquito, que parecía muy belicosa. La caballería insurgente se dividió en dos trozos. Don Víctor y don Miguel Bravo se pusieron a la cabeza del uno, con el objeto de atacar a la caballería realista; don Leonardo y don Nicolás, su hijo, al frente del otro, vinieron al lado de Morelos, quien formó su batalla con él y su escolta, para atacar de frente a la infantería de los colorados y de los milicianos, a cuya cabeza estaban Cosío y Garrote.

[2] Vicente Guerrero era originario de Tixtla. Y, como se ha visto en el relato de Altamirano, Leonardo Bravo también era un buen conocedor del terreno. [N. del ed.].

En esto y a punto de comenzar el combate, Morelos vio algo raro en las filas enemigas, y llamó a Guerrero que se disponía a incorporarse a su Regimiento de Guadalupe.

—¿Qué es esto? —le preguntó, señalando a un hombre vestido de verde, y que blandía una lanza enorme.

—Señor —respondió Guerrero—, ese debe ser Martín de Acalco, el gigante que ha andado enseñándose en las plazas de toros con ese uniforme de granadero. ¡Lo traerán para espantarnos!...

Morelos se río de buena gana.

—¡Qué ocurrencia! —dijo—. Estas gentes son muy cándidas y nos tratan como chiquillos… ¡Hola, colegial! —exclamó, llamando al joven capitán don Luis Pinzón; y cuando éste llegó, caracoleando en un magnífico caballo que acababa de regalarle don Nicolás Bravo—: usted ha estudiado teología y ha leído la Sagrada Escritura, ¿no es así?

—Sí, señor —contestó Pinzón.

—¿Se acuerda usted de la famosa batalla del valle de Terebinto?

—Sí, señor, aquella en que David mató al gigante Goliat de una pedrada. Eso está en el primer libro de los Reyes.

—Bueno, pues aquí va a haber algo parecido. ¿Ve usted ahí al frente de la línea enemiga aquel figurón vestido de verde, con un enorme gorro y una lanza?... También es un gigante que se llama Martín… ¿de qué?

—De Acalco —repitió Guerrero.

—Martín de Acalco —continuó Morelos—. Ahora bien, usted va a ser el David de ese Goliat; pero no un David que lo mate, sino que me lo entregue bueno y sano. Es un pobre hombre, y además un fenómeno extraordinario de la naturaleza, y es preciso conservarlo. Así es que usted, que tiene ingenio y travesura, verá cómo hace para cogerlo vivo y sano, ¿estamos?

Todos sonrieron. Pinzón parecía consternado.

—¡Cogerlo vivo! —exclamó—. Pero señor, eso es más de lo que hizo el rey David.

—No hay excusa: usted me responde del gigante Goliat, chiquitín, ¡cuidado con matarlo!

Luego Morelos llamó al valiente padre de Talavera, que en su calidad de teniente coronel venía muy bien montado y equipado militarmente.

—Amigo Talavera —le dijo—, antes de derramar sangre, es necesario dejar a salvo nuestra responsabilidad. Para mí es un caso de conciencia, y me propongo siempre antes de atacar una plaza, intimarle rendición. Así es que, más bien por cumplir con este deber de humanidad que por llenar las fórmulas de la cortesía militar, va usted a tomar una bandera blanca y un tambor, y a dirigirse a ese fortín. Allí, en mi nombre, intimará usted al jefe que comande rendición del fuerte y de la plaza en el término de dos horas, y sin condiciones. Si acepta, puede usted ofrecer la garantía de la vida para todos; en caso contrario, él será responsable de las consecuencias.

Talavera partió con una bandera blanca y su tambor, y como no mediaba gran distancia entre la meseta de las Piedras Altas, en que se hallaba formado el pequeño ejército insurgente, y la empinada cumbre del fortín, pronto llegó al pie de esta última, y allí tocó parlamento.

Cosío no quiso que se introdujera al parlamentario a la línea realista, sino que salió a caballo, acompañado del comandante Garrote, bajó rápidamente la quebrada cuesta de la colina y se acercó a Talavera.

Luego que hubo escuchado la intimación, contestó, irguiéndose, con una expresión marcada de altanería y desprecio:

—Puede usted contestar al jefe que lo envía, que los soldados fieles del rey, como yo, no quieren pláticas con los rebeldes, y que es ridículo hacer intimaciones con una chusma como la que está ahí, a una plaza que tiene fuerza regular y tres veces mayor. Esa es mi respuesta; y no vuelva usted a presentarse con bandera de parlamento, porque no será respetada.

Cosío y Garrote se volvieron al fuerte, sin saludar siquiera al parlamentario, que regresó iracundo a incorporarse a Morelos, a quien comunicó la desdeñosa respuesta de Cosío.

—¡Ah!, ¿conque es ridículo intimidarles rendición con esta chusma? —dijo Morelos sonriendo—. Pues todo ese ridículo se les va a venir encima cuando les hayamos tomado la plaza que tiene una fuerza regu-

lar y tres veces mayor. Me gusta la fanfarronada en el enemigo, porque es como salsa que hace más apetitoso el triunfo. Vamos, amigo Talavera, deje usted la bandera blanca, y empuñe la lanza, que ya es tiempo, y ¡qué Dios nos proteja!

Entonces, dadas las últimas órdenes, Morelos, que estaba a pie, montó en su caballo de batalla, un hermoso caballo negro de la hacienda de los Bravo, y que el caudillo refrenaba con destreza. Morelos, aunque grueso, era un gran jinete, y en aquel brioso corcel, y envuelto en su poncho blanco atado al cuello con una cadenilla de oro, parecía verdaderamente majestuoso y terrible. Sus soldados fijaban en él los ojos con idolatría. Don Leonardo y don Nicolás Bravo, el bizarro Talavera, un grupo de valientes lo rodeaba.

Entonces hizo una seña y tambores tocaron el paso de ataque; la bandera negra, la bandera terrible, se desplegó a su lado; los Galeana se pusieron en movimiento a la cabeza de sus columnas y en dirección al fortín, en silencio y a paso veloz.

Como viese don Leonardo Bravo que Morelos se disponía a combatir en persona, se acerco a él con solicitud y le dijo:

—Señor, usted no debe exponerse así, como un soldado. Para eso estamos aquí nosotros. Usted debe disponer y nosotros ejecutar. Ruego a usted, en nombre de todos, que no se exponga.

—Amigo Bravo —respondió con firmeza Morelos—. Hay casos en que toda la táctica consiste en el arrojo y en que la orden del general debe ser ejemplo. Éste es uno de ellos. El enemigo tiene su fortín, su plaza, su artillería y mil seiscientos hombres. Nosotros no somos más que seiscientos, y sin artillería. Sólo el arrojo puede triplicar nuestras fuerzas y hacernos superiores. Lo que vamos hacer es casi un milagro, pero de él depende nuestra suerte futura. Es preciso, pues, que demos el ejemplo, y al vernos, todos serán mejores.

Diciendo esto, desenvainó el sable, y gritando "¡Ahora nosotros!", se lanzó a galope al frente de su columna sobre la línea de batalla realista.

Aquello fue obra de un momento, pero de un momento terrible. Los Bravo y sus valientes chilpancingueños, que combatían por la segunda

vez, queriendo rivalizar de nuevo en arrojo con los Galeana, y en esta acción más empeñada que la de Chichihualco, se lanzaron como leones y siguiendo el ejemplo de Morelos, sobre la infantería de los colorados y de los milicianos, que fue deshecha en algunos minutos, rindiéndose prisioneros los que no murieron, o refugiándose en el fuerte con Cosío, que se batió desesperadamente, pero que, como los demás, puso su salvación en la fuga. Los Lanceros de Veracruz y los guerrilleros de don Juan Chiquito fueron más obstinados y resistieron más largo tiempo; pero los cien jinetes de don Víctor y don Miguel Bravo, semejantes a los paladines de la Edad Media, se abalanzaron hacia ellos sin disparar un tiro, se mezclaron entre las filas y los acuchillaron sin piedad. En aquella confusa mezcla de caballeros, en que no se oía más que el sordo rugido de los combatientes y el chasquido de los sables, fácil hubiera sido que los partidarios se hubiesen matado entre sí, pero Morelos había hecho que todos los suyos pusieren en sus sombreros, a guisa de escarapela, una rama de encina. Además, los soldados realistas tenían uniforme, y los guerrilleros, su vestido de piel amarilla. Así es que los insurgentes no tenían uniforme, no equivocaban a sus enemigos, ni erraban golpe, derribando a su paso cuanto se les oponía. Por fin, los pocos lanceros y guerrilleros de Chilapa que escaparon de la matanza se alejaron a todo correr, y como pudieron, del campo de acción, y por una hondonada que se halla a la derecha del fortín, en cuyo fondo corre el arroyo de Cuauhtlapa, se dirigieron unos a la plaza, y otros a la llanura de norte de Tixtla y camino de Chilapa.

Entonces la pequeña columna de Morelos y la de don Víctor y don Miguel Bravo se dirigieron al costado derecho del fortín, para apoyar el ataque del Regimiento de Guadalupe, que en estos momentos parecía en todo su furor. El fortín, mandado por Garrote y defendido por trescientos hombres y cuatro piezas de grueso calibre, se veía cubierto por una densa y oscura nube de humo, sobre la cual se veía flotar la bandera española. De los parapetos de piedra y adobe del fuerte caía una lluvia de metrallas y de balas sobre las columnas de los Galeana, que trepaban por la cuesta silenciosas y terribles, diezmadas a cada paso,

pero sin retroceder un palmo, conducidas por aquellos guerreros de la costa, que, como si hubieran sido invulnerables, seguían adelante, siempre adelante, a pie, con el sable desnudo y el brazo extendido hacia la fortaleza.

Morelos, al ver esto desde el punto en que marchaba su columna, exclamó lleno de admiración, hablando con don Leonardo Bravo:

—¡Qué hombres, don Leonardo!, ¡qué hombres!

—Pero van a acabar a todos si no llegamos a tiempo —respondió Bravo.

Apenas acababa de decir estas palabras, cuando pareció envolver el fortín un cinturón de fuego, y al estallido de una descarga general sucedió un silencio de muerte.

Don Leonardo pareció angustiado. Morelos hizo alto lleno de confianza, y con el rostro radiante, dijo:

—¡El fortín está tomado!

En efecto, un momento después, la bandera española, que había flameado sobre el fortín, descendía rápidamente y en su lugar se enarbolaba la bandera blanca y azul, la bandera del Regimiento de Guadalupe.

Al verla, la columna de Morelos prorrumpió regocijada y llena de entusiasmo en un grito unánime:

—¡Viva la independencia! ¡Viva Morelos! ¡Viva Galeana!

Morelos y sus soldados llegaron unos instantes después al fortín, y don Hermenegildo Galeana, cubierto de sangre y de pólvora, salió de los parapetos y se adelantó respetuosamente a recibir al caudillo, llevando en las manos la bandera española.

—Señor —le dijo, descubriéndose—, aquí tiene usted la bandera del enemigo; ahí adentro tiene usted trescientos prisioneros. Cosío y Garrote corrieron.

—Muy bien, señor Galeana —contestó Morelos—, guarde usted la bandera; es un trofeo del Regimiento de Guadalupe. Ahí tenemos otras en la plaza —añadió, señalando las que se veían perfectamente sobre la torre de la parroquia y en la plaza de Tixtla.

Luego Morelos fue a examinar a los prisioneros, que desarmados y temblando se amontonaban en el glacis del fuerte, lleno de cadáveres, y rodeados por los soldados vencedores. Estos vitorearon calurosamente a su general, que los felicitó por aquella hazaña verdaderamente extraordinaria.

Pero llamando aparte a Galeana, le dijo, con cierta inquietud:

—Tantos prisioneros van a ser un estorbo para nosotros; tenemos que tomar la plaza, y si dejamos aquí una custodia conveniente, no nos quedan soldados para el asalto. ¿Qué haremos? Matarlos… ¡no puede ser!

Galeana reflexionó un momento:

—No nos queda más que un recurso —dijo—; los haremos entrar en ese galerón, después de sacar las municiones que están ahí, y les abocaremos una pieza, encargando al oficial que al menor movimiento de ellos, haga fuego. Esto nada más mientras dura el asalto.

—Bien pensado —dijo Morelos—, y sobre todo, no queda otro medio. Pónganlo usted luego en práctica.

Mientras que Galeana iba a ejecutar esta orden, se oyó una gritería fuera de los parapetos. Era una mezcla de risotadas y de vivas en la columna de los Bravo, que había quedado al pie del fortín.

Causábala el joven don Luis Pinzón, que conducía al gigante Martín de Acalco, bien maniatado y custodiado por cuatro costeñitos del Regimiento de Guadalupe.

El hombrazo todavía con su uniforme verde, su gran gorro de granadero, y atadas las manos a la espalda, parecía tan mohíno y confuso, que daba pena verlo.

Morelos lo miró con curiosidad y con lástima.

—Señor —le dijo Pinzón—, aquí esta Goliat bueno y sano.

—¡Bravo colegial! —le contestó el caudillo—, no creía yo que pudiera usted cumplir tan bien mi orden.

Me ha costado mucho trabajo, señor —replicó Pinzón con cierto acento de queja—. Además, me he privado de hacer cosas mejores con tal de coger vivo este elefante.

—¿Y cómo?... —preguntó sonriendo Morelos.

—¡Ah!... hemos trabajado mucho… Como que estaba terrible, como todos los animales mansos cuando se enfurecen. Ya mero lo matábamos, porque también él nos acometía con su lanza. Pero vio correr a sus jefes, y echó a correr también él. Entonces pude manganearlo de un pie, y cayó al suelo. Fue cuando estos muchachos lo amarraron antes de que pudiera levantarse. Pero, señor, pude haber estrenado mi caballo en otra cosa.

—Vamos —dijo Morelos, fingiendo enfado—, no se queje usted; ¿qué cosa mejor pudo usted haber hecho? Ha cogido prisionero al hombre más grande del ejército realista —y luego, dirigiéndose a Martín Salmerón, le dijo—: le perdono a usted la vida, porque es usted un fenómeno extraordinario de la naturaleza, y porque sé que es usted un hombre pacífico, a quien han obligado los gachupines a pelear contra nosotros. Quedará usted libre luego que hayamos tomado la plaza; pero le prevengo, que si vuelvo a encontrarlo en las filas enemigas, no he de ser tan benigno.

El gigante, después de haber dado las gracias con una gran reverencia, fue puesto con los demás prisioneros en el galerón del fuerte.

Después Morelos llamó a Guerrero, que estaba también cubierto de sangre, pues fue de los asaltantes del fortín, y llevándolo a un lugar desde donde se descubría perfectamente el panorama entero del valle y de la población de Tixtla, pues la colina del fortín es la altura más dominante y la próxima al caserío, comenzó a preguntarle acerca de los puntos que importaba conocer.

Abajo del fortín había otra colina que no estaba dividida de la primera, sino por una calle estrecha y profunda. Allí había una pequeña capilla. Era el Calvario, hasta donde subían las procesiones en la semana santa, por una pendiente muy inclinada, que descendía a la plaza y que cortaba por en medio el barrio alto. Las casas de este barrio, así como todas las de la población, se veían tan bien que podían distinguirse a simple vista hasta las personas. El atrio de la parroquia, convertido en fuerte, estaba lleno de soldados, y había allí dos piezas de a ocho.

Las bocacalles laterales tenían otras dos. Las calles del Empedrado, la Real y la de la Estación, que corren de norte a sur de la población, estaban desiertas y por los callejones que comunicaban con ellas sólo se veían pasar rápidamente y de cuando en cuando algunos soldados.

Abajo y a la derecha del fortín estaba el hermoso bosque de ahuehuetes de la Alberca; un poco más allá, el bosque, también de ahuehuetes, del Santuario. Al oriente, más allá del caserío, y a orillas de un hermoso lago azul que confina con dos cerros elevados y cubiertos de vegetación, se veía una zona verde hermosísima, dividida simétricamente, presentando el aspecto de una alcatifa luciente y aterciopelada.

—¿Qué sembrados son esos? —preguntó Morelos a Guerrero.

—Son las huertas, señor; así las llamamos en Tixtla. Son huertas de sandías y melones, muy sabrosas que se siembran en el terreno húmedo que deja la laguna cuando se seca en este tiempo; y sólo en este mes existen, porque después viene el tiempo de aguas, y la laguna cubre todo ese terreno.

—Ahora comeremos esos melones —dijo Morelos—. Y aquellos cerros, ¿cómo se llaman?

—El pequeñito, que está al norte a orillas de la laguna, se llama Texcaltzin y el cerro grande que se ve detrás de la parroquia y arriba del lago, se llama Tapaxtla; la barranca roja que lo divide del otro, se llama Xompito, y este otro cerro que está al sur, Hueyantipan. Abajo queda el camino para Mochitlán, un pueblo muy fértil que está a cuatro leguas, y más acá, junto al Santuario, está el camino que va Acapulco.

Luego, volviéndose hacia el noreste, Guerrero señaló los cerros por donde se distingue el camino de Chilapa, arriba de una bella y dilatada llanura; al norte el camino de Atliaca, que se dirige al río de Mezcala, por la cañada de Totoltzintla, y al nordeste el gran cerro de Coyopula, a un lado del cual había descendido el ejército insurgente.

—¡Qué hermosa es la tierra de usted, Guerrero —dijo Morelos—, —por donde quiera sembrados, arroyos, colinas verdes y montañas magníficas! ¡Lástima que la población sea tan "chaqueta"!

—Sí, señor, es una lástima de veras —contestó Guerrero—, pero si logramos convertirla, sacaremos de ella buenos soldados.

—Vamos a verlo —concluyó Morelos cerrando su anteojo y llamando a los Galeana y a los Bravo.

—Son las nueve de la mañana —dijo, mirando su reloj—.

A las doce es preciso que la plaza esté en nuestro poder. Señor Galeana, usted con el Regimiento de Guadalupe penetrará por esas calles —dijo, señalando las que se llaman del Empedrado y Real—. El capitán Guerrero, con una compañía, tomará por aquella que se llama de la Estación, y atacará la retaguardia de la parroquia. Los señores don Miguel y don Víctor Bravo atacarán por la parte norte, y don Leonardo y yo tomaremos por nuestra cuenta la plaza, y bajaremos por el costado izquierdo de esta colina. Pero para preparar nuestro ataque, empezaremos por cañonear la plaza, y ya que tenemos piezas de batir, las aprovecharemos.

Los jefes fueron a disponer sus columnas, y un momento después, un cañoneo vigoroso y acertado infundía el terror en la plaza y en la población, desmontaba las dos piezas del frente del atrio, derribaba una parte de la torre y anunciaba, en fin, el asalto, que no tardó en seguirse.

Éste no duró más que el tiempo necesario para que bajasen las columnas la quebrada y áspera cuesta del Calvario. El Regimiento de Guadalupe, muy disminuido ciertamente, pero fuerte en más de trescientos hombres, y guiado siempre por los Galeana y por Guerrero, avanzó por los puntos señalados, y horadando casas o marchando a pecho descubierto, se acercó a las últimas fortificaciones de la plaza, donde los milicianos y los vecinos armados hicieron una resistencia desesperada. Don Miguel y don Víctor Bravo tomaron también toda la parte fortificada del norte; Guerrero penetró hasta el pie de los parapetos levantados a espalda de la parroquia, y cuando se oyeron las descargas de la columna que guiaba Morelos en persona en la plaza, Galeana ordenó el asalto al atrio de la parroquia, que fue tomado inmediatamente. Las tropas de la plaza, que aún se hacían fuertes en varias casas de la plaza,

aspilleradas y claraboyadas, no tuvieron otro recurso que tocar parlamento y rendirse a Morelos.

Cosío, Garrote y Guevara se habían escapado durante la refriega y corrían ya rumbo al oriente de la población, sin que los insurgentes pudieran evitarlo, ocupados, como estaban, en el asalto.

Muchos de los defensores del atrio se refugiaron en la iglesia, que estaba llena de familias, y cuyas puertas se hicieron abrir con terribles clamores. El cura Mayol y sus vicarios, trémulos de espanto y revestidos con los ornamentos sagrados, se hallaban en el presbiterio arrodillados, rezando en voz alta y teniendo al Santísimo expuesto en el altar mayor. Allí, al pie del ara se agrupaban con la mayor angustia, durante el asalto, sacerdotes, ancianos, mujeres y niños, presentando el espectáculo de la mayor desolación.

Aún resonaban algunos tiros en el atrio, cuando las puertas de la sacristía, que daban al presbiterio, se abrieron y el capitán don Vicente Guerrero, descubierto y con el sable metido en la vaina, se presentó e hizo ademán de hablar.

El cura se precipitó a su encuentro.

—Señor don Vicente, Vicentito, hijo mío: tengan ustedes misericordia de nosotros; aquí no hay más que mujeres.

—Señor cura —dijo Guerrero—, la plaza es nuestra; pero no tengan ustedes cuidado alguno, porque sabemos respetar a la gente pacífica. Tranquilice usted a estas infelices gentes y que se retiren a sus casas. Pero en cuanto a los soldados que se han refugiado aquí, son mis prisioneros y deben rendirse al general.

Las mujeres no se tranquilizaron y, al contrario, redoblaron sus ruegos y clamores. El cura subió al altar, tomó la custodia, y temblando como un azogado dijo a Guerrero:

—Vicentito, amigo mío, por lo más sagrado que tenga usted, acompáñeme a ver a Su Excelencia el señor Morelos para aplacarlo.

—Pero, señor cura —dijo Guerrero—, no hay necesidad de aplacarlo; lo que usted va hacer es inútil. Ya he dicho que las familias pueden retirarse en paz. Los soldados, que vengan conmigo.

Entonces los soldados de Guerrero penetraron en la iglesia y se apoderaron de los realistas, que entregaron luego sus armas.

Pero el cura, llevando el Santísimo y seguido de sus vicarios y de una gran multitud, salió de la iglesia, atravesó el atrio, sembrado de heridos, y fue a la plaza, donde Morelos aseguraba a los prisioneros que se le habían rendido.

Al ver el caudillo todo aquel aparato, se indignó, y descubriéndose, pero sin bajarse del caballo, vino al encuentro del cura.

—Excelentísimo señor —dijo éste—. En nombre de este Divinísimo Señor, ruego a Vuestra Excelencia que tenga misericordia de tantas familias.

—Señor cura —contestó Morelos—, ¿a qué viene todo este aparato que desdora a la religión? Nadie ofende a las familias, ni nosotros somos las fieras que usted pinta. Vaya usted a depositar el Santísimo y a tranquilizar a esa pobre gente, que sólo usted ha podido espantar.

El cura se retiró haciendo reverencia con todo y las custodia, y más sereno, entró en la iglesia; pero no depositó el Santísimo, sino que volvió a colocarlo en el altar y él permaneció arrodillado, llorando y con las manos enclavijadas.

Después, Galeana le presentó a Morelos trescientos indios de Tixtla que habían sido prisioneros en la parroquia y en otros puntos.

—Guerrero —dijo Morelos —, usted que habla el mexicano, diga a estos naturales que están libres, y que si quieren seguir nuestras banderas, los recibiré con gusto.

Guerrero arengó a sus compatriotas, y les dirigió palabras tan expresivas que todos ellos pidieron seguir con los insurgentes.

Este hecho fue un arco iris, en el alma del héroe, poco agitada por la cólera. Dirigiose contento a la casa del subdelegado, viendo arriar las banderas españolas de la torre y de la casa, y preguntó sonriendo por Cosío y Guevara.

—Allá van, señor —dijo don Nicolás Bravo, señalando un camino que se dibujaba como una culebra roja en la empinada cuesta del cerro de Tapaxtla—. Allá van para Chilapa.

—No quiso su suegro de usted —añadió Morelos, chanceando— deberle a usted la vida.

En la casa del subdelegado, esperaba a Morelos otro momento de disgusto.

El cura Mayol estaba allí, todavía revestido con su capa pluvial, y con el bonete en la mano, acompañado de los acólitos con cruz y ciriales.

—¿Viene usted ahora a exorcizarme, señor cura? —le dijo Morelos bastante serio—. ¿Por qué anda usted todavía con esas ropas sagradas?

—Vengo, Excelentísimo Señor, a decir a Vuestra Excelencia que todo está listo para el Te Deum.

—Y ¿quién le ha dicho a usted que yo quiero Te Deum? ¿Cree usted que Dios recibirá esas acciones de gracias que usted le dirigiera por nuestro triunfo, cuando sólo siente usted odio contra nosotros? ¿Acaso presume usted que ignoro lo que usted ha predicado y hecho? Retírese usted, y no escandalice más a sus feligreses. Yo no quiero más Te Deum que la gratitud de los pueblos a quienes vengo libertando del yugo español. ¡Váyase usted!

—Pero, señor, ¿me perdona Vuestra Excelencia?

—¿Yo?, —dijo Morelos fastidiado —. Yo no tengo nada que perdonarle. Yo no hago ningún caso de usted.

Luego que el cura desapareció, Morelos, dirigiéndose a los Galeana, a los Bravo, y a los otros jefes, les dijo:

—Ahora, a atender a nuestros heridos, y a comer; hemos llegado a la hora. Son las doce.[3] Después, a descansar. Lo que hemos hecho vale la pena; mandaremos a Zacatula a los otros prisioneros criollos para quedar expeditos. La toma de Tixtla es de un buen agüero. Las banderas españolas se bajan a nuestro paso; los generales realistas corren; los pueblos se nos unen, y el espíritu de nuestro padre Hidalgo sigue viviendo entre nosotros.

[3] Se ha registrado en la historia que testigos presenciales del momento escucharon a Morelos decir, antes del encuentro armado, que "a las doce" tendrían que haber ganado la plaza.

Los jefes y los soldados vitorearon al gran caudillo, y algunas horas después, la población, que había entrado en confianza, volvía a entregarse a sus tareas ordinarias.

Tal fue la toma de Tixtla, tan notable, pero tan poco descrita hasta ahora. Las gacetas oficiales, como dice Alamán, nada volvieron a decir de los sucesos de esa campaña del sur después de abril de 1811, porque todos fueron favorables para las armas insurgentes. Cosío y Guevara no pararon en su carrera hasta México, a donde vinieron a explicar cómo seiscientos hombres, sin artillería, pudieron tomar una plaza defendida por mil seiscientos con ocho piezas de grueso calibre.

Valía la pena hablar de esta acción, y sin embargo, los llamados historiadores no se fijaron en ella. Don Carlos María de Bustamante le consagró una hoja; don Lucas Alamán una página; Zavala y Mora, unas líneas.

Yo he reconstruido esta narración con nuevos datos escritos y, sobre todo, con el relato verídico de los testigos oculares a quienes tuve la fortuna de alcanzar en mi juventud en la ciudad de Tixtla de Guerrero, mi tierra natal.

Altamirano
Vida-tiempo-obra
se terminó el 27 de noviembre de 2014
en Imprenta de Juan Pablos, S.A.
2a. Cerrada de Belisario Domínguez 19
Col. del Carmen, Del. Coyoacán
México 04100, D.F.
<juanpabloseditor@gmail.com>

1 600 ejemplares

Es […] Altamirano la figura literaria de mayor relieve en su época, tanto por su obra personal como por su incansable labor en la ciencia y la cultura, así como por la influencia que ejerció en estimular a los escritores de varias generaciones. […] Su intensa lucha por lograr una literatura de valores nacionales auténticos contribuyó a unificar a numerosos escritores con distintas tendencias ideológicas y diferencias políticas, en torno a su revista *El Renacimiento*. Su preocupación estética y su anticolonialismo cultural fueron la base para que México creara una identidad propia. [Su novela] *El Zarco* […] está emparentada con *Astucia* de Inclán y *Los bandidos de Río Frío*, aunque por su concepción estética y cualidades formales está considerada la primera novela moderna mexicana.

Juan Rulfo

9 786079 423018

LXII Legislatura
Cámara de Diputados